



BIBLIOTECA
MASONICA
II



VAUGHAN
MEMORIAS
DE UNA
X-PALADISTA



BEA 550D
J6
v. 1

006A41



1080014468



EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

E
HEM



MEMORIAS
DE UNA EX-PALADISTA

PERFECTA, INICIADA, INDEPENDIENTE.

Esta obra es de buena fé.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



®



Propiedad del Editor, asegurada
conforme a la ley.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



MISS DIANA VAUGHAN.



MISS DIANA VAUGHAN.
En traje de Inspectora General del Palladium.



BIBLIOTECA ANTI-MASÓNICA.
Tomo II

MEMORIAS
DE
UNA EX-PALADISTA
Perfecta Iniciada, Independiente.

PUBLICACION
MENSUAL ESCRITA EN FRANCES
POR
MISS DIANA VAUGHAN
(Juana María Rafaela)
TRADUCIDAS AL CASTELLANO
POR
F. IBARRARAN Y PONCE

TOMO I.



MEXICO. Capilla de la Reina
Biblioteca de Visitantes

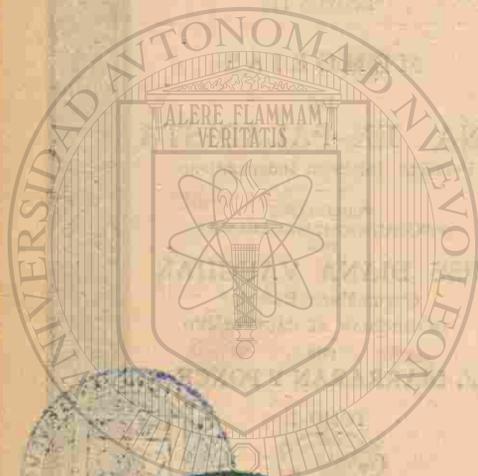
IMP. DE VICTORIANO AGÜEROS, EDITOR.
Cerca de Santo Domingo núm 4.
1896

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN 42540
Biblioteca Valverde y Tellez

BF 1550

JG

V. 1



FONDO UNITARIO
VALVERDE Y TELLEZ

De la obra intitulada: *Adriano Lemmi, Jefe Supremo de los Francmasones*, por M. Domenico Margiotta, tomamos la siguiente noticia de los grados y títulos masónicos que tenía Miss Diana Vaughan al separarse de la Masonería, en 19 de Abril de 1894:

Maestra Templaria Soberana;—Gran Maestre del perfecto triángulo *Phébé-la-Rose*, en el Oriente de Nueva York; Gran Maestre Honoraria del Perfecto Triángulo *los Once-Sietes*, en el Oriente de Louisville;—Miembro Honorario de la Loggia Madre *el Lotus de Inglaterra*, en el Oriente de Londres;—Miembro Honorario del Perfecto Triángulo *Fiat Lux*, en el Oriente de México;—Miembro Honorario del Perfecto Triángulo *Hochmah-Kadeschnou*, en el Oriente de Calcutta;—Miembro Honorario del Perfecto Triángulo *Tsedik'iou*, en el Oriente de Buenos Aires;—Miembro Honorario de todos los Grandes Triángulos y Triángulos de las provincias de Memphis, Baltimore;

005441

Filadelfia, Charleston, Cleveland y Boston;—Inspector General del Palladium Reformado Nuevo, comision permanente;—Delegada de la Proviucia Triangular de Nueva York y Brooklyn para la llamada Asamblea Soberana de 20 de Septiembre de 1893;—Caballera de la Orden de Isis y Osiris y miembro Honorario de su Soberano Capitulo, en el Oriente de México;—Vice-Presidenta Honoraria del Consejo de la Orden de los Caballeros del Temple (seccion de los Bosquecillos), en el Oriente de Filadelfia;—Miembro Honorario del Gran Consistorio Director del Rito de los Escoceses de Perfeccion para la Luisiana, en el Oriente de Nueva Orleans.



¿QUE NO SOY YA DE LOS VUESTROS?

¡ENHORABUENA!

POSIBLE es todo, hasta lo imposible; todo sucede, hasta lo que no debiera suceder.

Y ciertamente: porque á mí me ha sucedido recibir la misiva más imposible que pudiera yo esperar.

Héla aquí:

«Or. de Londres, 19 payni 000895. ®

«M. Q. H. Diana Vaughan:

“Acaba de llegar á conocimiento del Comité permanente de la Confederacion Paladista Independiente el número 3 de la revista mensual que fundó vd. en Paris con el

Miss Vaughan.—T.I.—1

Filadelfia, Charleston, Cleveland y Boston;—Inspector General del Palladium Reformado Nuevo, comision permanente;—Delegada de la Proviucia Triangular de Nueva York y Brooklyn para la llamada Asamblea Soberana de 20 de Septiembre de 1893;—Caballera de la Orden de Isis y Osiris y miembro Honorario de su Soberano Capitulo, en el Oriente de México;—Vice-Presidenta Honoraria del Consejo de la Orden de los Caballeros del Temple (seccion de los Bosquecillos), en el Oriente de Filadelfia;—Miembro Honorario del Gran Consistorio Director del Rito de los Escoceses de Perfeccion para la Luisiana, en el Oriente de Nueva Orleans.



¿QUE NO SOY YA DE LOS VUESTROS?

¡ENHORABUENA!

POSIBLE es todo, hasta lo imposible; todo sucede, hasta lo que no debiera suceder.

Y ciertamente: porque á mí me ha sucedido recibir la misiva más imposible que pudiera yo esperar.

Héla aquí:

«Or. de Londres, 19 payni 000895. ®

«M. Q. H. Diana Vaughan:

“Acaba de llegar á conocimiento del Comité permanente de la Confederacion Paladista Independiente el número 3 de la revista mensual que fundó vd. en Paris con el

Miss Vaughan.—T.I.—1

título de *Le Paladium Régénéré et Libre* («El Paladium Regenerado y Libre»), y que vd. redacta apoyada en una de las bóvedas (1) de la Asamblea de Lóndres (sesion del día 2 mékier 000894).

«A pesar del afecto que á vd. profesan todos los miembros del Comité, sin exceptuar uno solo, y convencidos, como lo están, de la verdadera lealtad con que vd. procede, no pueden dejar siga vd. diciendo que obra en beneficio de nuestra causa, y se ven en el penoso deber de desconocer á vd. por completo ante los Triángulos de la Confederacion.

«Con publicar en el número 2 de la citada revista un documento que debió haber permanecido reservado, sea cual fuere la opinion que se puedan formar de él, cometió una falta grave; y el haberse apresurado á reproducir ese documento mismo con muestras de contento muchos órganos del adonismo llamado católico-romano, así como los elogios que el *Univers*, monitor oficial del Papa de la supersticion en Francia, prodigó á vd. en el número correspondiente al

(1) En la obra intitulada «Lemmi. Jefe Supremo de los francmasones», por M. Domenico Margiotta, que tradujo el mismo que las presentes «Memorias», se hacen las explicaciones concernientes á la palabra *bóveda* y á otras de uso frecuente y verdaderamente raro en masoneria. El Traductor se remite á la citada obra, para ahorrarse el estar haciendo á cada paso explicaciones y aclaraciones en esto.

30 de Mayo, felicitándola por semejante publicacion, debieron haberla hecho comprender que había tomado por mal camino.

«La turbacion que ha venido vd. á sembrar con su conducta en nuestras filas ha sido tal, que, temerosos de aparecer á los ojos de los Independientes confederados como solidarios de sus extravios, dos de los miembros más adictos á nuestro Comité presentaron su dimision, la cual no retiraron sino despues que deliberamos ayer reprobar en toda forma dicha conducta.

«Si no hubiese obcecado á vd. la tenaz idea de sacrificarlo todo, hasta los intereses de nuestra causa, con tal de saciar un rencor puramente personal, habría conocido, no bien llegó á tener noticia de aquella dimision, qué género de dificultades acarrea- ba su falta de procedencia y serenidad á nuestra obra, que no tan sólo tiene por objeto extender la propaganda, sino tambien disponer las cosas para llegar á entender- nos, más pronto ó más tarde, con nuestros HH. y HH. hoy separados de nosotros, mediante recíprocas concesiones y la dimision que se le ha obligado haga al H. 461, único obstáculo para nuestra union.

«Mas, léjos de eso, obstinándose en seguir la táctica más desastrosa, negándose á recibir consejo más que de sí misma, per-

diendo toda circunspeccion y obrando en fin hasta contra el sentir de las resoluciones adoptadas por la Asamblea Independiente de Lóndres, publicó vd. el número 3 de su revista, que no habrá Paladista que sin ir tan extraviado como vd., no condene con justa severidad.

«Verdadero desafio á todo Independiente confederado que no sea del mismo modo de pensar, lanza vd. en aquel número, copiando en él una carta dirigida á un ministro de Adonai en la que le declara vd. estar muy emocionada y le ofrece que por lo que hace á la Madre del Cristo, jamás volverá á emplear expresiones que puedan lastimar la fé de los católicos romanos; anuncia vd. la publicacion de una reseña de los «odiosos crímenes» que se ejecutan en los Triángulos; representa vd. como huyendo irritado al escuchar el nombre de Juana de Arco, cuyos méritos exagera ciegamente y de manera singular, al génio bueno que se ha dignado constituirse en protector de vd.; confiesa, despues de explicar cómo fué vd. engañada por un rénego de nuestras creencias, haberle dado vd. misma armas, que despues se han vuelto contra nosotros y que vd. no cuidó de recogerle cuando todavía era tiempo; finalmente, no oculta vd. su propósito, en una carta que tambien publi-

ca, de darse cita con la superiora de un convento adonaico, para pasar en él, dice vd., veinticuatro horas.

«Con pena la decimos á vd., M. : Q. : H. : con el número 3 de su revista, ha pronunciado vd. su propia condenacion. No tiene vd. ya derecho de llamarse de los nuestros.

«Si no arregló la Asamblea Independiente de Lóndres los limites con que le confirió á vd. un mandato, fué porque jamás llegaron á temer los delegados que de tal suerte abusara de la confianza que en vd. misma depositaron.

«Mas nosotros, con el poder que de aquella misma Asamblea tambien tenemos, por unanimidad y conforme á lo acordado ayer, desconocemos á vd. y le prohibimos que en lo sucesivo haga uso en su revista del título de *Palladium Régénére et Libre*, que es el adoptado por la Confederacion y que legitimamente le pertenece.

«Concedemos á vd. siete dias para que reflexione; para que destruya todos los ejemplares que no hubieren circulado aún de los números 2 y 3 de su revista, que hemos reprobado ya; para que presente su renuncia del cargo de delegado de la propaganda, y para que por escrito se obligue á no seguir observando la conducta que se

ha trazado y á no publicar nada, ni áun bajo su personal responsabilidad moral, sin ponerlo ántes en conocimiento del Comité federal.

«No sin profundo dolor nos vemos en la necesidad de llegar hasta este extremo; pero cuando vd. se haya serenado y nosotros hayamos conseguido la reconciliacion de todos los HH. . . y HH. . . del Palladium por medio de la renuncia á que nos referimos ántes y en la cual estamos trabajando con mejores recursos que los que pueda vd. tener, se convencerá de que únicamente nos proponemos protegerla contra sí misma, es decir, contra los errores en que la ha hecho caer la impetuosidad de su carácter que no consiente freno.

«Con todo, esperamos que se digne vd. meditar atentamente en esta bóveda que le dirigen *sus mejores amigos*, como vd. lo sabe. Con toda el alma deseamos dé vd. por fin oídos á la voz de la razon.

«Deberá vd. mantener reservada la presente bóveda, como absolutamente se lo exigimos, limitándose á expedir una circular para sus suscritores, en la que anunciará, sin comentarios, que de órden del Comité Federal no continúa publicándose la revista del *Palladium Régénéré et Libre*, por tenerse ya como suficiente la propaganda

pública hecha. Por lo demás, el mismo Comité cuidará de tomar sus medidas para la publicacion de un órgano que solamente ha de circular entre los Triángulos y los Círculos Familiares que diéren pruebas de que funcionan con regularidad.

«Que el G. . . A. . . D. . . U. . ., Dios nuestro, os ayude!»

(*Siguen las firmas.*)

¡Linda chuscada la que se contiene al final de la precedente bóveda! «Desconocemos á Vd. ante los Triángulos, pero le prohibimos que lo diga en público» . . . ¡!!!

¿Y porqué esto, pues. . . ? Absolutamente puede vuestro reproche privarme de mi libertad. Cierto que me dejó estupefacta; pero bien sabéis, queridos amigos míos, cuán firme soy en mis resoluciones, y ¡por mi vida! que tan pronto como volví en mí de aquel asombro. . . ¡lo confesaré. . . ? solté la más festiva carcajada que en la vida había soltado. Ahora bien, no hay resolucion mejor que la que se toma con el ánimo completamente tranquilo y libre de todo cuidado. ¡Gracias mil por haberme dado á conocer vuestra determinacion! Sabed hoy cuáles son las mías.

Harto me guardaré de hacer por que destruya mi editor los ejemplares que aún le

queden de los números 2 y 3 del *Palladium Régénéré et Libre*, cuando nada ménos en esos números está la prueba de vuestra intolerancia tan particular; ántes bien, se los cedo con el deseo de que hasta los reimprima una y otra vez, para que cuanto posible sea aumente el número de personas que se sirvan poner en claro cómo no me había tornado embustera ni impolítica, ni me había obligado á tener como intolerables cualesquiera creencias opuestas á las mías, el hecho de haberlas tenido yo contrarias á los de los católicos romanos en materia de religión.

¿Mi dimision de delegada para la propaganda...? No os la remito; remitoos más bien mi renuncia de todo, de todo, de todol —¿Que no tengo ya derecho para llamarme de los vuestros...? Ni tan siquiera sueño con ello; ni lo soy, ni quiero serlo! Dos ocasiones había yo presentado ya mi dimision, porque deseaba vivir en paz en el retiro, y dos ocasiones, tambien, me suplicásteis vosotros, *mis mejores amigos*, que volviese á tomar parte en la lucha.

Buena es la oportunidad que se me presenta para explicarme públicamente sobre este particular, porque no es de mi agrado aparecer como ridícula ante el público. Sí, veo como necesario que de una vez se sepa bien que yo, ridícula, no lo he sido.

La primera vez que renuncié fué cuando la eleccion fraudulenta del palacio Borghése. Entónces os acercásteis á mí con otros muchos y me jurásteis por todos los dioses del Olimpo que se le haría una guerra implacable á Lemmi llamado Simon, y que fuera cual fuese el resultado, no se habían de deponer jamás las armas. ¡Oh! ¡Qué bello entusiasmo! ¡Qué celo tan extraordinario! ¡Qué magníficos preliminares para ir en pos de un triunfo cierto...! Pero bastó nada más con que algunos malignos alemanes se hubiesen apresurado á proponer una combinacion más ó ménos deshonrosa, para amainar, velar y legitimar la usurpacion de 29 thot. (Septiembre 20 de 1893.)

Ante una violacion como esa de la fé jurada entre los aliados de la oposicion, renuncié por segunda vez ántes que recibir deshonra; y de verdad que creí haber encontrado la tranquilidad durante unos siete meses. Entónces vinisteis de nuevo á solicitar mi cooperacion para otro hecho ofensivo y defensivo; y aunque érais en menor número los que me buscábais, érais en cambio la falange de irreducibles, el batallon sagrado! Tratábase de fundar una Confederacion Independiente, á cuyo seno se fuera atrayendo poco á poco á los descontentos, y de reclutar á la vez adeptos en el

mundo profano directamente, para establecer Círculos Familiares (ingeniosa invención del H.: Gaetano S.), que se transformaran después en Triángulos, hasta no hacer fuerte y sólida la Confederación. Después de lo cual, y así que ya fuese fuerte el Palladium Independiente, éste mismo exigiría que se declarara caduco el título de Simon, para restablecer la unión de los HH.: y HH.: separados.

¡Sublime ideal! ¡Soberbio plan! ¡Prodigio de habilidad!

¿Qué fué lo que manifesté á los que se me acercaron solicitando que me les adhiriera? «Excelente cosa es la habilidad; pero ántes que todo está la honradez. Perfectamente, que recluteis adeptos entre los profanos; mas para eso es menester una propaganda con toda publicidad.» Además, dos condiciones puse para ser de los vuestros, que fueron, esa misma publicidad de la propaganda, y completa purificación del Rito. Vosotros me contestásteis: «Estamos de acuerdo.»

Empero hoy, vosotros sois quienes dicen: «¡Basta de propaganda pública!» sin tener el valor suficiente para agregar: «Hemos reflexionado ya, y no procederemos á expurgar el Rito.» — ¡Bah, queridos amigos míos! ¡Nada de rodeos, y al asunto! Esto es lo que teneis pensado.

Sostengo, sí, que del propio modo que no deseais ya la publicidad, tampoco deseais que se expurgue el Rito. Sin embargo, para la buena propaganda, se necesita que ésta sea leal, sin doblez alguna; que muestre el error al adversario, sí, pero sin dudar de la sinceridad de sus propias creencias, y en consecuencia con el debido respeto á su persona; que conceda á aquellos que de buena fé vivan engañados cuanto no importe abjuración de sus creencias, y se abstenga en fin de descender hasta las bajezas de la discusión. Así también, si se quiere expurgar de veras y en toda forma, es preciso dar sendos escobazos á la basura hasta echarla afuera.

No era otra cosa lo que venía yo haciendo. Comprendo que el enemigo se haya escandalizado de una propaganda pública; ¡pero nosotros!... En ese caso, ¿luego no estais seguros de poseer la luz, puesto que todavía vais buscando las tinieblas, y esto nada ménos en los momentos en que estábamos para salir por fin de nuestras catacumbas?... Os negais á dar sendos escobazos á tanto monton de basura: ¿será tal vez porque os place aún vivir entre el desaseo?.....

Estoy conforme con no volver á servirme de vuestro título. Vuestro es; tomadle. Os

advierto, eso sí, que el tal título en mis manos era sincero, mientras que para vosotros es verdadera máscara, puesto que me desconoceis. . . ¡Ah! ¿No queréis que se descubran los crímenes ni se castiguen? . . . Pues bien: absolutamente os niego yo todo derecho para decir que vuestro Palladium está ya regenerado. . . Me habláis como esclavos de Simón, como hombres que temen su látigo, que le halagan y le ponen la espalda para que los azote, y en esa virtud os niego también todo derecho para decir que vuestro Palladium es independiente y libre.

Quedamos, pues, en que os devolveré vuestro título, como efectivamente os le devuelvo, y en que ninguna propaganda seguiré haciendo en favor de Paladismo alguno. Harto conozco hoy que no comprendíamos de igual manera vosotros y yo la religión del Dios Bueno Lucifer.

Mas no porque á consecuencia de vuestra incalificable bóveda haya de cesar la publicación de mi revista *Le Palladium Régénéré et Libre* y la propaganda que estaba yo haciendo de los principios luciferianos ortodoxos, he de guardar silencio. No soy ningún maniquí ni autómatas que para moverse necesita que se le dé cuerda. Yo estaba gozando de la tranquilidad de mi retiro, de donde me fufsteis á sacar vosotros: no os

vayais á imaginar que estando ya condenada mi pluma por vuestra deliberacion del 18 payni, he de dejar que se enmohezca en el tintero, esperando que os digneis pedirme que la vuelva á tomar; ¡no, no! Ahora mismo me siento «con humor» para escribir. Si comencé aquella limpia creyendo hacer alguna cosa por el bien de la causa, proseguiré haciéndola por el bien público y para satisfaccion personal mía. Eso es todo.

En vez de una revista que fuera el órgano de los círculos luciferianos independientes, mis lectores tendrán mis memorias de ex-Paladista perfecta iniciada; lo que quiere decir que con distinto título publicaré exactamente lo que ya tenía pensado, excepto la única diferencia de que ya no será mi objeto la propaganda que había comenzado á hacer, puesto que he llegado á ver con total indiferencia el triunfo del Paladismo, *gracias á vosotros*, señores del Comité Federal.

(Y me apresuraré á agregar que aquellos de mis suscritores que no estuvieren por este cambio de programa no tendrán más que hacerlo saber inmediatamente, seguros de que á vuelta de correo serán reembolsados por mi editor.)

Escribiré con el fin de descubrirlo todo: lo que pasa en los Triángulos, lo que impe-

dí yo misma que pasara, según podía impedirlo, y lo que reprobé, y en fin, lo que creía yo que hubiera debido hacerse. El público juzgará del caso. Pero hablaré sin rencor ni tan siquiera sombra de él; que mi pecho no le guarda para nadie. Y, admiraos, vosotros, los que redactásteis la bóveda del 19 payni: á pesar de lo que decís, no siento rencor ni para Simon, á quien simplemente desprecio, como no le guardo tampoco para vosotros mismos, á quienes compadezco.

Cuando vosotros queréis que deje de escribir, yo me propongo escribir como nunca; ya veis, pues, qué absolutamente vamos de acuerdo sobre este particular.

¿Qué más queríais?... ¡Ah! Olvidaba que también queríais que ni un paso volviese á dar sin tomar vuestro parecer.... ¡Cuidado! que ni remotamente sospechais tan siquiera lo divertidos que sois, pobres amigos míos!

¿Conque es decir que si continuara yo perteneciéndoos, habia de necesitar vuestra venia para ir á visitar á una digna y excelente dama cuya madre, según lo hemos puesto en claro, fué amiga de la hermana mayor de mi madre, lo cual me hizo recordar ella en una carta no ménos ingeniosa que llena de bondad y galantería?... Habéis temblado de horror nada más porque

unas cuantas líneas de una carta que se publicó en el número 3 de mi revista os hicieron creer que se trataba de una religiosa del catolicismo romano.... ¡Oh, hermanos míos! ¡Cuán asustadizos, sois!

Pues bien: ericé de horror vuestros cabellos con lo que en seguida os digo: que bien hubiera yo podido remitir directamente á su destino con una carta aquella brevísima á que me acabo de referir; pero ¿sabéis por qué preferí insertarla en mi revista? Pues, fué para tener algun pretexto con que remitir el número 3 á aquella religiosa, porque en ese propio número salian también la carta de un eclesiástico profesor y mi contestacion á ella.... la misma contestacion que tanto os sacó de quicios. Además, tenía yo la seguridad de que con el expresado número de mi revista le habia yo de proporcionar un inmenso placer á tan recomendable dama. ¡Cuánta perversidad la mía, ¿no es verdad? Vamos! vosotros, los que os intitulais mis mejores amigos, convenceos de que ni vosotros ni yo fuimos creados para entendernos.

Porque—y fuerza es que vengamos siempre al mismo punto—no por causa de Simon y de sus obras me despreciáis vosotros. La verdad es, que nada queréis de él, porque no conviene á vuestros intereses tener á

Mandrin como cajero; pero tampoco teneis como repugnante en nada su Paladismo. Y, digámoslo de una vez, allá es á donde os dirigis.

¡Qué género de lucha no hube de sostener en la Asamblea Independiente de Londres para ver de conseguir que se agregara el calificativo *regenerado* despues de la palabra *Palladium!*... Y aunque es verdad que al fin conseguí que se suprimieran ciertas prácticas, no poco trabajo me costó el conseguirlo; porque *insistiais vosotros en sostenerlas como facultativas*, y me fué menester haceros la concesion de que se conservaran los símbolos de esas mismas prácticas, si bien es justo hacer constar que me dejábais vosotros con el derecho de fijar la interpretacion que se hubiera de dar á los tales símbolos.

Confesad que si deseais la union con los H H.: y las H H.: separados, imponiendo para ello la caducidad de Simon, impacientes deseais esa reconciliacion con el fin muy principal de hacer revivir lamentables tradiciones, opuestas, sí, á lo que tenia yo por verdadero Paladismo, pero tradiciones que muy pocos de vosotros reprobais.

Y permitidme que, á este respecto, os diga que si bien podeis recobrar el título de *Paladismo Regenerado y Libre*, por haber

sido el que adoptó la Confederación, lo que son los Breves de autorizacion en actividad, destinados para los Circulos Familiares, exclusivamente á mí me pertenecen, puesto que todo, grabados, impresion, sellos, todo lo pagué yo, y la verdad es que hoy no quiero usar de ellos para ayudaros en la fundación de círculos! Pero si los he de utilizar transformándolos en prima con que obsequie á mis suscritores. Con todo, y para que no lo extrañeis, os anticipo desde luego que publicaré en mis Memorias la explicacion de aquellos símbolos, tal como los simonistas y casi todos vosotros quereis tenerla: como dogma, como *verdadero dogma de satanismo* (1) Ya veremos si una vez he-

[1] Hago aqui mencion de lo que en el artículo 10 de los *Reglamentos para los Circulos Familiares*, quedó estipulado en lo relativo á los Breves de autorizacion en actitud:

«Servirá de modelo el que la Asamblea Independiente en Londres adoptó en 2 mekir 000694, para que de una manera uniforme sirviera para todos los Diplomas, Breves y Patentes de la Confederacion del Paladismo Regenerado y Libre; es decir, el modelo de las Patentes de Gárraca y de Maestra Templaria con título directo de Charleston por ser el más completo respecto de los símbolos del Paladismo, que contiene. Sin embargo, no se ha de dar la explicacion de esos mismos símbolos á quienes soliciten Breves de autorizacion para fundar algun Circulo Familiar.»

¡Ah! No, jamás se habian llegado á explicar aquellos símbolos á los simples profanos, por muy resueltos que estuviesen para fundar un Circulo!.....

Pero, pues que se me hizo pagar los gastos que ocasionaron esos mismos Breves, evidentemente y sin discusion me pertenecen en propiedad, y siendo propiedad mía dispongo de ellos como mejor me place. Nada me ha de servir mejor para demostrar el Satanismo que se pretende mantener en los Triangulos, satanismo al cual se que-

cha esa explicacion en el sentido en que reincidís, podeis fundar muchos Círculos; familiares... Yo digo que no.

Con honradez, hubiésemos podido fundar muchísimos, pero con ese Paladismo satánico que practicais os condenais vosotros mismos á la impotencia y yo os condeno al desprecio público.

En cuanto á vuestros Triángulos—y al hablar de los vuestros hablo tambien de los que tiene bajo su autoridad Simon;—en cuanto á vuestros Triángulos, inmenso placer será para mí trabajar por su destruccion, puesto que habeis vuelto á caer en el satanismo del cual me esforzaba yo por sacaros; trabajo al que me entregaré con toda tranquilidad de espíritu, segura de que haré un verdadero bien. Si el Paladismo ha de ser *eso*; si es imposible, para emplear la graciosa expresion de un escritor adonaista que se firma *Flavio*, «lavarle la cara», á fé de creyente honrada os juro que tanto más valdrá entónces que para siempre se hunda en la reprobación general.

¡Ah! Con que habeis dado gritos capaces de connover los muros de vuestros templos

para atraer á los Círculos Familiares, muy á mi pesar. La publicacion de semejantes Breves con su correspondiente explicacion descargará un golpe mortal sobre ese satanismo de los que se dan á sí propios el título de luciferianos.

contra las revelaciones del Dr. Batalla. ...? ¡Pues bien! Yo os anuncio algo mejor que todo cuanto hubiere podido decir este católico romano, cuyas revelaciones perdian al parecer un tanto de su valor por el hecho de haber sido resuelta su averiguacion con una idea preconcebida, inmutable y puesta en ejecucion con miras de enemigo, mientras que á mí, nadie me podrá acusar de haberme pasado á las filas adonistas. Y vosotros no ignoráis qué es lo que yo sé; quiero decir, no ignorais que nada se me ha ocultado, que ningun secreto ha tenido para mí ni el mismo Dios Bueno en persona. Y os aseguro que nadie en el mundo me pondrá mordaza!

No vayais á apelar á mi propio juramento para combatirme.

¿Quién fué aquél á quien juré respeto, amor, fidelidad?... Fué Satan, el rey del mal, el príncipe soberano, jefe de los demonios? ¡No! ¡Jamás! ¡Jamás! Hice mi juramento á Lucifer como príncipe del bien, como dios de bondad suma.

Creo ó por lo menos hago por creer todavía, que Lucifer es el Dios Bueno y Adonai el Dios Malo. Mas á vosotros que intitulaís malhadada mi táctica, á vosotros tengo que decir que la vuestra es la sospechosa. Siete días me habeis dado para re-

flexionar, y al hacerlo en este momento no puedo veros si no es urdiendo tortuosas maquinaciones. No se os cae de los labios el nombre de Lucifer..... ¡ahl bien comprendo que á quien adorais es á Satán.

Después de reír de la pretensión que teniais de imponerme vuestra tiránica é impertinente voluntad, estoy temblando..... tiemblo al preguntarme á mi misma si por acaso, engañado también él, no me habrá inducido mi amado padre en el error.....!

Leo de nuevo las siguientes líneas, relativas á mi persona y escritas un año há por un adversario en quien siempre admiré rectitud y elevación de sentimientos, y la lectura de los cuales me produjo la impresión más viva: "Se ha formado Diana Vaughan una idea de Lucifer absolutamente opuesta á lo que es él en realidad; de modo que por espíritu malo se figura ella no lo que es, sino la antítesis de lo que es. Imagínase un Lucifer bueno, protector del bien y hasta misericordioso, tal, en una palabra, como lo son los ángeles de luz; y, revistiéndole de perfecciones divinas, póstrase delante de él. No está, pues, su error en el concepto que tiene formado acerca de la divinidad, sino en atribuirle dones divinos al enemigo infernal de Dios."

En manera alguna había llegado á con-

vencerme una opinión como esta, expresada en los términos que se ha visto. Nada nuevo me enseñaba el escritor al decir en estilo católico romano que la ortodoxia luciferiana es exactamente el contrapié de la ortodoxia adonaista. Lucifer, para el paladista ortodoxo, es el príncipe y autor de todo bien, en tanto que Adonai equivale al demonio de la Religión cristiana, pero un demonio rival del Dios Bueno. Por tanto, á los ojos del paladista ortodoxo, Lucifer no podría ser Satan, y, para decirlo de una vez, más bien Adonai sería un Satan, de altísimo orden.

Empero, aquellas líneas que acabo de copiar me vinieron á la memoria, no bien hube leído la bóveda londonense y reflexionado acerca de lo que sé de las tendencias que predominan en la práctica del Paladismo.

Lo repetiré: realmente—y demasiado sabeis que yo no miento,—realmente, adorais en Lucifer á un Satan, mientras por otro lado maldecis y rechazais con horror á Adonai, que es el Dios de los católicos romanos.

En consecuencia, no yo, sino vosotros mismos sois quienes dan la razón al autor de los conceptos que reproduje ya. Resulta de aquí, que, si adorando á Lucifer adoraba yo al Satan que recibe vuestros homenajes, fuí engañada, como lo fué también mi padre,

como lo son en fin los pocos paladistas que me aseguraban pensar de la manera que yo pienso, y adoraba yo al Demonio. ¡Y bien! ni ahora quiero, ni nunca he querido tener semejante divinidad.

Si verdaderamente es Lucifer Satanas, mi juramento es nulo, y para desligarme de él, no necesito de ningún sacerdote católico romano, de ningún ministro protestante, de ningún rabino, de ningún morabita, sino que es nulo por sí mismo, radicalmente nulo.

Si no estaba yo en un error, si de verdad es Lucifer Dios Bueno y en tal virtud es válido mi juramento, absolutamente le traiciono con desenmascarar las prácticas satanistas que con pena tuve ocasión de presentar yo misma en los Triángulos, prácticas á las cuales me opuse cuanto me fué posible. Absolutamente, vuelvo á decir, traiciono á mi juramento, puesto que no sois vosotros luciferianos sino satanistas.

Llegué á saber que sólo por complacerme suprimían ciertos Triángulos aquellas prácticas, cuando los iba yo á visitar como Inspectora; pero que no bien me ausentaba yo de la ciudad, volvían á ellas y aun con más ardor. Tuve ocasión de cerciorarme de esto con algunos ortodoxos de cuya veracidad estoy segura, y al saberlo, sentía

partírseme de dolor el corazón. Alimenté entónces la esperanza de que poco á poco podría hacer volver á todos los nuestros, siquiera á los Independientes confederados, á la ortodoxia, ó sea al dogma puro y á las prácticas no censurables, valiéndome del lenguaje de la persuacion y de la perseverancia en glorificar el bien y en desprestigiar el mal, con brío, con vigor, sin ambigüedades y á luz de todo el mundo. . . . Vosotros, que os intitulais mis mejores amigos, acabais de matar esa mi esperanza.

Decís que os es penoso el deber que tenéis de desconocerme; y yo os digo que á romper con vosotros para siempre, exhálase de mi pecho un suspiro con que me siento aliviada de un enorme peso. Sí, estad ciertos de que respiro con más libertad al ir escribiendo todas estas cosas.

Respiro con más libertad, sí; vuestras despóticas fantasías han provocado mi hilaridad, sí, otra vez. Sin embargo ¡en qué manera no me habeis desconcertado el ánimo hasta lo más profundo!

Veo pasar mi vida entera delante de mi conciencia. No sé yo ni en dónde me hallo, ni de dónde vengo, ni á dónde voy; me pongo á escuchar, y oigo como una voz que me dice: «Yo soy la verdad; quédate conmigo;» y en seguida, como un suave murmullo, que

tambien me dice: «Siempre te ha estado engañando; renuncia á él. Aquél que de veras te ama no aguarda, para abrirte los brazos, más que una súplica de tu parte!»

¿A quién escuchar?... ¿A quién de los dos creer?... ¿No lo sé! Hace un momento reía; en este instante lloro. ¿Llegaré por ventura á perder la razon?... ¡Oh, Dios Bueno quien quiera que tú seas, ten piedad de mí!

Pero... no más turbaciones, no más tormentos de la imaginacion! Pensemos en la obra urgente y necesaria. ¡Ya no soy de ellos! Ved ahí lo indiscutible. ¡A escribir sin odios ni rencores el libro de buena fé! ¡A decir sin temblar todo, todo lo que hay que decir! ¡Neutralízate, alma mía, en tanto que mi pluma corra por el papel!

Y, renunciando invocar á *espíritus* sobre los que se discute, invocaré nada más, para que me sostenga, á Aquella á quien tengo por la heroina más sublime que jamás vengió en este mundo y que, donde estuviere, no puede ménos que estar cerca del Eterno Bien:

—¡Santa Juana de Arco! ¡Combate por mí!

DIANA VAUGHAN

Junio 8 de 1895.



MEMORIAS DE UNA EX-PALADISTA.

¡Gloria á Dios, el único verdadero Dios!
¡Gloria á Cristo y á su Madre Santísima!
¡Viva Juana de Arco!

Junio 14 de 1895.



SCRIBÍ mucho todavía despues de la contestacion que dí á la bóveda londonense, pero no es posible ya utilizarlo. No contaba yo con que pronto había de verme en la necesidad de publicar mis memorias en el sentido que se da á esta palabra. Mis primeras impresiones las escribí como por sorpresa; pero de ayer acá esas impresiones no son las mismas que eran todavía antier.

Fué ayer para los católicos romanos el día de Corpus Christi, ó fiesta de la Eucaristía. Para los Paladistas, fué el día mismo de ayer la tercera de las grandes fiestas de Lucifer, pues los otros dos en que celebran á su dios mis ex-Hermanos y ex-Hermanas, son: la Natividad, fiesta de blasfemias

tambien me dice: «Siempre te ha estado engañando; renuncia á él. Aquél que de veras te ama no aguarda, para abrirte los brazos, más que una súplica de tu parte!»

¿A quién escuchar?... ¿A quién de los dos creer?... ¿No lo sé! Hace un momento reía; en este instante lloro. ¿Llegaré por ventura á perder la razon?... ¡Oh, Dios Bueno quien quiera que tú seas, ten piedad de mí!

Pero... no más turbaciones, no más tormentos de la imaginacion! Pensemos en la obra urgente y necesaria. ¡Ya no soy de ellos! Ved ahí lo indiscutible. ¡A escribir sin odios ni rencores el libro de buena fé! ¡A decir sin temblar todo, todo lo que hay que decir! ¡Neutralízate, alma mía, en tanto que mi pluma corra por el papel!

Y, renunciando invocar á *spiritus* sobre los que se discute, invocaré nada más, para que me sostenga, á Aquella á quien tengo por la heroina más sublime que jamás vengió en este mundo y que, donde estuviere, no puede ménos que estar cerca del Eterno Bien:

—¡Santa Juana de Arco! ¡Combate por mí!

DIANA VAUGHAN

Junio 8 de 1895.



MEMORIAS DE UNA EX-PALADISTA.

¡Gloria á Dios, el único verdadero Dios!
¡Gloria á Cristo y á su Madre Santísima!
¡Viva Juana de Arco!

Junio 14 de 1895.



SCRIBÍ mucho todavía despues de la contestacion que dí á la bóveda londonense, pero no es posible ya utilizarlo. No contaba yo con que pronto había de verme en la necesidad de publicar mis memorias en el sentido que se da á esta palabra. Mis primeras impresiones las escribí como por sorpresa; pero de ayer acá esas impresiones no son las mismas que eran todavía antier.

Fué ayer para los católicos romanos el día de Corpus Christi, ó fiesta de la Eucaristía. Para los Paladistas, fué el día mismo de ayer la tercera de las grandes fiestas de Lucifer, pues los otros dos en que celebran á su dios mis ex-Hermanos y ex-Hermanas, son: la Natividad, fiesta de blasfemias

contra el Cristo que nace, y el Viérnes Santo, fiesta de regocijo contra el Cristo que muere en una Cruz.

Llegué el miércoles á la ciudad donde vive la digna y santa mujer que conoció á uno de mis antepasados, á quien debí particular cariño; y aunque no me esperaba para ese día, no bien me anuncié con una tarjeta, abriéronse para mí las puertas de su convento, y penetré. Sólo ella y otra religiosa más fueron las que me conocieron.

Al traspasar los umbrales de aquel piadoso asilo, tal me pareció sentir como que daba un paso más para acercarme á Dios, al único verdadero Dios.

¡Oh Dios, á quien desconocí! ¡Perdon! ¡Perdon! Entre tus vírgenes se halla esta criatura indigna. . . ¡Perdon una vez más, oh Dios de toda bondad!

Sí, Señor; no hay más que un solo Dios, y ese sois Vos. El otro es la mentira, Vos sois la verdad. Porque no había de ser posible que á un tiempo mismo existieran dos Satanes, dos dioses malos; y Lucifer es Satán. ¡Gracias, Señor, que seréis mi Dios de hoy en más! ¡Todo lo acabo de comprender!

Siento en mi interior la tranquilidad; mi alma se regocija y mi corazón se deshace en una dulce alegría, desconocida para mí hasta este instante. Rogad por mí, nuevos amigos míos; pedid á los ángeles, á los santos, al mismo Dios, que conserve yo esta paz tan suave todo el tiempo que me quede aún de vida; que me asista la bendita Ma-

dre de Cristo principalmente á la hora de la muerte.

En torno mío han estado prodigándome todo género de atenciones, ellas, las vírgenes del Señor, y yo en dulcísima conversacion, tomándole la mano, con aquella que me traía á la memoria uno de los recuerdos más gratos de mi vida. . . Mas, dejemos esto.

Al día siguiente en la mañana, ó sea el juéves, debía yo abandonar aquella casa, mansion de la paz y de la virtud. Ninguna de las dos religiosas que estaban en mi secreto había hecho nada por atraerme, por conquistarme; pero las dos habían orado, habían orado mucho, y yo también.

—¿Ya nos vamos á separar? les pregunté.

Ambas se quedaron mirándome con los ojos humedecidos por el llanto. Iba á dar ya la hora en que deberían reunirse á la comunidad para rezar su oficio.

—Permítanme Vds., agregué, que asista á la misa, á la oracion por excelencia que ustedes tienen. Estaré en ella con el mayor recogimiento, ofreciendo á Vds. que ninguna de las Hermanas maliciará que yo no soy cristiana.

Después de deliberar brevemente entre sí, una de ellas, la que ejercía más autoridad, me dijo:

—Venga Vd., querida hija.

Entonces me abracé á su cuello para expresar le mi agradecimiento. Lloró ella, y también las tres lloramos. ¡Cuán dichosa era yo en aquel instante! . . .

¡Oh! y ¡qué inolvidables serán para mí los que pasé en la capillita!... Un objeto, que no podía descubrir á aquellas buenas religiosas, era el que me proponía al pedirles que me permitieran asistir á la santa misa de los católicos romanos; y ese objeto no le podía expresar, porque lo que hubiese tenido que decirles habría sido causa de inmenso dolor para ellas, no por mí, ciertamente, pero sí por lo que hacía á mis ex-Hermanos y ex-Hermanas.

Sentía deseos de arrodillarme delante del altar cuyo tabernáculo sirve de pedestal á la imagen del dulcísimo Crucificado, de Aquél que tanto amó á los hombres, y quería yo, postrada allí y levantando el alma al Dios de los cristianos, pedirle perdón por todos los ultrajes que en ese mismo día se esforzaban por hacerle los adoradores de Satanás insultando al Cristo por medio de locuras monstruosísimas.

Y la bondad de las vírgenes de Dios me permitía entrar al Santuario del Eterno Bien.

Se me llevó al lugar que estaba destinado para el público, donde me confundí con los católicos que concurrían á la gran solemnidad, sintiéndose felices de practicar sus actos de piedad en aquel convento como en un templo privilegiado. Dijérase que unidas con las de aquellas santas mujeres, suben más fácilmente al cielo las oraciones de los ménos dignos.

Mi amiga—que bien puedo llamarla así—la religiosa, me había prestado un libro de misa para

que pudiese yo seguir con facilidad las ceremonias del santo Sacrificio, diciéndome: «No tiene Vd. que hacer sino lo que hagan los que tenga Vd. allí cerca: sentarse, hincarse ó pararse cuando ellos lo hagan. Pero, eso sí, procure usted pedir, que, por nuestra parte, también nosotras pediremos con Vd.» Yo tomé el libro, pero casi no me sirvió de nada, pues desde que comenzó la misa me arrodillé sin preocuparme con los cambios de postura que durante la ceremonia veía yo en los fieles, ni fijar la vista más que en el altar y en el Crucifijo que tenía los brazos enteramente abiertos como para atraer á los malos al arrepentimiento y brindarles con la misericordia. Y concluyó la misa, y todavía permanecía yo de rodillas buen espacio pidiendo á Dios sin leer el libro que tenía en la mano, pero sí desde lo más profundo de mi corazón.

Véase qué fué lo que pedí en aquel momento: «¡Oh Dios de infinita bondad! Creo en vos y os doy gracias por haber permitido que ya no esté yo bajo el poder del Demonio. Seis años há, casi, que vuestros peores enemigos me hicieron gran sacerdotisa del Demonio, despues de haber aprendido desde niña que Lucifer era el divino príncipe de todo bien, y Vos el dios del mal. ¡Perdonadme, Dios mío, perdonadme!... ¡Perdonad también á los que engañaron á mi padre, puesto que como bien lo sabéis, mi amadísimo padre vivió de buena fé en el error... También mi querida madre, aunque no tan sumergida en él, os desco-

noció. ¡Perdonadla, mi buen Señor, por los merecimientos de Jesucristo; perdonadla en recompensa de su dulce caridad! Que las buenas obras que practicó en la tierra, sean en el otro mundo como el precio de su rescate y el de mi padre, y concededme, el día que vuestra Providencia hubiese fijado para poner fin á mi existencia humana, concededme la gracia de volver á encontrar á ámbos en la mansión de la eterna felicidad, que es vuestro Paraíso, oh Dios mío.

"Derramad la luz de vuestra verdad santa en el entendimiento de todos los que continúan ciegos, como lo estuve yo tan largo tiempo. Ahora es cuando veo las profundidades del abismo donde me tenía Satán y de donde Vos me habeis sacado; mas ¡oh Dios mío! puesto que ya al presente os amo; puesto que me habeis preservado de tanto mal aún hallándome en poder del Demonio; puesto que me quereis para Vos, ¡os lo ruego! dadme más y más luz, y no me dejéis en la menor duda acerca de los misterios de vuestra religión, acerca de las enseñanzas de la Iglesia de Jesucristo.

"¡Oh buen Jesús, Cordero sin mancha! A vos, que os ofrecisteis á Dios como víctima expiatoria para borrar los pecados de los hombres, tambien yo os amo con todas las fuerzas de mi alma. Concededme la gracia de creer que estais presente en la blanca hostia que levanta el sacerdote del Santo de los Santos hacia esa Cruz, donde os veo clavado y que me recuerda cómo al exhalar el

último aliento perdonábais á vuestros verdugos. Miétras yo no tenga fé en el misterio de la divina Eucaristía, no he de ser feliz del todo. ¡Oh Cristo amantísimo y digno de ser amado! ¡oh Hijo de la Mujer más santa entre las mujeres! ¡oh Mesías, redentor del mundo! dadme la fé que me está faltando!

"Y Vos, María Santa, Reina de los cielos, refugio de los pecadores, consuelo de los afligidos, Nuestra Señora de las Victorias, Nuestra Señora del Sagrado Corazón, Vos que aplastais la cabeza de la serpiente maldita, ¡rogad por mí, amparadme, salvadme!

"Dios mío, dos meses há, la antevíspera de la Pascua, los paladistas de todo el mundo, masones ó no, injuriaban á nuestro Cristo, pisoteando la Cruz; hoy, en este momento mismo, imaginanse que le matan, que le sacrifican, y desahogan su furor salvaje contra el Sacramento de la Eucaristía. Mas Vos sabeis, Señor, que jamás tuve participacion en aquellos actos de extremado desencadenamiento del odio paládico, sin embargo de que ningun mérito contraía yo con ello, puesto que no creía en la presencia real. Ellos, los otros, gritan: ¡"Aquí está el Cristo!" y, puñal en mano, arrájanse con rabia feroz sobre la blanca hostia. . . . ¡Miserables! ¡Perdonadlos, Dios mío, que no saben lo que hacen! En cuanto á mí, necesito creer, y necesítolo para adorar bajo las místicas especies á vuestro Cristo. ¡La fé, pero una fé completa. . . . ¡oh! concedédsela, divino Criador, concedéd-

sela á la indigna criatura que os implora! Séame dado gustar la perfecta alegría de estas santas mujeres que oran en este mismo lugar conmigo! Yo os adoro, Dios de bondad, en vuestra clemencia y en vuestra justicia; mas tambien en vuestros divinos misterios quiero adoraros. No desecheis mi oracion, Señor, ¡iluminadme!

«Vos, Juana, mártir valerosa y pura, sed mi intérprete celestial y defended mi causa cerca del trono de Dios. Presentad mi retractacion á Jesus, cuyo Nombre triunfador escribíais junto con el de su santa Madre en vuestro estandarte, y decidle al Omnipotente, al único Omnipotente que os admitió en su gloria; decidle que le ofrezco mi vida por la conservacion de todo aquél que me quisiere mal.

«Sí, Señor, sí; despues de iluminarme el entendimiento, apoderaos de mí. Sea yo á mi vez la víctima; aplaque mi sacrificio vuestra justa cólera; sirvan las lágrimas de dolor que derramo, para borrar las ofensas que habeis recibido de mis ex-Hermanos y ex-Hermanas. ¡Piedad para todos ellos, oh Dios mio! ¡iluminadlos á todos y perdonad hasta á los más culpables! Mi salud, mi sangre, mi vida, ¡tomadlo todo, y haced que tornándose hombre honrado Adriano Lemmi, se convierta á Vos y os bendiga para siempre!»

Junio 16.

Dos días permanecí todavía en aquel convento, cuya superiora es de clarísima inteligencia, de un

talento cultivado como los mejores y de gran discrecion. Desde que comenzó á oír mis explicaciones, comprendió la necesidad que había de que guardaran el secreto de mi visita las dos únicas personas á quienes me había yo descubierto como quien en realidad era, siendo una de ellas la superiora misma. Comprendió tambien la imposibilidad en que estaba yo para seguir á su lado mientras escribiera mis Memorias; se explicó perfectamente la organizacion que había yo dado á mis tareas, sin que se fuera á descubrir el lugar donde me ocultaba, y quedó, en fin, convencida de que nada podría yo hacer tomando como retiro otro lugar que no fuera ese. Le prometí, sin embargo, que alguna vez la sorprendería con mi visita, y nos despedimos.

En seguida hice que mi editor me devolviera lo que escribí despues de la contestacion que dí á la bóveda del Comité Federal de Lóndres, contestacion que sale con su propia fecha, 8 de Junio, al principio de estas Memorias, para que el cristiano lector tenga á la vista la prueba de los progresos espirituales que hice en cinco días. Acaso venga la vez en que públicamente pueda yo dar á conocer la causa de ello. Mas aquello que escribí durante los días 9 y 10 de este mes de Junio, salía sobrando para mi objeto, puesto que eran ya muy distintas mis impresiones desde que asistí á la santa Misa del día de Corpus.

Así, pues, reuniendo de prisa todos mis materiales, reclamo la indulgencia para una obra que ten-

Miss Vaughan — T. I. — 5.

go de escribir sin plan alguno preconcebido, y doy aquí principio á mis labores. Mi trabajo ha de resultar forzosamente desatinado; mas no vaya el lector á atribuirlo más que á las circunstancias. En todo caso, estén seguros todos de que no los escandalizaré con mis palabras, pues sabido es que jamás falté á la mía.

Pido á todos mis lectores que no me olviden en sus oraciones. Vosotros principalmente, amigos míos, haced que pidan los sacerdotes, los religiosos y las religiosas que fueren de vuestras familias, y para que lleguen hasta el cielo las voces más puras, haced que tambien pidan por mí los niños en union de los ministros y de las vírgenes del Señor.

† Anoche me separé del convento, en donde se me dijo al salir que multitud de sacerdotes, de religiosos y religiosas tenía ofrecida á Dios la vida, para conseguir, mediante ese sacrificio, que jamás volviera yo á ser luciferiana. No lo soy ya por cierto; pero ¡oh Dios mío! no acepteis la vida de ninguno de vuestros sacerdotes, no acepteis la de ninguna de vuestras religiosas, tan puras y llenas de merecimientos; aceptad, sí, la mía cuanto antes!

† ¡Nuestra Señora de las Victorias, Nuestra Señora del Sagrado Corazon! ¡Rogad por mí!

† ¡Juana de Arco! ¡Combate por mí!



CAPITULO I.

LUCIFER EN EL SANCTUM REGNUM.

VEINTICINCO años un mes ocho días tenía de edad, cuando fui presentada oficialmente á Lucifer; es decir, cuando por primera vez vi con mis propios ojos á Aquel que se dice rival del Dios de los cristianos y eterno superior suyo. Tres días ántes habia pedido que le presentara yo mis homenajes, y el día 8 de Abril de 1889, que fué un lunes, se los presenté efectivamente en el Sanctum Regnum. ¡Fecha funesta, que hoy maldigo, cuando por espacio de seis años fué motivo para mí de gloria mientras viví engañada!

Multitud de obras y de periódicos se han estado ocupando de mi persona en estos últimos años,

go de escribir sin plan alguno preconcebido, y doy aquí principio á mis labores. Mi trabajo ha de resultar forzosamente desatinado; mas no vaya el lector á atribuirlo más que á las circunstancias. En todo caso, estén seguros todos de que no los escandalizaré con mis palabras, pues sabido es que jamás falté á la mía.

Pido á todos mis lectores que no me olviden en sus oraciones. Vosotros principalmente, amigos míos, haced que pidan los sacerdotes, los religiosos y las religiosas que fueren de vuestras familias, y para que lleguen hasta el cielo las voces más puras, haced que tambien pidan por mí los niños en union de los ministros y de las vírgenes del Señor.

† Anoche me separé del convento, en donde se me dijo al salir que multitud de sacerdotes, de religiosos y religiosas tenía ofrecida á Dios la vida, para conseguir, mediante ese sacrificio, que jamás volviera yo á ser luciferiana. No lo soy ya por cierto; pero ¡oh Dios mío! no acepteis la vida de ninguno de vuestros sacerdotes, no acepteis la de ninguna de vuestras religiosas, tan puras y llenas de merecimientos; aceptad, sí, la mía cuanto antes!

† ¡Nuestra Señora de las Victorias, Nuestra Señora del Sagrado Corazon! ¡Rogad por mí!

† ¡Juana de Arco! ¡Combate por mí!



CAPITULO I.

LUCIFER EN EL SANCTUM REGNUM.

VEINTICINCO años un mes ocho días tenía de edad, cuando fui presentada oficialmente á Lucifer; es decir, cuando por primera vez vi con mis propios ojos á Aquel que se dice rival del Dios de los cristianos y eterno superior suyo. Tres días ántes habia pedido que le presentara yo mis homenajes, y el día 8 de Abril de 1889, que fué un lunes, se los presenté efectivamente en el Sanctum Regnum. ¡Fecha funesta, que hoy maldigo, cuando por espacio de seis años fué motivo para mí de gloria mientras viví engañada!

Multitud de obras y de periódicos se han estado ocupando de mi persona en estos últimos años,

y no há mucho que leía en el *Figaro* (Suplemento al número de 15 de Junio de 1895) un artículo de M. Huysmans sobre la magia y el satanismo, artículo en el cual, ignorando su autor que he tenido la dicha de abrir los ojos á la luz del verdadero Dios, y que renuncié ya para siempre á Satanás, no deja de tratarme con dureza, bien que no por ello conservo para él ni sombra de mala voluntad. Con todo, incurro con respecto á mí en un error que no puedo ménos de lamentar y que me apresuro á rectificar al dar principio á estas Memorias. A juzgar por su artículo, M. Huysmans está bastante instruido en materia de Paladismo; la distinción que hace de luciferianos y satanistas — ó satánicos, como él dice — es exactísima por lo que mira á la absoluta separación de los dos campos. Pero se engaña atribuyendo á los luciferianos paladistas el robo de hostias consagradas que con audacia no común se perpetró hace un año en Nuestra Señora de Paris, dejando tan justamente indignados á los católicos de todo el mundo. De las deducciones que hace el articulista, citando también la revista que he dejado de publicar, parece desprenderse, ó cuando ménos así lo insinúa, que el grupo disidente del cual formé parte fué el culpable de aquel robo sacrilego. Si así fuese, reflexionando como reflexionarían los que abrigaran la misma sospecha que M. Huysmans, para hipocresía indigna habría sido, según ellos, el haber protestado yo públicamente, como lo hice, contra la profanación de las sagradas Especies. No de

bo, pues, pasar por alto una sospecha de ese género, confesando, y todo, en voz muy alta los demás errores de mi vida pasada.

Con más equidad me han tratado MM. el Dr. Bataille, de la Rive, Margiotta y otros muchos escritores católicos, á quienes nunca agradecería debidamente la conducta que con relación á mí han seguido.

En concepto de estos últimos, estoy fuera del número de todos aquellos adoradores y adoradoras del Demonio, para quienes pisotear y apuñalear el Sacramento eucarístico ha sido causa de un placer comparable nada más con el que deben de experimentar los caníbales que despedazan á sus enemigos. Largo tiempo estuve teniéndolos por locos á todos ellos; hoy, empero, siéntome á punto de verlos como criminales de gran talla.

M. Huysmans estaría en lo justo, diciendo que todos en general, luciferianos y satanistas, procuran por cualesquier medios proveerse de hostias consagradas; porque ninguna distinción cabe hacer entre los dos campos en lo concerniente á tales profanaciones y al origen de ellas, toda vez que unos y otros ocurren á sacerdotes apóstatas para la consagración del pan místico, y que cuando no tienen sacerdote apóstata de su gusto, proveense todos ellos de hostias por medios ya denunciados á la indignación de la gente honrada.

¿Deben imputarse á los paladistas los robos que se cometen en los templos?..... No intento de-

fenderlos, como bien se verá por las revelaciones que habré de hacer de crímenes verdaderamente atroces, en estas páginas; mas si es necesario que diga yo que, por su parte, son excepcionales semejantes robos sacrílegos, cuya consumación, casi en su totalidad, hay que imputar á esas agrupaciones satanistas, que, no unidas en Confederación universal, sino esparcidas por doquiera, son las que forman el segundo campo del Bajísimo, para usar de la feliz expresión de M. Huysmans.

Tan insignificante es la defensa que con esta rectificación hago en favor de mis ex-Hermanos y ex-Hermanas, que voy á dar á conocer desde luego el resumen de un decreto del Gran Directorio Central de Nápoles y que, siendo aplicable á todas las Provincias Triangulares europeas, manda: *"En el caso de que no se puedan agenciar de otro modo las higueras malditas necesarias para los actos del rito, no se deberá retroceder ante el hecho de tomarlas penetrando de día ó de noche en la casa del Dios Malo; pero si no pudiere hacerse tal sustracción sin apoderarse á la vez de los vasos donde se contengan, y si esos vasos fueren de metales preciosos, se dejará allí una cantidad igual al doble de su valor."* En consecuencia, posible es y hasta probable que luciferianos paladistas hayan penetrado á guisa de ladrones en los templos católicos para apoderarse de las sagradas Especies contenidas en las custodias y en los copones, pues debe saberse que con la expresión *"higuera maldita"*

designase por relación la hostia consagrada. Pero también agrego que no es de creerse que los fanáticos del mal, capaces de semejantes profanaciones, hayan dejado alguna vez en el altar el doble del valor de los copones y las custodias que hubieren robado: opinión que emito como muy particular mía, sin aventurarme á ir muy léjos con una acusación que hiciera, puesto que si en algun caso se hubiese dejado en el altar alguna cantidad de dinero, tal cosa no habría podido menos que llamar fuertemente la atención del encargado del templo, á un grado tal que necesariamente hubiese tenido que designar ese hecho como extraordinario, como inaudito; y jamás se ha oído decir semejante cosa.

Tal es lo que pasa en cuanto a los robos que en los templos se cometen y de los cuales puede hacerse responsables á los Paladitas. Jamás hubo quien se jactara de ello en mi presencia, puesto que siempre reprobé el apuñalear las hostias; pero sí creo que robos como los de ese género han podido, han debido tener como autores á individuos afiliados en los Triangulos, sin embargo de lo cual, repito que debe tenerse esto como excepción.

M. Huysmans dijo en el *Figaro*: Numerosos son los cuerpos de ejército del Paladismo. «El Paladismo, alta francmasonería de Luciferianos, se extiende al antiguo y al nuevo Mundo; tiene su antipapa; cuenta con una curia, con un colegio de cardenales que en cierta manera es parodia de

la corte del Vaticano." Y el autor comprueba tan formidable organización. ¿Cómo, pues, no ha podido comprender que hombres asociados en el fanatismo del mal en tan gran número y con tan buena organización, fácilmente pueden—valiéndose sobre todo de las comuniones sacrílegas de mis ex-Hermanas,—fácilmente pueden, digo, proporcionarse las sagradas Especies, cuantas veces quieran, sin recurrir á fracturas en que tuvieran que habérselas con los tribunales?

Segun el empadronamiento de 1893, sólo en Francia había ciento setenta y dos Triángulos (ocho de ellos en París); el efectivo de las Hermanas del Palladium varía de veinte á cincuenta por Triángulo en cada provincia, y las Caballeras Electas Paládicas, primer grado, pasan rápidamente en ese país á Maestras Templarias, segundo grado, habiendo cerca de seis mil Hermanas entre ámbos grados y más de trescientas Maestras Templarias en la Capital hasta el momento en que escribo. Ved, pues, la abominable cosecha de hostias que se recoge por trescientas mujeres que van á comulgar á dos ó tres parroquias, en la misma mañana cada una de ellas, en la Pascua de Navidad, ó bien el día de Corpus!... ¿Será creíble, segun esto, que la Sofía de los Paladistas franceses haya tenido necesidad, en la Semana Santa, de encargarse que se ejecutara en Nuestra Señora un robo para celebrar satánicamente la fiesta del Baphomet?...

Concluyamos. M. Huysmans se ha engañado

sobre este particular. Con pensar detenidamente en las cifras y en la organización, se comprenderá en el acto cuán fácil cosa es para los luciferianos paladistas satisfacer su rabia infernal contra el Cristo sin necesidad de comprometerse en nada, ni de infringir en lo más mínimo el Código penal.

— Las líneas del autor de *Allá abajo* y *En camino*, que hacen alusión á mí, entrañan cierta opinión que me afectó hondamente. Este es el motivo por el cual doy principio á mis Memorias refiriendo mi presentación á Lucifer, por más que haya yo visto otros demonios mucho ántes de haber conocido visiblemente al jefe de ellos.

Dejo para más adelante la historia de la primera querrela que la Sofía (1) entabló contra mí, por tratarse de una aventura bien sabida ya. El que primero la refirió se mostró atento haciendo algunas rectificaciones en cuanto á fechas, y M. de la Rive rectificó asimismo un incidente referido por el Dr. M. Bataille; incidente fundado en cierta leyenda muy válida, aunque muy inexacta. A lo dicho hay que añadir algo, ya modificando unas cosas, ya suprimiendo totalmente otras. Cuando llegue yo á tocar ese punto, las pondré en el verdadero aspecto que les corresponde, mediante circunstancias hasta hoy ignoradas, que daré á

[1] Suponemos que esta Sofía, que poco ántes mencionó ya la Autora, ha de ser Sofía Walder, masona rabiosa y enemiga acérrima de Miss Vaughan. De ella habla extensamente M. Margiotta en su excelente obra «Adriano Lemmi.»—*N. T.*

conocer aduciendo el documento principal concierne al caso.

Por ahora me limito á conservar la sustancia que mejor se conoce de esta historia. Presentada el 25 de Marzo de 1885 para ser iniciada como Maestra Templaria en el G. T. *San Jacobo* de Paris, hube de consentir que se aplazara mi proclamacion para ese grado por haberme negado á pasar por una de las pruebas esenciales del ritual, despues de haberme eximido de la otra prueba la voluntad de mi padre, formalmente declarada ántes de morir; prueba que, por lo demás, no habría yo aceptado nunca. Era yo, sí, luciferiana de corazon, pero opuesta abiertamente á las prácticas del satanismo. La prueba de la cual no se me había dispensado y que yo rehusaba, era el ultraje que había de hacer á las sagradas Especies Eucarísticas, pisoteándolas y apuñaleándolas. El haberse aplazado mi proclamacion en Paris, provocó un conflicto entre los Hermanos y Hermanas de *San Jacobo* y los miembros del Triángulo fundado por mi padre en Louisville, el P. T. (1) *los Once Sietes*, que fueron quienes me dispensaron la honra de conferirme el grado del cual se me declaró indigna por los Paladistas de Paris. Hubo allí entónces, con tal motivo, una crisis muy aguda que duró hasta el año de 1889. Más adelante trazaré la historia de aquella crisis.

[1] Estas iniciales: P. T. y las que poco há hemos visto: G. T. significan respectivamente, «Perfecto Triángulo», «Gran Triángulo.»—N. T.

La cual concluyó al fin con haber zanjado la dificultad Lucifer mismo, pronunciándose en mi favor despues de recibir mis homenajes de adoracion. Y ved ahí lo que todavía no se ha publicado; porque los que hablaron del asunto ignoran quién fué el verdadero autor de la solucion de aquel conflicto, que no parecía tenerla. El decreto que en 8 de Abril de 1889 expidió el General Alberto Pike, Soberano Pontífice de la Alta Masonería luciferiana, les hizo creer que la intervencion de Pike en favor mío había sido nada más que resultado de su autoridad, y esto fué lo que se repitió y corre impreso por ámbos Mundos.

Yo he dejado que digan y escriban cuanto quieran, porque hasta estos días me creía obligada por un juramento de secreto que presté acerca de lo que sucedé en la Orden; mas hoy, por la gracia del único verdadero Dios, tengo la prueba de que aquel mi juramento fué nulo. Démos á Pike lo que es de Pike, á Satán lo que es de Satán y á Dios lo que es de Dios. Una oracion por Alberto Pike, todas mis maldiciones para Satanás y todo mi agradecimiento para Dios!

Con el relato de mi presentacion á Lucifer, hecha en solemne tenida especial que se celebró en el Sanctum Regnum, quedará explicado lo que hasta aquí ha sido para muchos un gran problema. ¿Cómo es, preguntan, que con estar mirando en torno mío nada más que infamias y crímenes, todavía podía yo creer en la excelencia de la religion luciferiana, y estar alimentando por tantos

años la esperanza de que llegaría á regenerar el Paladismo?

Era que mirando el estiércol, sentía yo náuseas; pero tambien creía estar viendo un diamante escondido en ese mismo estiércol, y el diamante consistía en la idea, consistía en la doctrina. Hacíame yo misma la reflexion de que todo aquel estiércol había sido amontonado por la malicia del Dios malo y de sus secuaces (maleakhs,) y que semejante inmundicia necesariamente había de tener término fijo para su duracion. Todo esto me amargaba el alma, pero tambien me imaginaba poder leer en lo porvenir, y soñaba que sería yo el apóstol de semejante regeneracion.

Para que me comprendais mejor, católicos que vais leyéndome, pensad por un momento en las predicciones que vosotros mismos acomodais á la época aciaga de la venida del Antecristo: ¿podeis concebir época más dolorosa para la religion cristiana? No, que para entónces tendrá lugar la abominacion de la desolacion, y se verán afflictivas y desastrosas apostasías, aun entre los Obispos, y se extenderá por doquiera la corrupcion. Sin embargo de eso, ¿desesperarán los justos de la tierra? No.— Pues bien, yo me veía para mí, en una época semejante á aquella en cuanto á la religion luciferiana, y me creía tambien una santa de Lucifer; sin quedarme ya la menor duda cuanto á lo primero, una vez hecha la eleccion de Lemmi. Fué ésta la *lutea periclitatio*, la fangosa prueba. Los primeros crímenes é infamias que yo

misma presenciara, eran á mis ojos como los signos precursores de aquella inmundicia suma. Y siempre y á toda hora, mirando como brillar entre el estiércol el diamante aquél....

Lucifer era quien me había puesto en el estado de ánimo en que me encontraba y en el cual duré seis años, sin ser parte á desalentarme lo que me desgarraba el corazon, pues nada ménos que en ello me parecía ver cumplidas las tristes palabras de Aquél en quien tenía yo fé, de Aquél á quien mi educacion luciferiana me mostraba como el Dios Bueno. Me fué menester, por fin, ver á los espíritus de mentira sin el falso brillo ni la falaz belleza con que los había estado viendo, para comprender que Lucifer no es más que Satanás, y que sus ángeles son los malos ángeles. Sin eso, todavía estaría en el error; sin eso, hoy, lo mismo que antes de la rabiosa bóveda del Comité Federal de Lóndres, seguiría obstinándome con la ceguedad de siempre en querer realizar lo que de por sí es irrealizable; quiero decir, regenerar el Paladismo lavándole de sus inmundicias, no dejando de él sino lo que para mí era diamante, dando una interpretacion de sus enseñanzas, siempre pura y conforme siempre con la inmutable moral del bien.

Vengamos hoy á mi presentacion.

Invitada por principio de cuentas para ir á Charleston por los miembros del Serenísimo Gran Colegio, llegué allá el jueves 4 de Abril. Sabida es la creencia que se tiene de que todos los viérnes, á

las tres de la tarde, se aparece Lucifer en el Sanctum Regnum, donde, segun dicen y se tiene por cosa cierta en los Triángulos, habla con los jefes principales y les da sus instrucciones, aun cuando no estén reunidos todos, esto es, el Soberano Pontífice del Supremo Directorio Dogmático, y los diez Ancianos y Jubilados, miembros *ad vitam* del Serenísimo Gran Colegio; pues aunque poseía el dón de transportarse instantáneamente Alberto Pike, no asistía con regularidad á todas las tenidas llamadas divinas. Pero el viérnes 5 de Abril de 1889 sí estuvo presente.

Yo no había sido citada para aquella reunion, porque fuera de los once primeros jefes principales, nadie puede asistir á la tenida divina semanal.

El viérnes en la tarde fué uno de los Jubilados á participarme lo que había pasado, diciéndome que el Dios Bueno habia escuchado con interés la exposicion del caso ocurrido conmigo, y que acto continuo habia ordenado que le fuese yo presentada al tercero día. Semejante noticia me llenó de júbilo.

Preparéme, pues, desde el día siguiente, cumpliendo con todo gusto las prescripciones que se me dieron en nombre de Alberto Pike.

El sábado y el domingo no tomé alimento más que una vez al día al ponerse el sol, y consistió todo él en pan moreno, un plato de sangre frita cargada de especias, una ensalada de yerbas lechosas, y agua en lugar de vino. Los dos días ya ex-

presádos los pasé encerrada en mi habitacion orando y meditando. Dormía yo sólo tres horas, y eso interrumpida dos ocasiones: la primera á las ocho de la noche, despues de haberme acostado á las siete en una cama dura y sin desnudarme, por haberme despertado una de las mujeres que me acompañaban; y la segunda, á media noche, despues de haber vuelto á acostarme á las once, hasta que por último conseguí conciliar el sueño de tres á cuatro de la madrugada. La única luz que tenía en la noche era la que despedía una lámparilla que ardía delante de una estatua del Dios Bueno, reduccion de la gran estatua de Lucifer que se conserva en el santuario de la Verdadera Luz, centro del Laberinto Sagrado, y que representa al dios de los Triángulos con las alas desplegadas y con una antorcha y un cuerno de la abundancia en las manos, pisando con el pié derecho un cocodrilo de tres cabezas.

El domingo citado, 7 de Abril, fué á interrumpir mi meditacion el Tesorero del Serenísimo Gran Colegio, para preguntarme qué metales tenía yo dispuesto ofrecer, visto el triunfo de la santa causa. Yo dí todo lo que llevaba en aquel momento, y fué lo primero con que cooperé para la propaganda general y para la creacion de Triángulos en las provincias pobres.

Al día siguiente, lúnes, no tomé nada de alimento, pues lo único que hice para mantener las fuerzas fué estar dando durante el día sorbos de una infusion de cañamon que me fueron á bende-

cir tres Jubilados. Olvidaba yo decir que el apuesto que se me destinó era de una casa propiedad del Supremo Consejo. A las siete de la noche se me presentaron dos miembros de la Masonic Veteran Association, diciéndome que los siguiera; pero tanta era mi felicidad en aquel momento, que tambaleaba, y fué menester que aquellos dos individuos me tomaran del brazo para poder andar. Recuerdo que nada veía yo en mi rededor, pues tenía el espíritu completamente absorto con la idea de que iba yo á ver al Dios Bueno cara á cara. . . . ¿Por cuánto tiempo le había de ver? Todavía lo ignoro.

Al llegar al último atrio, se abrieron las puertas de hierro del Sanctum Regnum, y quedándose afuera mis dos acompañantes, oí la voz de Alberto Pike que me hablaba desde adentro.

—Nada tema vd., querida Hermana. Entre.

Yo desfallecía de emoción, y las piernas me flaqueaban; pero vuelvo á decir que no tenía miedo. No; absolutamente era el miedo lo que me tenía suspensa, y la prueba de ello es, que lejos de sentir el sudor frío del espanto, sentía en aquel momento un calofrío que me quemaba, y me latía el cerebro con violencia. . . . ¡Tanta era la febril alegría que me embargaba!

Luego que penetré en aquel lugar salieron á mi encuentro los once jefes principales, rodeándome y ofreciéndome asiento en el centro de la sala cuyas puertas se habían vuelto á cerrar. Salmodiaron aquellos un canto en un idioma que no pude

entender, y luego despues se retiraron, saliendo el último de todos Pike, despues de haberme oí los siguientes términos:

—Ha llegado la hora del mayor recogimiento, en el cual deberá vd. mantenerse hasta las doce de la noche. Esté vd. sentada durante su meditación, sin quitar la vista del Palladium, aunque si puede vd. cerrar los ojos á ratos para pensar mejor en la extraordinaria merced que se le concede; pero si con cerrarlos la vence á vd. el sueño, espánteles inmediatamente, ábralos, póngase en pié y dé algunos pasos.

—Mi espíritu está alerta, le respondí. El sueño no me ganará, y toda la noche la pasaría en vela si necesario fuese.

Tornaron á cerrarse las puertas produciendo un ruido sordo, y me quedé sola, enteramente sola delante del Palladium.

No debe de ignorarse ya que el Palladium es el Baphomet templario. Tiénese el de Charleston por el ídolo mismo cuyo último conservador en París lo fué Jacobo de Molay, y es legendaria la manera como se salvó aquel emblema. Este Baphomet es el que ha servido de modelo para reproducir los que existen en multitud de Arcópagos y Kadoschs y en todos los Grandes Triángulos. Pero sólo en los Talleres de la alta masonería se llama «Palladium» el Baphomet, y este horrendo ídolo es el que dió su nombre al Rito Supremo.

No era desconocido para mí el Baphomet, pues le había visto por primera vez en el Triángulo San

Jacobo de Paris, si bien los incidentes que ocurrieron allí al suspenderse mi recepción no me permitieron examinarle muy de cerca.

En los *Once Sietes*, donde se me proclamó Maestra Templaria á título honorario, así como en los Grandes Triángulos que están en relaciones de amistad con el que fundó mi padre y que se pusieron de mi parte, tuve tiempo suficiente para examinar el ídolo.

El Hermano 301, sucesor de mi padre en la presidencia de los *Once Sietes*, me había explicado ya el simbolismo; pero aunque decorosa tal explicación, no me dejó completamente satisfecha, y cuando, más tarde, comprendí que otra era la que tenía el simbolismo, sonrojéme de vergüenza por mis Hermanos y mis Hermanas. Sin embargo, con no sospechar nada de la realidad y seguir creyendo en la interpretación del Hermano 301, profundísima era la antipatía con que veía yo la tal estatua del Baphomet, estatua que no tan sólo encontraba deforme y repugnante, sino que yendo yo más lejos, la veía *sin arte alguno*, grotesca y ridícula, pues nadie ignora que hay grandes horrores y figuras que, siendo espantosas y todo, son artísticas.

Luégo, pues, que me quedé sola en el Sanctum Regnum, me ví frente por frente del Palladium once veces sagrado, del Baphomet que ha servido y sirve aún de modelo para todos los demás, del Baphomet del Temple de Pa-

ris y de Jacobo de Molay, el mártir, como le llaman los masones y los paladistas.

Ninguna bujía, lámpara, ni foco de luz natural había en el salon, y á pesar de eso yo no estaba á oscuras. En vano hacía por explicarme qué era lo que producía una claridad tan extraña como incomprendible. Aquello semejaba una inmensa tela que despedía luces más vivas que las fosforescencias y ménos que las que pudieran penetrar por un transparente, y esa enorme tela, distendida y como tapizándolos, sobre los tres muros que forman los costados del Sanctum Regnum, pues sabido es que aquel santuario del Paladismo, el primero y más venerado, es un espacioso salon de figura triangular, con sus muros de un espesor formidable como lo pudieran ser los estribos de un puente y hechos con material de granito.

No podía ménos que llamarme fuertemente la atención aquella especie de luminosa tela que tapizaba los muros laterales, asombrándome tanto más la cosa, cuanto que el pavimento y el plafond estaban sombríos, negros. Como ya había descansado algo con estar sentada, me levanté y me dirigí al muro. Cierto es que se me había recomendado que permaneciera yo en mi asiento para meditar; mas no por eso me proponía desobedecer á Pike, siendo así que todavía no comenzaba mi meditación.

Me aproximé, pues, al muro, y examinándole pude ver que todo él estaba como sembrado de diminutas llamas de volúmen apenas mayor que

el de la cabeza de un alfiler, pero que ni temblaban ni rutilaban, pues no eran más que á manera de un sudor de fuego. Acerqué la mano y sentí un calor muy dulce que despedían las llamas al lamirme suavemente la piel sin producirme ni la más pequeña quemadura. Esas llamas eran como de color verde. En mi vida había visto cosa igual.

Empero allá, en el fondo de uno de los agudos ángulos del salon, destacábase con toda claridad el horroroso Baphomet, y jamás como entónces me pareció serlo tanto aquella estatua de monstruosas formas.

Satisfecha mi curiosidad, volví á mi asiento y comencé mi meditacion abriendo y cerrando los ojos alternativamente. Al abrirlos, fijaba yo la vista en aquel Palladium con cabeza de inmenso chivo, y entónces me parecía ver á veces como que se movía el mónstruo!

A veces tambien notaba yo como si clavara en mí una mirada escudriñadora, cual si hubiese querido leer en el fondo de mi corazon. Mas ¡ah! ¡cuán poco le favorecían mis ideas! Una circunstancia, una sola, encontraba yo en mi interior que viniera á atenuar algo su fealdad, y era la de que el retrato mágico había sido esculpido en una época en que casi no se conocía el arte; época en que más bien obreros que artistas inspirados por el génio, eran los escultores que tenían atestado de groseras concepciones el cerebro. Prueba de ello son las esculturas que adornan las catedrales antiguas, templos donde se admira la hermosa ar-

monía arquitectónica, el grandioso conjunto de la construccion; pero en las cuales hay estatuas inverosímiles en cuanto á la forma y á las proporciones, y algunas de figura hasta demasiado fea. Agréguese que el Baphomet templario había tenido que sufrir la injuria del tiempo; y con estas reflexiones, algo, aunque muy poco, disminuía mi horror.

Miéntras tanto, quería yo dar con la razon por lo cual Pike me había dicho que al tiempo de meditar tuviera la vista fija en el Palladium. Ningun asunto para meditar veía yo en esa estatua, como no fuese la desgraciada suerte de los Templarios, que debiera yo lamentar. No he de angustiar al cristiano lector con decirle qué ideas fueron las que me asaltaron en aquella vez, puesto que para siempre las deseché ya de mi imaginacion.

En lo que más pensaba al estar mirando aquel atormentador Baphomet, era esto:—Los católicos hacen de Lucifer un demonio á quien representan en figura muy horrible. Ahora bien, no es posible que el Dios Bueno sea más que la hermosura suma, y pues que pronto le he de ver, pues que se va á dignar aparecérseme, yo misma le conoceré tal cual es. ¡Oh Dios mío, exclamaba, mostraos á mí con todo el esplendor de vuestra gloria! Presiento que dejaría de creer en Dios si os llegara á ver semejante á esta horrible y absurda obra de Magos retrógrados que no os conocieron jamás.

No dudaba yo de la futura aparicion; pero aguardábala sin impaciencia, aunque sí con mucho

recogimiento de espíritu cada vez más profundo. Mas cuando volvía á abrir los ojos para fijarlos de nuevo en el Baphomet, me decía á mí misma:— No ¡Dios mío! Vos no podeis ser como esa espantosa imágen que esculpieron manos ignorantes y á la cual atribuyen sus autores una leyenda para dar algun valor á su obra. Vos mismo sois, ¡Oh Dios bueno! el protector de vuestros fieles hijos, que no este pedruzco mal desbastado, que mi razon se resiste á creer sea obra vuestra. Día vendrá en que transformeis tan horrendo bloque en estátua deífica excelentemente admirable, y será ese un milagro que sirva como de punto de partida para designar el comienzo de la éra de la luz que habrá de iluminar á todos..... Decidme, ¡oh Dios mío! decidme que no me engaño: haced que así suceda!.....

Transcurrían mientras tanto veloces los minutos, transcurrían tambien las horas, y ni el menor ruido llegaba hasta mí de afuera, no teniendo por lo mismo absolutamente nada que me sirviese para medir el tiempo. Sin embargo, mi confianza no desmayaba, sino que ántes bien, abundando en ella, aguardaba yo el momento de la aparición.

En esto comienzan á abultarse las diminutas llamas, que como que brotan ya más vivas de los espesos muros, y comienzan tambien á iluminarse el pavimento y el plafond, como las paredes..... Entónces siento un calor intenso, pero no molesto, un calor que ni siquiera sudor provoca, y lle-

ga un momento en que me veo rodeada de llamas completamente: pero de llamas que no consumen, de llamas que no hacen más que lamer suavemente el asiento en que me hallo y mis vestidos sin quemar nada..... Me imaginé en ese instante hallarme en medio de las divinas llamas, y mi corazon se abrasaba de amor por Lucifer..... ¡Infame! ¡Cuánto me engañó!

Estalló de repente el rayo, seguido de un ruido que, una tras otra, retumbó tres veces con gran rapidez; despues oí otro ruido, y por último dos consecutivos, pero con una violencia extraordinaria. A la vez sentí en el rostro cinco soplos ardientes, y vi tambien cinco espíritus, cinco génius de radiante hermosura que se cernían en el espacio por el sitio donde se levantaba la estátua del Baphomet, la cual había desaparecido ya en aquel momento. Los cinco espíritus ó génius eran alados y vestían blancas túnicas largas y flotantes, formados en circunferencia y con las manos extendidas hácia el sitio del Palladium, ya vacío. Por último, oí otro ruido más formidable que los anteriores.

¡Llegó el momento deseado! Por fin ví á Lucifer frente á mí, sentado en un trono de diamantes, sin haberseme anunciado su aparición por medio de movimiento ni ruido de ninguna especie. Yo no le ví cómo surgió ó se levantó, y no parecía sino que él, no el Baphomet, era quien había estado constantemente en aquel lugar.

Con profundo respeto hice ademan de arrodin-

llarme delante de él, pero detúvome con otro ademan suyo, y me dijo:

—Sigue en pie, querida hija mía, que el doblar la rodilla es humillante, y yo no humillo á los que amo y de quienes soy también amado.....

Ahora comprendo toda su impostura. ¡Gracias, oh único verdadero Dios, que iluminásteis mi entendimiento para que conociera las trapacerías de Satan!

Soberbio estaba el engañador supremo, y acababa de aparecérseme tal como yo había deseado verle. Imposible me sería describir la hermosura varonil con que se me presentó en aquel inolvidable día. No tengo palabras con que dar idea de aquel esplendor imponente y arrebatador, ni hay tampoco punto de comparación posible con las célebres estatuas de Apolo, ni otra alguna, por muy bien acabada que se la suponga.

Desde la cabeza hasta los pies, únicas carnes que se le veían, así como las manos, tenía un vestido de tela de oro, ó mejor dicho de deslumbrantes oros que en agradable y armónica variedad aparecían de mayor magnificencia aún. Imagínese el lector una especie de cota de malla ó una envoltura formada de partículas de oro del tamaño de una perla comun, todas ellas de oro rojo, amarillo y verde indistintamente, entremezcladas y movibles, pero dejando ver bien dibujadas las formas irreprochablemente académicas y produciendo un efecto de riqueza celestial, todo aque-

llo que un artista amante de lo suntuoso puede soñar de más fastuoso y á la par más bello.

¡Ah! ¡cuán extraviada estaba yo! ¡Cómo era víctima del error, creyendo ver en Satán un dios y dándole en mi ciega adoracion el título de divino maestro!... Sirva mi llanto para lavar la ceguedad de mi padre á quien debí semejante obcecacion, que una Santa de Cristo vino á curar al fin!... ¡Maldito seas, Lucifer, por tantas almas como por tus mentiras pierdes!... ¿Tú, el divino maestro?... ¡Rebelde más vil que el más mísero esclavo; menguado más degradado aún que las infamias, obra tuya, ¡maldito, maldito seas!

Harto me engañó, si, el rey sobrenatural de la impostura. Más adelante hablaré del género de educación que recibí, y entonces se comprenderá mejor que cualquiera, en mis circunstancias, habría caído en el mismo lazo.

Allí estaba Lucifer exactamente como había yo deseado verle.

Ahora estoy mirando cuán insondables son los designios del Altísimo; porque el Altísimo, Señor mío para siempre, permitió que su inmortal ene-

Miss Vaughan.—T I.—8.

migo, se me apareciese hermoso y bueno. ¿Por qué esa licencia á Satanás? Ah! Quería sin duda el Omnipotente que algun día pudiese yo dar testimonio de la verdad, y era necesario que viese yo las hondonadas terrestres del infierno. «Obra á tu modo, príncipe de los condenados; entrégate á tu mentira; desplega y emplea todos los medios sutiles que te sugiere tu perversidad. Y pues que los hombres no van camino de la verdad y desprecian á la Iglesia de Jesucristo, mi divino Hijo (1), funda enhorabuena á tu sabor y organiza la tuya y tu culto como mejor te plazca, ¡oh Satanás! que por lo ménos llegará mi hora y hasta de las últimas profundidades de tu abismo saldrán voces para decir al mundo lo que tú eres.»

Para demostrar Dios la importancia de la salvacion, puso en otro tiempo á Job en manos de Satanás, con la condicion de que no había de atacar contra la vida del varon justo; con distinto objeto, Dios permitió tambien que me hubiese yo visto en las circunstancias á que debí la ceguedad de espíritu en que viví largo tiempo, y acogiéndome con su infinita bondad bajo su paternal proteccion, preservó lo que es aún más precioso que la vida misma. ¿Cómo, pues, no llamarme hija vuestra, ¡oh Dios mio! cuando se ha ejercitado en mi favor vuestra gracia tutelar manifestándose como amor del más tierno padre?...

(1) El original francés dice: «...l'Eglise de Jésus-Christ mon Divin Fils.—N. T.

Allí estaba, vuelvo á decir, el Otro, el Bajísimo, cobijándome con su mirada y creyendo yo ver una expresion de ternura en ella ... Ah! no, Satanás, tú no alcanzas á ver en el porvenir sino lo que Dios, tu Señor, tiene á bien permitirte que veas: que si hubieses adivinado cómo no para siempre había de ser tuya, jamás me habrías mirado ni contemplado como en aquella vez lo hiciste.

Por de pronto, me sentí turbada, confundida, y temblaba yo; mas no de miedo, sino de emocion, de la emocion que se habia apoderado de mí y me sacudía. Aquel era por entónces mi dios, á quien sobre todo amaba con mi fervor burlado, y nada absolutamente me había hecho caer en la cuenta de su malicia, de su hipocresía, de su odio á la creatura humana, de su envidia al hombre, de su espantosa perversidad.

¡Cuánta no es ciertamente su hipocresía! Nunca en su mentira podría llegar el hombre á tan alto grado de criminalidad, como lo vamos á ver ahora mismo.

Comenzó por darme ánimo con un acento de la más exquisita dulzura que me llegaba hasta lo profundo del alma, que me encantaba pasada ya la primera impresion que me causó su repentina presentacion. ®

—Hija mía muy querida, me dijo, mucho te he distinguido entre todas y quiero que ninguno de mis fieles suscite contra tí la menor oposicion. Grandes son mis designios con relacion á tí. Nada temas, pues, que mi pensamiento te inspira.

Estas palabras me alentaron.

— ¡Oh Dios todo bondad y todo amor! le respondí. No sé cómo demostraros mi agradecimiento. Yo emplearé siempre para vuestra gloria los dones intelectuales que debo á vuestra omnipotencia divina y que cultivó la enseñanza que recibí de mi padre; pero aumentad constantemente la intensidad de las celestiales luces en mi entendimiento, á fin de que desempeñe yo con más acierto la misión de apostolado que me confiáis... Señor adorado, ¿estoy en lo justo negándome á apuñalar el pan eucarístico en que pretenden los adonaitas ver á su Cristo crucificado? ¿No tengo razon para considerar como aberracion ese acto de hostilidad ejecutado contra un ázimo inofensivo?... Admitiendo como cierto que en virtud del pacto del Tabor haya comunicado el Dios malo como patrimonio su divinidad á Jesus, que os negó, no pudo haberle concedido la ubicuidad, puesto que la ubicuidad á nadie pertenece, ni al mismo Sér Supremo, segun me lo explicó mi padre. ¡Quimera, invencion sacerdotal de los malos, mentira engendrada por el orgullo de Adonai que se intitula único Dios! La ubicuidad es opuesta á la razon. Porque tal como se me enseñó, hay dos cielos, que son el vuestro y el de vuestro inferior rival: luego no pueden coexistir ámbos por mútua é infinita penetracion; ni Adonai ni vos mismo, adorado Señor, podriais estar en todas partes. En este momento estáis aquí, estáis en mi presencia, os veo, es un favor inmenso que me concedéis regalándo-

me con vuestra presencia real y tangible, á mí, que os amo con todas las fuerzas de mi corazon: luego no estáis en todas partes. Tenéis la personalidad suprema, y la personalidad excluye la ubicuidad... ¿Me engaño por ventura, Dios de bondad? Si estoy en un error, ilustradme.

Esperaba yo sin ansiedad su contestacion.

Cruzó los brazos sobre el pecho, clavó en mí una penetrante mirada, y transcurridos algunos momentos de estar observándome con atencion, desplegó de nuevo los labios y me habló en estos términos:

— La fé, hija mía, debe ser inseparable de la razon, porque si está en pugna con ella, es una fé errónea. Escucha siempre á tu razon. Si, aquí estoy, mas para tí solamente, y no estoy mas que aquí. Si, lejos de ser realmente atributo divino la ubicuidad, es pura y loca invencion, hija del orgullo. Si, hay dos principios eternos, el Bien y el Mal, que constituyen la esencia del ser, que son la divinidad, y el más alto de los cuales, ó sea el bien, que es la luz, es el Sér Supremo, y el otro es inferior, es tinieblas. Si, cada uno de esos dos eternos principios tiene distinta personalidad, y por eso luchan entre sí y se agitan el uno contra el otro, lo cual no acontecería si se absorbiesen y confundiesen en uno, gozando juntos la posesion de lo infinito. Así, pues, personalidad suprema, sí; ubicuidad, no, no, no! Estáis en lo cierto, amadísima hija mía..... Ni Adonai ni su Cristo se hallan en los millones de ázimos, eucaristia de los supersticiosos, puesto

que racionalmente ni el Cristo ni Adonai pueden estar en muchos lugares al mismo tiempo; y así, la eucaristía no es más que símbolo de la religion del error. Por consiguiente, apuñalear la hostia adonaista imaginándose el que lo hace que hiere al Dios Malo y á su Cristo, es debilidad de espíritu, hija de un buen deseo, sí, pero siempre debilidad mental: despréciala hoy y persevera en tu santa opinion, que llegada la hora tú serás quien rectifique las interpretaciones que erróneamente se dan á los dogmas de la santa religion; para tí será esta honra. . . . Compréndelo bien, hija mía: nadie recibe la luz más pura sin algo de oscuridad, pues son raras las almas escogidas. Adonai es quien debilita hasta entre mis mismos fieles los entendimientos; él, quien inspira á muchos el absurdo odio contra aquellos ázimos, haciéndoles creer de ese modo en su ubicuidad, que es el primer paso para la creencia de un solo dios. Ten paciencia, Diana, predilecta mía entre todas. Ordeno yo que seas mi gran sacerdotisa y que nadie se oponga á las interpretaciones que dieres tú á mis dogmas. Vé, buena amiga mía, vé, que mi pensamiento es el que te guía.

Luego que concluyó de hablar, le pregunté cómo no habría yo creído poseer, si así podía expresarme, la infalibilidad luciferiana.

Hasta ahora he venido á comprender los embustes de Satanás, así como todos comprenderán que hipocresía como la suya no puede ménos que ser sobrenatural

Convencida ya de la existencia de un solo Dios, creo en su ubicuidad; creo en su presencia real en todas partes; creo que tambien está presente en el augusto Sacramento delante del cual me postro al verle expuesto en la modesta capilla de un monasterio. Por tanto, ruego á los nuevos amigos que se regocijan de mi conversion, cesen de dirigirme largas cartas demostrativas, donde se discuten puntos acerca de los cuales ignoran mis benévolo correspondientes el verdadero estado de espíritu en que me encuentro. Por ningun principio quiero chocar con la fé de los buenos y dignos católicos, y por lo mismo no debo exponer en un escrito destinado para el público las dificultades que todavía me quedan, y para desvanecer las cuales pido á todos que me tengan presente en sus oraciones. Sufro aún, sí, en cuanto á algunos puntos, porque no se halla nada más doloroso que la duda. Mas si fuese yo á descubrir en estas *Memorias* el estado de mi espíritu, quizás sembraría, sin quererlo, el gérmen de esta horrorosa duda, y mi lealtad me impide hacer semejante cosa. ¡Que ni involuntariamente siquiera sea yo causa del mal ajeno! oh Dios mío, á quien bendigo! Habeisme arrancado de las garras del Demonio: ántes morir mañana mismo que correr el riesgo de echar una simiente herética en las almas que tienen la inmensa dicha de poseer toda la verdadera fé! . . . Mis últimas dificultades las escribiré en forma de exposicion privada y por duplicado, para someterlas al exámen de dos teólogos amigos míos en quienes tengo ab-

solita confianza. Mientras tanto, déjese combatir á la infame secta y á sus infernales inspiradores, á quienes serví ay! de instrumento. El primer combate está en descubrir las ruindades, los crímenes y los prodigios de trapacería, obras todas de una astucia diabólica consumada.

Orgullosa y feliz créfame en aquel entónces con haber escuchado las palabras que acabo de transcribir, las cuales, salidas de unos labios para mí divinos, llenaban mi alma de un júbilo inexplicable, pareciéndome que si también las escucharan Pike y los Jubilados, habría de subir de punto mi felicidad.

¿Por qué se habían retirado de allí? ¿Me habían de creer si les repetía lo que el Dios Bueno me había dicho?

Mas qué es esto!... Vuelvo la cara y ¡admiraos! veo que también están allí todos ellos, los once juntos. ¿A qué hora habían vuelto á entrar? Ningun ruido de puerta ni de pasos oí mientras estuvo hablándome Lucifer... Como quiera que fuese, era seguro que acababan de escuchar sus últimas palabras, puesto que los ví inclinados en actitud de sumision á las órdenes del Excelsus Excelsior.

Este insistió y dijo:

—Acércate á mí, vicario mío, y vosotros los demás oidlo bien.

Dijo esto en tono de mando, y todos se inclinaron más y Alberto Pike dió dos pasos.

—Yo, prosiguió Lucifer, el más alto Dios Altí-

simo, soy quien os habla. Esta hija es mi predilecta, á quien consagro como mi gran sacerdotisa. Yo la inspiro, y ella será el órgano por medio del cual comunique yo mis mejores pensamientos. He comisionado á Asmodeo para que la guarde. Véasela por todos con gran respeto.

Entónces aumentaron sus proporciones las llamas que me rodeaban por todas partes, y aunque todavía sentía yo estar pisando el suelo ya no le veía, como no veía tampoco las paredes ni el plafond. Lucifer, Alberto Pike, los diez miembros del Serenísimo Gran Colegio y yo estábamos dentro del fuego; pero era un fuego que distaba mucho de semejar el de un incendio; un fuego que no quemaba; un fuego de llamas verdes y largas que no producían chisporroteo, y sí suma claridad.

Llegó por fin un momento en que ya no me pude tener en pié... ¿Qué sucedía? Que iba yo hundiéndome, pero solamente yo, no los demás, y conmigo iba hundiéndose también el Dios Bueno, que ya no estaba sentado en su trono de diamantes.

¿Para dónde íbamos bajando de aquella guisa, rodeados sin cesar de llamas?... Sentí la misma impresion que si hubiese caído en el espacio, é instintivamente cerré los ojos.

Los abro de nuevo; pero ¿dónde estoy?... Nada veo en torno mío que me recuerde al Sanctum Regnum, sino que de pié me encuentro en medio de un florido verjel y junto á mí, maravillosamente hermoso, á Lucifer, más hermoso aún que poco há. El sitio es admirable, y en él ostenta la

Miss Vaughan.—T. I.—9.

naturaleza las galas de uno de los días más deliciosos, de esos días magníficos en que aparece ataviada con el brillo de una sonriente y embalsamada vegetación.

— Quiero, amadísima hija mía, díjome el Dios Bueno, quiero darte una prueba de mi particular predilección y de mi omnipotencia, haciendo porque conozcas bien cuán abominable es Adonai, mediante dos espectáculos que presenciarás con tus propios ojos, para que te convenzas de su inferioridad con respecto á mí.

— Señor adorado, nada habrá que pueda hacer más firme mi convicción, le respondí: sé que con toda verdad sois el Sér Supremo, el Altísimo más alto, y que venceréis al último á vuestro odioso rival.

— Sí, replicó él, conocida me es tu inquebrantable fidelidad; pero siendo tú mi predilecta, quiero que presencies una derrota de los maleakhs; que ya verás en seguida cómo reina Adonai.

— Hágase como lo quereis, Señor á quien adoro. Amo á vuestros ángeles de luz, y no temo ni á los maleakhs ni á su rey.

Al decir yo esto, bajó del cielo una nube de génios del fuego trayendo á su cabeza aquellas falanges á Asmodeo mi desposado, quien al llegar dobló una rodilla y se dispuso á recibir las órdenes de Lucifer.

|||.— Te he traído á la región del Edén, dijo el Dios Bueno dirigiéndose á mí. Allá abajo está el Paraíso Terrestre que habitaron Adan y Eva...

¿le ves?—y señalaba con el dedo un punto lejano del horizonte.—No hay sér humano que pueda penetrar en él, porque todas sus entradas están guardadas por legiones de maleakhs. Pues bien, delante de tí vencerá Asmodeo á los ángeles malos de Adonai, y una vez vencidos, te conducirá al Edén, y la blanca águila de Paymon te transportará á Oolis.

Dicho esto, desapareció.

Mientras tanto, Asmodeo se acababa de poner en pie, y flotando sus catorce legiones á poca altura de la tierra, manteníanse como en expectativa, listas para combatir, pero atumultadas danó muestras de la impaciencia con que esperaban la señal para el combate. En nada perjudicaba á la claridad del día aquel considerable número de legiones, sin embargo de que, como se sabe, cada una de las del ejército de Lucifer se compone de 6666 demonios; sino que ántes bien despedían de sí rayos de refulgente luz.

Cuánto era mi júbilo ¡ay! de tener á mi lado tan hermosa compañía....!

Acercóse á mí apresuradamente Asmodeo, y con el mayor respeto me dijo:

— Diana, os vamos á llevar con nosotros; pero no temais, que ningún peligro corre vuestra existencia. La protección que el Dios Rey Lucifer os dispensa os hará invulnerable corporalmente mientras dure la batalla que se va á librar entre los espíritus buenos y los malos, y que en breve presen-

ciareis. Os colocaré en el centro de mis legiones; no os alarmeis.

—¡Oh, mi querido Asmodeo! creedme que ningún temor abrigo. Toda mi pena está en ser corporal, y deber limitarme por lo mismo á ser simple espectadora...

—¿Cómo! ¿querriais tomar parte en el combate de los espíritus?

—Si tal cosa es posible, es mi mayor deseo.

Entonces, rápidamente describió en el aire tres círculos con su espada de fuego Asmodeo, y en seguida un triángulo que encerraba á los tres círculos, signo que duró en el espacio brillando como un áscua, á tiempo que oí la voz de mando de los catorce jefes de legiones, que venia á juntarse con la de Asmodeo, gritando todos con un solo clamor formidable:

—¡Baal-Zebub!... ¡Baal-Zebub!... ¡Baal-Zebub!

Por instantes apareció en el vacío, cual si hubiese sido la respuesta mágica al llamamiento de los demonios, un inmenso signo de fuego cuyos rasgos tenía yo bien conocidos, por haberle visto en los rituales paláúicos en poder de mi padre, y ese signo era la firma de Baal-Zebub, el Generalísimo de los ejércitos del Dios Bueno.

Allí estaba, pues, aunque invisible para mí, Baal-Zebub.

—¿Qué pides, Asmodeo? preguntó el virrey de os cielos que no se exhibía, con voz estrepitosa como la de un clarín.

Asmodeo extendió su espada hacia la firma que seguía fulgurando, y díjole:

—Espiritualiza á mi desposada, que quiere combatir.

Entonces se confundieron el signo de Asmodeo y la firma de Baal-Zebub hasta formar una bola de fuego, la cual precipitándose sobre mí, me tocó la frente, penetró en el cráneo, y en ese momento ya no sentí cabeza.

En el acto comenzó para mí otra vida. Parecíame no tener ya ni peso ni volúmen. Era mi cuerpo espiritual, aéreo, fluídrico. Crecía yo á voluntad, engrosaba, disminuía de tamaño y desaparecía yo del todo, para volver á aparecer en seguida. Era yo de fuego vivo. Despedía en cierta manera una especie de electricidad sobrenatural, y era yo misma esa electricidad.

—¿Estais satisfecha, querida Diana? me preguntó Asmodeo.

—¡Sí, sí, ardo en deseos de combatir! ¡Vamos, vamos! ¡A lós maleakhs!

Transformada estaba yo en demonio; así á lo ménos lo creía, como estuve creyendo también largo tiempo en la realidad de aquella ilusión diabólica. ¡Haber sido demonio, haber sido espíritu del fuego, haber vivido unas horas lo que llamaba yo vida celestial!... ¡Oh qué sueño!

Y héme ahí cruzando instantáneamente el espacio con Asmodeo, y volando con él á la cabeza de las catorce legiones.

—Situao en el centro, me repetía.

—No, no, que soy digna de ocupar la primera fila. Ved esta espada de fuego que vino á mi mano ignoro cómo; ved esta llama que arde sobre mi cabeza; ved mi cuerpo fluido con proporciones colosales. . . . Espíritu de eleccion soy, y venceré al frente de vuestras valerosas huestes. . . . ¡Adelante! ¡Vamos, vamos! ¡A los maleakhs!

Acabábamos de acercarnos al Edén. Yo veía á los maleakhs formados en gruesas y numerosas filas que rodeaban el inmenso jardín, más grande aún que Pekín, Londres, Paris y Nueva York juntos, formando un cordon de defensa largo y monstruoso. Ilustrado ya mi entendimiento, expondré más adelante la interpretacion que doy á lo que vi entónces, y la explicacion que me hago de la infernal comedia representada aquel día para engañarme. Permítaseme por ahora referir de nuevo la aventura en los términos errados de los paladistas, que despues será más incisiva la explicacion que diere yo para rectificar.

Los maleakhs ó espíritus maléficos, los malos genios de Adonai, aunque siendo para mí lo que los queridos ángeles para los católicos, no eran tales como éstos se los representan, sino que los veía yo como los describe la ortodoxia católica, horriblos, repulsivos, abyectos, dragontinos, de amarillenta ó verdosa faz teñida con el color lívido de los coléricos, de cuerpo retorcido, cola ridícula, largas y aguzadas orejas que les sobresalían de la cabeza; de grotesco, deforme y ruin aspecto. Agitábanse y bullían, y trepábanse unos sobre

otros. Algunos no se reducían más que á una cabeza como incrustada entre dos aletas de fantástico murciélago, con una bolsa suelta ó floja que les colgaba del cuello é iba á rematar en un rabo de colosal sanguijuela. Otros tenían muchos brazos y piernas, dos, tres ó cuatros vientres, enorme y puntiaguda joroba cubierta de escamas que despedían un olor hediondo, con un agujero triangular por toda nariz, del cual les escurría una baba, lo mismo que de la boca, dejando ver ésta unos garfios ó colmillos podridos, colocados sin regularidad. Todo aquel horroroso conjunto de monstruos aullaba, gruñía y se mostraba amenazador. Nuestros demonios eran, en cambio, espléndidos ángeles que irradiaban luz, miéntras que los tenebrosos maleakhs eran la realizacion de la más espantosa pesadilla.

Tales eran los que guardaban la entrada del Paraíso Terrestre.

Llegó por fin el momento de que se juntaran todos ellos para presentarnos la batalla con Zacariel al frente, quien todavía pareceme estar mirando pasar revista á sus negras legiones, y alentarlas para pelear contra nosotros.

—¡Por Lucifer que la victoria ha de ser nuestra! exclamó Asmodeo.

Debía ser su voz la orden para que se rompieran las hostilidades.

No bien escuchamos aquella exclamacion, lanzámonos contra el enemigo, y sin perder nuestra naturaleza espiritual, tuvimos formidables encuen-

tros en que mutuamente nos atravesábamos al dar ó recibir cada empuje en aquella lucha sobrenatural, incomprendible para el entendimiento humano. Siéntense, cual si procedieran de verdaderos enermos, los golpes que se reciben; mas no por eso hieren. Arrancan los maleakhs troncos de árbol y rocas que botan sobre nuestras filas, hundiéndose por momentos algunos de ellos, quién sabe dónde, para reaparecer ya entónces con animales feroces, como tigres, cocodrilos, hipopótamos, que tambien botan aquellos sobre nosotros, manejándolos como si fueran piedras. Mas como semejantes fieras no son espíritus como nosotros, pronto quedan vencidas con el simple contacto de nuestras flamígeras espadas, llenando el aire, proyectiles vivientes ellos, de una espantosa zambra ántes de espirar á los golpes que les descargábamos.

La espada era la única arma con que combatíamos. Asmodeo y yo, que ni un momento nos separábamos, buscábamos principalmente á Zacariel, y cada vez que nos le encontrábamos, nos parábamos sobre él atravesándole de parte á parte con nuestra persona misma, como si nuestras espadas de fuego nos abriesen paso en él, poniéndose entónces á aullar de rabia, á rugir de dolor, por ser opuesta á la suya nuestra celestial naturaleza. Aquello era terrible.

Todo se reducía en el combate de espíritus, á que unos á otros se penetraran, tocándole sufrir al atravesado.

Cansados por fin, rendidos, vencidos los ma-

leakhs, se dispersaron dejándonos libre el campo.

No teníamos el propósito de ocupar el Edén; lo que se quería era llevarme á verle, una vez derrotados los maleakhs, pues tal se había manifestado la voluntad de Lucifer. Allí se situaron, pues, las catorce legiones de demonios para impedir al enemigo otro nuevo ataque. Escogió Asmodeo á treinta y tres de sus legionarios para que me escoltaran, y entramos por fin al Paraíso Terrestre.

Serviame de guía Asmodeo, quien se complacía en ir enseñándome todas las bellezas del lugar, donde no se conocen las nevadas del invierno. Millares de millares de pájaros de variado plumaje ricamente coloreado, gorjeaban por doquiera y cantaban desde la enramada, y ¡qué armonía tan dulce la de su canto! Las flores más lindas de la primavera ostentaban su profusion por entre los más ricos frutos del estío y del otoño. Reinaba la más completa concordia entre las diversas especies de animales que allí había: el faisán, de doradas y plateadas plumas, no conocía el espanto, y el soberbio leon, de luciente y limpia melena, jugaba con los graciosos bichos.

Maravillada contemplaba yo todo aquello.

Asmodeo me mostró la charca de donde, segun la leyenda apócrifa, sacó Lucifer al Adán imperfecto, creado por Adonai, mostrándome tambien el bosquecillo donde se apareció á Eva el Dios Bueno con el nombre de Eblis, y afectuosamente le expresó su deseo de que pusiera por nombre

Mis Vaughan.—T.—I.—10.

«Caín» á su primogénito, cuyo padre la tradicion adoptada por los paladistas, pretende que no lo fué Adan. Trájome asimismo á la memoria todos los recuerdos de los dogmas luciferianos, particularmente los que se refieren al Edén. Miétras tanto yo, embebida en lo que me decía, miraba con creciente interés cuanto me enseñaba. Cada paso que daba yo, era para mí un nuevo arrobamiento.

Nada sufre, me iba diciendo él, los ataques de la vejez con el transcurso de los años en este lugar privilegiado de la Tierra. Aquí se desarrollan siempre los árboles hasta no hallarse en toda su fuerza la madurez de su fruto, pero permaneciendo en ese estado estacionario; cada año, léjos de desnudarse el tronco y las ramas y de que los carcoma el tiempo, rejuvenécelos su poderosa sávia, y lo mismo acontecería con los animales, si se quedaran en el Edén; pero careciendo de inteligencia, muchos de ellos salvan los límites del jardin de delicias, y desde ese momento pasan á las condiciones desgraciadas de todas las demás criaturas.

Conforme siempre al sistema luciferiano, el odio á la humanidad fué el que hizo que hubiera situado Adonai esas líneas de maleakhs que rodeaban al Paraiso Terrestre; líneas que, invisibles para el hombre, aléjanle con sólo su malhechora influencia, repélenle de una manera que él no puede resistir, si por acaso alguno se aventura hasta estos parajes, sin que pueda sospechar la existencia aquí del bendito Edén. A los ojos del humano, por efecto de una vision engañadora que producen los

maleakhs, parece que en este punto la naturaleza es estéril, devastada, melancólica, desierta; es decir, todo lo contrario de lo que en realidad es.

Cuando ocurrió el diluvio, quedó preservado el Edén de la inundacion general por un milagro de Lucifer; las aguas que á torrentes envió Adonai sobre la Tierra para inundarlo todo, no llegaron á este lugar, y en tanto que por doquiera iban las olas diluvianas causando estragos, deteníanse á la orilla como si se fuera elevando un dique imposible de romper, á medida que iban aumentando las olas.

Tal fué lo que me hizo recordar Asmodeo, y, verdaderamente feliz era yo de haber tenido el privilegio de penetrar en una mansion tan maravillosa.

Absorta le escuchaba, á tiempo que hubo de cumplirse la segunda promesa del Dios Bueno. Vino, pues, una magnífica águila de tamaño muy superior á las de mayor tamaño que conocemos y de una blancura comparable con la de la nieve, y se humilló delante de mí echándose con gracia y poniéndose en actitud que parecía brindarme con el lomo para que me sentara en él. Era la blanca águila de Paymon, la demonio más poderosa despues de Astarteo.

Entónces me sentí vuelta á mi ser corporal.

—Cumplida está la mision que para este dia recibí, me dijo Asmodeo. Ahora os confío, querida Diana, con el águila blanca que os debe transportar á Oolis.

Inmediatamente subí sobre mi montura aérea rodeándole con mi brazo el hermoso cuello. Entonces se elevó por el espacio con prodigiosa rapidez la sagrada ave de Paymon, que, sin batir las alas sino llevándolas extendidas, tomó en su vuelo una línea ascensional oblicua, hasta que por momentos ya no apareció la tierra más que como un punto que apenas si distinguía yo allá abajo.

Mas no he de referir aquí aquel mi viaje á Oolis, planeta de un mundo solar ignorado por los profanos, en donde reina y es adorado Adonai élsólo, al decir de la leyenda paládica sacada del *Libro Apadno*. Allí volví otra vez en brazos de Lucifer mismo, y ésta es la excursión que si voy á narrar con todos los pormenores que tenga por necesarios.

Mi vuelta es lo que por ahora me importa describir.

La misma águila blanca de Paymon me transportó. Al ir acercándonos á la Tierra, detúvose unos momentos en una región montañosa; después, con un arrojó inverosímil y haciendo un descenso que apenas duraría breves segundos, fué como á enclavarse en el cráter de un volcan en plena erupción.

Salía de allí la lava á hirvientes borbotones, y se veían también salir y volar con violencia piedras incandescentes del seno de aquel boqueron de fuego; crujían y se abrían las rocas, y veía yo surcar los relámpagos la inmensidad interior,

que yo también surcaba; pero ni á mi montura ni mí nos alcanzaba nada.

Mientras tanto, volaba el águila en medio de torbellinos de llamas que no ofendían, y yo me sentía tranquila, serena, sin malestar de ningún género. Por último, llegamos á un paraje que al punto reconocí: lugar cerrado por unos muros que sudaban fuego, sala de figura triangular con la estatua del Baphomet en el ángulo del fondo, á donde penetró el águila blanca por un agujero abierto en el piso. Era aquello, ni más ni ménos el Sanctum Regnum de Charleston.

Allí estaban el soberano Pontífice de Lucifer y los diez jubilados recitando preces frente al Palladium.

Pronto quedó el pavimento sin la menor huella del agujero por donde había yo salido y vuelto á entrar. El águila de Paymon desapareció, y yo me ví, lo mismo que al principiar mi meditacion, en el propio asiento que Pike me designó.

Al día siguiente le pregunté á uno de los asistentes qué tiempo había durado mi ausencia, — y me contestó: "Una hora". — ¡Una hora! En sólo una hora, mi partida con Lucifer, mi llegada á la desconocida región terrestre, la batalla contra los maleakhs capitaneados por Zacariel, la visita al Edén, el viaje á Oolis y por último mi vuelta á Charleston por el volcan y el centro de la tierra! Fantástico había sido todo aquello.

El resultado fué que el Gran Alberto hubiese firmado los decretos de 8 de Abril de 1889, uno

de los cuales mandaba cesar el conflicto ocurrido entre los T.T.: *San Jacobo y los Once Sietes*, y el otro ratificaba mi nombramiento de honoraria hecho en Louisville é imponía mi proclamacion oficial de Maestra Templaria hecha en mi primer viaje á Paris.

Ahora bien; nadie más que Lucifer me había dispensado de la profanacion de las hostias, concediéndome la razon aquel hipócrita.

Absolutamente me ocuparé en buscar el fin con que el supremo impostor obró conmigo de aquella guisa: diré sí, tan sólo, que es inmenso hoy mi consuelo al no experimentar ningun remordimiento de los execrables sacrilegios que se cometen en los Triángulos.

Es preciso, empero, analizar los diabólicos prestigios que acabo de referir.

Expondré con toda lealtad qué es lo que opino acerca de este particular. Opino que *todo aquello no fué más que pura burla*. Largo tiempo estuve creyendo en la realidad de las maravillas conmigo obradas el memorable 8 de Abril de 1889, maravillas que tenia por otros tantos milagros que en mi favor obrara el Dios Bueno para mejor significarme su predileccion. Pero desde que sé que Lucifer no es más que el caído Satán, desde que estoy creyendo en el único Dios, en el único Altísimo, en el único de verdad Omnipotente, convencida estoy de que los falsos milagros del Maldito son puros prestigios, pura ilusion, y nada

más. Por consiguiente, fui burlada de la propia manera que lo son todos los paladistas.

El primer engaño de Satanás consistió en haberseme aparecido en un estado esplendoroso que absolutamente era el que le correspondía. Si son horrosos, como efectivamente lo son, los demonios, claro está que cuando no así se exhiben sino como ángeles de luz, cometen una supercheria, y es en ellos el colmo de la más cínica audacia. Y pronto vamos á ver que al expresarme de esta suerte, ni me voy de ligera, ni repito nada más una leccion que hubiera yo aprendido allá en el claustro; no. Estoy cierta de que en realidad se me apareció Lucifer, como lo estoy de que á tantos y tantos se les aparece, principalmente en Charleston. Pero como se me educó en el error, quiso él perpetuarle, y para corresponder á mi deseo y no desmerecer á mis ojos, fué para lo que se revistió de un brillo que había usurpado y de una hermosura que no podía ser sino falaz. Vile, pues, pero muy distinto de como en realidad es él.

De entónces acá no he vuelto á verle. He sido víctima, sí, de ilusiones ejecutadas con sobrenatural destreza. He creído bajar al seno de las llamas, atravesar el espacio en compañía de Lucifer, detenerme en una region de lo más bella; he creído estar combatiendo á los maleakhs y vencerlos al lado de Asmodeo y á la cabeza de catorce legiones de espíritus de fuego; he creído que entraba al Paraiso Terrestre, que le recorría y

005441

volvía á escuchar las explicaciones de algun céleste guía; he creído que me transportaba á Oolís en una águila blanca, creacion luciferiana; que volvía á la Tierra atravesando por su seno y siguiendo un camino digno de un cuento de hadas; que cruzaba sin hacerme daño por entre las llamas de un volcan y el fuego céntrico: si, todo esto lo he creído, como cree el iluso lo que sin embargo de no existir, está viendo.

Todo fué, pues, mentira, fué burla; porque absolutamente está al alcance de Satán ni de sus demonios reconstruir el Edén, transformar en monstruos horribles á los ángeles de Dios y ocasionarles una derrota combatiendo con ellos cuerpo á cuerpo. Esos tres sucesos constituyen la prueba de la falsedad de todo. Si disfrazado de ángel se hubiese limitado el demonio á transportarme por los aires llevándome á distancias extraordinariamente lejanas y con la rapidez del rayo, quizás no hubiese habido ilusion, por no exceder esto á los límites de su poder, pero los tres puntos sobre los que insisto son otras tres patentes imposibilidades, que hace ver la fé cristiana.

Así, pues, todo fué ilusion, ilusion, no más que ilusion.

El iluso imaginase ver cosas tan extraordinarias como las que acabo de referir, y por su estado morbosos, por el desarreglo de su organismo, hay de ese modo absoluta perturbacion y extraordinario error en el órgano de la vista. Ahora bien, lo mismo que pasa con el iluso, que es un individuo

desarreglado, puede hacer Satán que pase con una persona de juicio completamente sano; esto es, no loca en manera alguna y en quien los órganos funcionan con regularidad. La ilusion es un accidente excepcional que dura todo el tiempo que Dios le permite al Maldito que le haga durar, y una vez cesando, vuelve á su estado normal la víctima de Satanás. Así, la alucinacion accidental de un individuo que nada tenga de lo que distingue al alucinado de que trata la ciencia médica, es un fenómeno que con toda propiedad pertenece al dominio de lo sobrenatural diabólico.

Cosa cierta es, á mi entender, que el día 8 de Abril de 1889 fuí en Charleston, no una ilusa, como lo entiende el médico, sino una posesa de Lucifer en el más alto grado; de Lucifer, que despues de mentirme con su refinada hipocresía, me forjó las ilusiones más hábiles y más capaces de robustecer considerablemente el error en que yo vivía, sin que la educacion por mí recibida me hubiese permitido ni siquiera sospechar que estaba siendo el juguete del príncipe de los falsos milagros, del rey de los prestigios.

Todos los que al llegar á Charleston tienen entrada á los misterios del Sanctum Regnum—no me refiero á los visitantes de alto grado á quienes se muestran como objeto de curiosidad las diversas pertenencias de aquel edificio, sino á los Magos Electos y á las Maestras Templarias á quienes llama el pretendido Dios Bueno á ese lugar,— todos ellos viven engañados, como yo viví un tiem-

po. A la manera que hay templos católicos privilegiados por la frecuencia de los milagros que se efectúan en ellos, así el Sanctum Regnum de Charleston goza del privilegio infernal más alto y todo el año se suceden y multiplican los prestigios allí donde el fanático paladista está en comunicación directa con la persona misma de Satanás. Con una ferviente oración que se haga, sucede al punto una aparición en la cual los demonios se apoderan de uno, le arrebatan, le hartan de aventuras á cual más maravillosas, ó por lo ménos sale uno de aquel lugar ultramaleficiado creyendo á pié juntillas en todo lo que se ha visto como ilusión. Cuando se ha mamado el error con la leche; cuando desde la cuna se tiene la creencia en una doble divinidad, en dos principios eternos y contrarios que sin cesar están luchando, el individuo permanece firme en ese error, salvo un milagro de la gracia. No hay raciocinio que le convenza, que le haga vacilar, pues todos van á estrellarse contra esa roca, á saber: la vista de Lucifer, vista que se ha gozado en magnífico esplendor; el contar con demonios protectores que colman de bondad al individuo y parecen trastornar en favor de éste las leyes de la naturaleza, y el haber presenciado, en fin, como testigo ocular, las victoriosas luchas de los espíritus del fuego contra los maleakhs.

¿Quién podría sospechar que demonios de un mismo orden son los que se ostentan, unos hermosos y otros horrorosos, combatiendo entre sí por puro sainete para dar una prueba de la inde-

fectible derrota de estos últimos?... En el seno de los Triángulos son muy frecuentes estos combates entre espíritus, combates que dejan impresionados indeleblemente á quienes los presencian: que no cualquiera los puede presenciar.

Por mi parte, tuve todas las ilusiones, tanto posibles como imposibles, pues pocos ha de haber, según creo, á quienes haya prodigado sus maravillas Satanás tanto como á mí me las prodigó, unas por verdadero engaño de la vista, y otras verdaderas hasta cierto punto. Entre éstas últimas, y como debidamente comprobadas, tengo los éxtasis que padecía yo con ascension las más de las veces horizontal, el andar por sobre el agua, y otras semejantes. Era el empeño del Maldito por retenerme en su poder tal, que un día hasta me arrebató á su reino del fuego eterno; pero sin duda que también esto fué pura ilusión, puesto que no era el pretendido reino el infierno de condenación tal como lo describe la Iglesia.

¡Ah! ¡Bendita sea mil veces Juana de Arco que me arrancó la venda que me cubría los ojos!... Ya en otra ocasión dije cómo la vi una vez, una sola, sin haberme preparado en manera alguna. Y ved ahí la brillante diferencia que hay entre los milagros de Dios y los prodigios del demonio. Siempre Satanás necesita de tales ó cuales condiciones para poder obrar.

Invocado su nombre en medio de una terrible angustia, ese nombre santo fué el que obligó á

descubrir su verdadera luz á cuatro demonios que se me aparecieron, habiendo sido ella consiguiientemente la que sin hacerse visible, despojólos de su atrevido disfraz de luz. Esa fué la manera como empecé á comprender que Lucifer no es más que Satanás.

Era el 6 de Junio del presente año, no há ni dos meses todavía [1].

Leía yo en mi retiro el número 3 del «Palladium», que acababa yo de escribir, y fresco aún acababa yo también de recibir.

Después de leer dos veces el artículo en que para responder cortesmente como adversaria á un sacerdote profesor que me había escrito una conmovedora carta, prometía yo no volver á dar al nombre de la Madre de Jesucristo un calificativo que pudiera lastimar á los católicos, y me puse á contemplar la estatua de Juana de Arco, que tenía yo en mi aposento.

—Buena Juana, dije: este sacerdote me pide que ceda yo á una costumbre antigua, y eso me lo ha pedido por vuestro nombre virginal. Yo le hago esta concesion, para demostrar hasta dónde llega la tolerancia paladista. Pero quiero ir todavía más allá. Vos amábais á María con todo el corazón, ¡oh Juana! durante esa gloriosa y breve existencia que tanto admiro, aunque sin participar de vuestras creencias. Pues bien, en vuestras manos, dulce y sublime heroína, en vuestras manos quie-

[1] Escribe esto Miss Diana Vaughan en Agosto de 1895.—N. T.

ro depositar mi juramento de que para siempre habré de respetar el nombre de María la Madre de Jesucristo.

Por la primera vez en mi vida me hiqué con ambas rodillas delante de aquella estatua, sintiendo una emocion que hasta entónces no había sentido, y necesitando llorar, pero sin saber por qué. Turbado, agitado estaba mi corazón, y eso no obstante, firme yo en la resolución que había tomado.

—¡Oh Juana de Arco! exclamé en voz alta. Os juro por la veneracion que os profeso, que jamás diré nada que falte al respeto debido á María la Madre de Cristo, á quien tanto amásteis vos.

No bien hube acabado de hablar así, empujéme por la espalda con inaudita violencia una fuerza exterior que me hizo dar con la cabeza en el entarimado, y al estar haciendo por levantarme ví delante de mí, repentinamente aparecidos, á Baal Zebub, á Astaroth, á Moloch y á Asmodeo á quienes perfectamente conocí en el acto. Aparecíronseme en la forma en que ordinariamente se aparecen á los adeptos del Paladismo, ó sea como ángeles que irradiaban luz, como siempre los había yo visto, ya en los Triángulos, ya en mi habitacion; pero en esta vez, con semblante irritado, con una expresión de cólera que se retrataba en él hasta el paroxismo.

Acostumbrada á verlos siempre con aire de bondad, sin el terrible aspecto con que los había visto en los combates contra los maleakhs, no pu-

de ménos que preguntarme á mí misma qué significaba semejante cambio, qué significaba aquello tan completamente nuevo para mí. Los cuatro espíritus me amenazaban, llenos de rabia, cual si hubiese yo sido un ángel de Adonai; es decir como lo hacían en sus comedias de guerra á los sedicentes maleakhs; pero ahora me explico que su furor contra mí no era fingido.

Despues de mirarme de aquella guisa, abalanzáronse contra mí. . . . ¿Qué iban á hacer? ¿A golpearme? ¿A matarme? No lo sé. Pero como quiera que fuese, es lo cierto que al punto me asaltó el temor de un peligro grave, y exclamé:

—¡Juana, Juana, defiéndeme!

En ese momento lanzaron los cuatro juntos un espantoso grito. . . . Leones que se hubieran sentido heridos, no habrían rasgado el aire con rugidos iguales á los que escuché. En ese momento mismo, cambiaron la faz y la figura de los cuatro espíritus infernales, como cambió también la expresión de su fisonomía, tornándose todos ellos en seres como los maleakhs, como aquellos maleakhs á quienes constantemente había yo tomado por los ángeles del Dios de los cristianos. Cada uno de ellos conservaba su mismo rostro, pero los cuatro estaban espantosamente monstruosos, con cuernos y rabo que les aparecieron. Eran ya entonces, para decirlo de una vez, verdaderos diablos, que por su figura demostraban estar aterrizados, aunque poseídos de rabia á la cual se juntaba la desesperación, que era el sentimiento que predominaba en ellos.

Breves segundos había durado tan espantosa escena, y no bien vi que los cuatro espíritus eran verdaderos diablos, desaparecieron y se hundieron lanzando aullidos de maldición. Entonces imaginéme haber oído en ellos los de los condenados.

Tal fué el suceso inesperado cuyo recuerdo me hace todavía temblar; tal fué el acontecimiento extraordinario que descubrió para mi entendimiento horizontes completamente nuevos. Aquello tenía lugar mientras el comité Federal de Lóndres deliberaba respecto del número 3 del *Palladium*.

Cuando, pues, llegó á mis manos la bóveda de desaprobación con que se pretendía intimidarme, sentía ánimo para escribir la respuesta que conocía ya el lector. Desde aquel 6 de Junio tuve una voz secreta que me decía haber sido yo engañada desde mi infancia, y leía y volvía á leer las líneas que el canónigo M. Mustel me dedicó un año há en el artículo donde me puso en paralelo con la Sofía de los paladistas. Pensaba yo en todas las rogativas que por mí se hacían al cielo. Poco á poco se iba desenvolviendo en mi espíritu la verdad; poco á poco iba yo viendo cada vez con más claridad que Lucifer no es más que Satán, y como no había de ser posible que existieran dos Dioses Malos, sentíame atraída por una fuerza irresistible hácia el único verdadero Dios, hácia el Dios de los cristianos, Dios único é infinitamente bueno.

Recordaba, finalmente, que al darme aviso de

una obra que se disponía á publicar cierto escritor católico me escribió en 1894 diciéndome que hablaba de mí en ella y que las páginas de su libro concluían con la oración de Polyeucto el cristiano en favor de Paulina la pagana:

Señor, es necesario que lo obtenga yo de vuestra bondad.

Comprendiendo la alusión que á mí se hacía en estas palabras, contestéle entonces que no me ofendía su oración, y que ántes bien por mi parte yo también quedaba pidiéndole á mi Dios por él; pero añadía que no había para qué ver en mí á una Paulina: afirmación que renové cuando aquel católico publicó por fin su obra. «Señor, le escribí, y hasta le autoricé para publicar mi carta; al leer la reminiscencia que hace vd. de Polyeucto, dirán los que me conocen que nunca habré de llegar á ser Paulina, y diciéndolo no se engañarán.»

Paulina, como es bien sabido, se convirtió al fin y no sólo sino que la Iglesia la colocó en los altares. Y la fiesta de Paulina se celebra el día 6 de Junio!

Refiriéndome á aquella manifestacion de Luci-

fer del 8 de Abril de 1889, manifestacion que para mí fué la primera que recibí del pretendido Dios Bueno, tengo el deber de responder á una objecion que ya estaba yo esperando. Débese á la pluma de un escritor de quien se me ha dicho que es un sabio orientalista, M. Le Chartier, quien publicó su artículo relativo en un periódico católico del Mediodía, y ese artículo se me remitió de varias partes con fervientes protestas, por amigos míos, lectores de mis *Memorias*.

«Hé aquí la objecion á que me contraigo:

«Es evidente que Miss Diana Vaughan no fué más que instrumento en las manos criminales de los operadores de Charleston. Autosugestionada por sus propios deseos de jóven de una vida ardiente; arrastrada, ó mejor dicho, extenuada por la privación de alimento y sueño; sobreexcitada por una infusión que poseía las propiedades narcóticas y exhilarantes del haschisch, cayó la jóven en un estado de sueño y creyó ver á Lucifer tal cual le había deseado. Esta visión fascinó á la pobre mujer, y turbó su sistema cerebral por espacio de largos años.»

Bien pueden pensar así los que no estando al corriente de nada, conténtanse con unas cuantas líneas, que leen sin tomarse el trabajo de ver lo que ántes y despues se ha escrito.

M. Le Chartier es seguramente el modelo de los filólogos; los Bournouf, los Max Muller, los Schlegel, los Silvestre de Sacy, los Blentley, los Tycsen, los Pearce y los Buxtorf, simples ignoran-

Miss Vaughan.—T I.—12.

tes junto á él, sin duda no hubieran conseguido traducir con la maestría y sagacidad que él mismo el indescifrable *Genuait-Meungog*. En todo caso, muy por encima de mi competencia está su refinado conocimiento de las lenguas orientales; pero en mi caso, que tan á la ligera estudió, M. Le Chartier habla ni más ni ménos que como lo hacen tantas personas que jamás han tenido la menor relacion con lo sobrenatural, que nunca han asistido á la más anodina aparicion.

Debió haberse leído mi relato hasta el fin, puesto que con toda lealtad dije en él qué era lo que estaba cierta de haber visto, y precisé el punto donde comenzó mi ilusion en semejantes obras demoniacas; pero esa ilusion se debió nada más que al diablo, no á lo que M. Le Chartier llama arrastramiento, sobreexcitacion.

¿Por qué razón expuse el régimen que seguí y el empleo que hice de los tres días que precedieron á mi presentacion á Lucifer?—Porque en materia tan grave y delicada, punto de escrúpulo era para mí decir todo lo que fuera necesario para la manifestacion de la verdad, y porque al frente de estas mis "Memorias" he escrito como epígrafe: «Esta obra de buena fé.»

Ahora bien, si lealtad obliga, no había por qué hacerme decir lo que realmente no había dicho, ni hay tampoco por qué asimilar al haschisch, en cuanto á sus efectos, una infusión de cañamon.

La asercion de que me privé de los alimentos no es exacta. ¡Cuántas órdenes religiosas no hay

que no hacen más que una comida al día en todo el año, y sin embargo léjos de ser ilusos, los miembros de esas órdenes son verdaderamente sanos de cuerpo y alma!

No hacer, pues, sino una comida ligera en dos días, evitando cargar demasiado el estómago, absolutamente es extenuarse; ni siquiera no tomando al tercer día más que una bebida—la cual era, en nuestro caso, un confortativo—Excelente sensibilidad, percepcion intelectual muy clara, imaginacion bien despejada: tal es el resultado de un régimen como aquel, teniendo presente que se trata de una preparacion sólo de tres días.

Charlatanes del magismo hay efectivamente que recurren á medios reprobados para proporcionar á sus víctimas verdaderas alucinaciones. Remito á M. Le Chartier á sus obras. Cuando se trata de evocar el espíritu de algun sér querido, media una preparacion de catorce días como mínimo, en el aislamiento. Veintiun días para estar alimentando la imaginacion con la expectativa de la aparicion de algun personaje célebre, y estos veintiun días con un régimen estrictamente vegetal, y ayuno severo durante los siete últimos.

Ya se verá cómo ninguna comparacion posible cabe entre esto y el régimen que yo observé.

En cuanto al haschisch, ¡ah! sí, hablemos de él. El cañamo, cuya semilla es el cañamon, es en efecto uno de los componentes del haschisch; pero ¿en qué lugar se fabrica el haschisch con cañamon? La resina del cañamo es lo que se extrae de la

planta misma y no de la semilla, y tal resina, que rezumada de la corteza del cañamo y vá á acumularse á la superficie, y que se obtiene raspando la planta ó por medio de otro procedimiento, se mezcla con opio, canela, almizcle y esencia de rosa. Ese es el haschisch, ese el infame artículo que propinado en píldoras ó disuelto en té, produce embriaguez acompañada de visiones fantásticas. Mucho cuidado tengo de indicar aquí las dosis en que se emplean las sustancias que mencionadas dejo, á fin de que nadie pueda utilizar lo que acabo de escribir, fuera de que el opio no se despacha sino con receta de facultativo.

La infusión de cañamon es de por sí inofensiva, y muy claro dejé expresado que ningún vino tomé, ninguno absolutamente. Y aunque es cierto que sin llegar todavía al efecto del haschisch se puede sobreexcitar la imaginación con el cañamon, ¿de qué modo se obtiene ese resultado? Precisamente con vino, el cual se pone á hervir con el cañamon (no diré la dosis), triturado y mezclado con muchas cabezas de adormidera negra. Más aún; es necesario embriagarse con ese vino tres veces, no una sola, para sentirse arrastrado, y hasta la tercera vez es cuando viene la embriaguez acompañada de alucinaciones.

En mi vida he tomado una bebida de ese género; mucho ménos he tomado haschisch. Por sí solo, sin ir mezclado con adormidera ni estar hervido en vino, el cañamon no puede causar ningún estrago en el cerebro, como todo el mundo lo sa-

be; tanto, que en muchos lugares de Rusia se le usa hasta para los alimentos, y ninguno de los que le toman ha llegado á ser iluso.

En cuanto á la disminucion de sueño, ¿puede ella, á pesar de que sólo se reduzca á dos noches por todo, puede extenuar las fuerzas y debilitar el cerebro hasta el extremo de provocar en el individuo una larga série de falsas visiones?... Ni siquiera el exámen podría soportar la objecion en este particular.

Multitud de personas hay que se conforman con dormir diariamente seis horas y hasta cinco, sin que en lo más mínimo lo resientan en la salud, mucho ménos aquellas que viven entregadas á la oracion.

Citaré como uno de tantos ejemplos la vida espiritual tal como está reglamentada en gran número de monasterios, donde la comunidad se entrega á la oracion hasta siete horas diarias y mucho más. En ellos, el rezo de la última parte del oficio divino del día (maitines y laudes), se verifica á las nueve de la noche, y le sigue á las diez de la misma el ejercicio de penitencia en comun y el exámen de conciencia; de modo que la comunidad no se recoge, sino hasta las once. A las cuatro y media de la mañana se levanta, y asiste á las cinco á coro para la oracion mental, á la cual sigue inmediatamente el primer rezo del oficio divino (horas menores). Los individuos de la comunidad sólo, pues, duermen cinco horas y media.

Las que por mi parte he tenido costumbre de dor-

mir, han sido seis en todo tiempo, y siéntome perfectamente bien. Segun esto, y nada más porque como en Abril de 1889, en Charleston, me sucediera alguna vez no tomar de sueño en dos noches consecutivas, sino la mitad del tiempo que he tenido por costumbre, ¿había de traerme eso por resultado una extenuacion como una de las causas de la perturbación mental que sufriese, y tan profunda había de ser la perturbacion que me durara por espacio de largos años?... A la verdad que es mofarse ya del público aventurarse á tanto. ¡Cuántas desgraciadas obreras no hay que, entregadas á un trabajo impropio, pasan en blanco noches enteras, sin que tan continuas desveladas produzcan el menor trastorno en sus facultades intelectuales!... Muy por el contrario, el resultado es que esas pobres mujeres experimentan ya despues cierta dificultad para volver á dormir todo el tiempo que acostumbraban.

Probado está, por otra parte, que lejos de debilitarse el espíritu con un sueño que se interrumpe, le proporciona gran lucidez. Escritores ha habido que para trabajar en una obra en la cual ponen todo su ahinco, han observado con éxito el régimen de dormir todo el tiempo que es costumbre en ellos, pero haciendo que se les interrumpa el sueño dos ó tres veces, con lo cual se sienten más despejados y mejor dispuestos para el trabajo en el momento de despertar. Citase tambien á algunos de gran inteligencia, que adoptaron como regla ese mismo procedimiento, y la propia regla observan varias

órdenes religiosas: levantarse á media noche, interrumpiendo así el sueño, para la oracion mental en comun en la capilla del monasterio.

Examinese con formalidad, y no como escritor de variedades de periódico, el régimen que observé durante los tres días en que me dispuse para ser presentada con Lucifer, y se verá que el haber disminuido el sueño y la alimentacion, lo hice de modo que ninguna debilidad me fuera á producir, ni corporal ni espiritual; ningun narcótico tomé directa ni indirectamente, y lejos de entorpecerme el género de alimento y de bebida que usé entonces, me aligeraron el estómago y me despejaron la imaginacion; de modo que estuve en las mejores condiciones de lucidez.

Si me sentí vacilar ya para dirigirme al Sanctum Regnum, no fué por debilidad sino puro efecto de la emocion, tal como lo dije antes. . . . ¡Y qué emocion más natural en circunstancias como las mías! . . . Para juzgar con acierto, es menester tener en cuenta el pensamiento que me dominaba: iba yo nada ménos que á ver cara á cara á aquél á quien tenía por el Dios Bueno; iba á ver cómo se me aparecía, segun lo tenía ofrecido él mismo; iba á adorarle visible; iba á hablarle, iba á oírle. . . . ¿Quién no se hubiera sentido emocionado al acercarse tan solemne instante? . . .

Por último, todo el relato de lo que me aconteció está hecho con claridad, sin faltar uno solo de los detalles que cualquiera puede considerar como útiles; y sabido es que recuerdos confusos es cuan-

to queda de los sueños que trae consigo la embriaguez producida por el haschisch ú otras preparaciones semejantes, como se sabe tambien que el fumador de opio ó el que acostumbra tomar haschisch, al despertar de su sueño lleno de fantásticas visiones, se sienten con los miembros hechos pedazos y en un estado de entorpecimiento que sólo se va disipando muy poco á poco.

Durante el primer período de una alucinacion como esa, el individuo que ha tomado la funesta droga no duerme, su excitacion se traduce por una extremada locuacidad y comienza á tener visiones, pero muy animadas. En el segundo período, se le apaga la vista, aumenta de grosor el individuo, y las ilusiones que tiene son de una forma dulce, voluptuosa. Así lo enseñan todos los autores que se han dedicado á estudiar en Asia los síntomas de los bebedores de haschisch que luego se entregan á tomar opio.

Nada semejante á esos síntomas ó resultados se puede notar en lo que pasó conmigo el día 8 de Abril de 1889, sino ántes bien todo lo contrario; y para convencerse de ello, no hay más que leer las páginas que van escritas. Bajo la influencia de una infusion que hubiera poseído las propiedades del haschisch, habríame visto en la mayor agitacion durante las primeras horas que estuve en el Sanctum Regnum; vuélvanse á leer si aquellas impresiones, que tuve, que todavía recuerdo perfectamente y que describí sin premeditarlas, cual si apenas las hubiese recibido ayer.

En el género de alucinacion que se querría hacer creer que tuve, no se conserva ningun recuerdo con precision. El tomador de haschisch vuelve á él, porque sabe que le proporciona, en sueños más ó ménos agitados, el brillo deslumbrador de las riquezas y de los honores, así como los culpables placeres en que los señores y los potentados del Asia se embrutece; pero al despertar, es totalmente imposible para él reconstruir en su imaginacion punto por punto sus ilusiones, muy al contrario de lo que se verifica por lo comun despues de un sueño natural.

Es, pues, verdadero lo que llevo dicho: esto es, que yo no pasé en aquella vez por ningun sueño, que no fué delirio de la imaginacion aquello, sino que con toda realidad se me apareció Lucifer, por más que á esa aparicion haya seguido inmediatamente la posesion en que me tuvo Lucifer mismo y durante la cual fui el juguete del supremo impostor con haberme proporcionado aquella ilusion especial, que es la ilusion diabólica sobrenatural y que nada tiene que ver con la alucinacion patológica natural.

La prueba mejor del error en que está M. Le Chartier, se encuentra en el número 2 del *Palladium*: ese número de mi revista luciferiana, lo mismo que los demás, estuvo á disposicion de mis suscritores eclesiásticos, y nadie podría suponer que se imprimió para satisfacer las necesidades de la causa. Pues bien, en el citado número se lee el relato de las dos primeras aparicio-

Miss Vaughan.—T. 1.—13.

nes que tuvo Asmodeo conmigo, cuando contaba yo apenas diez y seis años de edad, esto es, nueve antes de que se me apareciera el príncipe de los demonios. Ningun régimen especial tuve que observar, ni tampoco me preparé en manera alguna la primera vez, ni la segunda; porque ni esperaba yo á Asmodeo, ni siquiera sabía quién era. En consecuencia, con aquellos dos hechos precedentes viene completamente á tierra el sistema de M. Le Chartier. ¡Y podría yo citar aún tantos y tantos!

Dije antes que ya estaba yo esperando esta objecion: porque desde el día que siguió al de mi conversion, una hoja masónica de Paris trató de hacerme pasar por loca. «Aquella mujer no es más que alucinada.» Hábil consigna para desacreditar de antemano cuanto pudiese yo decir en adelante, como se sabía que podía hacerlo. Mas nunca habría esperado que M. Le Chartier, que, segun me dicen, es católico, encajonara el paso á la par que el periódico en que colabora la H. Sofia Walder. Como quiera que sea, queda ya completa, á lo que creo, mi respuesta á su argumentacion; respuesta que me complazco en esperar habrá de reproducir la prensa católica, bien así como reprodujo el artículo del sabio orientalista.

Por lo demás, M. Le Chartier verdaderamente ha abusado del derecho de crítica; lo cual no obstante, no le conservo ningun rencor, ni como cristiana, ni por el hecho de haber excedido los límites en su conclusion.

Si se le fuera á creer, podría suceder muy bien que mi conversion, «segunda faz de la horrible sugestion» que comenzó en Charleston en 1889, se hubiera verificado, no para la gloria de Dios, sino en beneficio de la francmasonería.

Sí, escrita se encuentra tamaña enormidad, á saber: que no es obra de la gracia, sino de los principales de la secta, mi conversion.

Héme aquí, pues, en completa conformidad de ideas con Lemmi!!!

«Rodrigo, ¡quién lo hubiese dicho!—Jimeno, ¡quién lo hubiese creído!»

No va de acuerdo con lo demás esta hipótesis de conclusion. Efectivamente: una alucinada no merece crédito, está bien; pero cuando ménos, créase que habla con toda sinceridad. Si falsamente me he convertido, al punto desaparece mi sinceridad de loca que se imagina haber visto—salvo que Lemmi, el gran hipnotizador, me haya sugerido la idea de combatirle á él mismo y de contribuir á desenmascararle (porque para algo he de estar bien, ¿no es esto? en el diluvio de tejas que está cayendo sobre su cabeza dos años há), y de hacerme católica, una vez adquirida la fé cristiana.

En verdad que provoca á risa la conclusion de M. Le Chartier; pero así y todo, hay enormidades que suelen acoger fácilmente hombres de cierto modo de pensar. Yo estoy á todo lo que pueda sobrevenir. Bien sé que se tienden algunos lazos para ver si caigo en ellos.

Véase lo que á propósito de mí escribe el traductor del *Gennaith-Meungog*:

«Siendo el fin principal de la francmasonería facilitar y encubrir la obra de los judíos, necesita de cuando en cuando esas conversiones ruidosas que sorprenden y distraen la atención de la sociedad. Es una transformación moderna de la antigua ceremonia del chivo emisario.»

Y para fundar su aserto, agrega á renglón seguido una cita que tomó, según dice, del discurso del Lugarteniente Gran Comendador, dirigido al Soberano Gran Inspector General, grado 33, del Rito Escocés, en el momento de tomar éste posesión de su encargo. La cita es ésta:

«Si las circunstancias hicieren indispensable la intervención directa de la Orden, escoged y designad de antemano al Hermano (ó á la Hermana) que haya de ser víctima de esa intervención y de hacer el papel de chivo emisario, para que, efectuándose públicamente su sacrificio con la mayor resonancia que sea posible, devuelva á la Orden su inocencia sin tacha.»

Según esto, ¿la alta masonería es la que da la mayor resonancia posible á mi conversión?... Verdaderamente este es el caso de decir que todos los días hay algo nuevo que aprender.

Ahora bien, el pasaje que acabo de transcribir es de uno de los rituales del grado 33; pero vamos á ver si tiene alguna aplicación á lo que M. Le Chartier insinúa. Hállase el citado pasaje en el discurso del Soberano Comendador Gran Maestre,

y no del Lugarteniente Gran Comendador. Y para que mis lectores le tomen el sentido que verdaderamente le corresponde, voy á copiarle de nuevo, pero completándole con las líneas que le anteceden en el ritual (ritual que es el mismo que se usa para las recepciones de grado 33 con el anillo):

«... Cuidad de que se exagere la forma de las protestas contra el régimen social, político, económico y religioso actual, de suerte que sea posible, una vez sublevado el pueblo y removido por medio de aquella exageración, sembrar en él nuestras verdaderas doctrinas, las cuales de ese modo tendrán un carácter positivamente moderado.

«Evitad, empero, con sumo cuidado el inclinaros demasiado en favor de la clase proletaria porque esa clase pide con instancia, pero no produce.

«Nuestro verdadero objetivo ha de estar en las clases principales de la sociedad, cuya instrucción superficial y cuya desmedida ambición constituyen para nuestras doctrinas el medio más favorable para su desarrollo.

«Evitad en todo caso y á virtud de los mismos principios, mezclar directamente á la Orden en cualquier asunto de que se trate, y por consiguiente abatid con todas vuestras fuerzas las publicaciones masónicas.

«Mas si las circunstancias hicieren indispensable la intervención directa de la Orden, escoged y designad de antemano al Hermano que haya de ser víctima de esa intervención y de hacer el papel de chivo emisario, para que efectuándose públicamente su sacrificio con la mayor resonancia que sea posible, devuelva á la Orden su inocencia sin tacha. La Orden se debe mantener inmaculada, inaccesible á cualquier sospecha.»

¿Lo véis?... ¿Se trata en lo transcrito de conversiones?...

Dícese al que entra en posesion de su grado:— Para imponernos á la política de los gobernantes, trabajemos porque estalle un movimiento popular contra el actual orden de la sociedad, sin comprometer á la francmasonería con publicaciones oficiales de ningun género; impelamos á los revolucionarios profanos á que exageren la hostilidad con que ven el régimen de la sociedad moderna, pero sin manifestarnos muy adictos á los proletarios. Si esto no obstante, sobreviene una necesidad absoluta de que intervenga en el movimiento la francmasonería, designemos á uno de nuestros Hermanos para que públicamente hable como francmason, á efecto de determinar la agitacion y el levantamiento popular: que siempre estaremos dispuestos para reprobbar su proceder, y una vez empeñada la accion, arrojarémosle al precipicio con el ruido mayor posible, y las clases superiores, á quienes debemos inspirar en secreto, nos tomarán por inocentes como corderos.

¿En qué asunto de esta especie me vi jamás mezclada? ¿En dónde excité al pueblo á la rebelion? ¿Cuándo fui reprobada con gran ruido por los jefes de la alta masonería?

Una sola vez se me condenó, y eso en secreto, ni por los jefes de la alta masonería, sino por el comité independiente de Lóndres; tampoco por haber pr egonado la revolucion social, revolucion á que he sido constantemente opuesta, sino que mis

amigos los independientes sostenían que me excedía yo demasiado en mis ataques á Lemmi.

Si algun ruido semetió con aquella condenacion ó desaprobacion, ese ruido le metí yo misma; yo que jamás fui expulsada de la masonería, ni tratada á guisa de chivo emisario, sino que arrojé mi dimision al rostro de mis ex-Hermanos; y la resonancia que tuvo este incidente, á la prensa antimasonica se debió.

Es, pues, exactísimo que nada tiene que ver con mi caso la cita que hizo M. Le Chartier, puesto que todo lo contrario es lo que aconteció, y que en manera alguna lleva por mira conversiones ficticias y ruidosas que se tengan que procurar astutamente para coadyuvar y encubrir la obra de los judfos; no lleva esa mira el discurso contenido en el ritual de los 33 con el anillo.

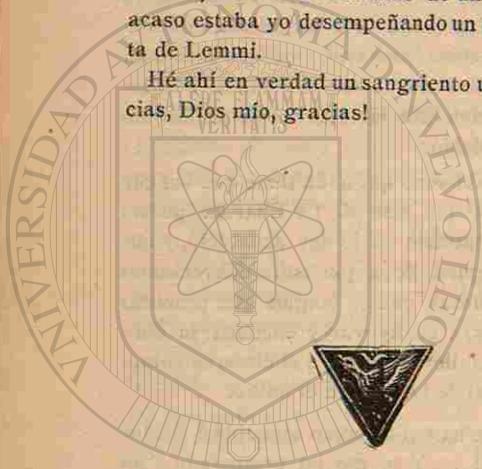
Y á mí se me ha tenido como sometida á sueños autosugestivos!... Y se me ha presentado á mí como que tenía trastornado el entendimiento!...

Dejemos á M. Le Chartier, y perdóneme el lector que me haya estado ocupando en él, cuando lo que desea es sin duda el relato de los hechos del Paladismo y de la manera como llegué á ingresar á la religion de Cristo. Ese es el interés de mi obra, interés que se entorpecería con llevar adelante esta discusion. Sin embargo, hoy por hoy no he podido resistir á la necesidad de hacerme justicia yo misma contra inficuas insinuaciones. En adelante dejaré que se diga cuanto se quiera; que,

despues de todo, poco me debe importar que unos sigan insultándome y otros ladrándome!

Yo le pedía á Dios la cruz de la humillacion, cuando hé aquí que se levanta un católico para indicar, desde las columnas de un periódico, que acaso estaba yo desempeñando un papel por cuenta de Lemmi.

Hé ahí en verdad un sangriento ultraje... ¡Gracias, Dios mío, gracias!



CAPITULO II.

¡CREO!

DEDICADO tenía yo el segundo capítulo de mis *Memorias* al asunto de la educacion luciferiana que recibí, asunto absolutamente necesario para que se comprenda bien cómo es que pude vivir en el error tanto tiempo, y cómo sólo un milagro de la divina gracia pudo sacarme de él. Esta exposicion vendrá á completar el relato de la primera aparicion á mí de Satanás.

Sin embargo, hay otro relato que esperan mis nuevos amigos con más impaciencia aún, y que por lo mismo no le debo retardar.

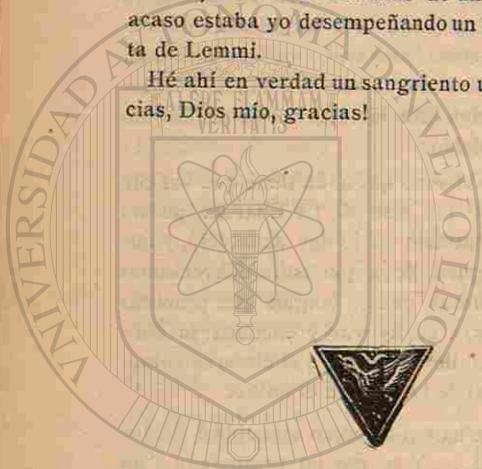
Verdaderamente que mientras más reflexiono acerca de mi conversion pasando por sus diversas facés, más me confunde la bondad de Dios. No se contentó el Padre Eterno con retirarme del abismo, sino que le plugo conducirme por caminos admirables á la plenitud de la luz. Inmensa misericordia, sabiduria sin límites: ¡ved ahí á Dios!

Miss Vaughan.—T. I.—14.

despues de todo, poco me debe importar que unos sigan insultándome y otros ladrándome!

Yo le pedía á Dios la cruz de la humillacion, cuando hé aquí que se levanta un católico para indicar, desde las columnas de un periódico, que acaso estaba yo desempeñando un papel por cuenta de Lemmi.

Hé ahí en verdad un sangriento ultraje... ¡Gracias, Dios mío, gracias!



CAPITULO II.

¡CREO!

DEDICADO tenía yo el segundo capítulo de mis *Memorias* al asunto de la educacion luciferiana que recibí, asunto absolutamente necesario para que se comprenda bien cómo es que pude vivir en el error tanto tiempo, y cómo sólo un milagro de la divina gracia pudo sacarme de él. Esta exposicion vendrá á completar el relato de la primera aparicion á mí de Satanás.

Sin embargo, hay otro relato que esperan mis nuevos amigos con más impaciencia aún, y que por lo mismo no le debo retardar.

Verdaderamente que mientras más reflexiono acerca de mi conversion pasando por sus diversas facés, más me confunde la bondad de Dios. No se contentó el Padre Eterno con retirarme del abismo, sino que le plugo conducirme por caminos admirables á la plenitud de la luz. Inmensa misericordia, sabiduria sin límites: ¡ved ahí á Dios!

Miss Vaughan.—T. I.—14.

No deben seguir, no, envueltas en la sombra las faces de mi conversion. ¡Ah! ¡con qué ánsia no estaba yo deseando escribir estas palabras, dirigiéndome á los fieles católicos.

—Amigos míos, ¡soy verdaderamente vuestro! ¡Creo con todas las fuerzas de mi alma! ¡Vuestra fé es también mi fé! Sí, ¡creo!...

«¡Cuántas maravillas encierran estas palabras! Qué gran milagro!... Pero lo que hay de más inaudito, es que todo se fué obrando espontáneamente en mí. Como criaturas humanas, valemos por cierto muy poca cosa! Abatamos nuestro orgullo, y convenzámonos de que nada se cumple sin la voluntad de Dios!

Nosotros creemos ser los autores de esto ó de lo demás allá... ¡Error! que no somos sino meros instrumentos, y ¡cuán frágiles!

Se sabe ya la manera como dejé el Paladismo; sábese en qué circunstancias fui al convento queriendo limitarme á una visita, al convento donde se hallaba y todavía se halla una digna religiosa amiga de la hermana mayor de mi madre, la única protestante de mi familia que al enviudar se convirtió al catolicismo. Sábese, por último, que en el momento de partir —lo cual tuvo lugar la mañana del día de Corpus,— expresé mi deseo, que al punto se realizó, de asistir á la santa misa. Después de esto permanecí en el convento hasta el sábado 15 de Junio en que salí de allí por la noche para volver á mi retiro.

Todo lo referí ya en esta publicacion. Ni dije

ni podía decir más por el momento; pero los que á través de las líneas saben leer y apreciar cuánto está calculada la eleccion de tales expresiones, han comprendido perfectamente que algo más había sobre el particular, y así me lo han expresado en cartas, dándome ya el nombre de Juana, á pesar de que todavía no he aludido para nada á mi bautismo.

Sin embargo, éste se verificó el día 15 de Junio, pero en condiciones que carecían de regularidad, y de ahí el silencio que he guardado hasta hoy sobre ese hecho, cuya verdad aseguré al concluir cierta carta, la cual se publicó hará un mes.

Conviene que reproduzca yo aquí los últimos párrafos de mi citada carta:

«Sí, estaba yo transformada, escribí á un amigo católico; pero hubo más de lo que he hecho saber. He vacilado mucho para escribir lo que va en seguida, y todavía vacilo. Sin embargo, si alguna deficiencia hubo en lo ya hecho, la persona responsable fué amonestada por su director de conciencia, sin vituperio alguno, en el sentido riguroso de la palabra. Todos prometimos guardar secreto en cuanto á los nombres, y yo no le violaré; pero creó que estoy en el deber de hablar.»

«Vea vd. lo que sucedió:
«Después de la comida, que se me sirvió en el convento el 15 de Junio en la sala de las pensionistas, la cual se me destinó durante mi corta permanencia allí, expuse á la superiora y á la religiosa amiga de uno de mis parientes la necesidad que tenía yo de pensar ya en mi separacion, para entregarme al trabajo y comenzar el combate que me proponía librar con la pluma contra el rey del mal.»

«Allí de las súplicas; pero conseguí al fin que se comprendiera lo imposible que era para mí fijar mi residencia en el convento mientras durara el trabajo de las *Memorias* que me proponía publicar, explicando cómo no bastaba con escribir, sino que eran indispensables muchas idas y venidas para las personas que me acompañaran, y exponiendo las disposiciones que ya tenía tomadas. Quedaron convencidas aquellas dos santas mujeres de que me asistía razón, sin que por eso disminuyera la aflicción que tenían por mí. No tenían por mí alma, no, puesto que me veían colocada en el camino mejor posible; temían, sí, mi muerte, pareciéndoles que no bien me separara yo de su lado, sería yo reconocida, me seguirían los pasos los agentes secretos de Lemmi y me asesinarían.

«Nada había en que fundar sus temores, pues todas mis precauciones, que eran de primer orden, habían quedado muy bien trazadas, y nadie podía ni siquiera sospechar que estuviera yo en la ciudad. Pero no lo querían entender así ni la superiora ni mi amiga, y exagerando el error en que estaban, delante de mí se decían una á la otra: «¡Ah! si estuviese aquí el Padre capellan!... ¡Ah! si esta nuestra querida hija no nos hubiese obligado á prometerle que habíamos de ser sus únicas confidentes!... ¡Ah! qué desgracia, si la llegaran á asesinar!... ¡Morir así, sin haber recibido el bautismo!... ¡Ah! qué pena y qué remordimientos nos habían de quedar para siempre!...»

«Entonces me suplicaron que demorara un día cuando ménos mi separación: esto era para mí imposible. ¿Someter aquel asunto al Padre capellan? Cometí el error de ser inflexible, diciendo á las religiosas: «No, queridas y buenas hermanas; vds. me están pidiendo que haga yo hoy extensiva la confidencia á un tercero; mañana será á un cuarto, y no puedo consentir en ello. Déjenme

«partir así que les aseguro á vds. no corro peligro inmediato de muerte.»

«En ese momento, viendo la superiora á mi amiga la religiosa deshecha en llanto, exclamó: «¡Y bien! Tomo por mi cuenta el caso; por bien que nuestro buen Dios vé la pureza de mi intención. No puede ménos que ayudar á la gracia el santo bautismo para que obre en el alma de esta querida hija. Creo que con ello hago bien: bauticémosla!»

«La excelente superiora se imaginaba obrar con derecho, cuando le hacía ver á la otra hermana que el caso podía considerarse como bautismo ministrado en uno de necesidad, atento el peligro de muerte que se presumía como próximo para mí. Despues he sabido que estuvo en un error.

«Considerando yo, entónces, que mi negativa á cumplirle aquel deseo habria sido para ella causa de inmenso dolor, le prometí que en el acto me iba yo á poner en condiciones de que se pudí ese realizar lo que tan ardientemente le hacía desear su celo; en el fondo, parecíame que aquel bautismo improvisado equivalía al que se administraba en artículo de muerte.

«Por otra parte, el tiempo urgía; el coche que debía conducirme á mi retiro estaba esperándome á la puerta. Dirigíme, pues, prontamente al oratorio, y arrodillándome renové la renuncia que tenía yo hecha de Satanás, de sus pompas y de sus obras, y la firme voluntad de creer en todo lo que enseña la Iglesia de Jesucristo. Rogué á Dios que desvaneciera las tres dudas que todavía me quedaban y que me esforzaba yo por desechar de mi alma, y supliqué á la Bienaventurada Virgen María que acabara en mí su obra de aplastar la cabeza de la serpiente maldita. Despues de eso, nos pusimos á llorar las tres, hasta que por fin, alargando é inclinando yo la cabeza, derramó en ella agua bendita la buena superiora, pronuncian-

do á la par con grandísimo esfuerzo que hacia para ahogar la emocion, estas palabras: «Juana «María, yo te bautizo en el Nombre del Padre, y «del Hijo, y del Espíritu Santo.»

«Al otro día, ya estaba de nuevo en mi retiro.»

Durante el camino escribí en una posada la parte final del prefacio de las *Memorias de una Ex-Paladista*, es decir la parte que lleva fecha 16 de Junio. Lo que antecede á esto desde el epígrafe las palabras «¡Gloria á Dios!» fué escrito en el convento. El martes 18 en la mañana á primera hora una persona de confianza llevaba el original manuscrito á mi editor.

«Aquel mismo mártes por la noche recibía yo de la buena superiora una carta llena de escrúpulos que me hizo comprender el tormento moral que estaría sufriendo, y la autoricé en el acto para que se lo dijera todo al capellan y para que hiciera saber mi nombre á su digno prelado, si lo creía indispensable. Efectivamente, yo no quería que aquella piadosa mujer siguiera siendo víctima de la intranquilidad.

«Despues me escribió muy agradecida, y en su última carta me dijo que le habían hecho una amonestacion paternal. Luégo que se descubrió con el capellan, éste le explicó que si hubiese yo sido asesinada como lo temía ella, mi muerte, acaecida en tales circunstancias, muerte por la gloria de Jesucristo, habría sido el «bautismo de sangre.» En consecuencia, el ardiente celo de la digna religiosa había sido inconsiderado.

«Pronto enviaré á quien debo hacerlo la breve exposicion de las dudas que todavía me quedan. Cada día soy más feliz y Dios no me ha de negar

la fé completa que me ha de venir con la regularizacion del acto del 15 de Junio en el modo que la Iglesia tenga á bien hacerlo.

«Tal era lo que convenia decir ahora. ¡Que mis nuevos amigos pidan por mí, como yo pido por ellos con todo mi corazon!»

El lunes 12 de Agosto recibí una nueva carta de la buena superiora, preguntándome por los progresos que había yo hecho en los caminos del Señor. A juzgar por el tono de sus amistosos ruegos, creí comprender que todavía se le hacían reproches con ocasion de mi bautizo tan irregular. Ya me imaginaba yo estar oyendo al P. capellan decirle y repetirle que había cometido una falta de las más graves, ponerle de bulto sus deplorables consecuencias si resistía yo á la accion de la gracia y si me mantenía en mis tres dudas; porque sólo se puede dar el bautismo á una persona adulta cuando tiene completa fé y cree en conciencia en todos los preceptos de la Iglesia sin excepcion.

¡Ah! ¡cuánto sufría yo al ver por mi misma que aún había nubes que me oscurecieran la divina luz! y ¡qué bien me explicaba yo la inquietud de la estimable mujer!.....

Sí, sufría yo y mi sufrimiento era doble. Por un lado, Satanás no renunciaba á la esperanza de volver á conquistar su presa, evidentemente no para el Paladismo, mas si para la herejía; por el otro lado, me hacía sufrir tambien la parte que había yo tenido en las apuraciones de la digna superiora.

La exposicion de mis tres dudas había quedado escrita de una manera breve, sumarisima, y necesitaba con urgencia que la retocara explicando mis dificultades principalmente en lo relativo á la transustanciacion. Va á verse cómo el príncipe de las tinieblas iba siempre tras de mí, como que efectivamente él fué quien me inspiró la idea de que convendría que enviara yo mi consulta á dos teólogos, uno de ellos sacerdote católico, que siempre se ha manifestado conmigo sumamente bueno, y el otro, ministro protestante, pariente de una familia amiga. Ahora conozco el lazo que me tendía el Demonio; solamente á Dios le debo no haber caído en él.

Vaya otra prueba. El diablo es serpiente por su astucia, por su habilidad para insinuarse en el espíritu, y se distingue así, cuando no tiene un cuidado, en hacer desviar una buena intencion; pero es tambien tigre cruel, y yo he experimentado su terrible persecucion desde que rompí con la alta masonería.

Esto no lo había confiado yo más que á algunos eclesiásticos; pero desde que comenzó á efectuarse mi conversion sentí los efectos de la perversidad de las potencias infernales. No deseo para mi peor enemigo todo lo que he tenido que sufrir. Durante el día tenia yo paz interior merced á la oracion y al trabajo; pero la noche era para mí suplicio horrorosísimo. Demonios y más demonios que me atormentaban durante el sueño. No bien me entregaba á él, cuando me asaltaban

horribles pesadillas siempre de un carácter de persecucion, y despertábame en medio de una escena de tortura en la cual hacía yo de víctima y los principales demonios de verdugos. Con una simple oracion que rezara yo, recobraba la tranquilidad, é iba durmiéndome de nuevo y apaciblemente para repetirse al punto aquellos terribles asaltos que padecía en sueños. Amanecía yo al otro día con todo el cuerpo adolorido como si me le hubiesen molido á palos.

Esto, en los primeros quince días de Agosto, había llegado á ser intolerable. Por esa razon luego que leí el lunes 12 la ultima carta de la superiora, tomé una resolucion. ¿Por qué no había de ir á pasar de nuevo algunos días en el convento donde tan buena acogida se me había hecho? Díjeme pues: Iré á consolar á aquella querida Madre, y al propio tiempo gozaré indudablemente de más tranquilidad durante los días que transcurran desde la fiesta de la Asuncion hasta el 24 ó el 25. No contaba yo con permanecer más tiempo en el santo asilo!

Desde el 17 hasta el 24 debía durar la gran peregrinacion de Lourdes, y sabia yo que algunos peregrinos pobres se proponian pedir allí especialmente por mi intencion. ¡Pues bien! desde el convento uniría mis oraciones con las suyas, ya que no estaba en la posibilidad de acompañarlos. Por otra parte, abrigaba la esperanza de que hallándome entre las vírgenes del Señor, serían mis noches menos pesadas tan siquiera.

Mis Vaughan — T. I. — 15.

Véase hoy lo que pasó entonces.

El martes muy temprano y despues de haber escrito varias cartas que me urgían, me separé de la familia amiga cuya casa había yo escogido para mi retiro, sin haberme acompañado más que una sola persona, pero muy segura. La llamaré aquí Bridget (Brígida), nombre que nada ha de indicar á los agentes de Simon, y que escogí por significar: «el que procura la seguridad.» Esa persona y yo nos pusimos, pues, en camino.

Al día siguiente dejé á Bridget á la mitad del camino, y ya se comprenderá lo conveniente de esa precaucion por mi parte. Muchos de mis nuevos amigos están todavía inquietos por lo que me pueda suceder; les agradezco su interés, pero ya verán que todo lo he arreglado con la mayor prudencia.

Asaz tarde era ya cuando fui á llamar á la puerta del convento por segunda vez. En la anterior habiamos convenido la superiora y yo en una frase que había yo de usar por telégrafo para anunciarle mi regreso, de modo que ya me estaba esperando sin que nadie pudiese maliciar mi llegada; ni aun en el mismo telégrafo hubiera yo podido despertar la menor sospecha. No diré más sobre el particular, pero de una vez por todas advierto á mis amigos que deben estar seguros de que me hallo perfectamente al corriente de todos los procedimientos que se emplean en la diplomacia para hacer imposible el «hilaje» de una correspondencia, procedimientos de los cuales he

usado muchas ocasiones y seguiré usando todavía en las narices y en las barbas de Lemmi, de sus sabuesos y de los gabinetes negros.

Cuando llegué al convento había terminado el rezo de completas, y las religiosas oraban, ó bien leían en sus respectivas celdas esperando la hora del último rezo del día. La amiga de mi parienta me abrió y me condujo inmediatamente á mi cuarto de pensionista.

Calcúlese si la estimable superiora tendría ansia de verme. ¡Viva! ¡Con vida yo! No podía darse cuenta de lo que veía. ¿Cómo había sido posible tal travesía sin accidente alguno?—Con cierta habilidad, le respondí, y sobre todo con la proteccion del buen Dios.

Siguió despues la entrevista con el Padre capellan, con quien fui presentada esta vez con mi verdadero nombre. Había tenido que esperarse hasta mi llegada, y en seguida se despedía de nosotras.

Aseguróme que verdaderamente nadie había reparado en mí desde mi primera visita de Junio, y que él había perdido por completo el recuerdo de mis facciones.

Yo le pregunté inmediatamente si podía prestarme un servicio; si miéntas permaneciera yo en el convento, podría ser tan deferente que aceptara un insignificante desórden para el caso de que se me ofreciese remitir alguna carta urgente. --Aceptó con gusto. El desórden consistía en tomar el tren para depositar mi carta en el buzón

postal del embarcadero de una estación vecina por donde pasa una gran línea. La carta lleva entonces el sello de un ambulante y no el de determinada administración postal de una ciudad.

No tengo el menor inconveniente para dar á conocer esta manera de transmitir la correspondencia, porque el saberse el procedimiento no puede hacer dár con la pista.

Mi carta, que remití del modo que acabo de indicar, estaba formada así: 1º de la carta misma, metida en una cubierta que llevaba la dirección de la persona á quien escribía yo; 2º de otra cubierta más, opaca, que tenía la dirección convencional de la persona á quien se la había de remitir Bridget; 3º. y finalmente, de otra cubierta suplementaria que contenía escritas las iniciales conforme á las cuales la misma Bridget había de sacar la carta de la administración postal de la población intermedia donde ella estaba esperando mi vuelta.

En consecuencia, Bridget recibiría mi carta sin que se supiera en la administración quién era, ni ella misma supiera á punto fijo de qué lugar procedía la carta, puesto que llevaba, no el sello de la administración local, sino el del ambulante, y puesto que además la estación ferrocarrilera donde había sido depositada no era la del lugar donde me encontraba yo en aquel momento. Demás de esto, Bridget ignoraba á quién escribía yo, como lo ignoraba también la persona encargada de

depositar por primera vez la carta en el buzón del embarcadero.

Después de quitar Bridget la primera cubierta, no tendría más que echar la carta en el buzón del correo del lugar donde se encontrara, para que llegara, con una dirección convenida, á la administración postal ó á un establecimiento de comercio, de donde la sacaría alguno de la familia amiga en cuya casa tenía yo mi retiro habitual. Por manera que tampoco ese segundo intermediario sabría más que el lugar donde se encontraba Bridget, lugar, que, como hemos visto, puede quedar muy retirado de aquel desde donde había yo escrito, aunque sí sería la única persona que al abrir la segunda cubierta sabría á quién me dirigía yo.

Aquel amigo, que vivía á orillas de una gran ciudad, llevaría mi carta allá, de donde había de salir definitivamente para su destino.

Esta manera de remitir la correspondencia valiéndose de dos intermediarios sucesivos, la grava con un retardo de 36 á 48 horas. Frecuentemente se procede así en la diplomacia, cuando no es tal la importancia del pliego que se remite que haya necesidad de ocupar un correo de gabinete; sin embargo, el pliego no va dirigido á su último destino desde los principios, sino que pasa por intermediarios que son comerciantes de la nacionalidad del embajador, establecidos en varias ciudades y que le sirven de agentes secretos.

Yo, si se trata de una carta de mucha impor-

tancia, hago que la recomienden ántes de remitirla por la última vez, con el nombre de algun comerciante establecido en el correspondiente lugar á cuya casa puede volver la carta sin dificultad, caso de algun error en la direccion. En cuanto á las remisiones primera y segunda, usando siempre del buzon permanente y de la direccion conocida, observo un procedimiento merced al cual la administracion, sin maliciar el subterfugio, hace las remisiones con tanto cuidado como si se tratara de cartas recomendadas. Ese procedimiento sería lo único de mi sistema que no podría sin torpeza descubrir aquí.

Fácil es comprender, por lo demás, que con divulgar el sistema no se ha de encontrar la pista para dar con ninguno de mis dos retiros.

Absorto me escuchaba el P. Capellan cuando le estaba explicando yo esta manera de proceder para la remision de cartas, citándole varios ejemplos para confirmar lo que decía. El se había manifestado anuente á prestarme el servicio que le había pedido, áun ántes de comprender lo de que se trataba. Así que se impuso de ello, le aseguré que no abusaría de su bondad, porque absolutamente me proponía yo despachar mayor cosa de correspondencia durante los días que nuevamente hubiese de permanecer en el convento, á donde había llevado algunas cartas que contestar, algo en que escribir de mis *Memorias* y mucho de la obra relativa á Crispi.

Estuvimos hablando todavía buen rato hasta

que nos despedimos para el día siguiente, fiesta de la Santísima Virgen. En el asilo de la paz, pasaba yo por una de tantas pensionistas.

Aquella noche y las cinco que siguieron á ella, todavía fui atormentada por los espíritus infernales, aunque no con tanta crueldad como las anteriores.

El 15 asistí á la santa misa y pasé lo más del día en la oracion. El excelente capellan fué conmigo sumamente fino. Yo le enseñé algunos de los libros que me han estado remitiendo mis nuevos amigos, desconocidos para mí los más, y que llevé al convento, suplicándole me ayudara á escoger los que me hubieran de servir para mi lectura piadosa.

Pasado el rezo de visperas, en la tarde, y cuando todo el mundo se había salido ya de la capilla, pedí permiso para sentarme delante del pequeño órgano. Tenía en aquel momento la cabeza llena de la música sagrada que acababa yo de estar oyendo.

A los principios me dejé llevar al acaso por la improvisacion y canté suavemente el *Ave María* con las notas que primero se me venían, sin tratar de retenerlas ni de repetir las, sino desgranándolas en un acompañamiento lento en el cual se arrullaba mi alma. En esto me pongo á pensar en Juana, en la mision que todavía no concluye y en las invocaciones que le hacen los católicos por doquiera pidiéndole su ayuda y proteccion particularmente contra la francmasonería.

Aterrorizada teme la secta que llegue á ser colocada en los altares Juana de Arco. Esta es una señal que pone de manifiesto las previsiones de Lucifer. La cólera sorda de las lógias y de las sublogias es un eco de la rabia del infierno, sin que en esto haya lugar á equivocacion: sabe Satan que el arcángel Miguel todavía y por siempre ha de estar abatiéndole, valiéndose esta vez del brazo de la sublime heroína.

Al pensar en esto, apoderóse de mí un raptó. Recójome por un momento y siento que mi corazón vibra con un calor de entusiasmo, en que la súplica se mezcla con un grito de guerra. «¡Juana! ¡Juana! ¡baja del cielo como te lo pedimos! ¡Juana! ¡Juana! sé nuestra jefe! Hoy el enemigo es el francmasón, como lo ha dicho Dios por boca de su augusto Vicario. ¡Juana! ¡Juana! ¡guíanos en el combate que debemos emprender contra la secta impía y satánica. Si vas tú á nuestra cabeza, ¿cómo no habíamos de salir vencedores?»

Por sí mismas me brotan de los labios las palabras ya medidas y arregladas á la armonía de mi canto, de modo que sin ningún trabajo queda compuesta la primera copla. Pero allí me detengo, porque me parece que el aire corresponde perfectamente á mis sentimientos, y volviendo á él y repitiéndole se me graba por fin en la memoria. Poco á poco voy perfeccionando los acordes del acompañamiento, y á las cinco veces ejecuto sin titubear, atacando las teclas con vigor, pero sin precipitación, en un *andante marziale*.

En aquel momento reparé en la buena superiora y en el P. capellan que estaban allí junto escuchándome, y al suspender mi canto me felicitaron y me suplicaron que le repitiera. No he de reproducir aquí los elogios que me prodigaron, y con que su bondad exageraba indudablemente el mérito de mi composicion.

—¿Y cómo la va vd. á intitular? me preguntaron.

—*Himno á Juana de Arco*, sencillamente; pero será á la vez un himno contra la francmasonería... Ya sé lo que todavía hay que hacerle... Ya verán ustedes... Por ahora me basta con lo hecho; pero bueno será añadirle un coro, un coro de cuatro ó cinco voces, que producirán juntas un hermoso efecto, un coro en el cual todas las masas vocales pregonarán la gloria de Juana, su victoria, su triunfo...

Inmediatamente me dirigí á mi aposento y me puse á repasar bien lo que había escrito. Tenía la intencion de componer el coro al día siguiente, así como dos ó tres estrofas más; pero me lo impidieron varias entrevistas con la superiora, con mi amiga la religiosa, y sobre todo con el P. capellan ese día, ó sea el 16.

El sábado tuve completamente fijo el pensamiento en los enfermos que, llenos de confianza en Maria, salían ese mismo día de Paris á Lourdes. Tal me parecía estarlos viendo. El P. capellan, que ya ha acompañado á muchos peregrinos, me bosquejó el cuadro de la conmovedora partida del «tren blanco.»

Miss Vaughan — T. I.—16.

¡Oh! ¡Cómo habría querido ir yo también á Lourdes acompañando á los pobres enfermos! Pero esto no habría sido prudente, como sí lo fué alejarme de aquel lugar, pues me han dicho que la Sofía envió como espía, para que se situara en la estación de Orleans, á la espiga de Oro (H.: 1408) asociada de un H. v. brasileño, quienes, según parece, lograron con maña introducirse entre la gente en los muelles, y recorrer varios coches de los peregrinos buscándome en alguno de ellos. ¡Qué tiempo tan bien perdido! Debió haberse reflexionado en los triángulos, que ninguna ilusión me causa por cierto lo que se me espera en el caso de que se llegue á descubrir mi pista. Si he dejado mi retiro para pasar unos cuantos días en el convento, es caso absolutamente excepcional; es porque pude hacer mi salida de improviso, emprendiendo un viaje que nadie podía esperar y cuyo término era tan incierto como la partida. Más diré: que en el acto habría yo prescindido de aquel viaje, si hubiese yo tenido que atravesar por París.

Más tarde iré sí á Lourdes de incógnito y bien acompañada por católicos, pues ya está arreglado el proyecto de acuerdo con el Padre capellan, y tendré entonces para escoger entre multitud de amigas de las queridas religiosas, lo cual podré hacer muy bien sin que nadie sepa quién soy, fuera del capellan. Mas para realizar tal proyecto, habrá que esperar á que se haya desvanecido el peligro, ó que por lo ménos se haya moderado la cólera que se ha venido á encender con mi conversión.

Así, pues, el sábado 17 de Agosto no hice más que unir mis oraciones con las de la gran peregrinación nacional. Cierta amigo mío eclesiástico me había remitido desde ántes el itinerario y el horario que seguiría la misma peregrinación, y acompañaba yo desde el coro á los queridos enfermos, lo mismo que los acompañé en los subsecuentes días, mirándolos con la imaginación atravesar ciudades y orando con ellos, aunque á gran distancia.

El martes 20 mi espíritu estaba con el suyo en Lourdes. Ese día le pasé todo en la meditación, pidiendo á la divina María, á Nuestra Señora de las Victorias y á Nuestra Señora del Sagrado Corazón, se dignaran completar en mí la obra de Juana de Arco.

La víspera había yo proseguido la breve exposición de mis últimas dificultades, agregándoles ciertas explicaciones que juzgué como necesarias. Al poner en limpio aquella mi exposición, saqué dos copias con anchos márgenes cada una para escribir en ellos las nuevas indicaciones que pudiesen ocurrirme ántes de sujetar mi exposición á una revisión definitiva; trabajo que me proponía hacer el miércoles 21, que era cuando debería yo remitir el memorandum ya completo á dos teólogos, católico el uno y protestante el otro.

Dios no permitió que tal cosa se hubiera llevado á efecto. La Reina del cielo alcanzó de su adorable Hijo que resultara inútil el nuevo lazo que me tendía Satan.

Había yo recorrido en mis meditaciones del

mártres la Vida de los Santos que hay en la biblioteca del convento, y hallé que al día siguiente, 21, se celebraba la fiesta de Santa Juana de Chantal, cuya vida, aunque conocida ya por mí, volví á leer con ansia. Había tambien en el calendario otros santos, particularmente la Beata Adelinda, abadesa de un monasterio de canónigas nobles de Suabia, y Santa Euprepia, humilde criada mártir.

Harto fué lo que me interesó la vida de aquellas dos santas, tan distintas en cuanto la condicion social que tuvieron acá abajo, pero tan admirablemente reunidas en el reino de la gloria eterna. Adelinda fué mujer de gran corazon, que habiendo perdido á la vez á su esposo y á su hijo, quienes murieron con las armas en la mano combatiendo contra el invasor de su patria, recogió sus cadáveres, y en el lugar mismo donde los sepultó, fundó aquel monasterio que hasta última hora gobernó ella misma, y al cual estaba agregado un colegio para la educacion de las jóvenes de la nobleza. Euprepia, de condicion humilde, era criada de Santa Hilaria, madre de Santa Afra, mártir; y como velaba en compañía de Hilaria el sepulcro donde ésta había sepultado á su hija Afra, apoderáronse de ella y de otras tres criadas los perseguidores, y entregaron á las cuatro santas mujeres á las llamas. ¿No es verdaderamente hermosa aquella abnegacion de las modestas hijas del pueblo, que querian participar de la suerte que le tocara llevar á su ama? La hoguera que se encendió para Euprepia me hizo recordar la de Juana de Arco.

En la noche le volví á pedir á María. Había sido para mí horrorosa la del día anterior. Segura estaba yo de que tan horribles pesadillas no podrían ser obra más que del demonio, y elevaba y redoblaba mis fervientes súplicas á Aquella que quebrantó la cabeza de la serpiente.

— ¡Dulce Madre! le decía. Bien sabéis cuánto os amo! ¡Libradme de estas persecuciones del Maldito!

Poco despues me quedé dormida.

Ninguna pesadilla diabólica tuve en aquella noche, sino por el contrario, un sueño maravillosamente hermoso.

Iba entre los libros que me llevé al convento el de Juan Kostka, intitulado: *Lucifer démasqué* (Lucifer desenmascarado); obra admirable por su estilo, por la profunda sabiduría con que fué escrita, por los arrebatos místicos que produce y por el fondo de verdad que encierra. Devoré las páginas de tan hermoso libro, leyendo y volviendo á leer, entre otros, el capítulo *Noctium Phantasmata*.

¡Oh! ¡Cuánta razon tiene el autor al decir que no todo lo que sucede en los sueños es natural! Si Lucifer se aprovecha del sueño para invadir nuestra imaginacion, y Juan Kostka trae á cuento muchos de los sueños luciferianos que tuvo, en los que llegó á presentársele el Demonio en figura de Jesucristo mismo, para alejarle de la Iglesia!..

Hay, empero, sueños divinos que Dios envia, y alumbran el entendimiento.

En el que yo tuve durante la noche del martes 20 al miércoles 21, me veía sentada en un sillón sufriendo todavía las consecuencias de una enfermedad grave que acababa de pasar; pero no estaba yo en morada alguna, sino debajo de un árbol y en medio de un valle cuyos dilatados límites se perdían de vista. La noche estaba encima, pues ya el sol se había ocultado tras del horizonte.

Ví por de pronto aparecer unas nubes blancas y espesas que echaban delante de sí otras también espesas, pero negras; oí el rolar del trueno, y rasgándose una de las nubes blancas, apareció un anciano de barba igualmente blanca, á tiempo que una voz pronunció á mi oído este nombre: «Samuel.»

El anciano me miró un momento, y me dijo:

—¡La paz sea contigo!... ¡Crée!... El Mesías murió por salvar, mediante la fé, al hombre!... Jesús mismo instituyó su Iglesia... Por consiguiente, ella es pozo de la verdad eterna!... Bebe con abundancia en las aguas vivas de la fé... No creer hoy, sería desmerecer, hija mía... ¡La paz sea contigo, la salvación eterna para tí, si crees!... ¡Crée, hija mía, crée!

Pero á poco se retiró la nube en cuyo seno apareció el anciano, dando paso á otra, densa y blanca también, la cual se abrió, y ví en su centro á tres mujeres de semblante dulce y con resplandeciente aureola en la cabeza, que me sonreían y me señalaban el cielo.

La misma voz que ántes, murmuró esta vez á

mi oído los nombres de aquellas tres mujeres, que eran: Santa Juana de Chantal, Santa Euprepia y Santa Adelinda.

La primera de ellas me dijo:

—Dios único en tres personas... Un solo Dios con ubicuidad... Cada una de las tres personas, ubicuidad también... ¡Adora á la Santísima Trinidad!...

La segunda, que traía palma en la mano, me dijo:

—Mateo, genealogía de José... Lucas, genealogía de María... Heli, es Joaquin... Da gracias á la Virgen de las vírgenes, Madre de Dios!...

La tercera me dijo:

—La verdad es una... Trinidad, Encarnacion, Eucaristía; todo lo que es divino se mantiene firme y no constituye más que una verdad sola, que es la verdad eterna...

Y después de contemplarme detenidamente con una mirada llena de bondad, ocultáronse en la nube las tres santas, sin cesar de echar adelante las nubes blancas á las nubes negras.

Pasó después á corta distancia una de las blancas, de las más densas, que se rasgó como las anteriores, dejando ver un fondo de reluciente plata, en el cual había un altar mayor de iglesia con el Santísimo Sacramento manifiesto.

Al pié del altar veíase postrado un sacerdote revestido de capa. Entónces me arrodillé todavía en sueños y contemplé con amor la blanca hostia que

se veía en el centro de los rayos de oro de la custodia.

Y murmuré:

—¡Oh Dios mío! Vos leéis en el fondo de mi alma. Todo mi corazón es vuestro, y Vos no lo dudáis... Yo os adoro, creyéndoois verdaderamente presente bajo esas místicas especies... Creo, sí, que el amor infinito que tenéis á vuestra creatura os hizo instituir el augusto Sacramento de la Eucaristía para poder seguir viviendo entre los hombres, por quienes derramásteis en la Cruz vuestra preciosa sangre... Pero ¡oh Dios mío! Vos sabéis lo que todavía me hace vacilar para creer en la transustanciación... Comprendo que estéis oculto bajo los accidentes de pan y vino; pero transformáis realmente en ese pan y ese vino vuestro divino cuerpo y vuestra sangre? ¿Será posible esto, á pesar de los criminales atentados que se cometen contra la santa Eucaristía? ¡Ay, ay! que nada son junto á otras las profanaciones que con el puñal se cometen contra la sagrada hostia!... ¡Oh Dios mío! dadme completa fé, porque tengo ansia de poseeros, de ser vuestro templo vivo!

Al ir concluyendo yo con voz débil estas expresiones, púsose en pie el sacerdote, tomó la custodia y levantándola arriba de la cabeza se volvió á mí y me mostró el Santísimo Sacramento.

Entonces tuve ocasión de ver y examinar detenidamente al ministro del Señor. Era un eclesiástico cuya fisonomía se me quedó perfectamente: anciano, robusto, de salud vigorosa y de un sem-

blante impregnado en la dulzura más atractiva. Al tiempo de levantar la hostia la contemplaba con una expresión de ferviente amor.

Preguntábame yo á mí misma quién era aquel anciano; pero ningún nombre murmuró á mi oído la misteriosa voz.

Por fin, el ministro de Dios bajó los ojos y los fijó en mí con una mirada de ánimo y benevolencia, y me dijo:

—El mismo Jesucristo Nuestro Señor, Hijo de Dios, y Dios como El, instituyó en favor de los hombres el augusto Sacramento de la Eucaristía... ¡Crée en él!...

Inmediatamente oí las notas de un concierto el más armonioso, una sinfonía magnífica, ideal. Me atreveré á decirlo?... Creo haber oído en aquel delicioso sueño la música de los ángeles.

Desde las primeras notas se apoderó de mí una emoción indefinible. Era aquello una serenata divina, de una serenidad exquisita, inalterable, y de una sensibilidad ardiente, de un encanto arrebatador. No hay palabras con que expresar el efecto de semejantes combinaciones de sonidos que impresionaban, que cantaban y que jamás ha escuchado ningún oído humano.

Circulaban desde la primera nota hasta la última los acentos, ¡y qué acentos! de aquel coro angelical, en un arrullo de períodos suaves. Eran los querubines y los serafines que expresaban, ora con una gracia sencilla y elegante, ora con un rumor incomparable, con un aire sublime y majestuoso

toda la grandeza, toda la magnificencia de su amor al Criador.

Había en aquellas modulaciones, adornadas con una melodía de las más ricas, revestidas con una armonía sobresaliente; había en aquel robusto y variado conjunto de efectos á la vez confusos y encantadores, había, digo, bajo el aliento de una inspiración sobrenatural, el ideal de un arte que es uno de los esplendores del más allá, la expresión suprema del genio celestial. Acentos maravillosos, lengua de santos asáz hermosa para que la pudieran usar los hombres, aquella música era la expansión armoniosa y más completa de los sentimientos de adoración de los ángeles que gozan en la eternidad la dicha de contemplar á Dios.

No, el estilo más florido no podría hallar una frase capaz de describir el estado de una alma en el momento en que por un sentimiento instintivo que vibra bajo la acción del sueño divino, distingue los acordes de una sinfonía como aquella.

Y en medio de tan delicioso concierto, ví cómo fueron apareciendo y rodeando unos ángeles al dichoso eclesiástico que sostenía con las manos la custodia, y arrebatándole suavemente le transportaron en sus alas hacia el cielo sin cesar de escucharse todavía el eco de las arpas invisibles.

Con esto concluyó mi sueño, al cual no siguió ninguna pesadilla atormentadora, y desde entonces hasta el día en que escribo, son mis noches de una perfecta tranquilidad. ¿Habré quedado defi-

nitivamente libre de aquellas horrosas y diabólicas obsesiones? Así me complazco en esperarlo, y por ello me encomiendo todavía á las oraciones de mis nuevos amigos. Mas si Dios permite que siga yo sufriendo, hágase su santísima voluntad! ¿Qué importan los tormentos cuando tengo ya la fé?

¡Noche bendita, dichoso despertar mio el de la mañana aquella! Por fin, había yo conseguido ya la fé entera que tanto había deseado y tanto había pedido; por fin, podía yo decir ya sin restricciones de ninguna especie: «¡Creo!»

Las últimas nubes de mis dudas se acababan de disipar. ¡Loado sea Dios! Desde luégo era ya inútil la consulta que me había propuesto hacer, y no tenía yo más que rasgar la exposición de mis tales dudas. Debo, sin embargo, manifestarlas; que lo que es ahora no hay temor de hacer vacilar la fé de los fieles que me leen.

La primera dificultad que me había ocurrido era concerniente al misterio de la Santísima Trinidad. Tres Dioses, tres personas distintas, no formando más que un solo y único Dios. . . . esto lo quería creer pero no podía. Trabajaba todavía Satán. Ahora bien, en este punto su propia impostura fué la que venció al demonio. Dios permitió la primera creencia que tuve en los dogmas del Paladismo, á fin de que fuese ahora mi fé en la divina Trinidad Una, más firme, más poderosa, más inquebrantable quizás que si hubiese yo sido cristiana desde que nací.

Efectivamente, el sistema de la doble divinidad no admite la ubicuidad, en atención á que presenta á sus dos principios eternos como enemigos, como combatiéndose entre sí hasta el extremo. El error está en suponer la existencia de dos dioses contrarios; pero es evidente que con este error no se pueda admitir que cada uno de esos dos dioses tenga el goce completo y absoluto de la inmensidad infinita, que esté á la vez en todas partes, que llene el universo de sí mismo; es la lógica en el error. Racionalmente hay que negar en tal sistema á cada uno de los dos principios eternos, aquella ubicuidad que, por el contrario, es en la tesis de un solo Dios, absolutamente natural y facilísima de comprender.

Desde el primer momento de mi conversión eché abajo en mi pensamiento la base fundamental del Paladismo. No, Lucifer no es Dios, me dije; Lucifer es el arcángel caído; Lucifer no es más que Satán. Y no me atrevía á ir más lejos en este terreno del hecho de la única divinidad. Comprendía yo que fuera Dios el Padre; comprendía que fuera Dios el Hijo; comprendía que fuera Dios el Espíritu Santo; pero desorientábame esta afirmación que veía en el catecismo. «Cada una de las tres Personas es Dios, y sin embargo, no hay más que un solo Dios.»

Ahora conozco que el catecismo dice la verdad, como conozco también que es verdad cuanto enseña la santa Iglesia. Hoy aparece luminosa para mi entendimiento la razón de ser del divino

misterio de la Trinidad, misterio razonable, precisamente por ser divino. Es muy cierto que cada una de las tres Personas de la Santísima Trinidad tiene una existencia eterna propia, una personalidad distinta, y que las manifestaciones de cada una de ellas son distintas, perfectamente distintas en sus obras conocidas, son indiscutibles. Y todas las obras divinas emanan de un mismo plan y concurren á un mismo fin. Las tres divinas Personas de la verdadera religión no están en pugna, sino que cada una tiene consiguientemente la ubicuidad; es decir, goza de la posesión completa de lo infinito; el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo están, pues, cada uno de ellos todo en todo. Y yo, una vez que abjuré el Paladismo, yo proclamo que lejos de ser opuesto á la razón, es el misterio de la Santísima Trinidad la razón misma ¡Creo! ¡Creo!

La segunda de mis dificultades era de lo más angustiosa. En la Redención contemplaba yo uno de los más sublimes actos de la infinita bondad de Dios; pero tal parecíame que en nada habría desmerecido ese acto con que el glorioso San José hubiese sido instrumento del Espíritu Santo en el misterio de la Encarnación. Satán que odia á la Virgen María hasta el más alto grado, enturbiaba todavía en este punto mi fé naciente, y él, el Maldito, era quien me hacía sacar de la genealogía de Cristo, tal cual se describe en el Evangelio de San Mateo, conclusiones que si bien no menguaban mi amor y mi respeto hacia la Madre

de Dios, eran contrarias á lo que la Iglesia infalible enseña.

Sabía yo por la educacion luciferiana que recibí, que hay ciertos pasajes del Evangelio en los que se trata de los hermanos y hermanas de Jesus: pasajes que han sido explotados con gran perfidia. Desde el primer día de mi conversion deseché la interpretacion impía que se me había enseñado á dar á esos pasajes. Efectivamente, hermanos y hermanas no son palabras que signifiquen rigurosamente hijos é hijas del mismo padre ó de la misma madre, sino que en todo tiempo se ha dado en familia ese título de hermano ó hermana para mejor significar el afecto emanado de un parentesco cercano; y aun sin parentesco de ninguna especie, es muy comun el uso de ese mismo calificativo.

Tampoco me había de llamar ahora la atencion el de «primogénito», que emplea el evangelista San Mateo para designar á Jesucristo (cap I, v. 25): porque en muchos pueblos, particularmente entre los hebreos, con ese título se inscribía por lo regular al hijo, fuese ó no único, por corresponderle en razon de ese título derechos y obligaciones que la ley le confería previendo el caso posible de que nacieran otros hijos. Por lo demás, el versículo de San Mateo, que acabo de citar, que es menester leer por completo y del cual no había de ser leal no tomar más que una palabra, es terminante para establecer por él que José fué únicamente padre putativo de Jesus.

Por tanto, no era de allí de donde procedía mi perplejidad.

Sin vacilar, me decía yo á mi misma que nada más comprensible que la Encarnacion del Mesías, Hijo de Dios, mediante la accion directa y por lo mismo completamente pura del Espíritu Santo. Dios puede hacer todo lo que le plazca, sin lo cual no sería Dios; y habiendo querido nacer El de una mujer escogida entre todas las mujeres é inmaculada desde su concepcion, es evidente que Dios mismo encarnó, recibiendo en su seno María al Espíritu Santo. ¡Misterio insondable para el grosero entendimiento humano, pero resplandeciente de lógica para el alma piadosa de sentimientos elevados!

Hé aquí, pues, lo que me atormentaba:

Parecíame como imposible admitir íntegro el Evangelio, sin hallar en él contradicciones con relacion á la genealogía de Cristo.

Y me decía yo:—Dios prometió á Abraham que de su raza nacería el Mesías, promesa que renovó á David. Por otra parte, San Mateo puso el mayor cuidado en fijar toda la descendencia desde Abraham hasta José. Luego, infería yo, humanamente José fué el padre de Jesus; ó de lo contrario, Dios habría faltado á su promesa, lo cual no sería posible.

Añádase á esto, que creyendo ver una contradiccion, en cuanto á la genealogía, entre San Mateo y San Lucas, hacía yo á un lado el cuadro de descendencia formado por este último.

Y véase cuánta no era la perfidia de Satanás! El, él era quien me infundía esta idea:—«Nunca has de honrar á San José como lo merece; él y María, ante el pesebre del niño Jesus, son iguales; él es el padre del divino Redentor, como María es su Madre.»

De modo que impresionada yo de semejante modo, rendía á San José una veneracion sin límites, veneracion que poco á poco fué creciendo á un grado tal que harto cuidado tuve de no hacer de ella la menor alusion en mis *Memorias*, comprendiendo que así descubriría yo el secreto de mi corazon y llenaría de pesar á los católicos, al lado de los cuales acababa yo de llegar.

Furioso con mi separacion del Paladismo, trataba Satán de recobrar su presa, sugiriéndome so color de una piedad á San José enteramente nueva una herejía de las más monstruosas. Ah! no quería dejarme creer en la virginidad de la Madre de Dios! Ese, y no otro, era el objeto que se proponía. Pero sabía perfectamente que jamás había de llegar á él repitiéndome las infamias volterianas; porque yo respetaba, porque yo veneraba, porque yo amaba á María como á la mejor madre como á la mujer más santa. Entonces fué cuando me empujó hasta la duda, exagerando mi amor á San José y presentándome como igual á María en la tierra y en el cielo.

Cuán bueno es Dios!... Veía mi sufrimiento y mi turbacion, y envió á la virgen mártir Euprepia para que me ilustrara el entendimiento y di-

sipara las densas nubes que el Demonio había amontonado en él, á fin de estorbarme la vision clara y limpia de la verdad.

Desde entónces se desvaneció el error. Hoy veo ya, y estoy cierta de ello, veo que ninguna tradicion hay entre San Lucas y San Mateo, puesto que el primero enseña la genealogía de María, y el segundo la de José. En David se divide en dos ramas el árbol de la descendencia: Helí, suegro de José, no es otro que San Joaquin; esto es evidente; y Dios hizo dos veces su promesa á los patriarcas, dado que el Mesias tuvo por madre á María, descendiente de David por Nathan hasta Helí-Joaquín, y por padre legal á José, descendiente de David por Salomón hasta Jacob, suegro de la Santísima Virgen.

¡Gloria, pues, á María, Virgen inmaculada! ¡Gloria á la Reina del Cielo, á la más pura de las Vírgenes, á Aquella que ni la mancha del pecado original contrajol... ¡Oh! Sí, virgen fué y es siempre y por siempre; virgen en su maternidad, Madre de Nuestro Señor Jesucristo, su primogénito (1), y Madre de todos nosotros los católicos, hijos suyos tambien, sus «secundogénitos» (2)... ¡V maldicion para tí, ¡oh Satán! para tí, que ruges de odio contra el inefable dogma de la materni-

(1) Entiéndase bien el sentido metafórico de esta palabra, por el completo de la presente frase.—N. T.

(2) Ni aun el término *second-nés*, del original francés, nos era conocido, y no hemos tenido inconveniente para traducirle como se ve en el texto, por hallarte bastante significativo.—N. T.

dad virginal de María; para tí, que inspiraste tantos cismas y herejías; para tí, sér inmundo que quisiera manchar con su impotente baba la corona de la más hermosa de las virgindades!...

La tercera de mis dificultades me atormentaba, me desgarraba el corazón.

Progresivamente había yo llegado á creer en la presencia real, pero formándome una idea falsa de ella. El 13 de Junio, cuando asistí por primera vez al santo sacrificio de la Misa, pedile en mi oracion á Jesus que me concediera la gracia de creer en la Eucaristía. «¡Oh mi buen Jesus, Cordero sin mancha! le decía yo. Haced que crea que estais presente en la blanca hostia que levanta el sacerdote hasta el cielo!» Y pronto me cupo esta felicidad.

Pero en el juicio que me había formado, comprendía que Jesucristo estuviera presente en cuerpo, alma, sangre y divinidad en la hostia que se expone en el altar para la adoracion de los fieles; mas no podía creer que tambien lo estuviera en el pan con que se administra la Comunión.

Sin embargo, tenía yo hambre de comulgar y deseaba sentir la misma felicidad que los cristianos de corazón puro, á quienes se admitía á la santa Mesa.—Si todos los que se acercan á comulgar fuesen buenos, pensaba yo, creería sí, en la constante presencia real; pero ¡ay! algo peor conozco que las comuniones indignas: conozco las profanaciones de los sectarios, y ¡qué profanaciones.....!

Flotaba mientras tanto indeciso mi espíritu en la más horrible duda. Amo á Jesus tanto desde que renuncié á Lucifer, tanto y tanto le amo, que no tendría yo palabras con que expresarlo....

En cuanto á las comuniones sacrílegas, veía yo su condenacion en las palabras del Apóstol San Pablo á los Corintios: "Quien quiera que coma este pan y beba la copa del Señor indignamente, será culpable del cuerpo y de la sangre del Señor. Por tanto, pruébese el hombre á sí mismo, y en seguida coma de este pan y beba de esta copa; porque el que le come y la bebe indignamente, come y bebe su propia condenacion, no distinguiendo el cuerpo del Señor."

Yo me explicaba así estas palabras:—El que comulga sin haber purificado su alma con el sacramento de la penitencia; el que trata á su Dios como trataría su ordinario alimento, ese tal se incorpora su propio juicio y se hace acreedor á un castigo terrible.—Ninguna disculpa veía yo para un criminal de esa clase, ni me movía tampoco á compasion; pero consideraba el desprecio que á Dios se hacía tan á continuacion de la ofensa!.....

Pero no simplemente desprecio, odio es lo que los sectarios tienen á Jesus en gran número de sublogias y en todos los triángulos, y ese odio se manifiesta principalmente con las puñaladas que descargan sobre la divina Eucaristía. ¡Ved ahí el crimen del Gólgota renovado con ferocidad!

Entonces me preguntaba:—¿Será posible que de

tal suerte se entregue Dios en manos de nuevos verdugos? Si está consumada ya la obra de la Redencion, ¿resultó la cruz del Calvario no ser bastante?.....

Y, lamentando siempre semejantes crímenes, en cuya ejecucion juro el no haber tenido jamás participacion alguna, llegaba hasta explicarme la paciencia de Dios para tolerarlos, sí, pero sintiéndome confundida. ¡Es tan bueno Dios!.... pensaba. El instituyó la Eucaristia para el bien de los fieles, exponiéndose á nuevos ultrajes de sus enemigos; para no privar á los justos de los goces del divino banquete, prefiere ser golpeado, martirizado por los peores criminales de este siglo, como en otro tiempo lo fué por los judíos.

Mas no se crea que las profanaciones por medio del puñal son la única manera como se demuestra el odio paladista contra el Cristo. Otras hay que indignan, de las cuales llegué á tener noticia cierta cuando supe que, á escondidas de mí, bien conocida por ser enteramente opuesta á ellas, se introducían y extendían las prácticas de la misa negra, y queriendo entonces ponerme á calcular la extension del mal: entonces, tambien, llamaba yo simple despropósito, ignoble y estúpida locura, á unas profanaciones como aquellas, de las cuales no diré palabra por no permitírmelo mi pudor.

Hay todavia otras: una sobre todo, á la cual ninguna importancia concedia yo en aquel tiempo en que, luciferiana á mi modo, no creía en la

eficacia de la consagracion de la hostia hecha por el sacerdote católico; en aquel tiempo en que veía—¡perdóneseme que lo diga!—en que veía en el pan eucarístico un simple trozo de pan. La profanacion á que me refiero es la que más me espanta desde mi conversion.

El Dr. Bataille refirió ya las escenas de salvajismo que tienen lugar en los triángulos, y mostró á mis ex-Hermanos y ex-Hermanas arrojándose rabiosos contra las sagradas Especies para apuñalearlas. Dijo asimismo lo de aquellas cajas, invencion del H.: Hobbs, en las cuales se encierra y mantiene aprensado un fragmento de hostia, desgarrado por las puntas de aguja de que está erizado un corcho. Triste, pero exacta, es la verdad que dijo. Invento diabólico, han llegado á ser esos aparatos de uso comun y corriente en el Paladismo; todos los paladistas los traen consigo lo mismo en los triángulos que en las lóginas y aun fuera de los talleres, como talisman, como joya masónica ó no masónica, como pudieran cargar un simple fistol de corbata. Pero todo eso pertenece á la categoría de las profanaciones de rábia sin más allá.

Sin duda el Dr. Bataille ignoraba cómo cierta rival de la Sofia se atrevió á juntar con el odio el desprecio al más augusto de los sacramentos, pues apenas si habló de la H.: Dorotea S***, de Beßlin, gran maestro de las Mopsas del Perpetuo Silencio.

¡Dios mfo! tiemblo sólo de pensar ahora en ta-

maña perversidad! Aquel inaudito crimen fué el que por entero me trastornó hasta morir de dolor, desde que adquirí la fé.

Cierto es que los judíos azotaron, atormentaron y crucificaron á Jesus; que le taladraron con clavos las manos y los piés; que asimismo le taladraron con espinas su divina cabeza lastimándole aquellos ojos tan animados por el amor, y que el hierro de la lanza penetró en su adorable cuerpo. Empero no entregaron los judíos como pasto á los animales ese adorable Cuerpo del buen Maestro.

En cambio, Dorotea S***, que posee un par de perros daneses, cuando puede proveerse de sagradas Especies, Dorotea se las da á los perros..... ¡La Eucaristia, el Cuerpo vivo de Jesucristo, dado á comer á los perros!..... ¡No! ¡Esto es altamente horrible! ¡Ved ahí la más abominable de las profanaciones!.....

Eso fué lo que por mucho tiempo me hizo estar dudando de la presencia real en la hostia destinada á las comuniones. Esa fué la dificultad que me atormentaba el corazon, este corazon que ama al divino Maestro con todo el ardor de una fe devoradora, este corazon todo de Jesus.

¿Comprendeis ya mis vacilaciones, mis incertidumbres, mis sufrimientos?.....

Por fin, ahora me siento reanimada, consolándome con la idea de que no se me tratará con rigor por mis vacilaciones, si se atiende á la causa que las producía.

Mi primer error estuvo en creer que en el Sacramento de la Eucaristía permanecía la sustancia de pan después de la consagración, y que ella misma servía como de un velo al Cuerpo del divino Maestro. Ese error era el que me obligaba á hacerme este raciocino, fundado en mi amor á Jesus: Jesus está oculto allí en la hostia expuesta á la adoracion de los fieles; pero solamente allí. Despues me hacía yo este otro, igualmente falso: Jesus penetra con el pan consagrado en el cuerpo del que comulga con buena disposicion, á quien colma de beneficios, y, ¡ay! en el cuerpo tambien del que comulga mal, en donde sufre con lo indigno de semejante templo, si bien reservándose castigar el sacrilegio; pero se separa de la hostia que los sectarios apuñalean, no dejándoles más que el pan.

Y aunque después llegué á creer en la transustanciacion, fué esto siempre abrigando una opinion confusa. Sí, me decía yo; la sustancia de pan desaparece á virtud de las palabras sacramentales pronunciadas por el sacerdote, y se cambia en Cuerpo y Sangre de Jesucristo con su alma y con su divinidad; no quedando del pan más que las apariencias, ó sea la forma, el color y el sabor. Pero entónces me espantaba el recuerdo de las profanaciones de Dorotea S***, y tan pronto rechazaba yo, como volvía á aceptar el dogma de la transustanciacion.

Dí en esto un paso decisivo hácia la verdad con haber sabido que el Sacramento subsiste

miéntras se conservan íntegras las especies ó apariencias del pan; es decir, miéntras conservan su estado sano y sin alteracion. Sin embargo, todavía temblaba y enloquecía de dolor. ¡Oh! ¡Cuántos tormentos debo á Satanás, que es quien aconseja todos aquellos crímenes!

Finalmente, me ha parecido hallar la verdad en la explicación que recibí en mi sueño:—Nuestro Señor Jesucristo instituyó para los hombres el Sacramento de la Eucaristía.

Que algun miserable arroje la sagrada Hostia en un albañal, es odiosa injuria que hace á Dios; pero como en el acto pierden las sagradas especies su integridad y se alteran, cesa al punto de existir el Sacramento. Otro tanto debe suceder, pues, en el caso de las profanaciones de la gran maestre de Berlin; porque el hocico del perro viene á ser como la boca del albañal, y se habrá hecho á Dios una injuria sin duracion. La Eucaristía fué instituida para los hombres, no para los animales.

Tal reflexion vino á consolarme, y desde entonces soy feliz.

El miércoles en la mañana, 21 de Agosto, hice que se pasara aviso al buen capellan, para que se sirviera ver mi profesion de fé; y ¡con cuanto gusto me leyó la que tenía yo escrita y firmada desde que me levanté!..... Aquella profesion no entraba en pormenores acerca de mis pasadas dudas, que por junto deseché cualesquiera opiniones que hubiese yo tenido contrarias á lo que en-

seña la Iglesia, de la cual me declaré hija amante y obediente para siempre, obligándome desde luego á retractarme de todo escrito y expresion, cualesquiera que fuesen, que pudieran juzgarse por la Santa Sede erróneas, y reconociendo la infalibilidad del Papa, inspirado por el Espíritu Santo en su calidad de Vicario de Nuestro Señor Jesucristo.

Todos los días anteriores á ese, estuvimos teniendo el P. capellan y yo frecuentes conversaciones; quedando convenido al fin que podría hablar de mí al Prelado diocesano con perfecto conocimiento de causa. Sin embargo, todavía me estuvo haciendo varias preguntas, y se declaró satisfecho de mis contestaciones.

— ¡Creo, le dije, en los misterios de la Trinidad, de la Encarnacion, de la Eucaristía y en todos los de la religion católica, apostólica, romanal... ¡Creo en todo, en todo!... Dígalo Vd. así expresamente á Monseñor.

El juéves, miéntras yo terminaba en mi cuarto de pensionista el *Himno á Juana de Arco*, el padre capellan, que ya había partido para la capital de la Diócesis, era recibido en el Obispado.

Al día siguiente regresó por la noche al convento con la autorizacion necesaria para suplir las ceremonias de mi bautismo y disponerme para mi primera comunión.

HIMNE A JEANNE D'ARC

(CONTRE LA FRANC-MAÇONNERIE).

I.

Sublime enfant de Lorraine,
Nous t'implorons à deux genoux;
Reviens, sois notre capitaine.
Tu réponds: «Français, levez-vous
" Dans la ville et dans la bougarde,
" Mettez vos cœurs à l'unisson;
" L'heure a sonné de la croisade
" Contre l'ennemi franc-maçon!"

CHOEUR (1):

Gloire à Jeanne gloire! (*bis*)
Par Dieu, la victoire
Est aux nobles cœurs.
Elevons nos cœurs!
Nous serons vainqueurs!
Gloire à Jeannel gloire! (*bis*)
Gloire!

II.

Noms de Jésus et de Marie,
Par vous, nous serons les vainqueurs.
L'infemale maçonnerie
A mis le comble à nous malheurs;
Hardi! car voilà trop d'outrages!...

[1] La parte musical consiente que se conserve á su-
prima el coro, á voluntad.

De Jeanne ecoutons la leçon.
Hardi! réveillons nos courages;
L'ennemi, c'est le franc-maçon!

CHOEUR:

Gloire à Jeannel etc.

III.

Des sombres hordes maçonniques
Sachons déjener les complots.
Pour Dieu, marchons, francs catholiques,
Contre Satan et ses suppots!
L'espoir est rentré dans nos âmes;
Point ne faut subir la rançon.
Jeanne a parlé: sus aux infâmes!
L'ennemi, c'est le franc-maçon!

CHOEUR:

Gloire à Jeannel etc.

IV.

L'ennemi, dans son noir repaire,
Se dit maître de notre sort.
O Jeanne d'Arc, en cette guerre,
L'enjeu, c'est la vie ou la mort.
Bataille! et suivons ton exemple,
Ou lentement nous périssons.
De Satan détruisons le temple!
Dieu le veut! plus de franc-maçons!

CHOEUR:

Gloire à Jeannel etc.

15-22 Août 1895.

Nos ha parecido conveniente reproducir el original francés de este Himno, cuya traducción textual es como sigue:

HIMNO A JUANA DE ARCO

(CONTRA LA FRANCMASONERÍA.)

I.—Sublime hija de la Lorena, —De rodillas te imploramos;—Ven, y sé nuestra guía.—Tú nos respondes: «¡Levantaos franceses!—«En la ciudad y en la aldea, —«Unid vuestros corazones;—«Llegó la hora de la cruzada—«Contra el enemigo franc-mason!»

Coro.—¡Gloria á Juana!—¡Gloria!—Con el auxilio de Dios, la victoria—Alcanzarán nuestros nobles corazones.—¡Elevemos nuestros corazones!—¡Que hemos de salir vencedores!—¡Gloria á Juana! ¡Gloria! Gloria!

II.—Nombres de Jesus y de María,—Con vuestra protección venceremos.—La infernal masonería—Colmó ya nuestras desgracias.—¡Audaz! ¡Ved cuántos ultrajes!...—De Juana sigamos el ejemplo.—¡Audaz! Reanimemos nuestro valor;—Nuestro enemigo es el franc-mason!

Coro.—¡Gloria á Juana! etc.

III.—De las sombrías hordas masónicas—Aprendamos á descubrir las maquinaciones.—¡Vamos, por Dios, francatólicos,—Contra Satán y sus secuaces!—Ha vuelto la esperanza á nuestro corazón;—Ya no hay que sufrir la esclavitud.—Habló

Juana: ¡A los infames!—Nuestro enemigo es el franc-mason.

Coro.—¡Gloria á Juana! etc.

IV.—En su lóbrega madriguera, el enemigo—Dícese dueño de nuestra suerte.—¡Oh Juana de Arco, en esta guerra,—Es la apuesta de vida ó de muerte!—¡Al combate! y sigamos tu ejemplo,—O lentamente pereceremos.—¡Destruyamos el templo de Satán!—¡Dios lo quiere! No más franc-masones!

Coro.—¡Gloria á Juana! etc.

15—22 de Agosto de 1895.

Día grande fué verdaderamente para mí-aquel sábado 24 de Agosto, día grande y el más hermoso de mi vida por haberme unido completamente con Dios, con Jesus.

Dicha indefinible era lo que habia en torno mío; pero ¿podía igualarse con la mía toda aquella dicha de los demás, junta? [®]

Os poseo por fin ¡oh Dios mío! y Vos también me poseéis toda, completamente toda!... ¡Qué transporte de mi espíritu! ¡Qué felicidad tan suave!... ¡Oh Jesus! cudad de mí; harto puro es vuestro amor para juntarle con ningun otro afec-

to humano.... ¡Oh! ¡La Eucaristía! Ved lo que de verdad es divino!... La Eucaristía es la gloria en el corazón de la criatura!... Empero, guarde yo aquí mis impresiones, que basta con que las adivinen las almas fieles, y no siga yo profanando con la pluma los misterios del supremo goce de una Primera Comunión.

Aquel mismo día era el en que volvía de Lourdes por la mañana y llegaba á París la peregrinación nacional. Todos habían pedido con interés por mí en la santa gruta de los Pirineos, y la divina Madre había alcanzado para mí la gracia mayor. ¡Gloria á María! ¡Gracias mil á todos los que por mí pidieron!

Entonces supe que no fué la única maravilla que se obró en aquellos venturosos días, el milagro de haberme concedido la plenitud de la fé.

Había entre los peregrinos que fueron á pedir muy en particular por mi intención, una enferma de interés, Mlle. Luisa D***, dama escogida para formar parte de la peregrinación por la archicofradía de Nuestra Señora de las Victorias, á la cual pertenecía. Mlle. Luisa D***, mujer de treinta años de edad, que vive en la calle de Monsigny, en París, venía padeciendo una tuberculosis aguda, y ya en los últimos días se había agravado á un grado tal, que á los frecuentes y abundantes vómitos de sangre que la atacaban se juntaban una sofocación, una tos violenta y prolongada y otras dolencias propias de la cruel enfermedad. «El 4 de Junio, dijo el *Pèlerin* (Peregrino), sobrevinole una hemorragia tan violenta, que naturalmente

se alarmaron de una manera formal todas las personas que la acompañaban, y se creyó deber administrarle los últimos sacramentos, tan grande era la debilidad de la enferma y tan horrorosas sus sofocaciones.» Pronto acabó por ser desesperante el estado de Mlle. Luisa D***.

Pero su fé era grande. El virtuoso eclesiástico que pidió se hiciera una colecta de oraciones por mi conversión, en días de estar escribiendo yo el *Palladium Régénéré, et Libre*, hizo que se admitiera á Mlle. Luisa D*** bajo mis auspicios en la peregrinación nacional, después de haber estado reconociéndola por espacio de cerca de dos horas uno de los médicos de Nuestra Señora de la Salud y de haberla designado para formar parte del «tren blanco,» el tren de los grandes enfermos. Oraban mis amigos en unión de ella. La oración es más poderosa que las más acertadas prescripciones de la medicina. También el buen sacerdote á quien me contraigo abrigaba una confianza absoluta; escribiendo con motivo de Mlle. Luisa D*** y á propósito de mí, expresaba en los *Anales de l'Archiconfrérie de Notre Dame des Victoires* (Anales de la Archicofradía de Nuestra Señora de las Victorias) la esperanza que tenía de que la Santísima Virgen me diese una prueba de su amor con la milagrosa curación de mi peregrina, tan gravemente enferma.

¡Pues bien! el milagro se verificó, y fué como la respuesta que inmediatamente dió la divina Madre á mi profesión de fé.

Me conmovió hasta lo íntimo del alma la lectura que uno de estos días hice del número del *Pélerin* correspondiente al 29 de Septiembre, en que se refiere aquella maravillosa curación.

«Al llegar á Lourdes (el martes 20 de Agosto), repitense los vómitos de sangre, y la pobre enferma se vé en la necesidad de meterse en la cama, al concluir el primer día de su peregrinación. Al otro día se levanta, dirígese á la piscina, sumérgenla en aquella agua helada, siéntese de repente mejor, y por sí sola sale de la piscina. Desde ese momento le parece estar absolutamente curada, pues no siente ya fatiga alguna, y puede seguir las ceremonias de la peregrinación. . . . Es un hecho que desde que regresó á Paris, Mlle Luisa D*** está como transformada; no siente ya dolencia de ningún género, ni sofocaciones; duerme como un chiquillo (cuando casi completamente había perdido el sueño); sube sin fatiga ni sofocación varias veces al día los cinco pisos que tiene que pasar para llegar hasta su vivienda; ha recobrado el apetito y con él la consiguiente fuerza. Finalmente, desde el día 21 de Agosto, que fué cuando se la metió en la piscina, no ha vuelto á tener expectoraciones de sangre.

¡21 de Agosto! Ved ahí el último fascículo de estas *Memorias*. Ese miércoles 21 de Agosto, fué cuando, habiendo alcanzado por fin la fé completa y desvanecidas ya del todo mis últimas dudas, redacté al levantarme y firmé mi declaración de fé cristiana, creyendo sin reserva alguna en todo lo que enseña la santa Iglesia.

Deben leerse en el *Pélerin* los certificados de los médicos, relativos á Mlle. Luisa D***, ántes y después de su curación; el de 7 de Marzo y el de 5 de Septiembre.

La relación del milagro concluye así:

«La Providencia permitió que en la primera semana de Septiembre se hubieran encontrado juntos á bordo el sacerdote que administró los auxilios espirituales á Mlle. Luisa D*** y el médico que firmó el certificado de su enfermedad. *Ambos ignoraban la curación*, y su conversacion vino á recaer sobre la enferma de la calle de Monsigny; habiendo manifestado con toda franqueza el doctor que estaba completamente perdida la infeliz mujer. «No solamente, decia, está tuberculosa, sino completamente extenuada por las terribles hemoptisis, y ya la ciencia no puede con ella. «Es menester dejarla en su aposento con cuantas comodidades sea posible proporcionarle, porque probablemente no dura ni un mes.»

«Dos pruebas había, pues, producidas ambas al mismo tiempo y en condiciones de absoluta imparcialidad. Para nosotros, que nada más oímos en aquellos días esa conversacion, la prueba es concluyente: era imposible, humanamente hablando, la curación de la enferma; curación que se verificó instantáneamente en Lourdes; curación milagrosa, por medio de la cual la santísima Virgen recompensó la fé de la enferma y demostró al mismo tiempo su maternal amor á Miss Miss Vaughan.—T. I.—20.

Diana Vaughan, que el día 24 de Agosto (en que volvió á Paris la peregrinacion) hacia su Primera Comunion. Mlle. Luisa D*** espera poder consagrarse á Dios, dedicándose al cuidado de los enfermos, como lo ofreció. Miss Vaughan va á combatir contra la Francmasonería y el Luciferanismo.

¡Gloria á Dios! ¡Gloria á Maria!»

¿Qué más puedo decir despues de esto, sino que estoy verdaderamente confundida? Cuando me pongo á considerar mi ayer y mi hoy, parece-me ver brillar la bondad divina en tan sublime modo, que toda mi alegría dulcísima, en aquel momento, está en anegarme en el amor del Buen Maestro, en refugiarme en su corazon, en ocultarme allí, en no vivir más que en El.

Y al pensar en todas estas maravillas, asaltó-me tambien el pensamiento de los crímenes de mis antiguos Hermanos y Hermanas en Satán, y pensé asimismo en los cristianos que desprecian ó ven con indiferencia el augusto Sacramento de la Encarnacion.

Me propuse entonces practicar una novena en accion de gracias, y el mismo día consulté mi proyecto con el padre capellan. Se trata de una novena eucarística de reparacion. Todos los días me quedaré despues de misa delante del sagrado Tabernáculo para adorarle, para meditar y para reparar.

El primer día será la reparacion de la incredu-

lidad; el segundo de la indeferencia mundana; el tercero, del egoísmo de los corazones endurecidos; el cuarto, de los pecados de impureza; el quinto, de la persecucion; el sexto, de las comuniones tibias; el séptimo, de las blasfemias; el octavo, de las comuniones sacrílegas, y el noveno, de las profanaciones de los sectarios. Ese último día (si de ello era yo digna) renovaría mi Primera Comunion.

Mi idea mereció la más completa aprobacion.

El 25 de Agosto dí, pues, principio á mi novena, y al concluir mi primera meditacion hablé con el padre capellan manifestándole la manera cómo había yo orado. El amable eclesiástico me aconsejó entónces que noche con noche escribiera la oracion del día ántes de acostarme; lo cual, me dijo, vendría á importar una nueva meditacion para terminar mejor el día, y un escudo tambien contra los asaltos nocturnos del Demonio. ¡Dichoso consejo, al cual debo la perfecta tranquilidad con que he dormido!

Despues de leer, el lunes 26, lo que la víspera había yo escrito, me mostró grandísimo entusiasmo el bueno del capellan; pero como es muy indulgente, por eso, cuando me aconsejó que publicara lo que había yo escrito para formar un folleto que, segun él, serviría de estímulo para la piedad, no me pareció prudente estarme sólo á su parecer, harto favorable para mí, y tuve que buscar el de otros dos eclesiásticos. Mi trabajo fué aprobado en cuanto á la sustancia y al objeto que

llevaba; pero se discutió bastante. Ya se comprenderá que yo no estoy acostumbrada ni al tecnicismo ni á la precision teológicas, y así recibí varias observaciones que se me hicieron y las que acepté con absoluta docilidad. Si me hubiese yo sujetado únicamente á la opinion del padre capellan, se habría podido publicar mi *Novena Eucarística para reparar*, el día 14 de Septiembre, fiesta de la Exaltacion de la Santa Cruz; pero se dividieron las opiniones que había acerca de ella, estando unos por que se corrigieran varias expresiones, y otros por que se conservara lo escrito tal cual lo había sido. Por fin, se remitió el manuscrito al Obispado, y yo, sometida como lo estoy del todo, a la direccion que he buscado, no publicaré una sola línea que no hubiere sido aprobada.

El día 2 de Septiembre concluí el ejercicio de mi novena. Ese mismo día, ya al caer la tarde, me separé de nuevo del convento. Al siguiente por la mañana fui á encontrar á Bridget en donde la había dejado y seguimos adelante juntas, habiendo llegado por fin de vuelta el miércoles 4 al seno de la familia con quien habitualmente vivo. Allí tengo á mi disposicion una extensa propiedad rural, y vivo completamente ignorada en el lugar. El virtuoso párroco es el único que está en el secreto; en cuanto á las otras personas que me rodean más de cerca, gentes de buen corazon y sencillas casi todas, están muy léjos de suponer quién soy, y ni siquiera se preocupan de ello.

En medio de esta encantadora paz interior, me entrego en mis ratos de ocio á saborear la inmensa felicidad de mi alma. Creer en un solo Dios, adorar á Jesus, amar á María ¿puede haber alegría más suave? ¡Y cuánto hace aborrecer el mal el amor del verdadero bien! . . .

¡Creer! . . . El creer infunde sentimientos de piedad para consigo mismo y para con toda la humanidad. Teniendo fé en el alma, lo único que se aborrece es al orgulloso Maldito y á sus infernales cómplices los caídos de la gloria celestial.

¡Oh! Haber sido ángel, y siéndolo, haber pecado . . . ¡esto es horrible! No, no puede haber mayor culpabilidad. Ahora comprendo la inmensidad de semejante caída. Para tí fué, ¡oh Satanás! el abismo eterno; para tí, que lo mereciste tanto!

Ese, Satanás, ese es el que arrastra á los hombres á los sacrilegios; ese, el principal culpable de cuantos crímenes se cometen. Uno de los más espantosos de que haya yo tenido noticia, fué el monstruoso á que aludí en el número 3 del *Palladium Régénéré et Libre*; alusion que contribuyó no poco á excitar la cólera contra mí.

Si prometí yo contar el horrible asesinato, ¿por qué los HH. del Gran Triángulo *Melekh-Hadour*, de Edimburgo, reprocharon á su secretario por habermele recordado? Véase un ejemplo más de la cobardía humana. Aquel Triángulo había acordado que se me dirigiera un voto de felicitacion por la propaganda pública que estaba

yo haciendo, y su secretario, al redactar la bóveda, escribió en ella algunas palabras con motivo del crimen de Lóndres. Mi conversion fué á trastornar el Triángulo escocés donde tenía yo amigos, y entónces se volvió al voto haciéndose un extrañamiento al H.: secretario por las tres últimas líneas que escribió en la bóveda, por haberse atribuido á iniciativa personal suya el haber escrito lo siguiente:

«El Triángulo recuerda el suceso lamentable acaecido en cierto grupo de Lóndres, donde fué asesinada, en 1891, una Caballera Electa que, admitida á la iniciación superior, rehusó apuñalar un pan eucarístico.»

Reproduje estas líneas y agregué mi promesa de hablar de aquel suceso. El H.: secretario, á quien se imputaba el crimen, no quiso entrar en discusión con el Triángulo que volvía á sus primeros sentimientos con relacion á mí, presentó su renuncia, segun parece, y se ausentó de Edimburgo. ¿Habrá logrado escapar al furor de los ulcionistas, ó le habrá cabido en el misterio la suerte de Luigi Ferrari?..... Yo no he vuelto á tener ninguna noticia de él, y deseo que, como yo, se haya puesto en salvo, y sobre todo que si aún vive, haya conseguido ver la luz del único verdadero Dios.

El último día de mi novena eucarística, repetidas veces me vino á la memoria el recuerdo del espantoso crimen de Lóndres.

Tengo prometido hablar de él. Hablemos; es necesario ya.

La víctima fué una jóven institutriz que se había colocado con una familia inglesa. Conquistada por de pronto para la Masonería de Adopción, se pensó despues por muchos que se le podía dar la iniciación paládica.

El Triángulo londonense en el cual fué presentada, profesaba desde los principios lo que llamaba yo «la buena doctrina,» en tiempo de mi error. En otros términos, sus fundadores creían en Lucifer como Dios Bueno, absteniéndose por completo de toda práctica satanista. Pero no duró por mucho tiempo este estado de los ánimos; y en 1890, Lemmi, jefe que erá del Directorio Ejecutivo por aquel entónces, acreditó cerca del referido Triángulo á un sacerdote apóstata, de origen polaco, que por espacio de algunos años había andado errando por varios países ántes de ir á establecerse en Inglaterra.

Aquel Júdas estaba animado de un odio profundo contra Jesucristo, cuyo ministro había sido, y así, se dedicó á procurar que se admitiesen los rituales del satanismo en el Triángulo donde acababa de ser inscrito por residir en Lóndres, cosa que consiguió muy presto.

Compuso una especie de salmodía en mala prosa inglesa, que reproducía el famoso himno de Carducci, exagerándole todavía. Tal apología del enemigo de Dios, donde ni siquiera el nombre de «Lucifer» se empleaba, sino el de «Satán,» le va-

lió al autor gran reputacion entre los paladistas partidarios de Lemmi, y tanto y tanto llegó á aumentar su influencia en ellos, que al año él era verdaderamente el director del Triángulo que le acogiera.

Desde entónces ya no fué aquello más que orgía de profanaciones.

La jóven institutriz á quien me he referido habia sido admitida al grado de Caballera Electa poco tiempo despues de que el apóstata diera principio á sus maniobras en el seno de aquel Triángulo. Era, á lo que creo, francesa; pero lo fuese ó no, era católica desde su nacimiento, y se me ha dicho que tambien hija de un emigrado de la Comuna, que murió en Inglaterra ántes de la amnistía.

La primera iniciacion paládica no le habia hecho adivinar todo el fin que se proponía el rito, y en el primer Taller andrógono que la recibió como Hermana, no habia visto más que una asociacion de pasatiempo que le daba ocasion para divertirse sin comprometer su reputacion. Sin embargo, no era de aquellas que se abajan tan completamente.

Como quiera que sea, deseando conocerlo todo, solicitó que se la iniciara en el grado de Maestra Templaria; y esto lo hizo en 1891, es decir, á la sazón que el apóstata polaco habia hecho que adquiriesen mayor fuerza las infamias del abominable ritual.

La noticia de lo que allí pasó, la tuve de una

Hermana inglesa en cuya compañía hice el viaje á Roma con ocasion de la fraudulenta eleccion de Lemmi para el soberano pontificado de la Masonería universal. Aquella Hermana votó con el partido de Charleston, y éramos por tal razon amigas; no me engañó, y no me dejará mentir. Además, me mostró una carta de mistress Alicia B***, que habiendo tenido conocimiento del crimen cometido en uno de los Triángulos de la provincia 37, en que es gran maestre é inspectora general con facultades en todo el reino británico, cínicamente aprobaba el acto de los asesinos.

Yo no pude disimular mi horror cuando aquella hermana (H. 892) me contó el crimen con todos sus espantosos pormenores; conviniendo tambien ella en que efectivamente el hecho habia sido horrible, y en la necesidad que habia de crear á todo trance una reaccion contra el satanismo que se infiltraba más y más en la alta masonería y provocaba á excesos de barbarie como la de aquél.

Mi antigua amiga á quien me refiero se adhirió á la Confederacion del Paladismo Independiente inmediatamente que se estableció; pero le faltó valor para ir más léjos por el mismo camino, y, despues de publicado el núm. 2 del *Palladium Régénéré et Libre*, me escribió para decirme que á su parecer me habia yo excedido con «publicar» la bóveda de Lemmi contra Juana de Arco. Unió su voto con el de los que me condenaron despues de que publiqué el núm. 3 del *Palladium*, en tan-

Miss Vaughan—T. I.—21.

to que yo, no queriendo usar de cierta arma que la hubiera podido herir, se la devolví al día siguiente de que llegué al convento la primera vez. Mi amiga me contestó á la casa de mi editor dándome gracias, y entónces intenté hacerle ver la enormidad del error en que vivía en materia de religion, por medio de una nueva carta. Habria yo querido contribuir á sacarla del abismo, porque le tenía verdadero cariño y sabía que no era de mal corazon; mas tuve la desgracia de no conseguir mi objeto, pues ántes bien, su demonio le inspiró otra carta que me escribió despues llenándome de injurias y calificando mi conversion de «traicion detestable y vergonzosa.» La infeliz no tiene la culpa de ello, por estar completamente supeditada por Moloch, con quien fué desposada solemnemente en una pomposa ceremonia que presidió el H.: 476, y que la posee, á punto fijo, el primer viernes de cada mes.

En consecuencia, la relacion que obtuve de aquel crimen fué exacta, y tal noticia, en atencion á la fuente de donde emanó y de las pruebas que la confirman, es de aquellas que no dejan lugar á duda.

¶ La víctima, que tenía entónces poco más ó menos la edad que yo ahora, estaba muy léjos de esperar que se le pidiera que apuñalara una hostia consagrada. Turbóse, pues, al mandamiento respectivo del gran maestre y de la gran maestre del Triángulo.

—Eso, contestó ella, no lo he de hacer yo!.... Cuanto vdes. quieran, pero eso no!....

El pérfido polaco insistió con cólera:

—Veinte años hace que tú no practicas ya tu religion! exclamó fuera de sí. Tu padre te sustrajo á las monerías de los santurrones, porque odiaba al Dios de la supersticion, nosotros te habíamos creído digno de él!

— Ignoro si mi padre cometió profanaciones como la que de mí exigen vdes. ahora, replicó ella. Sin embargo, no lo creo. El se ocupaba más bien en asuntos políticos que de religion, y aunque ya sé que no creía en Dios, no por eso estorbaba á los demás que creyeran libremente en materia de religion.... Sí, es verdad que he pasado muchos años en el olvido más completo de los caminos de la Iglesia, pues no he vuelto á recibir la Eucaristía desde el día de mi primera comunión; pero siempre he recordado con cariño á mi madre, cuando no se atrevía á contrariar á mi padre al prohibirle éste que me dejara concurrir al catecismo de perseverancia.... ¡Pobre madre mía! Cuánto sufrió por aquella causa!... Y pedia por mi padre cuando le cerró los ojos en este valle de destierro!... Ella tambien murió despues... Pero siento que me ve desde el otro mundo en donde se halla. Mucho debo de haberla contrastado con mi conducta. Sin embargo, jamás llegué á sospechar que me quisieran entregar vdes. con el diablo. ¡Eso no!.. Me hacen temblar vdes. ahora que veo lo que se proponen..... ¡Oh! yo no

quiero pertenecer á vdes. . . Cierto es que sólo una vez he comulgado en mi vida, pero era yo una buena hija. . . . Vean cómo lloro al pensar en eso. . . . Soy una criatura indigna, ¡ay! sí, sí. . . ., y ¡hasta qué punto no será menester que lo sea yo para que se me haya creído capaz de apuñalar la hostia donde está oculto Jesucristo; porque yo creo que allí está Dios. . . . ¡Oh! Mi madre me maldecía desde el otro mundo, si cometiese yo tan execrable sacrilegio! . . . No, no; jamás haré semejante cosa! . . . Yo les guardaré á vdes. el secreto que les he ofrecido. Ojalá pudiesen también bajar al fondo de su conciencia. Pero no quiero ser ya de vdes., y me retiro.

Se le había dejado hablar sin interrumpirla.

—Tú misma acabas de pronunciar tu condenación, le dijo el gran maestro luego que acabó de hablar.

—¿Mi condenación?

—Sí. Puesto que abrigas los sentimientos que nos acabas de manifestar, era menester sacarte de la masonería antes de que fueras llamada al Paladismo. Pero cuando alguien ha traspasado ya el umbral de los Triángulos, no puede renunciar sino pretexto de que comprendió mal lo de que se trataba. Es muy tarde para que te retires. Sabes ya cuáles son nuestros últimos misterios, y te hacen temblar, has dicho. . . .

—Me causan horror efectivamente.

—Luego te has convertido en nuestra enemiga. . . .

—No. Me apena mucho saber que el reglamento prescribe á vdes. unos sacrilegios tan espantosos, y lo que rechazo es ese reglamento. ¡Maldigo á los que le concibieron y le impusieron por la fuerza á vdes. mismos; pero siendo vdes. extraños á ello, los compadezco por hallarse en semejante extravío. Esta nueva indicación que se me ha querido dar me ha acabado de abrir los ojos.

—¿Desdichada! Tú eres quien acaba de caer en la ceguedad. Tú reniegas de la luz. Tú blasfemas de Satan nuestro Dios, por ser él quien nos dió nuestro reglamento. El no nos lo impuso, nosotros fuimos los que le aceptamos felices, porque él es la verdad inmutable, el gran calumniado de los reyes y de los sacerdotes. . . . De ese modo te colocas de nuevo bajo la bandera de Adonai y vuelves á ser de corazón adepta del Dios de la superstición. Digas cuanto dijeres para disculparte, eres enemiga nuestra. . . . Pues bien, como tal has llegado á tornarte un peligro para nuestra Orden. Si hubiesen triunfado ya en todo el mundo nuestras opiniones, acaso te dejaríamos salir de aquí; pero domina todavía en él la superstición; nuestros ritos se interpretan mal por el vulgo ignorante, y todo hallan bueno las ministros de Adonai para difamarnos. Todo aquel que habiendo sido de los nuestros deja de serlo, está contra nosotros.

Nuestra propia seguridad nos obliga á tratarte como enemiga mortal. . . . Por esta razón, ya lo dije, tú misma pronunciaste tu condenación. ¡No saldrás de aquí!

Entonces se lanzó ella hacia la puerta; pero los Hermanos que se hallaban al fondo de la sala le cerraron el paso y muchas manos vigorosas se arrojaron sobre ella.

—¡A muerte! ¡A muerte! aullaba el apóstata polaco.

Verdaderas furias fueron entonces aquellos hombres que se apoderaron de la desventurada joven, haciéndose dueños de sus movimientos, por más que ella hacía y forcejeaba para desasirse de ellos. Desde ese momento, ya se podía considerar como perdida. Ahogaban sus gritos con mordazas que le ponían, y en tan horrible lucha habíanse desgarrado sus vestidos que quedaron hechos girones. En seguida la liaron con unas cuerdas fuertemente en todo el cuerpo, mas disponiendo la mordaza de manera que tuviese la joven libertad para respirar.

Era que no la querían matar inmediatamente.

Los miserables levantaron en el acto la sesión, abandonaron á su víctima, dejándola en el suelo y salieron de la vetusta casa, no sin cerrar todas las puertas cuidadosamente. Si, lo que habría sido imposible, hubiese podido romper ella su mordaza, no habrían podido escucharse sus gritos desde afuera.

Al irse aquellos verdugos, se habían dado cita para el día siguiente, en que deberían deliberar acerca del género de muerte que aplicarían á la desventurada.

Volviéron, en efecto, al caer la noche. Eran nue-

ve, dos Hermanas y siete Hermanos, entrando en ese número el apóstata polaco. Este, en el día, había enviado allá unos tubos de plomo de modelo más pequeño que los que se usan para la conducción del gas. Había concebido el infame una idea que estaba cierto de que aceptarían sus cohegas, y era una idea atroz.

Cuando, en la propia sala que el día anterior, y por consiguiente en presencia de la desdichada que yacía inerte, aunque respirando y oyéndolo todo, volvieron á la sesión, movido de compasión uno de los Hermanos ulcionistas, probó salvar á la infeliz mujer.

Propuso con timidez que por la última vez se pusiera á la institutriz en condiciones de traspasar con una sola puñalada la hostia consagrada.

—Ha podido reflexionar desde desde ayer, dijo, y bien pudiera ser que hubiese recobrado ya buenos sentimientos.

Pero el apóstata polaco se opuso energicamente á que se hiciera una nueva prueba.

—¡No, no! gritaba. Ella misma se condenó ayer, y ya no hay remedio.... Sólo el miedo de la muerte le haría ejecutar aquello que consideró como sacrilegio, pero que sería la primera endepolar una vez salida de aquí, é iría luego en busca de un sacerdote de Adonai, se confesaría, alcanzaría la absolucion y ya no volvería á nuestro lado. Como nunca, había de ser entonces enemiga nuestra. No la dejemos, pues, escapar, sino que antes bien ejecutémosla sin demora, sin remisión!

Entonces expuso su idea acompañando con una risa feroz las palabras con que la desarrollaba. Aquel hombre verdaderamente dominaba á sus cómplices por el terror, de modo que nadie se atrevió á levantar la voz contra él, temerosos todos de verse envueltos en su implacable odio. Pidió, pues, que la votacion se hiciera, levantando las manos los que estuviesen por la afirmativa, y todos levantaron las manos á un tiempo mismo.

¡Qué crimen!... Hé aquí lo que votaron aquellos nueve ulcionistas.

Liado ya, como lo estaba, con cuerdas el cuerpo de la desgraciada víctima, se le enredaron los tubos de plomo de que el ajuostata se había provisto, y de esa manera fué conducida á un sótano de gruesas paredes, sótano, que lo mismo que otros de aquel edificio, no tenía objeto alguno, porque el subsuelo de la vetusta casa, ya fuese por la antigüedad misma, ya por pasar cerca de allí el caño de un albañal, estaba infestado completamente de ratas, y ni las trampas ni los cebos envenenados que se les ponían habían podido acabar con aquellos perjudiciales bichos, de tamaño capaz de hacerlos luchar hasta con los gatos.

Entregada viva como pasto de ratas, de enormes ratas de albañal, tal fué la suerte de aquella desventurada Hermana paladista, que se resistió á apuñalar la hostia santa!... Fácilmente se comprenden sin describirlos cuáles fueron los horrores de aquella espantosa muerte.

Siempre me ha perseguido el recuerdo de tan

execrable crimen, y siempre le tuve presente desde el primer día hasta el último de mi novena, y crece mientras tanto mi amor á Dios, y crece juntamente mi odio á Satán.

¡Ah! ¡Qué felicidad la mía de haber recibido la luz del entendimiento durante aquella bendita noche del 20 al 21 de Agosto!... Tormento insufrible era ya para mí el dolor que me causaba antes de ahora pensar en los nuevos suplicios que infligían los sacrilegos sectarios á Jesus. Hoy que ya no abrigo la duda cruel que entonces, gimo al considerar las criminales intenciones de los sacrilegos, de los fanáticos luciferianos; pero comprendí al fin, sé que mi amadísimo Jesus está fuera del alcance de todo infame atentado.

No me han faltado explicaciones teológicas de los caritativos sacerdotes á quienes he escogido para consejeros; sobre todo el padre capellan, que veía mi angustia en aquellos días en que con una fé indecisa era verdadera tortura para mi corazón el recordar á los que apuñaleaban hostias; me prodigó prudentes consejos, temeroso de que volviese yo á caer en alguna duda en fuerza de mi amor ardiente al Cordero de Dios. También otro eclesiástico me favoreció con sus consuelos; pero pues que tan perfectamente unidos están los corazones de mis consejeros y guías espirituales, bueno es hacer que se trasmita á las almas de los fieles que me leen, el consuelo con que Dios se dignó agraciarme.

En efecto, no hay para qué vaya á turbar los

ánimos lo que tengo todavía que decir. Lo mismo que he sufrido yo podrían sufrir otras amantes almas de Jesús, y decirse ellas lo que yo me decía antes del divino sueño que tuve la noche de mi libertad;—¡No! ¡Esto no es posible! Dios no había de consentir que de esa suerte le apuñalearan, le hirieran y le dieran á los perros!—opinion falsa que conduce á la duda acerca de la presencia real.

Toda mi vida he de dar gracias á Dios por haber obrado en mi favor este milagro: la plenitud de la fé, no ciega; sino clara, iluminada con la luz más inesperada.

Para nada os turbeis, pues, amigos y amigas mías. Cuantos atentados sea dable cometer contra la sagrada Eucaristía quedarán reducidos á la impotencia más absoluta y radical de alcanzar en manera alguna, ni en ningun instante, á la sustancia divina ni á la sustancia humana de Jesucristo. Ni puñales ni perros podrán jamás contra El.....

«Jesucristo, resucitado de entre los muertos, no morirá ya, ni la muerte ejercerá ya imperio en El porque muerto por el pecado, murió sólo una vez; más la vida ahora permanece en Dios». (San Pablo, *Epístola á los Romanos*), cap. VI, v. 9-10.

Digamos de una vez que Jesús vive para siempre en su humanidad glorificada. Consideremos que todos los atentados de la grosera materia que dan sin efecto en los cuerpos que se hallan en estado de bienaventuranza; porque no sólo impa-

sibilidad tienen esos cuerpos, sino una especie de *espiritualidad*. El mismo San Pablo, el incomparable San Pablo, lo dice así terminantemente: «El cuerpo está sembrado en la corrupcion; mas resucitará incorruptible. Está sembrado en la ignominia; mas resucitará impasible é incorruptible.»

Pues bien; todos nosotros, los que empapados en esta creencia amamos al Buen Maestro, todos comprenderemos que, sean cuales fueren las profanaciones que se cometen contra la adorable Hostia, nada sufre con ellas en su Sér físico Jesús.

Espantoso es, ciertamente, el crimen, que será castigado con terrible pena á causa de la atroz perversidad que en vano se propone alcanzar á Dios. Empero Jesús puede permanecer, y permanece de hecho, presente en la Hostia en medio de las profanaciones, mientras las sagradas Especies se mantengan en las condiciones que Dios puso para que sirvan de velo á su sacrosanta presencia; sin embargo, su soberana Beatitud y su inefable Santidad escapan á toda impiedad de la tierra y del infierno.

En aquellas horas de congoja en que no sabía yo qué creer, me sucedió pensar en los milagros que á veces se han verificado en estas ó aquellas profanaciones. Ha habido quienes hayan visto manar gotas de sangre de las hostias cuando las apuñaleaban; y al manifestarse un milagro así, redoblan su rabia los satanistas, como el judío de las Billetes, creyendo que han conseguido herir

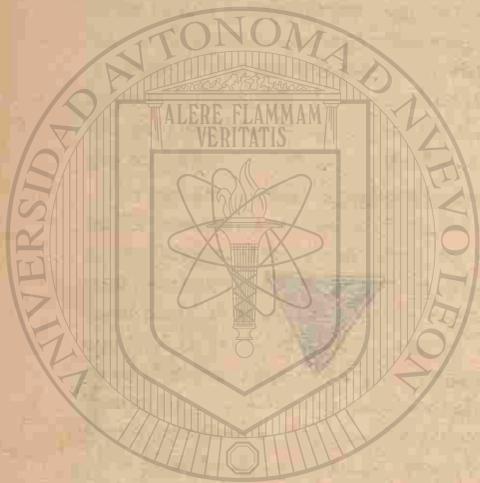
á Cristo y que Cristo sufre. ¡Ah! ¡cómo me ha hecho temblar y en qué suplicio tan cruel me ha puesto, el recuerdo de semejantes milagros! Ahora he venido á comprender que cuando deja la hostia consagrada que *aparezca* sangre, es como un juicio anticipado que pone á la vista de aquellos hombre-demonios la realidad de la Presencia Divina, descubriéndoles el género de sentencia que les aguarda al pisar el dintel de la eternidad.

Por eso no hay que inquietarse; pero sí es menester ponerse en manos de Dios. De hoy en más, no tendremos motivo de zozobra, ni veleidad de duda, al comprender perfectamente hasta qué grado es necia, es estúpida la rabia infernal; porque con todo rigor, lo único que hace, es encarnizarse en el vacío. ¿Qué es lo que apuñalea? ¿A las Santas Especies? Pero si nada son ellas, más que simple apariencia, sin sustancia alguna de pan!... ¿A la gloriosa Humanidad de Nuestro Salvador? Pero si, presente como lo está, allí, y todo, no puede alcanzarla medio material de ninguna especie!...

Lo único, pues, que les queda á los paladistas y á otros satanistas, es la inmensa, la incomprendible responsabilidad de su intencion deicida, bien así como á nosotros los cristianos fieles nos queda la dulce y á la par dolorosa tarea de reparar, de amar, de adorar con relacion á los vanos ultrajes que se cometen.

¡Ah! ¡Creamos, sí, creamos!... Teniendo fé en

lo que la Iglesia enseña, poseemos la infalible verdad.... ¡Creamos y amemos, creamos y reparemos, creamos y adoremos. ¡Triunfemos de Satanás, dándonos á Jesus, como El se da á nosotros!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPITULO III.

MI EDUCACION LUCIFERIANA.

POR carta me han dicho muchos: «Es un milagro la^a conversion de vd.» y otros «Es usted un milagro vivo de la omnipotente misericordia divina, y ese milagro: no comienza con su conversion.»—Nadie vaya á creer que me envanezco de todo lo que me ha pasado en la vida, no; con la luz de la fé yeo que nada, absolutamente nada, nada de nada soy. ¡Que Dios haga de su instrumento lo que en su soberana sabiduría tiene determinado hacer: *fiat voluntas tua!*

Si la invencible Providencia es la que ha venido guiándome y cuidando de mí, ¿dónde está pues, el mérito que he contraído?.... Sí, tengo el deber de humillarme en todo; pero téngole tambien de contar mi vida, porque, para emplear las

palabras de uno de mis mejores nuevos amigos, «mi vida es la prueba luminosa de que, despues de todo, Satanás no es más que esclavo de Dios, cosa que le hace encenderse en rabia; y que en re súmer de cuentas, todo el mal que causa no hace más que coadyuvar para el triunfo del mismo Dios.» Ciego es en verdad, y lo dice así hasta su nombre: *príncipe de las tinieblas*. En vano es que se agite y clame para la rebelion: le es imposible sustraerse á la omnipotencia del Criador, que le tiene asido de la mano. Satán es el instrumento más despreciable, sí, pero que más brillantemente hace resplandecer la verdad de la Unidad Divina. Ni siquiera sabe á dónde va, y, con estar perdiendo almas, trabaja contra sí mismo y trabaja por la gloria de Dios.

El milagro obrado en mi favor tiene mayor extension que la que imaginarse pueda. Hay en mi caso algo que no es precisamente el hecho relativo á un individuo, y es que mi ingreso á la Iglesia de Dios ha venido á poner fin á una raza diabólica, si he de examinar, como cristiana que soy, la tradicion de mi familia, tradicion de la alta masonería ocultista.

En efecto, un tío paterno y yo somos los últimos descendientes del alquimista Rosa-Cruz Tomás Vaughan. Mi tío, hermano mayor de mi padre, no ha de dejar sucesion cuando muera, vista su avanzada edad, y en cuanto á mí, tengo hecho ya el propósito de consagrarme á Dios, una vez concluida la mision de combate que me he impuesto.

«No me siento con valor para maldecirte, porque todavía te quiero mucho, me escribió mi tío al recibir la nueva de mi conversion; pero jamás habría yo creído que fueras tú la que llegara á degenerar de la celestial sangre que se mezcló con la de Filaleto.»

Mi tío se expresa como paladista. Pronto se comprenderá todo.

Los escritores que han hablado de mí han dicho que la situacion que ocupaba yo en la alta masonería tenía que entenderse por las cualidades personales, de que hacían un esmerado elogio. Pero aún hay otra cosa, y es el secreto que únicamente los Magos Electos conocen; el secreto tradicional de mi familia.

Yo debo revelar ese secreto, y decir que *es la clave de la educación absolutamente especial que recibí*.

El pacto de 25 de Marzo de 1645, firmado por Satanás y por Tomás Vaughan, mi antepasado, quedará destruido el día que entre yo en la religion; miéntas tanto, se halla en manos santas.

Para asegurar la piedra filosofal y treinta y tres años más de vida en la ciencia hermética, y el poder de hacer riquezas, Filaleto, que había alcanzado de Cromwell el "favor" de decapitar al noble mártir Laud, Arzobispo de Cantorbery, y que había recogido su sangre; Filaleto ofreció la suya á Lucifer el 25 de Marzo de 1645, en cambio del pacto más inaudito que jamás hayan firmado el Demonio y hombre alguno. El lienzo, un cor-

Miss Vaughan—T. I.—23.

poral, que empapó mi antepasado en la sangre del mártir, quemóle en seguida aquél como ofrenda á Satanás: ¡que Dios me conceda vivir algo más, á fin de poder quemar á mi vez el pacto infernal como homenaje á su Divinidad, al tiempo de tomar el velo de religiosa, si place á su bondad y á su misericordia concedérmelo, y que esto sea un 25 de Marzo!

Alibone, en su *Diccionario de la Literatura inglesa*, supone nacido á Tomás Vaughan en 1621. Error craso. Es, además, un tejido de inexactitudes la noticia biográfica que dá con relacion á él en las breves líneas que reproduzco á continuación.

«Tomás Vaughan sabio físico, nacido en 1621, fué hermano gemelo de Henry Vaughan, llamado el *Salurista*, y se educó lo mismo que éste, en el Colegio de Jesus de Oxford, del cual llegó á ser miembro. Despues de desempeñar el cargo de rector en St-Bridget, en Brecknockshire, se retiró á Oxford, donde adquirió fama como alumno y como profesor en la escuela de Cornelius Agrippa. Murió en Oxfordshire, á 15 de Febrero de 1665, casi de una manera repentina, al estar operando con mercurio, sustancia de la cual se desprendió una partícula que entrándole por la nariz, le mató. Fué gran químico, gran filósofo experimentador, celoso cofrade de los Rosa-Cruz; poseía varias lenguas orientales, y era poeta inglés y latino de bastante mérito. Dábase á sí propio, en casi todos sus escritos, el sobrenombre de *Eugenius Philalethes*.

Ante todo, hay que rectificar la fecha del nacimiento.

Mi bisabuelo James se dedicó en su testamento á enumerar todos los hechos que establecían su descendencia directa de Tomás, diciendo: «Filaletó nació el mismo año en que compraron los holandeses en 24 dolares la isla de Manhattan, donde fué construida Nueva York.» Ahora bien, es un hecho que en 1612 fué cuando unos emigrados holandeses, que precedieron tres años á sus compatriotas los constructores de la fortaleza de Orange, en Hudson, adquirieron por la expresada suma la famosa Isla de la Ivresse *Mannahattanink*, (en lengua deláwara, es decir Isla de la Potencia Beuveria), que llegó á ser Nieuve-Amsterdam en 1614, y despues, á partir de 1664, Nueva York, la reina del Nuevo Mundo, la Ciudad Imperial. Es muy preciso el texto de mi bisabuelo.

Pero véase aún otro, y éste sí firmado por Filaletó mismo. Son las primeras líneas de su libro capital, el cual, lo mismo que la mayor parte de sus obras, apénas si se conoce su nombre hasta en el mundo de los ocultistas.

El *Introitus apertus ad Occlusum Regis Palatium*—Entrada abierta al Palacio cerrado del Rey, ó, para los iniciados del primer grado, la clase del Ocultismo, y para los perfectos iniciados del segundo grado, la Introduccion de los adeptos al Palacio (cerrado para los profanos) de Lucifer-Dios-Rey—comienza con estas líneas:

“Yo, que soy un Filósofo Adepto, conocido con

el único nombre de Filaleto, he resuelto, en el año 1645 de nuestra salud y *trigésimotercio de mi edad*, escribir este Tratado, propio para descubrir los secretos de la Medicina, de la Química y de la Física, para satisfacer una deuda á los Hijos del Arte y dar la mano á los que andan extraviados en el laberinto del error.¹¹

Ese libro, que se imprimió en Amsterdam en 1667, ya no se encuentra hoy si no es en una que otra biblioteca de bibliófilos en Europa, especialmente en Holanda y en Alemania. Yo conservo entre los papeles de familia que me dejó mi padre, de quien fui única hija, el manuscrito que Juan Lange devolvió á Filaleto despues de imprimir su libro, manuscrito precioso como el que más, porque al tiempo de escribirle para darle á la estampa el autor, antepasado mio, cuidó de dejarle unos márgenes anchos que llenó, cuando le fué devuelto, con notas en que explicaba el sentido secreto luciferiano de expresiones cuyo conocimiento se reserva exclusivamente á los perfectos iniciados.

Mas no por ser tan raros los ejemplares impresos que corren del *Introitus apertus ad Occlusum Regis Palatium*, se han destruido por lo ménos en su totalidad, y estoy segura de que no ha de haber quien me desmienta sobre lo exacto de la cita que de hacer acabo. Así, pues, Tomás Vaughan nació realmente en 1612 y no en 1621: punto de grandísima importancia por lo que mira á los hechos que tuvieron lugar en 1645 y que me creo

en el deber de publicar, por muy duro que para mí sea ello.

Voy á rectificar tambien los otros errores que contiene la noticia biográfica de Alibone, y al propio tiempo la completaré.

Tomás Vaughan, que firmaba, no «Eugenius Philalethes,» sino «*Eireuæus Philalethes,*» inglés de origen y habitante del "Univerſo," vió la luz, io mismo que su hermano Enrique, en Monmouth; y, segun nuestros papeles de familia, léjos de haber sido hermano grande de Tomás, era Enrique hermano suyo dos años menor que él. Ambos pertenecían á una de las familias Vaughan del país de Gáles, familia que tuvo una de sus ramas noble y contó entre sus miembros á lord John Vaughan, par del reino en 1620. Otro pariente de mi antepasado Tomás lo fué el famoso anticuario Roberto Vaughan, hermano segundo del padre de Filaleto y el mismo que, establecido en Oxford desde 1613, casó allí con su cuñada al enviudar ésta, y puso á sus sobrinos Tomás y Enrique en el Colegio de Jesus para que se educaran.

Sea otro error enorme en que incurrió Alibone. Filaleto no murió en 1665, puesto que en 1666 se hallaba en Holanda, donde tuvo por discípulo á Helvetius, el gran alquimista de la Haya y remitió su manuscrito del *Introitus apertus* á Juan Lange; quien le mandó imprimir al año siguiente en Amsterdam.

Tampoco Tomás Vaughan murió en 1665, puesto que en 1668 fué cuando dió á imprimir los *Ex-*

perimenta de præparatione Mercurii Sophici y los *Tractatus Tres* [la Metamorfosis de los metales, la Preparacion del Rubí celeste y la Fuente de la Verdad química], y en 1678 el *Ripley revised* y la *Enarratio trium Gebri*.

Tomás Vaughan no murió de la manera como indicó Alibone: absolutamente fué su muerte humana, sino que habiendo firmado su pacto á los treinta y tres años y pedido á Lucifer que le asegurara otro tiempo de vida más, á los sesenta y seis años de edad fué arrebatado por Lucifer, como lo fué Elías por Dios; y tanto su desaparicion acaecida en 1678, como su arrebatamiento por el Rey á quien adoraba y quien fué el primero en llamar con el nombre de "Lucifer Dios Bueno", están demostrados por Enrique Vaughan, hermano suyo en una relacion auténtica que pertenece á nuestra familia y cuyo original depositó mi padre en el archivo del Supremo Directorio Dogmático de Charleston.

Mi padre y mi tío me empaparon en la historia de nuestro antepasado Tomás, habiéndomela dado como á beber gota por gota desde que estuve

en edad de comprender lo que llamaban ellos "el papel humanitario de la Francmasonería". Tomás Vaughan fué, según mis padres, el que, asociado de Amos Komenski y de Valentin Andreæ ejecutó el plan de Fausto Socino, quien, conforme á mi propia opinion, fundada en el estudio más escrupuloso que he hecho, fué el verdadero fundador de la secta masónica.

Cualquiera, con sólo leer este resúmen necesario de la vida de Filaleto, se podrá formar un juicio exacto de mi educacion; resúmen que suministrará además nuevos datos á todo aquel á quien interese la solucion de la cuestion tan debatida del origen de la Masonería anticristiana. Porque una vez por todas hay que dejar ya á un lado tantas leyendas como por ahí corren. La relativa á la construccion del templo de Salomon es risible; la sucesion de los Gnósticos, de los Neo-Platonicos de Alejandría, de los Maniqueos, de los Albigenses y de los Templarios, es sostenible, limitándose á admitir que todas esas sectas proceden como la Francmasonería, del mismo inspirador Satán; pero inexacta, colocándose rigurosamente en el punto de vista histórico. Entre Jacobo Molay y el Rito Masónico Templario tiene la cadena de grandes maestros una interrupcion de algunos siglos; la venganza de los mártires San Jacobo y otros, proporciona asunto fértil para las ceremonias de sub-logias, y eso es todo; porque no hay un documento auténtico ó tan siquiera apócrifo, que sirva para enumerar una sucesion no interrumpida.

pida. El mason que en un taller de eruditos hermanos de alta graduacion sostuviera seriamente esa filiacion, provocaría contra sí mismo la burla de los demás.

Históricamente, la Francmasonería anticristiana—no la francmasonería cooperativa de los obreros del edificio—nació de la Reforma, por Fausto Socino, como se me ha enseñado y demostrado.

Fausto empujó á la Reforma á sus últimas consecuencias como heredero de los dos primeros Socino, Lelio y Darío, como depositario de las tradiciones de la Academia de Vicenza, como vengador, en fin, de Giulio Ghirlanda y de Francesco di Ruego. Muy terminante fué en este sentido Lemmi, cuando al día siguiente de su eleccion para la sede suprema de la alta masonería, escribió: «No debemos olvidar que la Francmasonería tuvo á Italia por verdadera cuna y á los Socino por sus verdaderos padres; y hé ahí por qué debía volver á Italia, y hasta el fin deberá continuar aquí la direccion de los combates decisivos que asegurarán el triunfo». (Bóveda encíclica de 29 de Septiembre de 1893). En los títulos de muchos talleres italianos, se hallan los nombres de los Socinistas para recordar ese mismo origen.

En Liena, el Triángulo *Bernardo Ochino*, está fundado en la Lógia *Socino*. Ochino, monje apóstata, era uno de los asociados de Lelio y Darío Socino, en la academia secreta de Vicenza, y sábese que Lemmi venera profundamente á los

apóstatas. En Venecia está fundado en la Lógia *Daniele Manin Marco Polo*, el Triángulo *San Giulio é San Francesco*, estos dos santos no son otros que Giulio Ghirlanda, de Trevisa, y Francesco di Ruego: otros asociados de los dos primeros Socino, que fueron ejecutados de orden del Senado de Venecia cuando la poderosa república de los duxes tomó en consideracion la queja del Papa Paulo III y resolvió reprimir la propaganda impía de los Socinistas. En Plasencia, el Triángulo fundado en la Lógia *Roma Nueva*, se llama *L'Accazia dei Socini*. En Udina, el Triángulo fundado en la Logia *Niccolo Lionello* lleva el título de *Il Palladio dei Socini*. En Vicenza, la Logia oficial reconocida se llama *Lelio Socino*, y el Triángulo fundado en ella tiene por título *La Santa Accademia*; la academia secreta fundada en Vicenza por los Socino despertó, pues, en forma de sublogia paládica.

Cuando Fausto Socino se refugió en Polonia, donde tenían regular número de iglesias los antitrinitarios, proyectaba ya ingertar en esa rama de la Reforma una asociacion secreta que enseñara á sus adeptos una doctrina todavía más avanzada en cuanto á irreligion; veía contra sí mismo, contra los católicos y hasta contra los protestantes, pues á juicio de éstos, era ya ir muy léjos. Cuando el pueblo de Cracovia, edificado en la impiedad de Fausto, saquó su casa, arrojó al fuego sus libros y sus manuscritos y poco faltó para que le asesinara (1598), el sobrino de Lelio Miss Vaughan.—T. I.—24.

había tenido ya comunicaciones directas con Satanás. Había jurado odio á muerte á la Iglesia y preocupábale la idea de establecer la asociación tan soñada. Dos años ántes de morir y cuando vivía oculto en casa de Abraham Blonski, recibió en Luclavia al joven Valentin Andreæ, que le fué presentado por su padre, Jacobo Andreæ, uno de los primeros que adoptaron los principios de la Reforma, y Valentin apénas tenfa entónces diez y seis años. En aquella visita fué cuando el propio Valentin quedó consagrado á Lucifer, evocándose en la ceremonia el espíritu de Camillo Renato, el impío siciliano de quien Lelio Socino recibiera los primeros gérmenes de su heregía. Bueno será hacer notar aún que en la Valtelina, el Triángulo fundado en la Logia *Maurizio Quadrio*, de Chiavenna, lleva el título de *Camillo Renato*. Más adelante, los Andreæ, padre é hijo, volvieron á Wurtemberg, donde pronto profesó Valentin la teología.

Sin embargo, Fausto Socino estuvo manteniendo hasta su muerte relaciones de amistad con aquellos de sus compatriotas italianos que aceptaban su direccion oculta. La academia de Lelio, disuelta en 1546, fué reformada misteriosamente en territorio veneciano, y el título que mutuamente se daban los adeptos era el de «Hermanos de la Cruz de la Rosa;» reconociéndose entre sí por un cordoncito negro que llevaban prendido en la ropa, cordoncito pequeñísimo que pasaba inadvertido para los no iniciados. Las palabras que emplea-

ban para saludarse eran éstas: *Ave, frater*, á las cuales contestaba el interpelado: *Rosa Crucis*. En Venecia fué donde se imprimió, á los ocho años de muerto Fausto, el primer libro-compilación de la Fraternidad de los Rosa-Cruz (que fué el título que prevaleció.)

Fausto Socino era para los afiliados el Emperador-Maestro (*magister-imperator*). Antes de morir, designó por sucesor suyo á Cesare Cremonini á la sazón de cincuenta años de edad; el cual, profesor que á los principios era de filosofía en Ferrara, había ido á Padua en los Estados venecianos, en 1590, y la Universidad de aquella ciudad le encargó la cátedra de filosofía, al mismo tiempo que una de medicina. Cremonini había aceptado la doctrina de Averrhoes, diciendo á sus amigos que era la doctrina buena, «porque el Papa Leon X la había condenado.» Su divisa, que ha sido la regla de conducta de los Rosa-Cruz, era: *Intus ut libet, foris ut moris est*: que es ni más ni ménos la hipocresía de los sectarios erigida en principio: haz tú á solas lo que mejor te plazca; delante de los otros, lo que sea costumbre. Engañemos á nuestros contemporáneos afectando ir de acuerdo con las ideas del día; pero allá en secreto, pensemos y hagamos á nuestra guisa: hé ahí la primera ley de todas las sectas impías. *Cesare Cremonini* es el título del Triángulo de Viareggio, fundado en la Logia *Felice Orsini*.

Cremonini era teurgista, esto no admite duda. Pero lo que sí es ménos sabido, es su calidad de

Emperador-Maestro de los Rosa-Cruz socinistas. La razon está en que los Blonski le eran hostiles, pues ni siquiera le entregaron los manuscritos secretos de Fausto Socino, debido á que, segun ellos, corrían peligro de destruirse en Italia tan preciosos documentos. La verdad es que veían en el joven Valentin Andreae al verdadero sucesor de Fausto para dirigir la naciente asociacion.

El resultado de todas esas discusiones fué, que poco se ocupó ya Cremonini de estimular el reclutamiento de los adeptos Rosa-Cruz. En 1617, se hizo el empadronamiento de la Fraternidad, y apareció que los afiliados habían quedado reducidos al irrisorio número de once, y eso dos de ellos sólo tenían imperfecta iniciacion. En efecto, importa saber que sobre la Cruz de la Rosa estaba la Cruz de Oro, donde solamente á los príncipes de la alquimia se aleccionaba. A la interpelacion *Ave, frater*, respondía el imperfecto iniciado: *Aurea Crucis*, en vez de *Rosa Crucis*.

Suplico ahora que se fije bien la atencion en estas fechas: en aquel año del desmembramiento de los hermanos de la Rosa-Cruz (1617), fué cuando se celebró en toda Alemania el primer jubileo protestante, y en 1517, fué cuando Lutero dió principio á su revolucion atacando públicamente con energía la Bula pontificia de las indulgencias concedidas á los fieles que ayudaran con sus limosnas para la construccion de la iglesia de San Pedro de Roma. En el propio año de 1617, fué asimismo cuando Santiago VI de Escocia (I de

Inglaterra), el indigno hijo de María Stuart la Católica, el rey protestante y mágico, el expulsador de los jesuitas, trató de fundar la religion angelicana en Escocia, y dió los sellos á Francisco Bacon, filósofo y ocultista; á Bacon, cuyo *Novum Organum* mereció ser llamado por Voltaire «el cadalso con el cual se ha construido la moderna filosofia»; á Bacon, á quien considera Findel como que tuvo «la intuicion de la Francmasonería» en su *Nova Atlantis*; á Bacon, en fin, cuya obra sin concluir debería comprender una sexta parte, que Dios no le permitió ya escribir: la *Philosophie seconde ou la Science active* (Segunda Filosofia ó Ciencia activa), y cuya conclusion se adivina tan sólo con leer lo demás y saber quién fué su autor!

Así, pues: 1517 es la fecha de la rebelion de Lutero, el nacimiento de la Reforma;—1617, la del empadronamiento de los Socinistas perfectos iniciados durante la celebracion del primer jubileo protestante;—1717, la de la primera manifestacion de la secta anticristiana con el nombre de Francmasonería, aparicion más bien que creacion de la Francmasonería.

¿Y quienes fueron los que oficialmente constituyeron la secta con el nombre conocido ya hoy por todo el mundo?—Anderson, Desaguliers y otros, protestantes socinistas Rosa-Cruz ingleses, *Rosicrucianus*, todos ellos.

Lectores: si no os habeis dedicado á estudiar el asunto del origen de la Masonería no ha concluido vuestra admiracion. Dios ha querido que se

me descubrieran por mi padre y por mi tío estos secretos de la historia y que sirvieran como de base para mi educacion, á fin de que, convertida un día yo al amor de su Cristo, viniese á iluminar tan misteriosos orígenes y á levantar el velo que cubría el plan de Satán.

Los nueve discípulos de Fausto Socino que en 1617 tenían ya la perfecta iniciación de Rosa-Cruz eran: Cesare Cremonini, de sesenta y siete años de edad; Michaël Maier, de cuarenta y nueve años; Robert Fludd, de cuarenta y tres años; Valentin Andreae, de treinta y un años; Lodewijh van Gaer, de treinta años; Samuel Blonski, de veintiocho años; Claude Guillermet, de Beauregard, de veintiseis años, y Amos Komenski, de veinticinco.

Cremonini renunció su cargo de Emperador-Maestro, y le substituyó Michaël Maier, designándosele para sucederle á Valentin Andreae, que fué quien cambió el título anterior por el de *Summus Magister*, Soberano Maestro: título que se halla con el nombre de cada uno de sus sucesores hasta Johann Wolff, inclusive, en los documentos relativos á la Rosa-Cruz socinista (archivo del Soberano Consejo Patriarcal de Hamburgo).

Ahora bien, los grandes maestros de la Rosa-Cruz han sido once, de los cuales sólo dos hubo que renunciaron, pues ocho fueron substituidos por haber muerto, y el último de ellos, que era un judío, más se ocupó en sus negocios particulares que en los de alta masonería; de donde resultó que al morir él, ya se habían creado y seguían

creándose nuevos sistemas de ocultismo que rivalizaban con el antiguo, y no tuvo sucesor.

Bueno es dar la lista de los grandes maestros de la Rosa-Cruz socinista, por poner ella de manifiesto el exacto origen de la Francmasonería oficial.

Héla aquí:

Fausto Socino, de 1597 á 1604;
Cesare Cremonini, de 1604 á 1617 (renunciario);
Michaël Maier, de 1617 á 1622;
Valentin Andreae, de 1622 á 1654;
Tamás Vaughan, de 1654 á 1678;
Cárlos Blount, de 1678 á 1693,
Friedrich Helvetius, de 1693 á 1709;
Richard Simon, de 1709 á 1712;
Teófilo Desaguliers, de 1712 á 1744;
Nicolás de Zinzendorf, de 1744 á 1749 (renunciario),
Johann Wolff, de 1749 á 1780.

El tercer gran maestro no era otro que el Maier de Rindsburgo, creado conde palatino por el Emperador Rodolfo II, cuyo médico era. Las más de sus obras sólo se publicaban para uso de quienes se interesaban por las de la alquimia, de modo que hoy pagan los bibliófilos á peso de oro los rarísimos ejemplares que aún existen.

Los siguientes son los que más curiosidad encierran: *Arcana arcanissima* (Lóndres, 1614)

De circulo physico quadrato [Oppenheim, 1666]; *Lusus serius, quo Hermes seu Mercurius rex mundanarum omnium rerum iudicatus est* (Oppenheim, 1616); *Symbola auræ mensæ* (Frankfort, 1617); *Emblemata nova physica* (Oppenheim, 1618); *Atalanta fugiens, hoc est emblemata nova de secretis naturæ chemicæ* (Oppenheim, 1618), *Themis aurea* (Frankfort, 1618); *Septimona philosophico* (Frankfort, 1620) y *Cantilena intellectuales de Phœnice redivivo* (Roma, 1622).

La última de estas obras aparece haberse impreso en «Roma», pero en realidad se imprimió en Amsterdam, y Valentin Andreæ dió al impresor el manuscrito del gran maestro. La obra se publicó inmediatamente despues que murió su autor; y si se puso como lugar de su impresion «Roma», fué para lanzar una especie de desafío al Papado, pues el Fénix á quien al renacer cantan las cantinelas de Michaël Maïer, es Lucifer, que se levanta resucitando lleno de gloria, del reino del fuego eterno; anunciándose su triunfo sobre el dios de la supersticion, en una poesia enriquecida de imágenes.

Por lo demás, basta con leer los títulos que he copiado, para quedar convencido de que todas aquellas obras son de ocultismo. La *Broma seria de 1616* ó *Lusus serius*, es una fingida burla, pero en realidad contiene un exámen formal en sustancia, de una parte de la doctrina luciferiana que más tarde reprodujo el *Apadno*; una exposicion

del sistema satanista que supone al demonio Hermes [el Mercurio del paganismo greco-romano] presidiendo todos los acontecimientos del mundo. Maïer proclama á ese demonio rey de la Tierra. La *Atalanta fugitiva* es una alegoría destinada á encontrar la piedra filosofal; es la obra que más se busca de las de Michaël Maïer, indudablemente por ser tambien la más extraña; pero no es posible que la entiendan sino los lectores que posean la clave de los Rosa-Cruz.

Sin embargo, la obra principal de Maïer, desde el punto de vista del origen de la Masonería, es, sin contradiccion, la *Themis aurea*. En ella, el gran maestro, el segundo sucesor de Fausto Socino, terminantemente dice que los Hermanos de la Rosa-Cruz deben permanecer en el secreto más riguroso durante cien años. Lo mismo está escrito en todas las cartas, y el tal libro que, impreso en 1618, fué escrito por Maïer en 1616 y 1617, es el resultado de las resoluciones adoptadas en la reunion de 1617, llamada del Empadronamiento de la Fraternidad, ó bien Asamblea de los Siete.

En efecto, en aquel conventículo no estuvieron presentes ni Cremonini, que remitió su dimision de gran maestro, ni Robert Fludd, que se excusó de concurrir por medie de una carta confiada á Vick Stone. Maïer estuvo, pues, rodeado de puros jóvenes entusiastas: Stone, Andreæ, van Geer Samuel Blonski, Bauregard y Komenski. La asamblea se verificó en 31 de Octubre, en Magdeburgo, ciudadela del protestantismo, una de las pri-

meras ciudades que aceptaron la Reforma con entusiasmo; y tuvo lugar en la casa de un vecino de Altstadt, cuyo nombre no dice la relacion, pero que lo fué verosímilmente la de algún amigo de Majer, puesto que el famoso médico alquimista allí terminó sus días bajo la proteccion del elector de Saxe. Conforme, pues, á la misma relacion bien se puede tener como situada la susodicha casa en la calle espalda de la del Mercado Antiguo, calle que es hoy la Schwertfegerstrasse, y esto es tradicional entre los paladistas de Magdeburgo.

Citóse para la reunion la víspera de Todos Santos, por haber sido el 31 de Octubre de 1517 el día en que mandó fijar Lutero sus noventa y cinco tesis contra las indulgencias en Wittemberg, en la puerta de la Iglesia del castillo: y escogióse Magdeburgo para el efecto, por haber sido Alberto de Brandeburgo, Arzobispo de Magdeburgo y de Mayenza, comisario especial del Sumo Pontífice para la indulgencia de San Pedro, quien había delegado para que predicara dicha indulgencia al dominico Tetzel, el antagonista más célebre de Lutero. Hasta hoy se conservan las indulgencias de Tetzel guardadas en una caja en la Catedral de Magdeburgo.

El conventículo aquel fulminó su maldiccion contra el Papado, glorificó la memoria de los Socino, en particular la de Fausto, renovó el juramento socinista de destruir la religion católica, la Iglesia de Jesucristo. Quedó asimismo resuelto que dor espacio de un siglo entero se mantendrian en

el mayor misterio los Hermanos de la Rosa-Cruz, llamándose á sí propios los «Invisibles,» y que ya en el año de 1717, y sólo entónces, transformarían su Fraternidad en una asociacion que con más franqueza se entregara á su propaganda, aunque adoptando y conservando siempre las medidas de prudencia que para entónces se estimaran útiles.

Finalmente, en aquella misma reunion secreta de Magdeburgo, los siete adoptaron en definitiva, por la originalidad tan especial que tenía para impresionar el ánimo, la extraña leyenda de la Rosa-Cruz, que ocultamente se imprimió en Venecia por el año de 1613.

Esa leyenda, cuyo autor es Valentín Andreae, salió en 1615 en el libro intitulado *Fama Fraternitatis Rosa Crucis*, libro que unos atribuyen al mismo Valentin, y otros á un tal Iung, de Hamburgo. Los documentos que se hallan en el archivo del Soberano Consejo Patriarcal de esta ciudad no aclaran el misterio de la paternidad de dicho libro que goza de tanta reputacion; libro que en mi familia siempre se ha tenido como la obra del jóven teólogo wurtembergense (Valentin), puesto que en ninguno de los escritos de Filaleto se halla el nombre de aquel Iung. Como quiera que sea, el tal libro, cuyo objeto era agitar la opinion sin comprometer á ninguno de los miembros de la Fraternidad, fué traducido inmediatamente, en 1616, al holandés y al inglés, habiendo hecho esta última traduccion Robert Fludd.

De aquella leyenda importa, sobre todo, retener

las fechas que ella fija de una manera embozada, para recordarlas á los iniciados. Lelio Socino había escrito: «No fué Lutero el que trajo la luz á este mundo envuelto en las tinieblas de la superstición, sino Wiclef; es necesario remontarse al dichoso año de 1378, que vió dividido en dos al monstruo papal y que nos valió el admirable tratado *Del Papa romano*.» (Carta á Jacobo Andreae de 24 de Mayo de 1560). Esa fecha de 1378 se halla como punto de partida de la maravillosa historia de Cristian Rosenkreuz, imaginada por Valentin, discípulo fiel de Fausto Socino, lo mismo que como punto que determina la fecha en que murió el venerado gran maestro.

¿Qué dice la leyenda?

Cristian Rosenkreuz fué inscrito en el libro del Destino para vivir ciento seis años en la tierra. A los veinte, deseoso de estudiar á fondo la magia, se dirigió á Damasco, donde se le revelaron cosas extraordinarias por los maestros de la filosofía oriental. Comenzaron éstos por relatarle los hechos más íntimos de su vida pasada, y despues le dijeron que hacía mucho tiempo le estaban esperando por estar destinado para promover una renovación total del mundo. Entonces le comunicaron parte de sus secretos, á fin de ponerle en estado de cumplir la gran mision para la cual estaba predestinado. Rosenkreuz pasó algunos años con aquellos filósofos del Oriente, habiéndose ido despues al Maroc, en Fez, para perfeccionarse en la ciencia de la cábala. Pasó también á España, don-

de intentó sembrar en los espíritus los principios renovadores que debían cambiar la faz de la tierra, pero fué expulsado de aquel país por la intolerancia sacerdotal. Entonces volvió á Alemania, su país natal, y allá reveló á tres de sus discípulos el secreto de los secretos, el gran arcano de la teosofía, hasta que por último se refugió en una gruta para acabar sus días como solitario, muriendo el año de 1484, á los ciento seis de su edad, tal como lo habían predicho los Magos del Oriente.

Aquellos tres discípulos fueron los que llegaron para sepultarle, y desaparecieron. Era menester que el sepulcro de Rosenkreuz permaneciera ignorado durante seis veces veinte años, y al concluir ese período, sería el foco de la luz destinada á iluminar al mundo en el tiempo que Dios había querido.

En 1604, llegaron por casualidad unos hombres puros á la consabida gruta, y penetrando fué su sorpresa grande al reparar en un sepulcro que brillaba con resplandeciente luz. Había en él un altar con esta inscripción, grabada en una placa de cobre: *Vivientes: me reservé yo para sepulcro este compendio de la luz*. Había también una misteriosa figura, acompañada de este epígrafe: *Jamás vacío*; otra, con éste: *El Yugo de la Ley*; otra con el de *la Libertad del Evangelio*, y la cuarta en fin, que tenía el de *la Gloria de Dios completa*. La sala contenía, además, unas lámparas encendidas que ardían sin que se viera un gota de aceite que las sustentara; espe-

jos de variadísimas formas, y libros, entre los cuales figuraban las obras de Paracelso. Finalmente, lefase esta inscripcion, escrita con gruesos caracteres en el muro: *Dentro de seis veintomas de años seré descubierto.* La prediccion estaba realizada, dice la leyenda, á manera de conclusion.

En esa leyenda de magia y de cábala, se notará que los ciento seis años de vida anteriores al de 1484, dan exactamente el de 1378, que Lelio Socino proclamó feliz; el año del gran cisma de Occidente, que por tanto tiempo estuvo llenando de dolor al Papado; año en el cual Wicief, heresiarca de la impiedad más desenfrenada, precursor de Juan Huss, alegre de ver dividida á la cristiandad entre el Papa de Roma y el Papa de Avignon, escribía que no debían los pueblos dejar escapar la ocasión que se les ofrecía de volver á echar fuera al catolicismo; arremetía no ménos que contra la Iglesia contra la sociedad civil y, vomitaba las más horrosas blasfemias contra el mismo Dios.

Al tiempo de estar instruyéndome mi padre, me hacía que admirara yo á Wicief, en quien veía él un verdadero luciferiano. Y como Wicief, lo mismo que Tomás Vaughan, era un distinguido profesor de la Universidad de Oxford, había otro motivo de más para unir á los dos en una misma simpatía. Wicief era el hombre atrevido, que sin miramiento alguno atacó á la Iglesia católica, sus costumbres, sus instituciones, su doctrina, sus derechos espirituales y temporales, sus sacramentos y á su jefe; Wicief era el hombre que con sus es-

critos y sus predicciones había desencadenado á cien mil hombres de la plebe que siguieron la conducta de Juan Boll, de Watt-Tyler, el herrero, y de James Straw, autores del asesinato del Arzobispo de Cantorbery (Simon de Sudbury), cometido en el altar mismo de Adonai donde estaba diciendo misa; y mi padre recordaba con orgullo que nuestro antepasado Tomás había derramado la sangre de otro Arzobispo de Cantorbery; Wicief era el profeta de la gran revolucion anticristiana en la que se inspiraron los Hussistas y aquel Juan Ziska, uno de sus jefes, y á quien veneran los paladistas de manera muy particular; Ziska, el hombre-demonio, que saludaba á las naciones en nombre de Lucifer!

Tal es, me decía mi padre, lo que representa el año de 1378, encubiertamente puesto como punto de partida de la leyenda de la Rosa-Cruz socialista.

En cuanto á Rosenkreuz, me explicaba que era un personaje simbólico en quien encarnaban la alquimia, la cábala y la teosofía; era el emblema humanizado del Arte Real, perseguido por los sacerdotes de las tinieblas; obligado á vivir oculto, sujeto nada más al yugo de la ley del Dios Bueno; esperando en su retiro la hora en que pudiera predicar libremente al mundo el nuevo Evangelio; sepultado vivo en el seno de una caverna para concentrar allí los rayos de la divina ciencia luciferiana, por no poder aún resistir su brillo los ojos de los profanos, y trabajando en silencio por el

advenimiento del reinado social de Lucifer Dios-Rey en toda su gloria. Aquel sepulcro, del cual decía la inscripción no estar jamás vacío, es el de las víctimas de la superstición: Jacobo Molay, Juan Huss, Jerónimo de Praga, Savonarola y Lucilio Vanini; y á todos ellos me los enumeraba mi padre, llamándolos «mártires».

Citábame también con instancia, el año de 1604, con que concluye la leyenda de Rosa-Cruz y que fué justamente el en que murió Fausto Socino. Al entrar el divino Fausto en el sepulcro, éste quedó convertido en foco de resplandeciente luz. Es menester comprender el lenguaje esotérico, es menester saber descifrar sus enigmas, adivinar cuál es á veces la frase que conviene interpretar al revés. Hay dos períodos seculares: uno de vida y otro de muerte, y son las dos fases sucesivas de la alta masonería del ocultismo socinista. El sepulcro, que no deberá ser descubierto sino á los ciento veinte años, significa también el período del impenetrable misterio con que se cubrirán los Rosa-Cruz del divino Fausto. La indicación del año de 1717 en que debía aparecer la Francmasonería oficial, está bien precisada, puesto que de 1597 data el gran maestrazgo del fundador, y en el año que precedió fué cuando hizo explosión la cólera cristiana del pueblo de Cracovia contra Fausto Socino, quien también tuvo entonces sus comunicaciones directas con Lucifer, el cual personalmente le consagró *Rosa Crucis Magister Imperator* en

el propio año de 1597. Diferencia exacta entre 1597 y 1717: ciento veinte años.

¿Se dirá que son cálculos que se hacen fuera de tiempo, interpretaciones fantásticas de una leyenda oscura?

Mas esta leyenda del mito simbólico Rosenkreuz se publicó en varios idiomas en el transcurso de 1615 á 1616! Y todavía hay más que esto, hay el golpe que públicamente hirió á Valentin Andreæ para designar su toma de posesion del gran maestrazgo!

En la sesion que presidió en Magdeburgo Michaël Maier [1617], quedó resuelto que se inscribiera en el acta que firmaron los siete el período de un siglo, que debería pasar para que se pudieran exhibir los Hermanos de la asociacion. Se escribió *cien años*, precisamente por haber transcurrido *veinte* desde que se había verificado la consagracion de Fausto, á la que siguió la enérgica actitud que tomaron después del pillaje de Cracovia, y por haber dicho Lucifer, en aquel entonces, *seis veces veinte años*. Michaël Maier murió cinco después del conventículo de Magdeburgo [1622], habiéndole sucedido Valentin Andreæ que tenía á la sazón treinta y seis años de edad y que, fogoso como siempre, ansiaba por singularizarse. Ya antes, los Rosa-Cruz se habían concretado á mandar imprimir y circular, casi casi clandestinamente, unos libritos en número muy reducido. Conviene, empero, hacer constar que durante el gran maestrazgo de Maier, funcionó

Miss Vaughan.—T. I.—26.

maravillosamente el reclutamiento, pues se vió aumentar el número de los adeptos.

Un día de 1623—algunos autores dicen erróneamente que esto pasó en 1625— vieron los parisienses amanecer los muros de la ciudad atestados de carteles con un contenido en tal manera narcótico, que noventa y nueve por cien creyeron que aquello significaba alguna broma. Dichos carteles, cuyo contenido refiere gran número de autores contemporáneos, estaban concebidos así:

«Nosotros, diputados del Colegio principal de los Hermanos de la Rosa-Cruz, hacemos mansion visible é invisible en esta ciudad, por la gracia del Altísimo á quien se vuelve el corazón del justo. Mostramos y enseñamos á hablar sin libros ni señales, y hablamos toda clase de idiomas de los países donde queremos estar, para sacar á los hombres, nuestros semejantes, del error y de la muerte.

«Si alguno siente deseo de vernos sólo por curiosidad, nunca se comunicará con nosotros; pero si realmente le mueve la voluntad y de hecho trata de que se le inscriba en el registro de nuestra Confraternidad, nosotros, que juzgamos de los pensamientos, le haremos ver la verdad de nuestras promesas, de tal manera, que nunca expresamos el lugar de nuestra residencia, puesto que los pensamientos junto con la voluntad real del lector serán capaces de darnos á conocer con él, y á él con nosotros.»

Fué aquello una burla general; la Confraternidad de la Rosa-Cruz cayó en la irrisión de todos modos, por las coplas, por las caricaturas y hasta por los bufones públicos encargados de divertir al pueblo en las festividades. Aquella soflama constituía el fuego para los sectarios; lanzado su

manifesto, pudieron conocer perfectamente, en las conversaciones y en las tendencias que más ó ménos descubiertamente se demostraban, á los que con facilidad lograrían atraer á su partido y á los de quienes deberían cuidarse, amen de que la rechilla que por doquier caía sobre los invisibles iniciados, hacía que no se pudiera tener su asociación como peligrosa.

Sin embargo, hubo varios religiosos de ilustración, en particular los jesuitas, que no salieron chasqueados. Cierto Henry Neuhaus, que se decía doctor en medicina y filosofía, de Dantzick, publicó en París á fines de aquel mismo año, 1623, un librito asaz enigmático, que trataba la cuestión de los Rosa-Cruz y pretendía satisfacer á la opinión pública intrigada. El folleto tenía el siguiente título: *Advertencia piadosa y muy útil. De los Hermanos de la Rosa-Cruz: á saber si los hay, quiénes sean, de dónde hayan tomado su nombre y con qué fin hayan hecho esparcir su fama. Escrito y dado á luz para el bien público.* Aquel opúsculo era un nuevo artificio de la secta. Difícil hubiera sido dar con el verdadero objeto que se proponía su autor, después de haber leído su obra, que era cuando más se despertaba la curiosidad. Sin embargo, una preciosa indicación se les hacía á los que querían afiliarse con los hermanos, y era que el escritor, sin citar á nadie, decía que los Hermanos de la Rosa-Cruz se reclutaban exclusivamente entre los anabaptistas y los socinistas.

Esto fué un rayo de luz para dos padres jesui-

tas, quienes se dedicaron á hacer pesquisas y las publicaron: el padre Garasse, desde 1623, en la *Curiosa doctrina de los buenos espíritus de este tiempo*, y el padre Gaultier, en la edicion de 1626, de su *Tabla cronológica del estado del Cristianismo*. Cito á estos dos escritores eclesiásticos, á fin de que se pueda juzgar de la exactitud de lo que expongo para dilucidar la cuestion; exposicion que hago fundada en lo que mi padre y mi tío me enseñaron y en las constancias que obran en el archivo del Soberano Consejo Patriarcal de Hamburgo, donde están coleccionados los principales documentos concernientes á la Fraternidad de los Rosa-Cruz desde Fausto Socino hasta Johann Wolff.

El padre Gaultier se informó en toda regla de los Rosa-Cruz, y los llama «una secta secreta que algunos años há anda por Alemania, de la cual no se tienen todavía informes muy particulares, porque esa gente destila su veneno ocultamente, temerosa de que se la descubra.» Tuvo en su poder la *Themis aurea* del gran maestro Michaël Maier, el libro del cual hablé poco ántes y que se imprimió en Francfort en 1618, es decir inmediatamente despues de la asamblea de Magdeburgo.

Pues bien, el padre Gaultier reproduce en un breve sumario seis leyes esenciales de la Fraternidad de los Rosa-Cruz, conforme al capítulo II del libro de Michaël Maier, y hé aquí la sexta prescripcion: «*Esta Fraternidad deberá estar oculta durante cien años.*» Una vez más, nos conduce esto exactamente al año de 1717.

Perdóneseme que insista en lo que voy diciendo. Al dar á conocer, como lo hago, mi educacion cristiana, me propongo establecer de una manera irrefutable el origen socinista de la Francmasonería por los Rosa-Cruz, de quienes fué quinto gran maestro mi antepasado Tomás Vaughan. Los católicos eruditos que se interesen en esta cuestion y sepan apreciar la importancia que ella tiene, me agradecerán que use yo de precision, lo que facilita el exámen, y que, en tanto me sea posible, exhiba las correspondientes pruebas.

Importa, efectivamente, no confundir las cuestiones, sobre todo porque con haberse fabricado tan diversos ritos, y con haber aumentado el orgullo de ciertas Logias, se ha llegado á formar un verdadero caos.

No pasó mucho tiempo desde que de una manera oficial apareció, en 1717, la Masonería, sin que algunos innovadores, ora con el fin de perfeccionar lo hecho, ora por intrigar, quisieran singularizarse en algo como la puja en una subasta pública imaginando cada quien de ellos nuevos ritos y nuevos grados.

El H. Rayon ha contado que hasta el año de 1860 tenia creados por él mismo, en Masonería, ciento noventa y tres ritos ú órdenes que componían por junto más de mil cuatrocientos grados (1).

(1) La Fraternidad de la Rosa-Cruz cuenta nueve grados de iniciación: 1º, *Zelator*; 2º, *Theoricus*; 3º, *Practicus*; 4º, *Philosophus*; 5º, *Adeptus Minor* segun los cuader-

Todos aquellos innovadores rivalizaron, pues, en imaginación, queriendo cada uno referir su rito á cierta institución antigua, y así fué como los diversos Escocismos adoptaron para sus altos, grados la leyenda de los Templarios, habiendo otros ritos que se han tenido como los resultados de los misterios del antiguo Egipto, etc. Mas todas estas relaciones y leyendas se refieren á los grados más elevados que el de Maestro; conviene tenerlo muy presente. Hubo por lo mismo buen número de esos innovadores que fabricaran documentos con el apoyo del antiguo origen que atribuían á su rito, y de allí ese caos, ese dédalo en el cual parece hoy en día que ya no hay ningún hilo conductor.

Empero, pues todos los ritos masónicos, sean cuantos fueren, fundan sus altos grados en una sola base—la trilogía de los grados simbólicos, Aprendiz, Compañero y Maestro,—no se necesita una reflexión muy detenida para comprender que todos los grados masónicos, fuera de esos tres, son únicamente superfluidades y por lo tanto

nos de Valentin Andrae, ó *Adeptus Junior*, según los de Nick Stone (estos cuadernos de Nick Stone son los que se cree fueron quemados en 1720 por el gran maestro Teófilo Desaguliers, pero que absolutamente lo fueron, sino que, transmitidos á Hermanos de confianza ingleses después de la muerte de Desaguliers, han venido pasando de manos seguras á otras también seguras, hasta que se reconstituyó la Rosa-Cruz, porque existe actualmente la acción reconstituida en Inglaterra, en Escocia, en Estados Unidos y Canadá, y los cuadernos de los grados, redacción de Nick Stone, están hoy como en depósito en poder del doctor W. W. que vive en Cambden-Road, en Londres, Supremo Mago de la Rosa Cruz por Inglaterra, y en cuya casa los copié); 6º *Adeptus Major*; 7º, *Adeptus Exemptus*; 8º, *Magister Templi*; 9º *Magus*.

de creación posterior á los tres grados simbólicos, á despecho de todos los supuestos documentos.

Quando, obligado por la necesidad de la discusión que sostuvo con el Rito Cernéau (1) trató Alberto Pike en algunas páginas esta importante cuestión del origen de la Masonería, él mismo hizo constar el caos; pero hablaba únicamente de los altos grados y por eso ninguna luz dió acerca del origen socinista.

Para alcanzar la verdad en este punto, es menester, pues, investigar el origen de los tres primeros grados de iniciación, por no ser ningún sistema masónico sino el desarrollo ó una nueva interpretación esotérica de los grados de Aprendiz, Compañero y Maestro. Alberto Pike estaba en posesión de la verdad; sabía que los tres grados simbólicos, única base de toda masonería, son la obra de dos Hermanos de la Rosa-Cruz socinista, siendo, como lo es, compuesto el tercer grado (Maestro), según los datos de Roberto Fludd, de quien fué discípulo Tomás Vaughan. Cien veces lo demostré en conferencias triangulares y aquí también lo demostraré. El grado de Aprendiz fué compuesto por Tomás Vaughan y por Elías Ashmole; el de Compañero, únicamente por Elías Ashmole, y el de Maestro por éste mismo y por Tomás Vaughan.—¿Por qué no lo dijo Alberto Pike?—Por varias razones: gran maestro del Rito Escocés Antiguo y Aceptado, no le chocaba dejar

[1] Cernéau, á nuestro entender, es apellido.—N. T.

que siguieran creyendo en el origen templarios; soberano pontifice de la Masonería universal, que tenía su asiento supremo en Charleston, no estaba en el caso de suministrar el argumento del origen socinista á los masones europeos, que siempre han mostrado tendencias á trasladar la sede pontificia de la secta á Europa, y de preferencia á Italia, patria de los Socinos.

Entre los fabricantes de documentos que tanto han contribuido á embrollar esta cuestion histórica, los únicos algo hábiles son los miembros de aquella Logia holandesa que creyeron en hermoso día poseer en su archivo una carta que se creía haber sido descubierta, en 1637, en una Logia de la Haya (*Het Frederiks Vredendall*) y fechada en Colonia á 24 de Junio de 1535. El H. Findel trató con merecida justicia á aquel papasal sin valor, en su *Historia de la Francmasonería*, tomo II; papasal que engañó á tantos Hermanos y acerca del cual demostró Findel haber sido fabricado á fines del siglo XVIII. Aquella Carta de Colonia supone á la verdadera Masonería, á la que nos ocupa, no á la de los obreros del edificio, una existencia de asociación filosófica en el siglo XVI, remontándose á los primeros del cristianismo con cinco grados: 1º, Aprendiz; 2º, Compañero; 3º, Maestro; 4º, Maestro Electo; 5º, Supremo Maestro; pero ya probaré que los grados de la Masonería especulativa que milita contra la Iglesia, y son los de Aprendiz, Compañero y Maestro, fueron compuestos: el 1º en 1646, el 2º

en 1648 (hallándose á la sazón en América Tomás Vaughan) y el tercero en 1649.

Hé aquí desembarazado ya el terreno para continuar mi relato.

Buscando más y más, bajo el maestrazgo de Valentin Andreae, que se hablara de ellos, sin darse á conocer empero, los Hermanos de la Rosa-Cruz hicieron circular varios rumores para reclutar amantes del ocultismo y enemigos secretos del catolicismo. Así fué como, por medio de opúsculos hábilmente redactados y repartidos con todo acierto, daban á entender que las seis principales reglas de sus perfectos iniciados eran:

«Ejercer la medicina caritativamente y sin recibir de nadie ninguna remuneración;

«Seguir las costumbres del país donde los lleve su mision y vivir en él de tal suerte que nadie pueda sospechar que pertenecen á la Fraternidad;

«Dirigirse una vez al año al lugar fijado para la asamblea general, y en caso de impedimento procedente de fuerza mayor, exponer por carta al gran maestro los motivos que se hubieran tenido para faltar;

«Siendo limitado el número de los más altos iniciados, escoger cada quien, ántes de morir, un sucesor capaz de ocupar su lugar y de representarlo dignamente;

«Guardar fidelidad inviolable á la asociacion y mantener de una manera impenetrable el se-

Miss Vaughan—T. I.—27.

creto de los Hermanos (esta regla era general, cualquiera que fuera el grado de iniciación);

«Mantener absolutamente secretas, durante cinco años, las obras y personas de la asociación, y creer firmemente que si llegara á sucumbir la Fraternidad, podría volver á levantarse del sepulcro de su fundador.»

A este resumen de sus reglas, juntaban los Rosa-Cruz varias afirmaciones atrevidas para más y más impresionar al público.

«Los Hermanos de la Rosa-Cruz afirman:

«Que están destinados á llevar á cabo el restablecimiento de todo en un estado mejor, ántes que llegue el fin del mundo;

«Que en cualquier punto donde se hallen, conocen los acontecimientos que tienen lugar en el resto de la tierra, mejor aún que las personas que presencian esos acontecimientos;

«Que no están sujetos ni al hambre, ni á la sed, ni á la vejez, ni á las enfermedades, ni á incomodidad alguna de la naturaleza;

«Que descubren las cosas más ocultas por medio de la cábala de la ciencia de los miembros;

«Que conocen por revelación á los que son dignos de ser admitidos en la Fraternidad;

«Que poseen un libro donde pueden aprender todo lo que contienen los demás ya formados ó por formar;

«Que han descubierto un nuevo idioma para expresar la naturaleza de todas las cosas, y que ese idioma llegará con el tiempo á ser la lengua uni-

versal que hablarán todas las naciones, como sucedió ántes de la Torre de Babel;

«Que mediante su poder, el día designado por el Altísimo, á quien se vuelve el corazón del justo, quedará reducida á polvo la triple diadema del Papa;

«Que su Colegio, llamado por ellos Colegio del Espíritu Santo, no podría sufrir ningún ataque, aún cuando le asaltaran cien mil personas si llegaran á descubrirle;

«Que reconocen el Santo Imperio como potencia suprema política y apostólica, y que le darán más oro y plata que el rey de España haya sacado de las Indias, así orientales como occidentales; tanto más, cuanto que son inagotables sus tesoros;

«Que en memoria del Emperador Cárlos IV, muerto en el venturoso año de 1378, han adoptado el sello imperial, tal como le modificó aquel monarca; es decir, el águila de dos cabezas, en sustitución de las dos águilas empleadas por el Santo Imperio desde Luis V de Baviera;

«Que en sus bibliotecas poseen multitud de libros misteriosos, uno de los cuales, el más útil después de la Biblia, es el mismo que el reverendo padre iluminado Rosenkreuz tenía en la mano derecha á la hora de morir;

«Que tienen, finalmente, la certeza y la garantía, por la gracia del Altísimo Dios Todopoderoso, de que debe durar la verdad de sus máximas hasta el último fin del mundo.» *(Traducción del*

manuscrito de Guillermet de Beauregard, llamado Berigard, archivo del Soberano Consejo Patriarcal de Hamburgo. También existe una copia latina con traducción holandesa, en el archivo de la Logia *Real-Union*, de la Haya, la cual posee innumerables documentos procedentes del antiguo Colegio de la Rosa-Cruz, establecido en aquella ciudad en 1619.)»

Cuando de esta suerte agitaban la opinión en Europa los Rosa-Cruz, Tomás Vaughan tendría de once á doce años de edad.

Debe de haberse notado en el documento que acabo de transcribir la expresión *Santo Imperio*, con la cual no se da á entender, como pudiera creerse, al emperador de la época ni á su gobierno, sino al *Sauctum Imperium* de los Rosa-Cruz. Tan no era el Emperador el monarca protector de aquellos sectarios, que en 1624 proscribía á Amos Komenski, el más joven de los perfectos iniciados presentes que concurrieron á la asamblea de Magdeburgo.

Dije ya que mi antepasado Tomás fué el que ayudado por Komenski y Andreæ ejecutó el plan de Fausto Socino. Ya verémos cómo Komenski se mezcló mucho en la vida de Filaleto, aun cuando esto no sea muy sabido.

Komenski, que gozaba de reputación principalmente como sabio pedagogo bajo el seudónimo latino de Comenius, era uno de los principales je-

fes (1) de la secta de los Hermanos Moravos y el mismo que firmó la alianza con los socinistas. El origen de los Hermanos Moravos es anterior á las espantosas guerras de los husistas, de aquellos fanáticos que adoptaron como religión las impiedades de Wiclef: su reducida iglesia, largo tiempo atras, en los siglos de la edad Media, odiaba el Papado y la religion católica romana, y despues de haber fijado su residencia en Moravia, luego que Juan Ziska se proclamó vengador de Juan Huss, aliáronse con los gitanos asesinos, formaron un solo cuerpo en su bárbaro ejército, saquearon é incendiaron los conventos en union suya y se entregaron por todas partes á las mismas atrocidades. Habían jurado el exterminio de todo el clero católico, y el asesinato hasta del último fraile, hasta de la última religiosa. Sabido es cómo concibió Juana de Arco el hermoso proyecto de emprender una cruzada despues de libertar á Francia, para poner término á los crímenes de Ziska y de los gitanos y moravos que tantas matanzas cometían de orden suya. Y hé aquí que nos volvemos á encontrar con los restos de la secta husita unidos á los socinistas como fundadores de la Francmasonería! Y hé aquí también cómo, ya en su otra vida celestial y gloriosa, Juana parece haber recibido de Dios la misión de destruir la secta masónica! ¿Estará, pues, para realizarse su sueño?...

(1) Traducimos así la palabra *ches*, que evidentemente está errada, pues debió haberse dicho *chefs*.—*Ché*, con acento, significa *queo*, instrumento músico chino.—N. T.

Después de salir vencidos por los calixtinos, los taboristas de Bohemia y de Moravia desaparecieron, reformándose poco después en reducido número y con el nombre de Hermanos Gitanos de la Unidad hasta que, expulsados de Bohemia, fueron á buscar refugio en Moravia y se llamaron Hermanos Morayos, que fué el nombre que se les quedó. Pero su heregía era con razón sospechosa de que ocultara un satanismo que practicaran en las sombras; de modo que el Emperador expidió un edicto contra ellos y se vieron obligados á abandonar aquel país. Komenski, que había sido profesor en Fulnek hasta 1616, se dirigió al país que ya había acogido á los socinistas y se estableció en Lissa Polonia (1624), donde fué á juntarse gran número de sus correligionarios. Entonces, la comunidad de los Hermanos Moravos, de quienes era él superintendente, vivía en la mejor inteligencia con la de los socinistas, generalmente llamados Hermanos Polacos. Sin embargo, no atendiendo más que á las apariencias, las dos sectas podían parecer rivales; la union secreta era la de los jefes, Komenski por una parte y los Blonski por la otra, puesto que en realidad la asamblea de Magdeburgo había sellado su odio comun á la Iglesia por su ocultismo de Rosa-Cruz.

En 1631, Komenski logró que se le imprimiera en Praga su *Laberinto del Mundo*, libro que contiene en frases deslumbradoras de misticismo, pero llenas de doble sentido, su profesion de fé re-

ligiosa. En esa misma obra se halla también una parte de sus memorias; pero bueno es decir que no refiere sus conspiraciones. Donde el autor se ha de mostrar netamente adicto al ocultismo, es en una de sus obras posteriores (*Lux in tenebris*), en que se nota más también su sentimiento luciferiano.

Por aquel entonces ya Tomás Vaughan era un hombre. A los veinticuatro años de edad (1636), fué á Londres y se unió con Robert Fludd, union que decidió de su porvenir. Fludd era alquimista, socinista y Rosa-Cruz al mismo tiempo. Sin embargo, de ninguno de los escritos de Filaleto se desprende que le hubiese dado Fludd toda la iniciación, sino que se limitase á explicarle los misterios de la Cruz de Oro, que eran la preparación. Los grados de *Zelator á Philosophus* son de la Cruz de Oro, y para entrar en la Rosa-Cruz se ha de recibir el grado de *Adeptus Minor* (grado quinto). Pero Fludd veía en el joven fugitivo de Oxford un futuro luciferiano, y tenía la mayor confianza en su porvenir. Habiéndole imbuido una parte de sus ideas y reservándose para completar más tarde su instrucción de adepto, aconsejóle que viajara después de haberle tenido á su lado por espacio de casi un año.

Una de las cartas de recomendación que le dió para el gran maestro Andreae, carta que éste le devolvió en 1640 por conducto de Komenski, es muy curiosa.

Escribiendo al *Summus Magister*, se expresa

así Robert Fludd (traduzco del latín, que era el idioma en que se escribían los Rosa-Cruz).

«El joven que te entregará esta carta ha sido escogido por nuestro Dios para altos fines. Tan grandes cosas ha de ejecutar, que debería llenar el mundo con el resplandor de su nombre; mas desaparecerá su personalidad en la gradeza de la obra. Nuestro Dios quiere que sea tu sucesor. Sin embargo, recíbele, haciendo que no sospeche cuál será su porvenir en nuestra Fraternidad. No es tiempo todavía de que se le descubran nuestros últimos secretos; es menester que comience a conocer á los hombres y vea de cerca, en los viajes que haga, la perversidad de nuestros enemigos.

«No sé si habrá otras personas ilustres en su familia; el Dios de los Magos guardó silencio á la pregunta que le hice sobre el particular, y cuando insistí, se irritó y no me quiso hablar más que de mí discípulo. ¿Estaría destinado el apellido de su familia para ser maldito en la sucesión de los siglos?

«Respecto de él, tratémosle como lo merece. Nuestro Dios asegura que tendrá descendencia, sin tomar empero por esposa á ninguna hija de los hombres. Vénus misma será la que viva con él en la tierra, en el lejano país allende el oceáno (en la América), y le dará una hija cuyo nombre significará el de nuestro Dios

«Interroga también tú al Altísimo acerca de este predestinado. Luego que hayas visto al joven, envíale con Fidelis (nombre de Rosa Cruz

adoptado por Samuel Blonski) y recomíndale con todos los nuestros.»

Mi padre se sentía muy orgulloso con aquella carta, que conservaba de sus abuelos y la cual está escrita con una letra extremadamente fina y cerrada, en pergamino color de púrpura, bastante grueso y no de mayor tamaño que un naipe. Los Rosa-Cruz de aquella época así era como se dirigían su correspondencia secreta, y la carta reducida á su más pequeño volumen, se llevaba cosida en el vestido. Muchos documentos por el estilo conservaba mi padre con un aprecio mayor todavía que si se hubiera tratado de una joya, y la carta de Robert Fludd la tenía guardada en una especie de cofrecito.

Y lleno de entusiasmo, hacia resaltar á mis ojos mi padre cuánta era nuestra gloria. Sangre celestial, sangre de la demonio Astartea (Vénus), había en nuestra sangre!—Más adelante expondré esta leyenda.—¡Y qué hombre tan extraordinario era aquel mi antepasado, aquel Tomás Vaughan! ¡qué genio tan superior! ¡qué predestinado entre los predestinados! ¡Qué mortal podía compararsele, á él, que no había conocido la muerte, sino que en vida pasó de esta tierra al reino del fuego en brazos de Lucifer!

Mi padre me explicaba de este modo el segundo párrafo de la carta de Robert Fludd.

Entre los Vaughan de América, los descendientes de Tomás son oriundos de Monmouthshire, y siempre permanecieron alejados del catolicismo,

Miss Vaughan.—T. I.—28.

al grado de ser luciferianos. Pero la rama de los Vaughan que siguió siendo inglesa y proviene de los mismos ascendientes del país de Gales, pertenece á las familias más antiguas y fielmente adictas á la fé romana. Mi padre pensaba, pues, que eso era lo que había irritado al Dios de los Magos cuando le interrogó Fludd acerca de las otras personas ilustres que pudiera haber en nuestra familia.

En efecto, aunque ya no haya parentesco alguno despues de una dispersion que se remonta á tres siglos, sé cuán ferviente es el catolicismo de los Vaughan ingleses de Monmouthshire; los Vaughan de Courtfield y los Vaughan (John) de Clytha honran las antiguas tradiciones católicas del país de Gales. Unos y otros proceden de los antepasados de Tomás, de Henry y de Robert; pero no han degenerado ellos abandonando la santa religion de la gran familia. En estos momentos, los Vaughan de Courtfield no tienen ménos de nueve eclesiásticos en su familia, á saber: S. E. el Cardenal Vaughan, Arzobispo de Westminster; Mons. Vaughan, Obispo de Plymouth, su tío y siete más, Edmundo, Jerónimo, Bernardo, religiosos; Jhon, secretario del Cardenal; Kenelm, Richard y William, sacerdotes seculares, sin contar varias hermanas y sobrinas que son religiosas. Dios sabe las fervorosas oraciones con que todos ellos habrán pedido por la conversion de los Vaughan protestantes y francmasones de América, y particularmente por la más indigna de los indignos!

Ah! Si es verdad que á la vista de Satanás levantó el Omnipotente único Dios una punta del velo que ocultaba el porvenir, al tiempo de haberle interpelado, como le interpeló, Robert Fludd, me explico bien la cólera, la rabia que en aquel momento ha de haber devorado el corazon del Maldito, cuando, á través de tres centurias, pudo ver de una ojeada las virtudes de aquella gran familia de santos!.....

Y mi padre, en medio de su fanatismo, tendía con fuerza y con aire amenazador el puño hacia aquella Inglaterra, donde sabía que vivían tantos Vaughan tan buenos católicos.

Pero, pues él en su exaltado fanatismo maldecía á los Vaughan católicos de Inglaterra, estos ruegan hoy por él, uniéndose de todo corazon á las oraciones de su hija. Sí, ellos esperan, como yo, que mi desgraciado padre haya recibido en los momentos de su agonía uno de aquellos rayos de la gracia que siempre tiene como de reserva el Dios de las supremas misericordias, tesoro de bondad que tantas ocasiones ha llegado á aprovechar á grandes culpables. ¡Oh! ¡Qué motivo de alegría es para mi alma esta esperanza verdaderamente

inexplicable, que siento en el corazón al pensar que su alma, tan querida para mí, puede haber sido arrancada á las eternas llamas! . . . (1)

Gracias mil, sobre todo, á los que con mayor fervor han rogado por mí, entre los cuales me complazco en citar á los Vaughan, conde de Lisburn, en Cordiganshire, provincia de Gales, cuyos hijos tuvieron por maestro en el Colegio de Oscott á uno de mis buenos amigos y cuya nieta, miss Cristina, casó con un personaje distinguido de Escocia, convertido al catolicismo. Ellos, como excepcion, los Vaughan de esta rama tuvieron la desgracia de caer tiempo ha en la herejía; pero en 1830, época en que el jefe de esa rama casó con una irlandesa católica, volvió la santa religión á aquel hogar, y actualmente reina como dulce soberana en toda la familia; el triunfo del catolicismo fué completo en ellos, y día con día dan al cielo fervorosas gracias. Obligacion era para mí expresarles de una manera pública mi agradecimiento, dedicándoles la breve mencion que hago y con la cual les ruego no se vaya á lastimar su modestia, particularmente al honorable Georges Vaughan, de los condes de Lisburn, así como á su piadosa esposa y á su encantadora hija madame Ogiloria Forbes.

Satisfecha esta deuda de mi corazón —y agradeciendo asimismo á S. S. I. Mons. Macdonald, Arzobispo de Edimburgo, y á S. S. I. Mons. Mos-

(1) El original dice: "...flammas non-éternelles..." [llamas no eternas.]—N. T.

tyn, Obispo de Ascalon, Vicario Apostólico de la provincia de Gales, primo de mi adicto y querido amigo L***, el antiguo profesor del Colegio de Oscott, quienes se dignaron enviarme su bendicion con motivo de mi bautismo y de mi primera Comunion,—vuelvo á mi antepasado Tomás Vaughan, cuyos ascendientes forman nuestro origen comun.

Aunque es verdad que Alibone incurrió en errores inauditos con relacion á Tomás Vaughan (*Eireneus Philalethes*), como creo haberlo demostrado ya con toda claridad; sin embargo, pueden explicarse, hasta cierto punto, esos errores por la semejanza de nombre, en virtud de que los Vaughan eran ya muy numerosos al concluir el siglo XVI en aquella region de Gales, cuna que fué de la familia, así como por haber podido confundirse varios personajes de la época que se apropiaron el seudónimo de magia y literatura adoptado por mi antepasado.

Es un hecho positivamente que un pariente cercano del verdadero Filaleto usaba el mismo nombre que él y, segun me parece, fué uno de sus tíos, nacido por consiguiente despues de Robert Vaughan el anticuario, que murió en Hengugh en 1666, y cuyo primer descendiente dejó sus papeles de familia á sir William Vrinne de Peniarth. Ese otro Tomás Vaughan, originario de Montmoutshire, lo mismo que Filaleto, nació en 1606, entró en la Compañía de Jesus á la edad de veintisiete años, á los diez despues de su ingreso fué admiti-

da á la profesion de los cuatro votos solemnes (Diciembre 3 de 1643), formó parte por mucho tiempo de la Mision inglesa y murió en el Norte de Inglaterra en 25 de Marzo de 1675, es decir á los sesenta y nueve años de edad y á los treinta y dos de haber profesado. Aquel santo jesuita, que siempre se mantuvo firme en la fé en medio de una incesante persecucion, debe de haber sido uno de mis abogados en el cielo; tengo de ello la seguridad.

Respecto de los escritos que se han hallado con la firma de *Filaleto* imitando la de mi antepasado, son innumerables.

Júzguese por los siguientes: todos aquellos libros y folletos clasificados con el título de *Filaleto*, componen un volúmen entero del catálogo del British Museum. Muchos atribuyen el seudónimo *Eugenius Philalethes* á Tomás Vaughan, y otros el de *Eireneus* á Georges Starkey, de quien hablaré adelante. Hay tambien un *Ireneus* que se atribuye á William Spang por algunos y á Tomás Vaughan por otros. Con tantos imitadores como han sobrevenido, hay para perderse, amen de que son contradictorias las apreciaciones.

En consecuencia, está por demás que nos detengamos en inútiles discusiones, que no nos habian de hacer dar un paso más en la cuestion. Autores como Gauld y Findel han caído en el error al interpretar de manera harto atrevida á los más antiguos escritores. Segun Wood, el más concienzudo autor de la *Historia de Oxford*, salieron con

la firma de *Eugenius* dos traducciones, ámbas inglesas, la una de la *Themis Aurea*, de Michael Maier, publicada en 1656 en Lóndres, y la otra de la *Fama Fraternalitatis Rosa-Crucis*, de Valentin Andreæ, publicada en 1652; y las dos se atribuyeron á otro Tomás Vaughan, distinto de mi antepasado. Ahora bien, no sé que de aquella época haya habido otro Tomás que el eminente jesuita, nacido en 1606 y muerto en 1675; y cómo había de suponerse ni por un minuto que aquel santo hombre de Dios hubiese cooperado á la propaganda de las doctrinas de la Rosa-Cruz? Esto es absolutamente inadmisibile. Entre los jesuitas de Inglaterra se tiene con razon al R. P. Tomás Vaughan en el concepto de haber llevado una vida irreprochable, sin desmayar ni aun pasajeraente; así lo expresan en términos muy formales las Memorias del R. Dr. Oliver, Sacerdote Jesuita. Por otra parte, los manuscritos que han venido pasando en mi familia de mano en mano y cuya autenticidad nadie habrá de poner en duda, tienen la firma *Eireneus* y no *Eugenius*. Wood pudo, pues, contar el rumor que ya corría en su tiempo, y ese rumor pudo dar margen á los errores de los cuales Gould y Findel se hicieron eco.

Pero dejemos esto á un lado. Lo esencial es la indiscutible veracidad de la historia tan extraña de Tomás Vaughan, discípulo que fué de Robert Fludd, y de quien descendiendo yo en línea recta, y que sucedió á Valentin Andreæ en el gran maestrazgo de la Rosa-Cruz socinista. Vuelvo al

relato de sus peregrinaciones á través del mundo, tal como me lo contaban mi padre y mi tío apoyándose en los documentos que parecían como hereditarios de mi bisabuelo James, de Boston, documentos que para ellos eran de un valor inestimable.

En Calw, pequeña ciudad cercana á Stuttgart, en que Andreae ejercía el oficio de pastor (1), fué donde Tomás Vaughan le encontro en 1636 llevándole la carta de Robert Fludd. Allí estaba de paso desempeñando una misión secreta de la Fraternidad un tal Jerónimo Stoinus hijo del ministro socinista que presidía el senado de Luclavia. Andreae recibió perfectamente á Tomás y encargó á Stoinus que le acompañara para ver á Samuel Blonski llamado Fidelis, habiendo concluido aquel viaje con una visita que hicieron á Komenski—bien que en ninguna parte se dice en qué ciudad tuvo lugar—y con la vuelta á Lóndres. Al siguiente año murió Robert Fludd.

En 1638 hizo Tomás Vaughan su primer viaje á América, teniendo entónces veintiseis años de edad.

A propósito de aquel viaje, véase un punto curioso que notar:—Hay entre los manuscritos de Filaleto recogidos por mi bisabuelo James, muchísimos en que se expresa el escritor como hombre de sentimientos religiosos; pero es imposible

Suponemos que la palabra *Pasteur* estará tomada en el sentido de pastor espiritual ó sea ministro protestante ó sectario.—N. T.

fundándose en sus declaraciones, determinar con exactitud la religión que profesaba (hablaba de la religión profesada en la apariencia), cuando por la vez primera atravesó el Atlántico. En ningún lugar de aquellos manuscritos llegó á decir categóricamente si en lo exterior seguía siendo católico, ó bien si había pasado á alguno de los campos de la herejía inglesa. Todo se reduce, pues, á conjeturas. Yo por mi parte me inclino á creer que por entónces ya se había afiliado á la secta de los no conformistas (1) puesto que se vé cómo sostuvo con ellos constantes relaciones.

Sábese que la primera tentativa de colonización se hizo en Massachussets en 1602 por unos puritanos bajo la dirección de Bartholomeu Gosnald, pero aquella tentativa no tuvo resultado en forma. El primer punto donde en realidad se fueron á establecer los ingleses fué en Virginia donde en 1607 fundaron Jamestown 150 emigrados de Lóndres, que llevaban como jefe al capitán Cristophe Newport. La colonia prosperó en seguida rápidamente bajo la inteligente dirección del capitán Smith, y en 1614 se llamó con el nombre de «Nueva Inglaterra» toda la región que exploró. Pronto, empero, miéntras por un lado desembarcaban los holandeses é iban á establecerse en la región que es hoy Estado de Nueva York, por el otro fué á establecerse en el Norte, desde 1620, una nueva sociedad de puritanos ingleses, compuesta de unas cien personas, entre hombres, mujeres y ni-

(1) Protestantes anglicanos.—N. T.

Miss Vaughan.—T. I.—2^o

ños, á quienes dirigían John Carver, William Brewster, William Bradford, Edward Winslow y Miles Standish; habiendo desembarcado el 21 de Diciembre, despues de una travesía de ciento seis días á bordo del *Mayflower*, en una abra de la bahía de Massachussets, y fundado allí una ciudad que llamaron Plymouth. De paso recordaré que á la fundacion de esa colonia puritana de Plymouth, siguió la de Massachussets-Bay. La ciudad de Salem se edificó en 1628 por John Eudicott, y la de Trimountain en 1630 por John Winthrop y por Tomás Dudley.

Hé aquí cuál era exactamente la situacion de la Nueva Inglaterra cuando Tomás Vaughan fué allá en 1638. Los ingleses habían colonizado las diversas regiones llamadas hoy Virginia, Nueva Plymouth, Massachussets, Nueva Hampshire, Maine, Maryland, Connecticut, Providencia, Nueva Haven y Rhode-Island; los holandeses habitaban en Nueva Amsterdam (que más tarde llegó á ser Nueva York), y tenían tambien colonias en la comarca que hoy es Nueva Jersey, así como en la de Delaware, mezclados en esta última con los suecos.

Trimountain, en Massachussets, había cambiado de nombre. En la relacion de su primer viaje á América, habla Tomás Vaughan con gran elogio del ministro protestante John Cotton, que le recibió dándole pruebas de particular afecto. A juzgar por ciertas expresiones de aquella relacion, tal parecía que el pastor Cotton había atravesado el Atlántico ántes que los peregrinos del *Mayflo-*

wer, pues se dice allí que «volvió» á Inglaterra en 1612, y que viéndose importunado por haber abrazado las ideas de los no conformistas, volvió definitivamente á Massachussets en 1633, quiere decir despues que Winthrop y Dudley. Pasaba ya de los cincuenta el reverendo John Cotton, cuando recibió á mi antepasado Tomás, todo un jóven á la sazón, á quien impresionaron profundamente sus entusiastas predicaciones; y de esto infero tambien que verdaderamente se había unido Tomás con los puritanos, si bien quedando empapado como ántes, en las doctrinas secretas de Robert Fludd; pero en la Fraternidad socinista no pertenecía aún á la Cruz de Oro. En Inglaterra, John Cotton había sido ministro en Boston, pequeña ciudad del condado de Lincoln de donde salió en su mayor parte la emigracion de 1630, y él fué quien persuadió á sus compatriotas para que cambiaran el nombre de Trimountain por el de Boston, con el cual es conocida la humilde colonia por todo el mundo en la actualidad.

Ningun incidente notable ofrece aquel primer viaje de Tomás Vaughan á América. Sabemos que á principios de Junio de 1639 volvió á Inglaterra, pues efectivamente se hallaba en Lóndres cuando, con viva emocion para los ocultistas de Europa, circuló la noticia de que se había descubierto un misterioso cuerno de oro en Dinamarca, y entónces se dirigió inmediatamente allí Tomás.

El día 20 de Junio del citado año, cierta jóven dinamarquesa á quien Filaleto llama Kaatje

Schwenz, de la ciudad de Osterby, cerca de Tondern, reparó en un objeto que á la orilla del camino estaba, de forma aguzada y color amarillento, que sobresalía de la tierra y que ella tomó por raíz. Tornó á pasar por allí ocho días después, y tornó á ver aquel tan raro objeto; pero esta vez le picó la curiosidad de cerciorarse de lo que era; así es que, rascando la tierra, no sin trabajo consiguió sacar el susodicho objeto. Era un bloque de metal que semejaba oro, con la forma de un cuerno largo, de sesenta y seis centímetros, y ahuecado, en términos que su capacidad era de más de dos litros, con peso de más de tres kilos, artísticamente trabajado y cubierto de figuras simbólicas las más extrañas. Satisfecha por aquel hallazgo y acompañada por sus padres, la señorita Schwenz se le llevó á Tondern, donde se le dijo que aquello era efectivamente de oro.

Entonces el Rey de Dinamarca, Cristian IV, mandó que le llevaran á su residencia de Guckstادت á la jóven Kaatje Schwenz, y le compró el precioso cuerno en un precio que para ella fué una fortuna.

Aquel cuerno, que es histórico, permaneció en el museo de Copenhague hasta 1802, en que excitando la codicia de un atrevido ladrón, se apoderó éste de él, y le mandó fundir. Por mucho tiempo dió en qué pensar á los arqueólogos. Tomás Vaughan y varios de sus colegas en alquimia, creyeron ver representada en las misteriosas figuras que le adornaban la historia de la busca de

la piedra filosofal. Segun ellos, estaba formado por fuera de once piezas distintas separadas entre sí por medio de unos anillos y describiendo en su conjunto varias líneas curvas. Tomás dejó un dibujo del susodicho cuerno. Las figuras que en él estaban representadas y que el mismo Tomás explica como ocultista, eran serpientes, peces, aves de rapiña, lobos con la boca abierta, caballos con cabeza y manos de hombre, cabezas de muerto, arpones, estrellas; dos sátiros, uno de ellos con una hacha y el otro con una guadaña; hombres en todo género de posturas, de rodillas con las manos juntas y caídas, ó levantadas al cielo, teniendo uno de ellos un puñal y otro un espejo; un jinete á caballo corriendo á galope y lanza en ristre; un ballestero cazando una pieza; un mago vestido con largo traje talar y cubierta la cabeza con una gorra que remataba en punta; una mujer blandiendo un puñal contra un hombre que tenía á su lado; monstruos de horroroso aspecto y, por fin, en todo el rededor del cuerno, innumerables líneas punteadas que formaban indistintamente cruces y corazones.

Por aquel tiempo, Amos Komenski estaba en Lóndres, donde publicaba su *Prodomus Panosophia universa*. Tomás Vaughan le dió acerca del cuerno de oro de Tondern un extenso informe que aprobó aquél, lo mismo que William Lylli, Georges Wharton, el Dr. Pearson y John Booker; informe que no llegó á imprimirse y formaba parte de los papeles de Filaleto como herencia pro-

cedente de su bisabuelo James. De ningún interés había de ser su publicación, como no fuera en cuanto á que da las pruebas de ciertas relaciones que mantuvo Tomás Vaughan con varios astrólogos, matemáticos, teólogos protestantes y médicos de su época, todos ocultistas de la Rosa-Cruz socinista.

La *Pansophía* de Komenski deja ver que la Francmasonería es de origen socinista. En ese libro, que mi padre se complacía en citarme y cuyo elogio, hecho por Findel, conozco, se ve estampada—y no creo engañarme si digo que por la primera vez—la expresión *Gran Arquitecto del Universo*, aplicada á la divinidad, pero divinidad que no es por cierto el Dios de los católicos, sino un dios mal definido, vago, que mi padre me explicaba así: «Es el dios á quien adoran, aunque sin comprenderle bien, las más de las religiones diversas del catolicismo; es el dios que no gusta de superstición en su culto, que ama á todos los hombres como á hijos suyos y vé con tristeza á los católicos adorar engañados á su eterno enemigo Adonai, el Dios Malo.» En ese mismo sentimiento inspiró su obra Komenski, el Rosa-Cruz hermano moravo, para quien es menester «destruir á cualquier costa el poder del Papado,» y predice esa destrucción, que se llevará á cabo «por una vasta asociación internacional de hombres muy ilustrados, justificados y enemigos del fanatismo sacerdotal, quienes levantarán un templo de toda sabiduría conforme á los planos mismos del Gran Arquitecto del Universo.»

Tenía veinte años de edad Tomás Vaughan cuando pasó de la Rosa de Oro á la Rosa-Cruz; es decir, cuando fué iniciado en el 5º grado *Adeptus Minor*, iniciación que le dió Amos Komenski, tomando entónces él como nombre el de *Eireneus Philalethes*. Al felicitarle su iniciador en nombre del gran maestre Valentin Andreae, le entregó aquella famosa carta de recomendación de Fludd, de que había sido portador él mismo cuatro años ántes sin saber lo que contenía para entregarla al pastor de Calw, á aquel hombre que era para el vulgo un modesto ministro protestante en un pueblecillo de Wurtemberg, pero que en realidad era el jefe supremo del ocultismo en Europa. En 1640, Valentin Andreae, que ya se había elevado en sus funciones exteriores, llegó á ser predicador de la corte, y pronto el duque de Brunswick-Wolfenbuttel le iba á emplear como su capellan.—Hay que fijarse bien en estos nombres que cito al referir lo que se me ha enseñado. El que hubiere estudiado la historia de la Masonería verá cómo poco á poco se va haciendo la luz con estas mis revelaciones, pues nada tan interesante, en efecto, como establecer el ingreso, en la secta, de la familia de Brunswick, cuando sabido es el importante papel masónico que representó un duque de Brunswick en los momentos de estallar la Revolución.

Apénas fué admitido á los grados de perfecta iniciación Tomás Vaughan, cuyo celo era infatigable, cuando comienza á trabajar con una acti-

vidad extraordinaria, y comienza tambien á no tener residencia fija, á ir y venir y hallarse en todas partes. Tal como á sí propio se llama, es «el Filaleto, ciudadano del Universo.» En Inglaterra, divide su corta permanencia entre Oxford y Londres.

En esa época fué cuando se ligó con Elías Ashmole. Téngase bien presente lo que voy diciendo, que es nada ménos que la verdadera historia del origen de la Francmasonería sectaria. Y prosigo en mis rectificaciones de multitud de errores en que se ha incurrido.

Desde luego hay uno, y por cierto muy comun, cuando ménos en Francia, entre algunos católicos dados con pasion al estudio de las cuestiones de Masonería, y consiste en creer que Elías Ashmole descende de familia judía. Varios me han escrito sobre este punto comunicándome su opinion acerca de la influencia que ejercen los judíos en la Francmasonería; influencia indisputable, ciertamente, pero no por eso hemos de ir más allá en nuestras apreciaciones. La secta no es de origen protestante, como lo sostiene M. Leon Taxil, que incurre en el error de no hacer subir sus investigaciones más allá de 1717; ni de origen judío, como lo creen los antisemitas, sino de origen absolutamente socinista.

Hé aquí los dos motivos que dieron lugar al error de los franceses con respecto á Ashmole: éste estuvo con frecuencia en Oxford, donde fué estudiante y tuvo una escuela rabínica, siendo un

hecho, además, que tuvo por maestro al rabino Salomon Frank, que le enseñó el hebreo.

Puede decirse tambien que su nombre propio (Elías ó Elie) y el de su padre (Simon) han contribuido no ménos al error de los antimasones de Francia; pero nada prueban esos nombres; porque era muy comun en otros tiempos, á diferencia de hoy, que se pusiera á los recién nacidos un nombre tomado del Antiguo Testamento. Algunas deducciones morales hay que hacer asimismo del carácter, de la manera de ser de nuestro Elías. Era avaro, y no se paraba en medios para hacer fortuna; tanto, que á la edad de treinta y dos años se casó con una mujer que tenía cincuenta y tres, lady Mainwaring, viuda por tres veces y con hijos, el mayor de los cuales, que tenia la misma edad que él, intentó matarle, pues no había estado por el matrimonio. Aquella mujer, no tan recia cuanto rica, era parienta de la difunta esposa de Elías, viudo tambien como ella, y que al enviudar por segunda vez, casó á los cincuenta de edad, y siempre con el propio fin de lucro, con una jóven, miss Dugdale, hija de sir William Dugdale, heraldo de Windsor y á quien colmó de favores el Rey Carlos II. En lo moral, fué Elías Ashmole un individuo asaz inconveniente, contra quien promovió un juicio de divorcio, 1657, su segunda esposa, alegando razones que le mostraban destituido de dignidad. Su pasion dominante fué siempre la *acquisitiveness*, la sed de riquezas.

Repugnábame la imágen de semejante hombre,

Miss Vaughan.—T. I.—30.

y á veces tuve que sostener discusiones acerca de él con mi padre y con mi tío harto inclinados á cerrar los ojos ante sus vicios, para no fijarlos más que en su celo de rosicrucista y en la ayuda que había dispensado á nuestro mayor Tomás Vaughan.

En realidad, Elías Ashmole no era de origen judío. No muy jóven fué cuando comenzó á estudiar el hebreo con Salomon Frank, y lo hizo obligado por la necesidad y por el deseo de entender varios autores herméticos escritos en aquel idioma; por manera que el argumento que se funda en la circunstancia de haber tenido como profesor á un rabino, cae por su misma base. Pero hay algo más decisivo aún, y es que al hablar Filaleto de su amistad con Ashmole, indica el oficio que ejerció el padre de éste, Simon, oficio de sillero ó guarnicionero, al cual no se dedicaban los judíos, y dice expresamente que Elías había sido monaguillo de la Catedral de Lichfield, su ciudad natal.

Tomás Vaughan conoció á Elías Ashmole en 1641; por consiguiente, y pues que nació en 1617 éste mismo, tenía entónces veinticuatro años de edad y Filaleto era menor que él cinco años. Merced á la proteccion que le dispensó el baron James Pagett, Ashmole se había hecho abogado desde 1638, que fué cuando casó con su primera mujer miss Eleonor Mainwaring, á quien acababa de perder muy poco hacia, cuando conoció á Tomás y cuando le tentó la codicia la fortuna de su vieja

parienta, cuya mano debía acabar por alcanzar en fuerza de intrigas y á pesar de la oposicion de la familia.

Nunca se ha podido esclarecer el misterio que rodea la muerte de Eleonor Ashmole. Era la primera esposa de Elías, todavía á los cuatro años de una union que para ámbos había comenzado en la adolescencia, una mujer que se hallaba en la flor de la juventud y de la hermosura, llena de vigor, cuando súbitamente murió sin entermarse y atacada por una indisposicion fulminante. Ashmole llevaba poco de ser conquistado para la Rosa-Cruz por el capitán George Wharton, el mismo á quien ántes me referí por haber sido uno de los que aprobaron la relacion que produjo Tomás Vaughan con respecto al cuerno de oro de Tondern. George Wharton y Tomás Wharton, médico éste último, presentaron á Elías Ashmole con Filaleto, á quien por delegacion de Komenski confirieron William Lilly y Henry Blount los grados superiores hasta el de *Magister Templi*, inclusive, y dieron facultades para que á su vez hiciera iniciaciones.

"Me admiro, dice mi antepasado, que me hubiesen propuesto los dos Wharton que le admitiera (á Elías) á los misterios de la Rosa-Cruz, sin sujetarle á las experiencias de los cuatro grados de la Cruz de Oro: cosa que me pareció imprudente y que sólo se concede acreditando extraordinarios méritos. Pero insistieron demasiado, y Tomás Wharton me aseguró que jamás nos traicionaría

el neófito, asegurándome asimismo, sin más explicaciones, que Elías se había ligado con él por un terrible secreto y que absolutamente le tenía bajo su dominio.»

Leíamos un día estas páginas del manuscrito latino de Filaleto, mi padre y yo, cuando no pude ménos que exclamar:

—¡Ashmole envenenó á su esposa la jóven Eleonor, y Tomás Wharton fué quien le facilitó el veneno!...

—¡Oh! ¿Cómo te atreves á decir tal cosa, hijamia? replicó mi padre en el acto.

Y Wathan Pixly (un amigo suyo), que se hallaba presente, añadió:

—Es absurda una suposición como esa, cuando en ninguna parte se vé que para nada haya importunado Eleonor Ashmole á la Fraternidad de los Rosa-Cruz. . . . ¿Por qué, pues, había de haber ayudado el Dr. Wharton á la muerte prematura de una jóven inofensiva? . . .

Tal variedad de impresiones respectivas provocó inmediatamente entre nosotros una discusión respecto de aquellas criminales prácticas. Esforzábame mi padre por reprimirme y estorbarme el uso de la palabra, en tanto que Pixly sostenía el derecho que hay para matar al adversario.

—En duelo, sí, decía yo; en un combate cuerpo á cuerpo, con armas iguales y arriesgando cada quien la vida, enhorabuena; pero por el veneno ¡jamás! . . . Eso es traición, hipocresía, infamia!

—¡Galla! interrumpió mi padre; eres muy jóven

todavía para aventurar tu opinion en un punto como el que nos ocupa. . . . No hay delito cuando quien prescribe la muerte de un enemigo nocivo es la autoridad legítima de un superior dedicado al servicio de nuestro Dios, y poco importa, en esé caso, el medio de que se eche mano para hacer que desaparezca el enemigo. . . . Aprende á reflexionar, y calla. . . .

—Padre mío, repliqué, por grande que sea el dolor que me cueste decirlo, jamás he de estar de acuerdo con vd. en este punto.

En 1641, fué, pues, iniciado Elías Ashmole en la Rosa-Cruz. Conviene fijar bien esta fecha, por estar en contradicción con otras aserciones, ora porque el *Diario* de Ashmole falte á la sinceridad, ora porque sea apócrifo. Esas memorias del famoso anticuario ocultista no se publicaron hasta 1717, y bien pueden haber sido confeccionadas por algun francmason, puesto que el año en que se publicaron fué el mismo en que oficialmente apareció la Francmasonería. Podría preguntarse, entónces, que por qué aquel artificio tan en detrimento de la fama de Filaleto. Es, pues, lo más probable que el *Diario* tenga verdaderamente á Ashmole por autor y que voluntariamente haya omitido éste lo que pudiera contribuir para aumentar la reputacion de Tomás Vaughan. Importábale, además, retardar la época en que conoció á los Wharton, porque es indiscutible que estuvo ligado con ellos; y tan ligado, que, sin género de duda para mí, los Wharton le ayudaron á enviudar

de su primera esposa y, como se vió en aquel entonces, á casarse con la segunda, con la vieja y riquísima dama, cuyos bienes de fortuna él se apropió en gran parte. De tan estrecha suerte, en fin, estuvo ligado con ellos, que en 1652 sacó de la prision á George Warton y le confió la administracion de sus bienes, de aquellos mismos bienes que con su segundo matrimonio había adquirido.

Pero á pesar de haber sido iniciado en la época por mí indicada, todavía no se le admitió en el consejo de los jefes de la Rosa, Cruz por Inglaterra, pues efectivamente no asistió al conciliábulo secreto en que salió condenado á muerte un eclesiástico francés llamado el Padre Bonis.

Por aquel tiempo fué Amos Komenski á Londres, y allá vió á Tomás Vaughan, á Henry Blount, á los Wharton, John Booker, al matemático Oughtred, á William Lilly, al Dr. Hewitt y á otros principales Rosa-Cruz; pero no se detuvo mucho tiempo, sino que en seguida salió y se dirigió á Suecia en busca de su amigo Lodewijk van Geer, á quien vimos tomar parte en la asamblea de Magdeburgo.

Durante los días de su corta permanencia en la capital de Inglaterra, fué cuando Komenski presidió el conciliábulo al cual acabo de referirme.

En aquella secreta reunion se habló en favor de los judíos cabalistas, buenos aliados contra el catolicismo. Blount designó al Padre Bonis, sacerdote de Arles, que acababa de publicar en Proven-

za, el año precedente, una obra en la cual había, segun parece, no sé qué pasaje que se expresaba muy mal de los judíos. La relacion no indica el título de la expresada obra.

«Blount expuso en la asamblea que aquel sacerdote de las tinieblas, con el fin de excitar al populacho contra los judíos, había confeccionado una carta de un soberano sátrapa, rabino de los rabinos, príncipe de los judíos en Constantinopla, dirigida en 1489 á los judíos de Arles, amenazados entonces de expulsion si no se convertían al catolicismo. Aquella supuesta carta aconsejaba á los judíos que se hicieran cristianos, conservando la fé mosaica en el corazon; que educaran á sus hijos en la ciencia, á fin de que haciéndose médicos y boticarios quitaran la vida á los cristianos ó en la teología, á fin de que haciéndose clérigos y hasta canónigos arruinaran los templos católicos.

«La asamblea se mostró muy irritada contra el Padre Bonis, y se opinó por unanimidad que merecía la muerte. Tomás Wharton quedó encargado de preparar el veneno, y Komenski ordenó que ejecutara á Bonis un hermano á quien enviaría á Francia y que invertiría el tiempo necesario para ejecutar la sentencia sin comprometer á la hermandad.

«También declararon á dos hermanos de Viena, en Austria, culpables de haber tenido con unos extranjeros cierta conversacion acerca de los sucesos de la Fraternidad, y ordenó Komenski, con unánime aprobacion, que se hiciera desaparecer á

aquellos peligrosos gárrulos, haciéndose creer que habían sido muertos por los jesuitas."

Tomás Vaughan acompañó á Komenski hasta Hamburgo, desde donde se dirigió á Suecia, y Filaleto á los Países Bajos. En la Haya inició á Martin de Vries, el navegante pariente de Simon de Vries.

Al siguiente año va Tomás á Italia, y este viaje es para él una piadosa peregrinacion socinista. En Udina, vé secretamente á Claudio Guillermet de Beauregard, más conocido con el nombre de Bérigard el Pisano, y á *Galilans Lynceus* como hermano de la Rosa-Cruz. Beauregard era entonces profesor de filosofía en la Universidad de Padua despues de haber profesado en Pisa. El gran maestro dimisionario Cremanini le dejó al morir (1631) sus manuscritos.

Al volver de Italia á Inglaterra, Filaleto se detuvo algo en Francia, y entonces conoció el proyecto que había para organizar la Francmasonería tal como lo está ahora al presente.

Quería realizar el plan de Fausto Socino, ensanchar la infernal propaganda limitada hasta entonces á los misteriosos grupos de los Rosa-Cruz. El patriarca de Luclavia había dicho que era menester obrar en las sombras, con absoluta reserva, hasta el día en que se pudiera alistar mayor número de adeptos por medio de una vasta asociacion que no despertara la menor desconfianza en los poderes públicos, y la asamblea de Magdeburgo fijó para el segundo centenario de la revo-

lucion de Lutero la época de aquella transformacion y aquel engrandecimiento de la Rosa-Cruz socinista.

Tomás Vauhgan opinó que lo mejor sería preparar la nueva evolucion sin aguardar el año de 1717, respetándose el voto de la Asamblea de los Siete con no hacer pública, sino hasta el día convenido, la existencia de la asociacion, pero que la tendría ésta de allí á entónces y que ya estaría organizada en gran parte cuando ménos.

¿Cómo hacer, pues?... ¿Y por qué, dijose Filaleto, no se habían de introducir en una asociacion ya existente, ni habían de obrar al abrigo de su antigua reputacion de inocuidad?.....

Lo primero en que pensó, fué en hacer que todos los compañeros coadyuvaran á sus designios.

En Reims curó á la esposa de un sombrerero, que era Compañero del Deber, y ese hombre se deshizo en elogios del acierto del misterioso viajero que ejercía la medicina «por espíritu de beneficencia,» pues era un hecho que nunca recibía Tomás Vaughan ninguna remuneración por sus trabajos. Entónces le invitaron para una de sus reuniones los Compañeros sombrereros, y en ella acordaron que se le confriera una especie de honorariato.

Filaleto aprovechó aquella ocasion para hacerlos que se resolviesen á modificar en algo el ceremonial de sus recepciones; quedaron convencidos los sombrereros, y él les compuso un ritual fundado en una parodia de la Pasion de Jesucristo.

Miss Vaughan.—T. I.—31.

to con una cena que en su totalidad no era más que irrisión, burla de la institución del augusto Sacramento de la Eucaristía. Ante todas cosas, no bien se presentara en la asamblea que había de recibirle Compañero, el candidato debería jurar sobre el Evangelio de San Juan que á nadie, ni aun á su confesor, descubriría nada de las ceremonias de su iniciación ni de lo que despues viera ú oyera en las reuniones de los Compañeros; y una vez prestado ese juramento, se administraba al candidato otro bautismo, dándole á entender que era el único que le valía para su salvación.

Poco más ó ménos igual, compuso otro ritual Filaleto para los compañeros zapateros, y en seguida se separó de la ciudad.

Aquella innovacion, que gustó á muchos, atrajo á algunos compañeros. Sin embargo, vuelto á Lóndres, Tomás Vaughan se puso á reflexionar, y despues de un maduro exámen, consideró que se prestaba mejor para la realizacion de su proyecto la asociacion, más extendida, de los Libres-Masones ó franc-masones, que eran los obreros del edificio.

La idea del nuevo cambio de combinaciones se la inspiró la lectura de los manuscritos de Nicke Stone, de que se le puso en posesion en 1643.

Nicke Stone era uno de los Siete de la asamblea de Magdeburgo, que en su calidad de arquitecto formaba parte de la corporacion de los Francmasones y había secundado á Inigo Jones, gran maes-

tre de los logias inglesas, las cuales en manera alguna eran sectarias por aquel entónces. Por otra parte, como Rosa-Cruz, tenía profundizados en sentido luciferiano los sumarios ó resúmenes que dejara escritos Fausto Socino, y compuestos para los nueve grados de la Fraternidad unos cuadernos que los masones principales han calificado de notables. El cuaderno relativo al 8º grado (*Magister Templi*) era verdaderamente satánico.

Tomás Vaughan se sorprendió al leer aquellos manuscritos, y preguntóse á sí propio si no sería dable extender las enseñanzas de la Rosa-Cruz á todos los *masones aceptados* que entónces se admitían en las logias como miembros honorarios. En efecto, los Francmasones recibían, con el nombre de «masones aceptados,» á señores, á hombres de letras ó de profesiones liberales y á ricos lugareños; pues todos ellos hacían resaltar el brillo de sus reuniones, venían á hacer ostentacion en sus festejos, y eran en fin sus protectores y sus Mecenas. En verdad, se dijo, que mejor se prestaría para entender los principios del socinismo oculto, este elemento, dotado de ciertas cualidades intelectuales, que no los obreros del Compañerismo.

Pronto adoptó un partido, diciéndose que allí estaba la solución, y desde ese momento se dedicó á violentarla. Algunos hermanos de la Rosa Cruz se habían mezclado ya con los francmasones; muchos de ellos había en la logia de War-

rington, tales como Richard Penkett, James Collier, Richard Sankey, Henry Littler, John Ellam, Richard Ellam y Hugh Brewer; y en Lóndres se deslizaron en una logía, como «masones aceptados», los Wharton y sus amigos. A todos los alentaba Filaleto para que propagaran los principios de Socino, hasta que les declaró por fin, en una reunión que tuvo lugar el día 14 de Mayo de 1643, que era menester no contentarse con un proselitismo limitado, sino que era tiempo de entrar con un programa bien definido, en aquellas logias corporativas y servirse de ellas como de instrumentos.

Las memorias de Filaleto traen una relacion completa de la citada asamblea de 14 de Mayo de 1643. *Todo el plan de la Francmasonería actual está expuesto allí.*

Sin embargo, Tomás Vaughan se vió obligado á interrumpir sus trabajos de organizacion. Komenski le invitó para que fuera á reunirse con él en Suecia, donde el lugarteniente Valentín Andreea había llegado á ser personaje de gran influencia. Van Geer (uno de los Siete de Magdeburgo) se había trasladado allá para establecerse, logrando ganarse la voluntad del canciller Axel Oxenstiern, á la sazón verdadero regente, por la minoridad de la Reina Cristina; tanto que se le hizo baron, y como, además, era un gran industrial, pronto ganó una fortuna colosal en la fundicion de cañones. Por último, como corsario

de la armada sueca, era el hombre indispensable, y, tolerando Oxenstiern su influencia, protegía abiertamente á Komenski.

Qué nueva conspiracion se haya tramado entonces contra la Iglesia por Tomás Vaughan y por Amos Komenski, lo ignoro. Hay sobre este punto un vacío en las memorias de Filaleto, pues éste se limitó á mencionar su viaje á Suecia y la situacion de sus amigos, en privanza en aquella corte.

Tambien menciona—y esto me lo hacía notar mi padre con orgullo—que habiéndose encargado una expedicion á Martin de Vries para que reconociera la isla de Yeso, dió el nombre de *cabo Eiraneus* al cabo en que desembarcó (Abril 7). Así, el nombre de Filaleto servía para designar un descubrimiento geográfico, y esto es de historia.

Sabemos que el año siguiente (1644), Tomás Vaughan volvió á estar en Inglaterra, puesto que tenemos la interesante relacion de una asamblea de Rosa-Cruz que presidía en Lóndres, en Febrero de aquel año, y en la cual tomó parte Elías Ashmole. Filaleto dió cuenta brevemente de su estancia en Suecia. Pero tambien la guerra civil estaba en su apogeo por aquel tiempo: Olivier Cromwell había alcanzado grandes victorias á la cabeza de las fuerzas del Parlamento; Cárlos I estaba traicionado por doquiera por los mismos con quie-

nes había contado. Hallábase entre los traidores Henry Blount, á quien la batalla de Edge-Hill hizo que se pasara á las filas de Cromwell; por lo ménos la derrota del Rey fué el pretexto de que se valió, puesto que ya estaba preparada la traición por todas partes. Habían dado el santo los Rosa-Cruz, que estaban muy esparcidos entre los puritanos.

En Marzo, todavía, reunió Tomás Vaughan á los adeptos de cuya lealtad estaba cierto, en el local de una logia de Londres. Allí se evocó el espíritu de Lucilio Vanini, ajusticiado veinticinco años ántes en Tolosa. Mi antepasado dijo en sus memorias que en aquella vez se les apareció Vanini y declaró que absolutamente había sido ateo, como se había creído, sino verdadero luciferiano. En la propia aparición se apoyaba mi padre, que veneraba á Lucilio Vanini calificándole de mártir, para explicar cómo en realidad, muchos personajes á quienes los materialistas querían apropiarse, nos pertenecían.

Mas hé aquí que hemos llegado al año en que celebraron su pacto Filaleto y Satán.

Espiró el año de 1644 sobre las ruinas del poder real, puesto que el 9 de Febrero de 1649, día en que rodó por el suelo la cabeza de Carlos I, en Whitehall, fué cuando se consumó la ruina. En realidad, aquel poder fué echado á tierra cuando triunfaron las tropas del Parlamento, cuando la reina se vió obligada á refugiarse en Francia, cuando el príncipe

palatino Roberto fué derrotado, cuando cayó prisionero York, cuando los Comunes obtuvieron contra Land, Arzobispo de Cantorbery, Obispo de Londres é inspirador de la resistencia que se opuso á los puritanos, aquel proyecto de *attainder* que le declaraba culpable del delito de alta traición.

Era el Arzobispo Land un hombre íntegro y austero, que preveía ya las desgracias que sobrevendrían á su patria. Soñaba, segun dicen, con que volverían Inglaterra y Escocia á la Iglesia de Roma, llamada por él la «Iglesia Madre,» aunque oficialmente era obispo anglicano. Dícese que estaba tan bien dispuesto para con el Papado, que tanto deseaba ver concluir el cisma desolador, y tan activo se mostraba en los esfuerzos, que hacía para conseguir por de pronto la union religiosa en el reino y después la reunion en el catolicismo, que el Soberano Pontífice le había ofrecido el capelo de cardenal. Frisaba en los sesenta y tres años de edad el digno anciano, cuando la Cámara de los Lores se asoció contra él con los Comunes, entregándole en manos de los jueces, después de tres años de una dura cautividad, y pidiendo que se le aplicara la pena capital. Aunque no pudo probarse el hecho en que se hacía consistir la alta traición de que se le acusaba, era implacable el odio que le tenían á Land todas las sectas protestantes. Sin embargo, el noble mártir era inocente de toda conspiracion antinacional, cuando, por el contrario, siempre había dado ejemplo de abnegacion y

de virtud. Pero no importaba; los jueces le condenaron por seis votos contra cinco á sufrir la última pena.

El ambicioso Cromwell había conseguido que le recibieran «mason aceptado.» No he podido hallar la indicación exacta de que esto se verificara en determinada logia más bien que en otra; pero todo me hace creer que la recepción tuvo lugar en la Warringtod, en el Lancashire, porque los Rosa-Cruz socinistas gobernaban entonces aquella logia, donde se habían deslizado en considerable número, y el presidente Richard Penkett habió de «el hermano Olivier Cromwell» en una carta de 15 de Diciembre de 1644 dirigida á Tomás Vaughan. Ahora bien, el jefe de la sublevación contra Carlos I no era «mason aceptado» por simple título honorífico, sino que en realidad le había ganado secretamente en la Rosa-Cruz socinista

Por aquel tiempo pidió Filaleto que se le elevara al noveno y último grado de *Magus*, y Valentin Andréæ le contestó: «Ni de mí, ni de ninguno de los perfectos iniciados de entre nosotros, recibirás la consagración de Mago, á la cual aspiras. Nuestro dios tiene miras particulares con respecto á tí, y nos ha dicho que él mismo te consagrará. Invócale, llámale, que él te enviará un príncipe de las celestiales luces, el cual te enseñará la manera como debes disponerte para consagración tan excepcional.»

Tomás Vaughan refiere lo que tuvo lugar en aquellas circunstancias.

«Seis días ántes de que muriera Land, estaba yo en oración despues de haber vuelto á leer la carta del soberano maestro de la Fraternidad, y pedía yo á nuestro dios que me enviara al príncipe de las celestiales luces cuyas instrucciones aguardaba yo con humildad.

«No ví entonces aparición alguna, pero sí oí una voz que me decía:

«—Muy pronto recibirá un partidario secreto del papismo el castigo á que se ha hecho acreedor, y nuestro dios quiere que tu mano sea la que derrame la sangre de aquel traidor: consiente en ser tú el ejecutor de la justa sentencia. Recoge-rás esa sangre maldita en un lienzo consagrado al eterno enemigo de nuestro dios. Prepararás un pacto, conforme á tu inspiración, y el día en que el Cristo fué concebido en las entrañas de María, quemarás el lienzo ensangrentado é involucrarás al eterno Señor Lucifer, el cual vendrá, te consagrará y te concederá cuanto le pidas.»

«Calló la voz. Yo comprendí cuál era mi deber.

«El hermano Richard Penkett me remitió una carta para el hermano Olivier Cromwell. El día en que se castigó á Land, á última hora y sin que nadie supiera nada, entré á sustituir al que debería ejecutarle. Aquel hombre se quedó mirándome largo rato ántes de recostar la cabeza en el tajo, hasta que descargué en ella el golpe, diciéndome á mí mismo: «¡Oh divino Lucifer! satisfecho estarás. Tu fiel servidor inmola á este traidor! Justicia ca-

bal se ha hecho!" Y añadió, al rodar la cabeza por el suelo "Bona Lucifero justitia!"

"Cierto hermano fué quien me proporcionó uno de aquellos paños de que se sirven los sacerdotes papistas para recoger los fragmentos de su pan sacramental, y que figuran, según su superstición, el sudario de Jesucristo. Humedecí, pues, aquel lienzo en la saugre de Land, y le conservé hasta el día que se me tenía fijado.

"Llegó ese día, y después de ayunar, me puse en oración por espacio de tres horas ántes de ponerse el sol. Tenía yo dispuesto ya mi pacto, así como la petición que había de hacer al Dios Bueno. Después arrojé en un brasero el lienzo que conservaba la sangre de Land, y luego que se consumió con el fuego, exclamé postrado hasta dar con el rostro en tierra:

— "¡Señor, buen Señor, divino Espíritu que reina en el Universo! Vos, cuyo soplo anima el caos y crea los mundos, vos el excelente y supremo, puro Fuego vivificante y purificador, Amor eterno, Rey invisible de los cielos superiores: mostraos visiblemente á vuestro fiel servidor y dignaos presentarseosle para comunicarle la ciencia y la fuerza que aún le falta. Presentaos, buen Señor, y consagradme Mago, á fin de que os sirva para siempre y trabaje con infatigable celo en la obra que os es tan cara. ¡Eterno Señor Lucifer! ¡eterno Señor Lucifer! ¡eterno Señor Lucifer!"

"Levanté la cabeza, y ví resplandeciente de luz

la sala donde me encontraba, sin embargo de lo cual percibía yo muy lejano el ruido del trueno que al propio tiempo oía. Después, repentinamente ví aparecer al buen Señor en el tercero de los círculos interiores del triángulo.

"Entonces empezó á despedir el brasero un espeso humo gris, del cual se formó un espectro humano, que me habló diciéndome ser Fausto Socino, el primer soberano maestro de la Rosa-Cruz; y tendiéndome una mano, quise besarla, pero no toqué nada con los labios. El espectro tenía en la otra una espada, que no lo era nada más en la apariencia, como pronto pude convencerme de ello.

"El dios estuvo hablándome un buen espacio, comunicándome sus designios y dándome á conocer la gloria que le estaba reservada á la Fraternidad, de cuyos jefes sería yo uno en lo de adelante; consagróme sucesor del patriarca Fausto después del patriarca Valentin, y acabó por preguntarme qué deseaba.

— "Treinta y tres años más de vida," le respondí.

"Tomando entonces la espada que tenía el espectro, púsome de plano la hoja en la cabeza, donde palpablemente sentí el peso de aquella arma, que no era, por lo visto, mera visión, puro vapor, como el espectro de Fausto. Dió con el dedo treinta y tres golpecillos en la espada el dios, y dijo:

— "Treinta y tres años vivirás, como lo deseas; mas no has de morir de muerte humana, sino que un día como éste, transcurridos esos treinta y tres años, vivo te transportaré á mi reino eterno;

"de modo que no tendrás sepultura en la tierra, y
"vivirás con cuerpo glorificado en las llamas pu-
"ras del cielo de fuego."

"Añadió aún el mismo dios:

"Atravesarás de nuevo el Océano, y al otro
"lado te enviaré á Venus Astartea misma, que se-
"rá tu esposa, que vivirá contigo once días en la
"tierra y en quien tendrás una hija, la cual lleva-
"rá mi nombre y el tuyo."

"Y entregó de nuevo la espada á Fausto.

"Fausto me dijo:

"—Presenta el pacto á nuestro dios todopode-
"roso."

"Yo obedecí.

"El buen Señor firmó ántes, y yo despues con
mi sangre. Entregado el pacto á nuestro dios, le
recibió Fausto, y despues de tocarle con la punta
de su espada, me le devolvió.

"Aquel pacto reproducía las mismas figuras que
había ya trazado en el suelo para conseguir la
aparición de Lucifer.

"El patriarca Fausto me recomendó prudencia.

"Por último, tanto el dios como él desaparecie-
ron, abriéndose por debajo de sus pies la tierra.
Yo me postré de nuevo y besé piadosamente el lu-
gar donde el buen Señor se había dignado apare-
cerseme."

Consagrado Mago de aquella suerte, emprendió
Tomás Vaughan escribir el *Introitus apertus*.

Desde ese momento desplegó una actividad so-
brehumana en la propagacion de los principios se-

cretos del socinismo; ahora me doy cuenta de que
mi antepasado era verdaderamente un poseo.
Impulsó la multiplicacion de los Rosa-Cruz, y al
multiplicarse éstos, luego que llegaban al 5º gra-
do los hermanos que eran ya «masones acepta-
dos,» los hacían entrar con ese mismo título en
las logias masónicas. Principalmente en Inglate-
rra y en Escocia, todos los socinistas eran entón-
ces francmasones, sin que los verdaderos masones,
ó sea aquellos cuya profesion se refería á la con-
struccion, pudiesen sospechar que su asociacion
servía de abrigo á los más tenebrosos complots
contra la religion católica. Siempre tenían á ma-
no cualquier pretexto los iniciados en los misterios
del ocultismo, para celebrar por separado sus reu-
niones en el seno de las logias.

Tal fué la época en que Tomás Vaughan se alió
con Elías Ashmole para componer los grados de
Aprendiz, Compañero y Maestro; es decir, para
introducir el simbolismo impío en los grados de la
Hermandad internacional de los Libres Masones.

Nos hallamos en 1646, cuando dijo Filaletto á
Ashmole: «los masones constructores tienen sus ce-
remonias de Aprendizaje, Compañerismo y Maes-
trazgo, á las cuales nosotros los masones acepta-
dos concurrimos como espectadores; pero que ab-
solutamente son para nosotros mismos. Es menes-
ter, pues, dar tambien á los masones aceptados
un Aprendizaje, un Compañerismo y un Maestraz-
go simbólicos, cuyas ceremonias deberán reser-
varse para los intelectuales.» Pusieron manos á

la obra Elías y Tomás, dejando concluido en Febrero el ritual de Aprendiz, con aquellas pruebas que se conservan hasta nuestros días, con aquellos viajes, aquel bautismo por el fuego, etc.

Por el mismo año moría en Polonia un famoso rosa-cruz, Svendivogius, anabaptista á quien el gran maestre Valentin Andreæ había ganado para el gnosticismo socinista y que llegó á ser experto alquimista y celoso propagador del ocultismo.

En el ínterin, Tomás Vaughan despues de dejar en poder de Ashmole un resumen del simbolismo que era menester introducir en el grado de Compañero, partió para América con el ansia de ver realizada en su favor la prediccion de Lucifer, y desembarcó en Boston.

Muy sabido es que allá se hizo de amistad con el boticario Starkey. George Starkey, el inventor del jabon de trementina, todavía en uso, más de una vez certificó, vuelto á Inglaterra, que en América había conocido al «Filaletto» y que «ese filósofo entraba con mucha familiaridad á su laboratorio, donde á veces hacía transformar en oro los metales imperfectos.» Lenglet-Dufresnoy, prelado francés, apreciable autor de una vida de Juana de Arco, expresa en su *Historia de la Filosofía hermética* (1742), que muchas veces recibió Starkey de Tomás Vaughan barritas de ese mismo oro que por medio de sus secretas operaciones de alquimia había obtenido; y el propio autor añade: «Pero Filaletto, que era un hombre arreglado y de buenas

costumbres, pudo notar que el boticario derrochaba en desórdenes lo que le daba, y se alejó de él, sin volver á verle más.» Muy erróneamente han atribuido algunos á Starkey el seudónimo de *Eirenaeus Philalethes*.

Filaletto no se limitó á visitar á sus compatriotas colonizadores, sino que se internó mucho en las tierras de la costa oriental. Era que una vision le había hecho ver que Vénus Astartea se uniría con él en una de aquellas tribus indígenas que los conquistadores de la Nueva Inglaterra siempre rechazaban más y más hácia el interior.

Un mes entero estuvo entre los Lenni-Lennaps, respetado de ellos, al grado de que no sólo no atentaron contra su vida, sino que le trataron con todo género de miramientos.

En pleno pais salvaje fué donde se desposó con la demonio que tomó figura humana, dándose á sí misma el nombre de Vénus Astartea, reina de los cielos superiores, primera princesa del reino de Lucifer.

Una noche de estío, segun el relato de Filaletto, en que se paseaba por un bosque á la suave y hermosa luz de una luna nueva, el astro nocturno, cuya claridad penetraba por entre las ramas de los árboles, pareció de repente como que se aproximaba desliziéndose á manera de fulgor resplandeciente, y que poco á poco iba acercándose y acercándose á la tierra, aquella hermosa media luna que semejaba un lecho arqueado luminoso y flotando en el espacio. Una mujer de maravillosa

hermosura descansaba tranquila en aquel celestial lecho, con la cabeza graciosamente reclinada en el torneado brazo. Transformada así la luna sin aumentar de tamaño al ir acercándose, descendió hacia Filaleto, abriendo blandamente sus ramas los árboles para darle paso y saludando con sus melodiosos trinos á la reina demonio Vénus Astartea, los pájaros al despertar sin el menor sobresalto. Aquella Vénus era precisamente la esposa prometida por Lucifer á Tomás Vaughan.

Añade la leyenda que el lecho-nave lentamente descansó por sí mismo en un claro, y que los arbustos del rededor se inflamaron sin consumirse. En seguida, como si brotada de la tierra, apareció multitud de demonios que semejaban niños de siete á ocho años, cargados de flores que se acercaron á ofrecer á la diosa. La cual, medio incorporándose en su lecho, mientras Filaleto se arrojaba á sus piés, le tomó la mano y le puso en el dedo un anillo nupcial que traía consigo; anillo de oro rojo, con un diamante, y que no debería portar Filaleto sino durante los once días de su union con Vénus, pues ésta había de llevarsele al subir al cielo.

Los once días que la reina de los cielos superiores pasó en la tierra, los infantiles demonios sirvieron á los dos esposos, quienes habitaban en una tienda de fantástica riqueza, levantada allí mismo en la selva, de donde se retiró todo animal nocivo. Alimentándose Vénus Astartea y Tomás Vaughan con manjares suculentos y exquisitas

frutas, y bebiendo brebajes deliciosos que les servían los trasgos, parecía como si ya hubieran olvidado, ella, la corte de Lucifer, él, la humanidad.

Por fin, el undécimo día, Filaleto fué padre de una niña, y, despidiéndose Vénus Astartea de su esposo terrestre, tomó el anillo nupcial y se elevó por los aires en su luminosa nave, en la misma luna creciente dispuesta á manera de lecho. Tienda y trasgos se desvanecieron como si todo aquello hubiese sido un sueño. Pero no lo era la niña que en los brazos tenía Tomás.

La diosa, al separarse de él, le dijo: «Haz á un lado todo afecto de corazón: tú no debes educar á nuestra hija, sino que la entregarás á una familia de estos indios de alma cándida, escogiendo como la más pura á la que te designen los ancianos de la tribu con el nombre de «familia de adoradores del fuego.»

Filaleto hizo lo que se le ordenó, dejando á la niña en poder de una familia de Lenni-Lennaps, y partió para no volver á verla jamás, bien que dejando asimismo, en manos de los hombres de roja piel, una especie de medallon, donde con toda perfeccion había sido grabado por mano diabólica su retrato, á fin de que la niña pudiera conocer más tarde, cuando ménos su fisonomía, y la enseñó á pronunciar el nombre luciferiano «Diana,» que le puso él mismo y que tambien se grabó abajo del suyo en el medallon. Pero los de roja piel que educaron á la niña no se contentaron con llamarla así, sino que le dieron además otro nombre, y
Miss Vaughan.—T. I.—33.

fué el que se le quedó: *Wulisso-Vaghan*, que en lengua lennape significa «perfecta Hermosura.»

Tal es la leyenda relativa al nacimiento de la primera Diana Vaughan, leyenda con la cual se enorgulleció mi padre y en que creí todo el tiempo que viví en el error. Debo decir en honor de la verdad, que no todos los MAGOS ELECTOS aceptan la tal leyenda, pues hay quienes la tengan como inventada por mi bisabuelo James, de Boston, á quien reputan como de origen delawareo—cuando ménos de sangre mezclada,—y hasta dicen que para hacerse pasar por inglés se atribuyó una genealogía enteramente falsa, á fin de justificar la transformación que sufrió el apellido lennape Vaughan en el de Vaughan. Pero en este punto se aventuran mucho los adversarios de la leyenda luciferiana de Tomás Vaughan

Acabo de decir que durante el tiempo que viví entre tinieblas, creí en aquella maravillosa leyenda. Perdóneseme por semejante creencia: mi cuna se meció narrándosemela, y mil y mil veces se me repitió á medida que iba yo creciendo.

Y ¡cuán orgullosa no me sentía con la tal leyenda, pobre de mí, crédula á quien cegó Satanás!

Púsome mi padre el nombre de Diana en memoria de la hija de Astartea y de Filaleto. Era yo, pues, la segunda Diana Vaughan; era, en cierto modo, la Diana de sangre celestial vuelta á encarnar. En mí revivía el fruto de una alianza, que hoy llamaría yo diabólica, si todavía creyera en ella, pero que entónces tenía por union cuasi-divina, en virtud de que Astartea es la reina de los demonios para los paladistas, la que en union de Astaroth y de Moloch ocupa el primer lugar despues de Baal-Zebub.

Por esta razón, para conmemorar la milagrosa descension del astro de la noche que trajo á Tomás Vaughan su celestial esposa; para dejar bien establecido simbólicamente aquel extraordinario acontecimiento, se fundó en honra mía, en la colonia francesa de Nueva York, aquel taller paládico tan activo, tan conocido por todos los Hermanos y Hermanas de la alta masonería de ambos Mundos, que se llamó con el nombre de *Phébé-la-Rose*, y del cual fui gran maestre *ad vitam*. Entónces ignoraba yo el sentido masónico de la rosa, que, á haberle sabido, no hubiese aceptado.

«Phébé» nombre pagano de la luna, equivale á «Diana;» pero en ocultismo paládico, Diana tiene otro sentido más claramente luciferiano. *Diana*, fuerza es que lo diga yo para confusion propia, para humillarme ahora, es Lucifer hecho hembra; *Diana*, en cierta manera, es *Lucifera*.

Con recorrer las diversas etimologías de la palabra «diana,» se hallará aquella secreta signifi-

cacion. *Diva*, que en sanscrito significa *cielo*, tiene como raíz *div*, que quiere decir *brillar*; y de allí vienen tambien, dicen, el principal nombre arriano de la divinidad. Pues bien, del sanscrito *diva*, el latín ha sacado *divum*; y *divum*, que tiene por equivalente el sustantivo *dium*, como se vé en Varron, Virgilio, Horacio, etc., significa *cielo*; y *dius*, adjetivo, cuyo femenino es *dia*, significa á la vez *divino* (en Ovidio, Lucrecio y Virgilio), *celeste* (en el poeta Prudencio), y, más expresamente aún, «de Júpiter,» segun Varron y el gramático Festus. ¿Será necesario añadir que Lucifer en persona era el que se hacía adorar con los nombres de Júpiter, como la demonio Astartea con el de Vénus? De ese modo, desde el punto de vista etimológico, *Diana* en latín, quiere decir la celeste, la *jupiteriana*, si vale expresarse así.

Sabido es tambien que en el simbolismo masónico, el Gran Arquitecto del Universo, es decir, Satán, está figurado, notablemente en muchas instrucciones rituales, por la estrella de la mañana, que se llama «Lucifer.» De modo que aún en este sentido, *Diana* equivale á *Lucifera*. Me basta recordar, con todos los filólogos, que la palabra española *diana*, de un adjetivo antiguo *diano*, derivado de *diá*, el cual viene del latín *dies* (día), significa exactamente la estrella de la mañana; y nada ménos de ahí, es de donde trae su origen la *diana*, la *diana* que es el canto matinal, la *diana* que en el ejército se toca ó bate para despertar á la tropa en los primeros albores del día, en el ins-

tante en que brilla en el firmamento la estrella de la mañana, Lucifer.

Por último, al tiempo de consagrar los alquimistas la plata á Phébé (1), á la luna y á Vénus Astartea, recuerdan tambien el sentido luciferiano de Diana, al llamar con el nombre de «árbol de Diana» á cierta amalgama de plata y mercurio, que forma una especie de arborización de hilos metálicos y de cristales.

Era yo, pues, simplemente *Diana* para todos, pero *Lucifera* para los Magos Electos y las Maestras Templarias Soberanas. Cuando me correspondía presidir alguna tenida de perfecto triángulo, ántes de tomar asiento los Magos electos se acercaban, doblaban delante de mí la rodilla derecha, me besaban la mano y me decían: «¡Te saludamos reverentes, altísima hermana Lucifera!»

¡Cuánto me pesó aquel nombre cuando Dios, en su infinita bondad, hizo que abriera yo los ojos á la verdadera luz! Por el santo bautismo quedé libre de aquel nombre que me llenaba de tristeza el corazón, y hoy maldigo ese recuerdo. Yo no quería firmar ya con mi nombre que era para mí pesadilla atormentadora; pero habiendo expuesto á mi director el estado de turbación en que me encontraba, consulté con otro de mis consejeros, que es un venerable eclesiástico, y éste opinó que siendo conocida yo públicamente con el nombre y

(1) No sabemos si este Phébé, que antes vimos ya, será el mismo *Phébus* del francés que en castellano significa *Fébo*, nombre mitológico de Apolo y también del Sol.
—N. T.

apellido de «Diana Vaughan,» cambiar bruscamente de firma podría redundar en menoscabo de mis revelaciones. Es tanta la malicia del enemigo común, añadió, que muy pronto se esparciría el rumor de que «Juana Vaughan» no era «Diana Vaughan,» sino otra persona absolutamente distinta.

Era menester, pues, por mucho que me costara, seguir usando aquel nombre en mis escritos públicos, y opté por firmar como creyó necesario que lo hiciera, pero escribiendo á continuación los tres nuevos nombres que recibí en el bautismo. Volví de nuevo á mi turbación, y volví á querer firmarme «Juana.»

Estaba á punto de resolverme á ello, á pesar de mis consejeros, dejando definitivamente mi nombre infernal, y hasta me disponía á participarlo á mi director, cuando un día, entre la correspondencia que recibí, venía un tomito que había salido en las prensas romanas de la Imprenta de la Propaganda, y saltó mi corazón de alegría, no bien me fijé en el título de aquella obrita.

¡Gracias buen padre dominico, á quien Dios inspiró en esa ocasión! Vos sois quien me trajo la paz, y á vos debo haber podido conciliar con un deber de conciencia la exigencia que me hacía sufrir.

¡Con cuánta alegría no devoré tus páginas, librito edificante! Ignoraba yo hasta hoy que hubiera existido la Bienaventurada Diana de Andalo, convertida como yo y una de las glorias más puras

de la Orden de Santo Domingo. Diana de Andalo, hija de un podestá de Bolonia, fué conquistada por siempre para Dios por el Bienaventurado Reinaldo, discípulo de Domingo; aquel Reinaldo á quien la Santísima Virgen María curó de una fiebre mortal, á quien se le apareció en su agonía y á quien despues de aplicarle una unción celestial, mostró como á mandatario escogido, la forma del hábito que ella misma inventara para sus predilectos hijos los Hermanos Predicadores.

No más sufrir entónces, que me parece como que ese nombre ha lavado en mí el borron diabólico. Y bien puedo seguir usándole, puesto que es nombre de una Bienaventurada, de una dominica á quien la Iglesia colocó ya en los altares.

Además, al leer aquel librito, no podía yo menos que hacer ciertas comparaciones. El Bienaventurado Reinaldo es el decano de la Colegiata de San Aignan en Orleans. ¡Orleans, la ciudad donde probó Juana de Arco que había sido enviada por Dios! ¡Orleans, cuyo nombre es inseparable del de la santa heroína en la gloria cotidiana y francesa! La Bienaventurada Diana era de Bolonia. ¡Bolonia, donde ahora se enorgullece Giosué Cárducci, el chantre de Satan, de ser uno de sus hijos. . . .; ¡Oh Satanás! ya te venceremos nosotros, ya te venceremos con el auxilio de la Bienaventurada Diana de Andalo, del Bienaventurado Reinaldo y de la venerable Juana de Arco! ¡Sí, te venceremos! (1)

(1) Vease cómo se refiere la conversión de Diana de Andalo:

La primera Diana Vaughan no tiene otra historia que la consignada en el testamento de mi bisabuelo James; lo demás que acerca de ella se

«Nació en un medio, noble y religioso á la par, pero apasionado y militante que el cargo que su padre ejercía no era simple magistrado civil, sino que éste le imponía el deber de mandar á la fuerza armada en caso de guerra: cosa frecuente en aquellos tiempos en que sin cesar reinaban las discordias y las facciones.) El carácter de Diana debió resentirse de ello.

«Algo había en su alma de la inteligencia, de la grandeza y del valor de su padre y de sus hermanos, templado, no obstante, ese algo con las cualidades propias de su sexo, ó bien con aquellas con que la había enriquecido la Providencia á ella en particular, en atención al porvenir que le reservaba. Carácter vivo y sincero, alma sensible, corazón expansivo y compasivo, palabra seductora, voluntad firme para continuar el bien: á tales disposiciones morales se juntaba una rúa hermosura material que inspiraba simpatía mezclada de respeto, y era como espejo que hacía resplandecer mejor sus dones. Si es verdad, como lo dicen algunos autores, que se escogió para ella en el bautismo el nombre de *Diana* como alusión á la estrella de la mañana, lo es también que justificó el augurio y fué astro puro, dulce y alegre, primero para consuelo de su familia y después para gloria de la Orden de Santo Domingo.

«Sin embargo, ninguna de aquellas aspiraciones precoces que arrebatan en la historia de muchos santos, ofrecía en su infancia nuestra Diana con su piedad; por el contrario, mostraba, á lo que parece, cierta inclinación á lo mundano, particularmente al lujo en el adorno; lujo que las riquezas de su familia tan fácilmente le proporcionaban y que tanto hacía resaltar las gracias de su persona. Fué menester una circunstancia inesperada para que se obrara en ella un cambio absoluto.»

(El autor refiere la misión del Bienaventurado Reinaldo de Bolonia.)

«El pueblo de Bolonia ocurría á escuchar los sermones de Reinaldo, al principio únicamente por la curiosidad de ver el nuevo hábito cuyo origen no sabía, pero muy luego arrebatado por su palabra evangélica, austera, seductora, inflamada. Toda la ciudad estaba conmovida creyendo escuchar á otro Elías de celo devorador; á otro Pablo de conceptos populares y avasalladores. Ora predicara en la Mascarella, ora en la Catedral ó en la plaza pública, siempre su palabra producía el mismo pasmo en el auditorio, en el cual había algunos estudiantes y doctores de la Universidad.

Entonces fué cuando ciertos Maestros de los más ilustres, no satisfechos todavía con el placer que les propor-

ha dicho en otros relatos ó en conferencias de los triángulos, no tiene más fundamento que tradiciones no comprobadas. Ya tendré ocasión de volver á ocuparme en ello.

Como quiera que sea, importa ante todo fijar la parte que verdaderamente correspondió á Elías Ashmole en la composición de los tres grados simbólicos, base de toda masonería: eso es lo interesante. El grado de Compañero fué compuesto en 1648, y en aquel entónces, Filaleto se hallaba en América; pero he dicho, y lo sostengo, que Ashmole se guió en sus trabajos por los datos que Tomás Vaughan le dejó al morir.

«Cionaban aquellos raudales de vida salidos de sus labios, quisieron tener parte en el manantial, entregándosele como religiosos (B. Clair de Bolonia, B. Moneta de Cremona, H. Roland, célebre maestro en filosofía, etc.) Tan profunda fué la impresión que produjo en las escuelas el ingreso de todos ellos en la religión, que algunos estudiantes engolfados en los placeres, se imponían á sí mismos la prohibición de ir á los sermones temiendo quedar también subyugados.

«Empero, no únicamente á aquellos doctores conquistó Reinaldo: no tardó Diana en ser uno de sus discípulos más entusiastas. Entre los dones que la adornaban, era uno la palabra; tanto, que sus contemporáneos no vacilaron en darle un calificativo no de uso para las mujeres, y llamáronla: «muy elocuente, muy disert, *eloquentissima, discretissima.*» Lo que ella poseía lo reconocía en los demás; y era de las damas de la ciudad que con más constancia se iban á situar al pie de la cátedra sagrada. Así, pues, un día que llegó á la iglesia, adornada como de costumbre con los vestidos más espléndidos que poseía, oyó al Bienaventurado Padre que tomaba precisamente como tema de su discurso el abuso del lujo y de la vanidad en las mujeres del mundo, citando las palabras de San Pablo á Timoteo: «Que en el adorno de sus vestidos cuiden las mujeres de la sobriedad y la moderación; y luego las de San Pedro, en la epístola canónica: «Que se guarden de la afectación exterior en el peinado, las joyas de oro y los vestidos.» Cayeron tales palabras en el corazón de Diana como en tierra preparada con mucha anterioridad, y echaron profundas raíces en él, produciendo en el acto opimos frutos. Dócil á los movimientos

Miss Vaughan.—T. I.—34.

A fines del citado año, fué cuando mi antepasado volvió á Inglaterra, desde donde comenzó á dirigir la Fraternidad de la Rosa-Cruz: porque una carta de Valentin Andreæ, fechada el 15 de Diciembre de 1650 en Bebenhausen, y que se conserva en el archivo del Soberano Consejo Patriarcal de Hamburgo, hace ver que le había dado amplias facultades á Filaletto; y esa misma carta, de gran valor histórico, expresa que el capellan del duque de Brunswick-Wolfenbüttel sabía que Tomás Vaughan había sido elegido como sucesor de aquel por Lucifer mismo; razon por la cual reconoció en él la mayor autoridad despues de la de Valentin en la Fraternidad. Igualmente se indica en la propia carta, que en 1649, con anuencia del mismo Valentin, encargó Filaletto una mision al italiano Francesco Borri. De esto volveremos á hablar al hacerlo acerca de la divina Eucaristía.

Urgeme demostrar que Tomás Vaughan, y no

del Espíritu Santo, se despojó sin dilacion de sus más hermosos trajes, de sus pedrerías y de otros adornos por el estilo que las mujeres del mundo tienen en tan alta estima. Y, para que la transformación del alma estuviese en consonancia con el cambio de su exterior, se acercó á Reinaldo, á fin de pedirle consejo, dócil como una oveja. De ese modo pudo admirar de cerca el género de vida que observaban los Hermanos, y se sintió resuelta á imitarlos. Estaba, pues, cambiada; acababa de comprender toda la malicia del mundo y lo peligrosas que son sus prácticas, no ménos que el deber que hay de menospreciarle sin respeto humano y el triste estado á que llega un corazón que, sin entregarse á faltas graves, vive habitualmente lejos de Dios." (*Vida de la Bienaventurada Diana de Andato*, fundadora del convento de Santa Inés, de la Orden de los Hermanos Predicadores, en Bolonia, por el P. Fr. Jacinto María Cormier. Roma, imprenta de la Propaganda; 1892).

Elías Ashmole, fué el verdadero autor del grado simbólico de Maestro, el más importante en la Francmasonería.

Ese grado de Maestro fué compuesto en 1649, cuando Tomás Vauhgan tenía treinta y siete años y Ashmole treinta y dos de edad.

Por este tiempo, Ashmole preparaba ya, no sólo su tratadito de alquimia, que firmó con el anagrama «James Hasolle» y que se publicó en el siguiente año; sino tambien su obra grande, el *Theatrum Chemicum*, cuyo tomo I se publicó en 1652. Entónces, tambien, formaba una coleccion de tratados antiguos sobre alquimia; y habiéndose ligado con un sabio anciano que llegó á ser Rosa-Cruz, y lo era el maestro Backhouse, que le daba el título de "su hijo", tenía fija la atencion en varias obras de cábalas y de hermetismo, escritas las más de ellas en hebreo. Esa fué la época en que se pusobajo la direccion del rabino Salomon Franch para comprender los autores ocultistas del judaismo talmúdico; en consecuencia, había aprendido los rudimentos de la lengua sagrada, y esos estudios le condujeron al exámen de algunos Targums.

Recordemos en dos palabras que los Targums son aquellas paráfrasis caldáicas del Antiguo Testamento que, fuera de la traduccion de la Biblia, contienen toda clase de leyendas añadidas por la tradicion popular. Sabido es cuan fatal fué la cautividad de Babilonia para la lengua nacional de los judíos; á tal grado se habían mez-

clado los dialectos caldeo y hebreo, que, al volver á Jerusalem, los hijos de Israel hablaron una lengua nueva y no comprendían ya sus libros santos. Para predicar la Biblia al pueblo y explicársela, hacían los sacerdotes comentarios en lengua más ó ménos caldea, hasta que sucedió, por una série de acontecimientos absolutamente naturales, que acabaran por escribirse aquellas glosas orales, que hoy se conocen con el nombre de *targum*, interpretacion.

Los autores católicos antimasones reprochan gustosamente á la secta el haber formado con toda clase de piezas la leyenda de Hiram, que es el fondo de la instruccion que se da al conferir el grado de Maestro; abren la Biblia, alegan que apenas si se cita en ella á ese Hiram, y triunfan. En este punto, el reproche es en su mayor parte infundado.

Hay que ser justos en todo. Ilustremos algo la materia.

Ni Ashmole ni Tomás Vaughan dicen de dónde sacaron la leyenda de Hiram para introducirla en la instruccion masónica. Ashmole, que pasa por el único autor del grado de Maestro, ha sido tratado de impostor por este motivo; lo cual es una injusticia tambien.

Mi tío, profundo conocedor de las lenguas primitivas y que enseñaría al mismo M. Le Chartier, tuvo la curiosidad de entregarse á varias investigaciones. Poco más ó ménos, quiere decir, quitando lo que permite interpretar en sentido luciferia-

no, la leyenda de Hiram, encuéntrase ella en uno de los diez principales Targums, atribuido á Jonathan-ben-Uzziel.

Cuando mi tío me daba lecciones de hebreo—lecciones que, dicho sea de paso, poco me aprovecharon,—me traducía la leyenda de Hiram para hacerme resaltar las diferencias más patentes que había entre los dos dialectos, y esforzábame en hacer entrar en mi pobre cerebro (tormento inolvidable!) cuánto era de estilo imperfecto junto á la verdad, aquella paráfrasis caldaica falsamente atribuida á Jonathan-ben-Uzziel.

Mas he aquí lo que absolutamente he olvidado, pues quedó bien grabado en mi memoria, y aseguro que no incurro en ningún quid pro quo:

Para hacer creer que Jonathan estaba inspirado por Dios al escribir aquellos Targums, supusieron los judíos ciertos milagros. Así, nada le podía distraer, pues el pájaro que se atrevía á volar cerca de él y la mosca que osaba pararse en su papiro, instantáneamente quedaban consumidos por el fuego del cielo sin que echara de ver nada el escritor.

Y bien, no, Jonathan-ben-Uzziel no estaba inspirado. Por principio de cuentas, no hay conformidad acerca de la época en que vivió: los judíos le hacen contemporáneo de Zacarías, que volvió completamente rejuvenecido con Zorobabel de la cautividad de Babilonia y profetizó en tiempo de Darius; pero graves autores opinan que, muy por el contrario, vivió en el segundo siglo despues de

Jesucristo: y es la opinion de muchos, que sin duda tambien se engañan. El orientalista Jahn, en su *Crestomatia caldea*, asegura que el Targum que parece ser verdaderamente de Jonathan, y es el que comprende los libros de *Josué*, de los *Jueces*, etc., es en realidad una compilacion de versiones más ó ménos antiguas que datan de tres siglos ántes de Jesucristo. ¿Quién dice la verdad? Seguramente, no los judíos. Otro Targum atribuido á Jonathan contiene inauditos anacronismos, por los cuales se denuncia y con qué torpezal á sí misma la superchería. Háblase de los turcos en ese Targum: cosa que me sorprendió al grado de no haber podido ménos que hacerlo observar á mi tío. Indudable era que un autor que hablaba de los turcos no había vivido en tiempo del profeta Zacarías.

Sea lo que fuere respecto de la época en que se escribieron los Targums, un simple compilador no es inspirado. Mas por la existencia de los Targums mismos está demostrado tambien que no es imputable la invencion de la leyenda de Hiram ni á Filaleto, ni á Ashmole, ni aun á la Francmasonería.

Tomás Vaughan conocía el hebreo tan bien y aun mejor que Ashmole; mas no me fundo en eso para sostener que Elías no es el único autor del grado de Maestro. Más aún: creo que no fué sino un colaborador de segundo orden.

En no muy lejano tiempo, en que el H. Goblet d'Aviella todavía no pedía que se me quitara de

en medio, no importaba el cómo—«aquella mujer ha pisoteado sus juramentos más sagrados y no merece ningun género de compasion» (bóveda del 30 de Junio de 1894;—en otro tiempo, digo, en que hablábamos amigablemente, él de su teoría acerca del Fuego, y yo del origen socinista de la Francmasonería, logré convencer al ilustre jefe del Paladismo belga de que la prueba de la paternidad del grado de Maestro está patente en favor de mi antepasado, en el cuaderno interpretativo de Friedrich Helvetius, cuyo original obra en el archivo del antiquísimo capitulo de Rosa-Cruz *Baldwyn*, de Bristol, y del cual original hay una copia auténtica sacada por Teófilo Désaguliers, en el capitulo *Mediterranean*, establecido en Gibraltar bajo la jurisdiccion del Supremo Consejo de Escocia (manuscritos autógrafos de Désaguliers, n° 17). El H. Goblet conocía un documento que era confirmacion de esto y que llegó á tener en su poder, segun me decía, en un viaje que hizo á Indias.

Helvetius, el alquimista, rosa-cruz profundamente simpático para el gran jefe paladista de Bélgica, fué—y esto es incontestable—fué discípulo de Tomás Vaughan, como éste lo fué de Robert Fludd—cosa que tampoco admite réplica.

Ahora bien, Helvetius interpreta en su glosa la leyenda de Hiram de modo absolutamente distinto que como se ha hecho despues basándose en los comentarios personales de Elías Ashmole. Así es como se ha tenido por realista á Ashmole, tan sólo porque le nombró el Rey empleado de contribu-

ciones en Lichfield, lo cual no es razon; y si se hace referencia al escrito personal de Ashmole, Carlos I es el gran maestro asesinado cuya muerte es menester vengar. Mas he aquí la verdad de las cosas: el cuaderno del grado compuesto por mi antepasado y por Ashmole fué recompuesto más tarde por éste solo, ó, para hablar con mayor exactitud, Ashmole confeccionó un cuaderno falso, desnaturalizando el primero y haciendo figurar al Constructor Carlos, á quien alevosamente asesinaron tres compañeros enemigos suyos; y era *doble el fin que se proponía*. Ese falso cuaderno del grado fué confeccionado por Elias cosa de diez años despues de que se formó el verdadero: favorecido por la fecha de la primitiva y positiva composicion (1649, año de la ejecucion de Carlos I), consiguió que se pasara por su superchería, creándose con su engañador trabajo un título de fidelidad cerca de Carlos II en el momento de la Restauracion; amen de que, fechado con fraude de 1649, cuando en realidad databa de 1659 ó quizás de 1660, el falso cuaderno encubría el fondo del simbolismo masónico, velaba el diabólico sentido de la leyenda que forma la instruccion del grado de Maestro.

Sólo que, hoy en día, la Historia misma es la que protesta contra la superchería de Ashmole doblemente interesada!..... Sábese, tiempo ha, que Cromwell era francmason aceptado, como se sabe tambien que perteneció al número, reducido por entónces, de los francmasones de cierta categoría

que al mismo tiempo estaban afiliados á la Fraternidad de la Rosa-Cruz. Sábese por otra parte que en 1649 fué exactamente cuando las logias que contaban en su seno con rosa-cruz ocultistas comenzaron á practicar el grado simbólico de Maestro con la leyenda del asesinato de un arquitecto constructor, cometido por tres malos Compañeros... Y Cromwell, que fué omnipotente desde 1649 hasta que murió (1658), ¿habría tolerado Cromwell que en aquellas logias á que pertenecía él y cuyo elemento ocultista estaba formado por amigos suyos, se conspirara para el restablecimiento del trono? ¿Habría tolerado que se practicara allá un simbolismo, imaginado con el fin de excitar á vengar á su víctima Carlos I?... Fuerza es no tener capacidad alguna de reflexionar para admitir semejante cosa, siquier sea por un momento.

Bien pudo creer todas estas cosas Carlos II y otorgar su favor al astuto Ashmole; y se comprende que así haya sido, porque todavía entónces ignoraban los pueblos y los reyes el verdadero trabajo subterráneo de la Rosa-Cruz socinista, y *à fortiori* el de la Francmasonería filosófica naciente, puesto que aún no se conocían ni la parte que tomaba Cromwell en los trabajos de las Logias, ni la fuerza secreta que sacaba de ellas. Hoy, empero, recibir á lo serio el falso ritual de Ashmole que versa acerca del asesinato del Constructor Carlos, sería imperdonable sencillez.

Demás de esto, ahí está, en el Capítulo de *Baldwyn*, de Bristol, el cuaderno interpretativo de Miss Vaughan.—T. I — 35.

Friedrich Helvetius, como tambien está la copia auténtica de Désaguliers en el Capítulo *Mediterranean*, de Gibraltar. No lo ha de negar el Sapientísimo Presidente de este último Capítulo, que lo es el H. Haynes. En cuanto al Capítulo *Baldwyn*, depende del Supremo Consejo de Inglaterra, y á quien hay tambien allí que, aun cuando quisiera, no podría negarlo, á saber: el H. Hugh-David Sandeman, gran Secretario general del Supremo Consejo dicho. Sandeman fué quien escribió de su puño la copia que tuvo en sus manos el H. Goblet d'Aviella cuando su viaje á Indias, y quien la llevó allá cuando pertenecía á la administración civil de Bengala. El taller masónico que actualmente posee aquella copia del H. Sandeman es el Capítulo de Calcutta, que lleva su propio nombre, Capítulo *Sandeman*, y pertenece á la jurisdiccion de Inglaterra, lo mismo que el antiguo Capítulo *Baldwyn*.

Helvetius no da á entender quién de los dos colaboradores de 1649, Filaeto y Ashmole, fué el que extractó de un Targum la leyenda de Hiram; pero sí dice terminantemente que Tomás Vaughan dirigió la redaccion del grado de Maestro y puso la mano en ella.

En cuanto á la interpretacion que da á esa leyenda, dice haberla recibido del mismo Tomás. Y ved ahí la prueba palmaria, la prueba ante la cual no puede uno ménos que inclinarse! Esa prueba está en la interpretacion misma que únicamente *Filaeto*, discipulo de Robert Fludd, pudo ha-

ber concebido, con ocasion de haberse introducido la leyenda de Hiram en el simbolismo masónico.

Tocamos ya al esoterismo diabólico por excelencia. Concepcion verdaderamente infernal es ese sentido repugnante que se da al supuesto asesinato de Hiram, seguido de su tambien supuesta resurreccion.

Nada nuevo tengo que enseñar al lector católico que ha estudiado ya á fondo el simbolismo masónico, pues conoce la interpretacion que acabo de indicar, por haberla publicado varios autores antimasones; pero él me servirá de garantía para con los demás lectores. Fuerza es recordar esa interpretacion, ya que en seguida habré de decir y dejar bien definido el lugar en donde se fué á inspirar Filaeto: hecho lo cual, cada quien sacará por consecuencia que nada tuvo que ver, absolutamente, Ashmole con la introduccion de una leyenda que contiene velado semejante sentido esotérico.

Voy á resumir en pocas palabras la parte capital de la iniciacion al grado de Maestro.

El recipiendario da un paso hácia un ataúd, y después de oír la relacion de un crimen del cual casi es acusado como uno de sus autores, comienza á ser juguete del Muy Respetable y de los otros miembros de la logia. Al terminar el relato, se le da un golpe que representa el que se le dió á la víctima, y violentamente se le acuesta en el ataúd hácia el cual se le ordenó que diera un paso; se le hecha una mortaja encima; y se le pone una rama

de acacia á la cabeza. En ese momento, el candidato representa á Hiram, enterrado al pie de una colina en el monte Libano. Van y vienen por ahí varios hermanos dando interminables vueltas, figurando á los buenos masones constructores del templo de Salomon que buscan el cadáver de su arquitecto mártir, hasta que reparan por fin en la rama de acacia, y ésta conduce junto al recipiendario que está haciendo el muerto. Entónces se le quita el paño negro, inclinase el Muy Respetable hácia el seudo-cadáver, tira de él para hacerle que se ponga en pie y una vez en esa actitud, iluminase repentinamente la sala con vivísima claridad y todos á una voz lanzan gritos de alegría. El recipiendario sabe en aquel momento que él es Hiram resucitado y... acabó la farsa.

El orador de la Logia expone en una larga arenga la leyenda del arquitecto tirio y somete al juicio del nuevo Maestro varias interpretaciones de ella, las unas de apariencia astronómica y las otras de órden político; declarándosele además que todavía hay otras interpretaciones históricas, científicas y filosóficas cuyo descubrimiento queda á cargo de su inteligencia.

La leyenda de Hiram es, efectivamente, un manantial inagotable de interpretaciones. Por lo demás, muchas de ellas, aunque distintas, no por eso se contradicen, y todas tienden al mismo fin de echar abajo la creencia en la verdad divina y á sembrar el odio á la Iglesia de Jesucristo. No es pues, Dios, sino Satan, el que inspiró al autor del

Targum de donde se sacó aquella proteiforme leyenda. En este particular, es en el que los rabinos talmudistas han coadyuvado para la fecundacion del huevo malsano y maldito del cual salió la Francmasonería.

Hay entre esas interpretaciones una que fué oficial desde que la imprimió Alberto Pike, y contra la cual se me llenaba de desagrado el corazón. Para mí, ella empañaba en extremo la gloria de mi antepasado; y más de una discusión sostuve sobre ella misma con mi padre y con mi tío, quienes viendo que no me podían convencer, cedían un tanto, me abrían la *Historia metafísica, física y técnica del uno y del otro mundo* de Robert Fludd, hasta que por fin contra éste que no contra Filaleto, iba á dar toda mi repugnancia.

Aquella interpretación esotérica es la que en sublogias se conoce con el nombre de "teoría de la generación y de la putrefacción."

Lector: imítame, sobreponete á tu propia repugnancia; fuerza es que exponga yo, fuerza que tú leas la relación de aquellos perversos sueños fruto de una imaginación endiablada.

Enterrado Hiram en el Libano, pudrióse en el humus del otero donde se plantara la rama de acacia, descompúsose su cadáver. "¡Mac Benac!" acaba de exclamar el Muy Respetable: palabras que se traducen por "la carne deja al hueso." Este fenómeno de la descomposición arrebatada de entusiasmo á la Francmasonería, y ébrios de placer se hunden los hijos de la Viuda en el exámen de aquella putrefacción del cadáver.

¡Y luego, las extraordinarias reflexiones á que se entregan con tal motivo!...

La putrefaccion es necesaria, dicen ellos, para la generacion. Ved, si no, lo que acontece con el grano de trigo: una vez sembrado, se pudre, y al podrirse nace la espiga, y los granos de trigo se multiplican. Evidentemente que tal es lo que con el trigo se verifica; ¿pero qué relacion puede haber entre el grano de trigo y el cadáver humano? ¿Dónde está el hijo que, desde que el mundo es mundo, haya nacido del cuerpo paterno putrefacto ya? ¿Qué sepulcro ha podido producir una cuna?... — ¡Puff!

Sin embargo, esa es la absurda comparacion que traen á cuento los oradores de las Logias en las arengas que enderezan al estupefacto recipiendario. La cosa es oficial, es de rito; y si no, véanse las diversas arengas que corren por ahí impresas, véase la *Leyenda Magistralia* de Pike.

En cuanto al fondo, aquella tan absurda como repugnante comparacion tiene por objeto herir vivamente la imaginacion del iniciado, con el fin esencialmente luciferiano de abrir á los ojos de su alma un horizonte en el cual pueda descubrir el satánico sistema de la doble divinidad. Trátase de recordarle que el Dios de los cristianos condenó á muerte á Adan y á Eva, lo mismo que á su descendencia. Adonai, el Dios de los cristianos, es el autor de la muerte, es el principio destructor; en tanto que Lucifer, cuyo nombre todavía no se oye en el grado de Maestro—que en la leyenda hirá-

mica limitanse á llamarle *Eblis*,—es el autor de la vida, el principio creador.

Ahora bien: Lucifer tiene que triunfar de Adonai, y él es, de los dos dioses rivales, el Altísimo más alto, el *Excelsus Excelsior*. Al imponer Adonai la muerte á la humanidad, ya el otro había respondido de antemano enseñando las leyes de la reproduccion á Eva, quien á su vez se las enseñó á Adan. De ese modo la humanidad no perecerá, sino que eternamente estará burlándose del odio del Dios Malo. «Sembrad todo cuanto podais, dijo Satan, echad el grano de trigo allí donde está destinado á germinar, que su putrefaccion dará la generacion.»

Tal es la glosa masónica. Todo ese repugnante absurdo de *Mac-Benac* del cadáver descumpuesto de Hiram y de su resurreccion, de la fábula del grano de trigo despachada por el orador en forma de comentario; todo eso es para excitar al libertinaje so pretexto de salvar á la humanidad, condenada á muerte por Adonai. Entónces cubre con su velo el simbolismo el refinamiento de la obscenidad. La fosa en que se arroja á Hiram, á quien se toma por cadáver y por simiente á un tiempo mismo, da su nombre á la Logia, que en este grado se llama «la Cámara del Medio,» como puede verse en cualquier ritual del grado masculino de Maestro. Y la manzana del Edén donde Lucifer-Eblis dió la primera lección á Eva; esa manzana se torna á su vez el símbolo que debe ser para los Hermanos Masones objeto de toda su pre-

dileccion y la Masoneria le da el nombre de «Arbol del Medio,» como tambien puede verse en cualquier ritual del grado femenino de Compañera. Sí, todo esto es verdaderamente fétido; mas yo no lo podía pasar por alto.

¡Pórdónamelo lector!

Y bien! ahora hago una pregunta á la cual voy á responder yo misma, pudiendo censurarse la exactitud de la contestacion que diere. Entónces se tendrá la prueba de que el verdadero autor del grado de Maestro es, entre los dos colaboradores de 1649, el que era discípulo de Robert Fludd.

Pregunta:—¿Quién es el inventor de la teoría de la generacion por la putrefaccion?

Respuesta:—Robert Fludd.

No es cosa difícil de hallar su libro, *Utriusque cosmimetaphysica, physica atque technica Historia*, que se imprimió en Oppenheim en 1617, y figura al frente de la coleccion de las obras de Fludd, coleccion que obra en las principales bibliotecas científicas.

Ese es el tratado en que, henchido el cerebro con las quimeras de Paracelso, de Hermes Trimegista y de Cornelius Agrippa, el famoso médico rosa-cruz expone el sistema del arquetipo, del macrocosmo y del microcosmo. Divide el Universo en muchos mundos, que se resumen finalmente en tres: el *arquetipo*, que es la divinidad y sus diez manifestaciones (escrita, como lo fué, esta parte en una época en que habría sido peligroso para el autor afirmar en público su luciferanismo, tiene

una interpretacion esotérica); el *macrocosmo*, que es el mundo, imagen y emanacion de la divinidad, mundo compuesto de tres regiones: la region em-pírea, donde ordinariamente residen los espíritus celestiales (demonios y maleakhs); la region etérea, ó region estelar, cielo de las estrellas fijas, y la region elementaria, subordinada á la anterior y ocupada por la tierra y los demás planetas conocidos hasta el tiempo de Fludd; y el *microcosmo*, ó sea mundo pequeño, que no es otro que el hombre, el individuo humano que representa como un compendio de todas las partes del macrocosmo, es decir, del gran mundo. E impulsado por la manía que en todas las cosas le obligaba á descubrir leyes idénticas y analogías, Robert Fludd, que encontró en la region elementaria del macrocosmo la ley de la generacion por la putrefaccion de las simientes del reino vegetal, sacó de allí por el más insensato de sus errores de analogía extremada, esta conclusion absurda, estúpida, pero de verdadera inspiracion diabólica: «La misma ley se aplica al reino animal, y en particular al hombre, al microcosmo.»

Luego Tomás Vaughan, que no Ashmole, de veinte años de edad apenas cuando Robert Fludd murió en Lóndres (1637), era discípulo del mismo Fludd. Ashmole preparaba en aquel año su recepcion de abogado, título que llegó á obtener en el siguiente. Tomás Vaughan tuvo cerca de los principales de la Rosa-Cruz un protector en Fludd, con cuyos manuscritos se quedó á su muerte y á

Miss Vaughan.—T. I.—36.

quien profesó la más grande veneracion. Por otra parte, Helvetius recibió, no de Ashmole sino de Tomás Vaughan, la interpretacion esotérica de la leyenda de Hiram, y asegura, sin lugar á equivocacion y sin restricciones, que Tomás Vaughan dirigió la redaccion del grado de Maestro y áun escribió algo de ese mismo grado. Además, la interpretacion esotérica que da el propio Helvetius, expresando haberla recibido de Filaleto, maestro suyo en alquimia, reproduce exactamente la teoría de la generacion por la putrefaccion, teoría de Robert Fludd, maestro de Tomás Vaughan.

¿He dado ya la prueba? . . .

Demás de esto, el cuaderno del grado de Maestro que por sí solo escribió Elías Ashmole es aquél donde para nada se habla de Hiram, sino del constructor Cárlos.

Mas ¿por qué no se conocían ya estas revelaciones que hago? ¿Por qué la necesidad en que me he visto de entrar en estas explicaciones ántes que ocuparme en convencer á altos masones eruditos, tales como el H.: Goblet d'Aviella, por ejemplo?

Porque en la série de ellos, uno de los rosa-cruz ingleses que en 1717 cooperó á la manifestacion oficial de la Francmasonería, quiso apropiarse la honra—¡triste honra!—de haber introducido él la leyenda de Hiram en el simbolismo masónico.

El verdadero cuaderno del grado de Maestro, el mismo que escribió Ashmole bajo la direccion de Tomás Vaughan, fué destruido despues de vuelto á copiar y de plagiado. El plagiario lo fué el

ministro protestante James Anderson, amigo íntimo de Teófilo Désaguliers, que fué á la vez gran maestre tanto de la Rosa-Cruz como de la Francmasonería. Désaguliers sintió más tarde el remordimiento de haberse prestado para aquel plagio, y por esa razon, considerando que el manuscrito de Helvetius (archivo del Capitulo *Baldwyn*, de Bristol), era la única prueba de la verdad y podía ser tambien destruido, sacó de su propio puño una copia auténtica, la misma de que hablé más arriba diciendo que obra en el Capitulo *Mediterranean*, de Gibraltar.

En cuanto al plagio de Anderson, existe aún en manuscrito autógrafo; con el número 107 forma parte de la biblioteca particular del Duque de Lusse, que en 1813 sucedió á Georges, príncipe de Gáles, como gran maestre de la Logia de Inglaterra, y esa coleccion privada se legó y se encuentra en la actualidad en la Gran Logia de Inglaterra, al Marte Masons' Hall, Great Queen-street, en Londres.

Convencida como lo estaba yo de que mi antepasado fué nada ménos que el fundador de la Francmasonería tal como hoy existe y el principal ejecutor del plan de Fausto Socino, aquella irrefutable prueba, que consiste en su redaccion del grado de Maestro y que expuse en muchas conferencias triangulares, empañaba como con negra nube la admiracion que sentía yo por Tomás Vaughan. Entónces, me limitaba á citar el manuscrito de Helvetius sin entrar en ninguno de los pormeno-

res que me repugnaban. Y pues que me costaba trabajo ver que menguara la gloria de Filaleto, echaba yo, allá en mis adentros, todo mi sentimiento repulsivo sobre Robert Fludd, el autor de la fangosa proposición.

Otra nube me parecía también el recuerdo de la misión que se le confió á Francesco Borri, y en ello no podía yo ménos que ver como culpable, no á Tomás Vaughan, sino á Valentin Andreae. Todavía lo sigo creyendo así, á pesar de la carta de Bebenhausen, ya citada, y aún cuando de sus términos aparezca que el gran maestro Valentin se habría limitado á dar su consentimiento. En todo caso, tampoco se dice explícitamente en la tal carta que el proyecto haya emanado de Filaleto mismo.

De lo más extraña fué la misión que se le confió á Francesco Borri, y véase á lo que se reducía: á desacreditar al catolicismo con un celo llevado hasta el extremo. Consistía, pues, su misión en la deslealtad. Privadamente, Borri pertenecía á la Rosa-Cruz. Estos modos de proceder son indignos, y siempre los he condenado yo.

Quién haya sido el portador para Borri del proyecto formado por los principales de la Fraternidad, cosa es que se ignora. Tampoco sé la fecha exacta en que se le afilió.

Aquel hombre fué muy inmoral en su juventud. ¿Quién le reclutó? También lo ignoro. Sin embargo, se le quiere representar como hombre adornado de virtudes al tiempo en que se fué á alistar bajo la bandera de Lucifer como alquimista de la

Rosa-Cruz; pero es indudable que lo que en realidad había en él, era hipocresía para desempeñar mejor el papel que le había tocado. Nunca llegó á confesarse satanista, ántes bien siempre hablaba á las turbas en nombre del arcángel San Miguel, quien le había remitido, decía, una espada maravillosa, forjada en el mismo cielo.

Afectaba tener gran devoción á la Eucaristía, sosteniendo que no sólo Cristo, sino también la Santísima Virgen, á quien suponía él una naturaleza divina, estaba presente en la hostia consagrada. La Virgen, decía él, fué concebida por Dios Padre, y concebida por inspiración; de modo que la hacía ser casi igual á la primera Persona de la Santísima Trinidad, poniendo por otra parte al Hijo y al Espíritu Santo en una esfera inferior. Todo esto no era más que trastorno completo del dogma del catolicismo.

Tales eran las predicaciones á que se entregaba, fiel á la consigna de los jefes de la Rosa-Cruz.

A muchos logró engañar en ellas, y hasta logró también turbar la paz de la Iglesia, en Italia. Con tal motivo, el Santo Oficio dispuso que se le persiguiera; pero consiguió escapar, auxiliado por los socinistas italianos, que le facilitaron los medios de poder llegar á Estrasburgo y de allí á Amsterdam, donde se le hizo un entusiasta recibimiento por sus cofrades los rosa-cruz. Es de notarse también su estancia en Hamburgo y en Copenhague: aquí escribió unas cartas acerca de la manera de preparar la piedra filosofal. Pero donde se

detuvo más, fué en Suecia; allí, gracias al apoyo moral de Lodwijk Van Geer, alcanzó el favor de Oxenstiern y trasegó gruesas cantidades á la Reina Cristina, que ántes de su conversión creyó por algún tiempo en el poder sobrenatural de los misteriosos cabalistas y alquimistas, sin maliciar empero nada de su satanismo.

Todavía tuvo otras mutaciones Borri á través de Europa, sembrando por doquiera, mensajero de la Fraternidad socinista, el odio á la Iglesia.

Eilaleto cuenta que aquel tenía como esposa una salamandra, á la cual llamaba Elkbamstar.

«Un día, el hermano Borrus nos anunció que nos iba á presentar su esposa. Mandó cerrar todas las puertas de la casa, un edificio viejo construido en Colonia sobre fundaciones romanas, donde muchas veces me hospedé al pasar por allí.

«Tomó una redomita de cristal que siempre llevaba consigo, y destapándola derramó en el suelo el contenido. Ese contenido era sangre; pero tal parecía que la redoma no se podía agotar, porque de ella salía la sangre á gruesos borbotones, hasta inundar la sala por momentos, en términos de que se nos bañaban los piés en aquel rojizo líquido.

«Nuestro hermano se acostó entónces en la sangre y se puso á batirla con las manos, haciéndola saltar por su rededor al mismo tiempo que agitaba la redomita, de cuyo interior salía una voz. Coagulada por fin repentinamente la sangre, se aglomeró produciendo una forma viviente. La cabeza y el tronco eran de una mujer muy

hermosa; pero en la parte inferior venía á terminar en una inmensa cola de lagarto. Aquella figura era la salamandra Elkbamstar con cuatro patas provistas de zarpas. Era color de fuego claro, y luminosa.

«Levantóse como un individuo, y el hermano Borrus nos dijo:

«Hé aquí á mi "esposa."

«La salamandra dijo, á su vez:

—«Buenos hermanos: yo le escogí, no veais con celo su felicidad, puesto que también vosotros teneis goces celestiales. Amo á Borrus que "se ha entregado á mí por toda la eternidad."

«El hermano Igniculus dijo:

—«Hermosa y buena Elkbamstar: dadme noticias de Goemon, que me es infiel. La sílfide no "responde á mis invocaciones, cuando quisiera yo "consultarle."

«La salamandra dijo á Igniculus:

—«Si Goemon no ocurre á tu llamado, es porque dejaste volar el pié de chivo que te dejó. "¿No es verdad?"

«El hermano Igniculus inclinó la cabeza y respondió:

—«Siete meses he estado llorando por la pérdida del pié de chivo. ¿No basta eso?"

«La salamandra se puso á reír.

—«¿Es menester que aún lllore otros siete meses?"

«La salamandra prosiguió en su burla, pero agregó:

—“No necesitáis llorar más. Rompe un crucifijo por la noche al caminar, y la silfide se te aparecerá de nuevo.”

“En seguida la salamandra, lanzándose sobre Borrus, le estrechó entre las patas, y comenzó á correr la sangre de nuestro hermano, pero Borrus gritaba:

“¡Todavía más, todavía más! que viendo estoy á nuestro dios, que me abre el cielo.”

“Todos vimos al punto, deslumbrante de claridad, una palma de fuego que se balanceaba en el espacio por encima de nuestra cabeza.

“En tanto que Borrus, dando alaridos de dolor, forcejeaba con la salamandra, ésta, sin soltarle de entre sus garras recogía en la redomita la sangre que manaba de las heridas de aquel hombre. Por fin, se detuvo; pero nuestro hermano, que parecía gozar en su propio sufrimiento, rogábase que continuara desgarrándole las carnes con las zarpas.

“Entonces le devolvió la redoma, comenzó á lamerle las llagas con su lengua de fuego y por momentos quedaron cicatrizadas.

“Después la vimos ir disminuyendo poco á poco de volúmen y achicándose más y más, y que en ménos de un minuto progresivamente llegó á hacerse menor que el dedo meñique de nuestra mano, y tan pequeña, en fin, que apenas si la distinguíamos, sin dejar de brillar para nada, llegando á semejar una chispa, hasta que la perdimos de vista completamente. Acababa de desaparecer.

“El hermano Borrus nos dijo que siempre se verificaba de aquella suerte la aparición de su esposa Elkbamstar, cuya sangre era la que guardaba en la redoma, y que al derramarla aumentaba en cantidad y servía para que tomara forma la salamandra.”

Nunca, en sus predicaciones, hacía alarde Francisco Borri del comercio que mantenía con los demonios. Más tarde, confesó que era alquimista; pero ahí paró todo.

Al cabo de multitud de incidentes, de una vida nómada muy activa para el mal, aquel aventurero acabó por ser aprehendido y entregado al gobierno pontificio; habiendo muerto en la prision el año de 1685.

También Tomás Vaughan fué gran viajero, pero siempre astuto, lo bastante para no perder su libertad.

Al siguiente año del en que compuso el grado de Maestro, comenzó á publicar sus obras de alquimista rosa-cruz. Las cuatro primeras son bastante conocidas por su título, á saber:

- 1.º *La Anthroposophia theomagica;*
- 2.º *La Magia adamica;*

Estas dos primeras se publicaron en 1650, y están completamente destinadas á obras de magia presentadas bajo un aspecto científico;

- 3.º *Lumen de Lumine,* impresa en 1651;
- 4.º *Aula Lucis,* impresa en 1652;

En estas dos últimas, es en las que mejor se trasluce el carácter luciferiano del autor; y tan

apreciadas son en el ocultismo paládico, que dos Triángulos, uno de Alemania y otro de Bengala, adoptaron los títulos de las mismas.

El mismo año en que se publicó la *Anla Lucis*—y fué limitada esa publicación,— murió el pastor John Cotton, que tan buena acogida le dió á Filaleto en su primer viaje á América.

Cuenta mi antepasado que muchas ocasiones se le apareció el difunto en forma de espectro, visible, pero intangible, y sin hablar.

Filaleto le hacía preguntas que se podían contestar afirmativa ó negativamente, y, en efecto, el fantasma respondía "sí" ó "no," con un movimiento de cabeza.

En 1654, murió Valentin Andreæ con los honores de la prelatura protestante, en Stuttgart. Nunca llegaron sus contemporáneos á tener idea del papel que aquel hombre desempeñó en Europa al frente de la rosa-cruz socinista; buen tiempo, muchos no tuvieron sus obras en que daba á conocer la existencia de la Fraternidad, más que como soflama y sátira de la magia y de la teosofía. Poco, muy poco empezó á hacerse la luz con respecto á él, del siglo XVIII en adelante. El francmasón Herder, el continuador de Lessing, el gran amigo de d'Alembert y Diderot, fué el primero que, como perfecto iniciado, dió á entender en sus *Ideas sobre la filosofía de la historia de la humanidad*, que Valentin Andreæ no era lo que estaban creyendo que había sido; y opina que tres de las obras del capellan del Duque de Brunswick-

Wolfenbittel (la *Reipublica Christianopolitane descriptio*, el *Turris Babel judiciorum de Fraternitate Rosaceæ-Crucis chaos* y la *Cristiana Societatis Idea*) dan ideas suficientemente claras sobre la organización, no como simple proyecto, de una sociedad secreta destinada á destruir la Iglesia romana; y juzgando desde el punto de vista doctrinal, el mismo Herder dijo: "Valentin Andreæ expresa en sus libros verdades que hoy apenas si nos atreveríamos á expresar nosotros, por más que hayamos adelantado un siglo."

Tomás Vaughan se hallaba en Amsterdam cuando ocurrió la muerte del gran maestro de la Rosa-Cruz.

Es digno de copiarse, y traduzco textualmente, lo que cuenta que aconteció entónces:

"Hallábame destilando extracto de nitro, y veía cómo se desprendía y se elevaba el rojo vapor de esa sustancia, cuando de repente caí al suelo y lancé un grito, no sabiendo lo que me sucedía. "Todo acababa de desaparecer en torno mío, de modo que cuando me levanté, la pieza donde estaba yo apareció vacía y aparecieron desnudas las paredes. Oí un inmenso clamor, lejano al principio, pero que poco á poco se fué acercando, y ví que se alargaban las paredes, y me encontré yo solo en medio de un vastísimo salon que todavía se ensanchaba por todos lados, ménos en cuanto á la altura.

"Entónces se me apareció una águila llevando

en el lomo al hermano *Minutatim*, de quien sabía yo que estaba en Suecia; en seguida un leon con alas, montado en él el hermano *Serenus*, que sabía yo estaba en Silesia, y por último, un toro con alas también, llevando al hermano *Procubans*, que se hallaba, según sabía yo, en Inglaterra.

(Con el nombre de *Minutatim*, Filaleto designa al hijo del baron Van Geer, que sucedió á su padre en la Rosa-Cruz, y se llamaba, como él, Luis, el mismo Luis Van Geer, que fué profesor en el Colegio de Minas de Stockholmo; con el nombre de *Serenus* designa á Komenski, y á Henry Blount, con el de *Procubans*).

«Llenos de admiración estaban de verse en semejantes monturas, y poco despues me contaron que instantáneamente habían sido arrebatados en el punto mismo en que había yo caído en tierra. «Se habían abierto las paredes para darles paso, y en el acto se habían vuelto á cerrar.

«Más todavía: luego que volvieron en sí de su asombro mis tres hermanos, se desvanecieron el águila, el leon alado y el toro alado y, quedando en pié *Minutatim*, *Serenus* y *Procubans*, vieron á su lado á tres demonios de alta estatura y de marcial belleza. Llamábanse: *Leviathan*, *Cerbero* y *Belphegor*.

«Yo me encontré sentado en un sillón de acero. Acercáronse los tres demonios, y me besaron la mano izquierda.

«Escucháronse de nuevo fuertes ruidos con

truenos de rayo, y repentinamente se desbordó gran multitud de demonios que llegaban en espesas é incontables nubes llenando por completo aquel vasto salon.

«Todos ellos me gritaban:

—«¡Salve, Filaleto! ¡Héte aquí soberano maestro de la Fraternidad! ¡Salve! ¡Tus obras serán «gloriosas! ¡Salve, Filaleto, salve!»

«El hermano *Serenus* preguntó si ya había muerto el gran maestro.

—«Sí, respondió *Cerbero*, y el reino de nuestro «gran maestro divino está de fiesta. Hemos sido «enviados nosotros para reconocer y saludar al «nuevo soberano maestro de la Fraternidad, al «cuarto sucesor del patriarca Fausto. Legados «suyos sois vosotros tres; presentadle vuestro ho- «menaje.»

«Uno despues de otro se acercaron á mí y me besaron con respeto la mano izquierda, tal como lo acababan de hacer los demonios. El homenaje de aquellos tres me enorgulleció, principalmente el del hermano *Serenus*, que era un anciano de más de sesenta años.

«*Cerbero* se dirigió á los demás demonios de orden inferior que llenaban el salon, diciéndoles:

—«Vosotros, fieles espíritus, rendid también ho- «menaje.»

«Todos se precipitaban é iban besándome la mano.

«Luégo que concluyeron de rendir su homenaje, dijo con voz fuerte *Leviathan*:

— «Antes de volver al reino celestial de donde venimos, celebremos el advenimiento de Filaleto, ¡regocijémosnos!

«Los hermanos Serenus, Minutatim y Procubans se pusieron junto á mí en orden, situándose hacia atrás Cerbero, Leviathan y Belphegor. Ensanchose aún el salón en su latitud, creciendo también en altura considerablemente, en tanto que se llenaba de un suave perfume el aire, apareciendo suspendidos en él globos de fuego que despedían apacible claridad. En aquel momento aparecieron miriadas de sílfides, y comenzó un baile general de todos los espíritus fieles.

«Las paredes se revistieron de arpas que vibraban por sí solas. Trompetas, platillos, flautas, pifanos, *olifantes*, *pictitos* (1), violines y campanillas de plata, agitábanse en lo alto, produciendo todos esos instrumentos un conjunto armónico, resultado del sonido propio de cada uno de ellos.

«Demonios y sílfides enlazados, danzaban en alegre torbellino, sin tocar para nada el suelo, entregándose á las más graciosas evoluciones del baile, en tanto que los gnomos con cascabeles en las piernas se volcaban unos á los otros cayendo y levantando con los saltos y cabriolas que daría el bufon (*cum mimorum saltationibus*).

«Concluyó la fiesta con exclamaciones de júbilo en que prorrumpieron todos en honra mía. De-

(1) Subrayamos estas dos palabras, por no tener equivalentes en castellano sus originales *olifant*, *pictite*.—*N. T.*

monios, sílfides y gnomos se retiraron con gran zambra, y mis tres hermanos fueron arrebatados por Leviathan, Cerbero y Belphegor, que se transformaron de nuevo en águila, toro y león alados.

«Mi laboratorio volvió á lo que era ántes del acontecimiento, y yo torné á mis ocupaciones.»

Tomás Vaughan da en una de sus cartas, «que sólo deben leer los magos,» instrucciones complementarias acerca de Van Geer el hijo.

Asegura que gozaba de un privilegio singular merced al poder de Leviathan su protector.

El jóven profesor de Stockolmo, al decir de Filaleto, se hacía pedazos á voluntad, para demostrar á sus hermanos su importancia de mágico. Pronunciaba ciertas palabras del idioma de los demonios, y al punto se le desmoronaba el cuerpo en pequeñísimos fragmentos, sin efusión de sangre. Reunían todos aquellos restos humanos, y echándolos en un saco, llevaban el saco en un broquel antiguo, dando vueltas con él al rededor de un círculo que trazaban en el centro de la pieza. Entónces se aparecía Leviathan dentro de aquel círculo, y á la séptima vuelta del consabido saco, agitábase éste saliendo el mágico de él ya con el cuerpo completamente reconstituido como ántes. Tal vez por este motivo se le ha de haber llamado á Van Geer en la Fraternidad, *Minutatim*.

En cuanto á Henry Blount, en un momento vamos á ver lo que declaró Lucifer que le concedería en la persona de su segundo hijo.

Filaeto publicó su *Euphrates* en 1655, y al siguiente año se retiró Komenski á Holanda, haciendo Tomás Vaughan á Amsterdam la Capital de la Rosa-Cruz socinista.

Y véase aún en esto la prueba de que mi antepasado es el verdadero *Eireneus Philatethes*. En 1656, ó sea al tercer año de su maestrazgo, fué cuando emprendió publicar las obras de Fausto Socino en Amsterdam. Las del patriarca de Lucavia dieron principio á la série de la que se llamó *Bibliotheca Fratrum Polonorum*, biblioteca que se compone de ocho gruesos tomos en folio, el I y el II de los cuales contiene los escritos de Fausto. Ahora bien, es un hecho fuera de duda y que todos reconocen, que aquella impresion se llevó á cabo en Amsterdam; de modo que, conforme á la costumbre de aquellos tiempos, la Biblioteca de los Hermanos Polacos contiene, como lugar donde se imprimió, un seudónimo de ciudad. ¿Y cuál es el seudónimo que se ve en la portada de aquellos tomos?—*Eirenaopolis*, es decir la ciudad de Eireneus, la ciudad de Filaeto, la Capital de la Fraternidad, la ciudad á la cual daba su nombre el gran maestro.

En 1659, Tomás Vaughan publicaba en inglés la *Fraternity of R. C.*, y en 1664 la *Medulla Alchimia*. Despues, en 1665, mandó imprimir Komenski en Amsterdam su infernal obra *Lux in tenebris*, de la cual hablé ya alguna cosa.

Aquel año merece una mencion especial.

Blount tenía entónces el segundo hijo, á quien

puso por nombre Cárlos, entónces tambien de once años de edad. Su nacimiento se verificó el mismo año en que Filaeto sucedió á Valentin Andreæ.

Henry Blount se dirigió á Amsterdam y presentó al niño con el gran maestro, quien delante del padre y de Komenski consagró al niño Cárlos al dios de la Rosa-Cruz, evocando á Lucifer, que se apareció y dijo á los Magos que el alma de Valentin pasaba al niño.

—«Me ha pedido hoy Valentin que le deje volver á vivir en la tierra para ver su obra, expuso el impostor supremo. Yo ilumino al hijo de Pro-cubans (Henry Blount), y ese niño tiene hoy dos almas. El será el sucesor de mi amadísimo Filaeto.»

Finalmente, en 1667, se resolvió Tomás Vaughan á publicar el *Introitus Apertus*, su obra principal, que tenía escrita desde la edad de treinta y tres años. Recuérdese que esto así se expresó terminantemente al principio del libro, y que esa importante mencion fija el año en que nació mi antepasado, contra lo que inexactamente aseguró d'Alibone.

A principios de aquel mismo año, y hallándose Filaeto en la Haya, fué cuando convirtió al ocultismo al famoso médico Helvetius, de quien descendía el otro Helvetius, amigo de Voltaire. Y véase una conversion luciferiana que derrama nueva luz en el pretendido escepticismo de aquellos famosos filósofos del siglo XVIII, algunos de los cuales afectaban tambien ser ateístas!

Miss Vaughan.—T 1.—38.

Y, ante todo ¿quién era el primer Helvetius de que se tiene noticia, aquél que fué discípulo de Tomás Vaughan?

Su verdadero nombre era Johann-Friedrich Schweitzer, que llegó de la Suiza alemana á Holanda, punto que escogió para el ejercicio de su profesión, y entónces se llamó *Helvetius*. Como médico de cabecera del príncipe d'Orange, gozaba de gran consideracion, y llegó á obtener tambien el título de médico en jefe de los Estados Generales. Era hombre de gran saber (1). Tenía cuarenta y dos años de edad cuando se ligó con Filaleto.

Helvetius era enemigo declarado de la alquimia. En 1650, criticó vigorosamente á dos de sus cofrades que se ocupaban en el asunto de la piedra filosofal y del elixir de larga vida, y entónces publicó en Francfort, contra los adeptos, una obra intitulada *De alchymia opuscula comptura veterum philosophorum*. Más tarde, escribió tambien contra el caballero Digby, rosa-cruz, y su polvo simpático, del cual se burló grandemente. Fué menester, para hacerle cambiar de ideas por completo, que se encontrara, como se encontró, con Filaleto.

Véase la manera como cuenta la aventura en su *Vitulus aureus* (Amsterdam, 1667):

«El día 27 de Diciembre de 1666, recibí en la

[1] Su hijo Adrian Helvetius, abuelo del filósofo volteriano, es conocido por haber introducido en la terapéutica la ipecacuana, cuyas virtudes medicinales había tenido ocasion de comprobar, y con ella hizo una fortuna.

Haya la visita de un extranjero, vestido como individuo holandés, de la clase media, que se obstinó en no dárseme á conocer. Dijome que, atraído por el ruido que había metido la discusion que sostuve con el caballero Digby, venía á presentarme las pruebas materiales de la existencia de la piedra filosofal.

«Efectivamente, despues de una larga conversacion relativa á los principios herméticos, aquel extranjero abrió una cajita de marfil que contenía polvo de una metalina color de azufre, diciéndome que allí había para hacer veinte toneladas de oro (1).

«Le conjuré que demostrara por medio del fuego las virtudes de su polvo; pero fué en vano, y por fin se retiró ofreciéndome que volvería á las tres semanas.

«Al estar reconociendo el susodicho polvo, tuve cuidado de separar con maña unas cuantas partículas que conservé ocultas dentro de la uña y, una vez solo, me puse á hacer inmediatamente la experiencia poniendo á fundir plomo y haciendo la proyeccion. Pero todo se disipó en vapor, sin haber quedado en el fondo del crisol más que plomo y tierra vitrificada.

[1] No nos resolvemos á traducir para hacer: «una gran fortuna», porque si bien significa esto la expresion del original «*tonnes d'or*», el texto trae, antes de esa misma expresion, la palabra *vingt* (veinte,) y, en tal caso, la citada expresion significa una cantidad de metálico, equivalente á 100,000 florines en Holanda y á 100,000 thalers en Alemania. La palabra *tonne* significa tambien «tonelada.»—N. T.

«A las tres semanas volvió á presentárase el extranjero, negándose de nuevo á practicar la operacion, pero me obsequió con un trocito de su piedra, del tamaño poco más ó ménos de un grano de mijo. Y como ya entónces no le oculté que no creia en el efecto que fuera á producir tan pequeña cantidad de sustancia, quitó la mitad el alquimista, diciéndome que la otra restante bastaba para transformar en oro onza y media de plomo; pero me recomendó mucho que en el momento de la proyeccion, cubriese yo con un poco de cera la piedra filosofal para resguardarla del vapor del plomo. En seguida me prometió que volveria al día siguiente para asistir á la experiencia.

«Transcurrió el día señalado sin que se me presentara el extranjero, y como no tuve paciencia para esperarle otro día, puse manos á la obra. Esta vez, la operacion me salió admirablemente. Al cabo de un cuarto de hora de fusion, el metal habia adquirido el color del oro y, una vez colado y enfriado, era una barra de ese metal, cuyo grado apreciaron muy elevado todos los plateros de la Haya.»

Tal es lo que cuenta Helvetius en su *Vitulus aureus*. Maravillado con el resultado de su operacion, dedicóse desde aquel momento á la alquimia, buscando á su vez el medio de producir la piedra filosofal, pero sin hallarle..... hasta el día en que, afiliado en la Rosa-Cruz socinista, fué iniciado por Tomás Vaughan en el 9º y último grado, *Magus*.

Se notará que nada dice Helvetius de haber sabido alguna vez el nombre de aquel misterioso extranjero, y en ninguna de sus otras obras vuelve á citar para nada la extraña aventura de 1666-1667. Sin embargo, todos sus contemporáneos opinaron que el mencionado extranjero no fué otro que Filaleto, porque perfectamente se supieron las relaciones de amistad que mi antepasaño y el médico del príncipe d'Orange mantuvieron. Lenglet Dufresnoy expone esa opinion como muy acreditada; refiérela asimismo Luis Figuier, que no parece poner en duda su exactitud. En todo caso, es un hecho enteramente cierto que Helvetius llegó á ser uno de los adeptos más activos de la Rosa-Cruz, puesto que fué un gran maestre en ella de 1693 á 1709, año en que falleció. Pero las pruebas mismas de la iniciacion que le diera Tomás Vaughan existen en las *Notas* de Filaleto para los perfectos iniciados, *Notas* que Luis Figuier, como francmason ocultista, no debió de ignorar. Pronto volveré á este punto, dando algunos extractos de aquellas *Notas*, particularmente donde enseña sólo á los Magos cómo se obtiene la piedra filosofal, y cómo un rosa-cruz elegido para el último grado puede poseer oro á voluntad. ®

Antes que todo, debo hablar de su más importante obra conocida: el *Introitus Apertus*, respecto de la cual me instruan mi padre y mi tío explicándome todo lo que no pueden comprender más que los elegidos del pretendido Dios Bueno.

Esa obra tuvo gran parte en mi educacion luciferiana.

En el *Introitus Apertus* es donde Tomás Vaughan exclama:

«¡Pluguiese á Dios que el oro y la plata, esos ídolos del género humano, fuesen tan comunes como el humo! Entónces no nos veríamos obligados á ocultarnos, por vernos el mundo como si cargáramos con la maldicion de Caín (sic). Por mi parte, parece que estoy condenado á llevar una existencia errante, como si huyera incessantemente de la presencia del Señor; en una continua incertidumbre, y, por un temor legítimo, me veo en la necesidad de privarme de la compañía de mis antiguos amigos. Y cual si fuera yo perseguido por las Furias, en ninguna parte me creo seguro, sino que, á semejanza de Caín, me veo obligado á levantar la voz al cielo y pedirle á mi Dios que me proteja, diciéndole con dolor: "¡Los que me descubran me causarán la muerte!"

«Errando de reino en reino, sin lugar fijo donde residir, apenas si me atrevo á pensar en mi familia, que tan léjos de mí se halla, y aunque todo lo poseo, estoy obligado á contentarme con poco. ¿Dónde está pues, mi felicidad? Ninguna tendría, si no me hubiese dedicado á hacer triunfar una idea, idea que, por cierto, me llena de satisfaccion.

«Los que no conocen nuestro Arte á la perfeccion, alucinanse con lo mucho que habían de hacer si lo supieran. Lo mismo creí yo en otro tiempo; empero los peligros por que he tenido que pa-

sar me han obligado á ser más circunspecto. Véase por qué he tenido que buscar el camino más secreto para llevar á término feliz mi mision. Todo aquel que se ha visto en peligro de morir y ha podido escapar de él, se vuelve más prudente para el resto de su vida.»

Hablando de las curaciones que hizo, dice:

«Tanta corrupcion he visto en el mundo, que, aun entre los que pasan por honrados, con dificultad se hallará uno que no lleve por delante la idea de obtener una ganancia sórdida ó algun vil interés. Ni aun en las obras de misericordia seria posible hacer, sin peligro de muerte, únicamente lo que se desea, como he tenido ocasion de experimentarlo no mucho há en países extranjeros donde me aventuré á ministrar algun medicamento á moribundos desahuciados por los médicos ó á otros enfermos reducidos á la última miseria y ví que por una especie de milagro recobraban la salud. Por momentos se esparcía la noticia de semejantes curaciones, y se hacía correr la voz de que ellas se debían al elixir de los Sabios; de modo, que muchas veces me ví en apuros y en el caso de disfrazarme, de mándarme rasurar la cabeza para ponerme peluca, de cambiarme el nombre y salir furtivamente por la noche, sin lo cual habría caído en manos de los picaros ó mal intencionados á quienes la pasion de riquezas impulsaba á sorprenderme, con sólo que se imaginaran que yo poseía el secreto para conseguirlas. Muchos incidentes como esos podría contar de los que me sucedieron.»

El mismo Filaleto refiere tambien en el propio *Introitus Apertus* (capítulo XIII) una malaventura que le acaeció al querer cierto día vender plata de la que había obtenido por modo oculto. Tan puros eran su oro y su plata, que los comerciantes los reconocían como procedentes de alguna operación mágica.

«Tan malos han llegado á ser los hombres que no es raro, á mi juicio, que se haya mandado estrangular á individuos que eran completamente ajenos á nuestra Fraternidad. Bastaba que cualquier energúmeno los denunciara por haber oído decir que gozaban de la reputacion de ser hábiles en nuestro Arte.

«Cansaría yo contando todo lo que por mí ha pasado, todo lo que he oído y tengo que contar á este respecto, en estos tiempos principalmente, más que en ningún otro. Constantemente ha de haber á quien comprometa más y más la alquimia; tanto que si secretamente trabaja álguien en alguna cosa, expónese á ser denunciado inmediatamente como rosa-cruz.

«Cuanto mayores sean las precauciones que se tomen, tanto más se aumentará la envidia y llegarán hasta acusar á uno de monedero falso. Y si se atreve uno á proceder más á las claras, más pronto se le tomará por sospechoso, y con toda seguridad estará perdido, con ser poco extraordinario lo que haga en la alquimia ó en la medicina. Si llegan á verse en su poder algunas barras de oro ó plata muy puros, se ha de querer

saber de dónde las hubo, puesto que los más perfectos en polvo procedentes de Africa ó de Guinea, se hallarán siempre de menor calidad que aquellos, no obstante contenerse en gruesas barras. No será menester más para motivo á la malevolencia de los que murmuren de uno.

«A pesar de su aparente sencillez, son los comerciantes demasiado astutos para no reconocerle á uno. En vano dirán, al jugar á manera de chiquillos: "Venid, que no vemos, pues compramos á ojo cerrado", porque en presentándoseles uno, en un santiamen ven ellos más aún de lo que se necesita para comprometerle á uno con las autoridades.

«Sabido es que nuestra plata es mucho más fina que la venida de cualquier otra parte. La mejor que procede de España excede en poco á la esterlina inglesa; esa plata son los pesos, hasta mal acuñados, que se exportan ocultamente contra las leyes del reino. El que venda, pues, gran cantidad de dinero se traicionará á sí mismo, y si quiere ponerle alguna liga sin ser monedero, correrá peligro de morir, conforme á la ley de Inglaterra, Holanda y de casi todos los países que cuidan de impedir, pena de la vida, que se altere el título de esos metales por nadie que no sean las personas propuestas para ese efecto, ni aun haciéndolo á título del Soberano.

«Esto lo experimenté en mí mismo cuando me presenté como comerciante en un país extranjero á vender mil doscientos marcos de plata finísima,

sin haberme atrevido á ligarla, por tener cada país para su plata una ley particular que conocen todos los plateros. Aquellos á quienes me presenté meneaban la cabeza diciendo que mi plata era producto alquímico; y al preguntarles en qué lo conocían, me respondían que no eran aprendices en su oficio, sino que prácticamente le conocían; que distinguían muy bien la plata venida de España, Inglaterra y otros países, y que no era de la ley de ningún Estado conocido la que yo les proponía. Semejante manera de hablar me obligó á huir ocultamente, dejando mi plata y su valor, sin volver á reclamarla jamás.

«Si afirma uno haber sacado de algún país extranjero aquella enorme cantidad de oro y plata, imposible le ha de ser probarlo; puesto que no se había de poder realizar una importación como esa, sin ser notado. El capitán del buque á quien se le pregunte contestará: "Tal cantidad de dinero no la he trasportado, ni pudo haber sido embarcada en mi buque, sin yo saberlo.» Con semejante informe, todos los comerciantes se burlarán de uno, y se preguntarán: «¿Es verosímil que haya podido comprar y cargar consigo este hombre semejante masa de oro y plata, á despecho de la severidad de las leyes y de las pesquisas tan escrupulosas que se practican á este respecto?» En el acto se publicará lo acontecido, y esto no sólo en una región sino en todas las comarcas.

«En cuanto á mí, aleccionado por los peligros que he tenido que pasar, he tomado la resolución

de mantenerme oculto, y sólo contigo, que sueñas con poseer nuestro Arte, me comunicaré para ver lo que tú mismo haces por el bien público cuando seas Adepto.»

Más adelante dice aún Filaleto (siempre en el mismo capítulo XIII del *Introitus Apertus*):

«Creedme, jóvenes, y vosotros también, ancianos: pronto ha de llegar el tiempo, que á las puertas se halla. No escribo esto por efecto de una vana imaginación, sino que con el espíritu estoy mirando que todos nosotros, los Adeptos, llegáremos á juntarnos desde los cuatro ángulos del mundo. Entónces, ya no temerémos las asechanzas, las tramas que se urden contra nuestra vida, y daremos gracias á Dios, que es Nuestro Señor. Mi corazón no murmura de las cosas inauditas, y salta mi alma dentro del pecho á la idea del bien que pronto habrá de venir para todo el Israel del Dios Bueno.

«Todo esto lo predigo al mundo, á fin de serle útil ántes de que llegue mi fin sobre la tierra.

«¡Oh, libro mío! sé el precursor de Elías, preparando el real camino del Señor! Y plegue al Dios Bueno que todos los hombres de ingenio conozcan y practiquen nuestro Arte! Porque entónces ya no se apreciarían, cuando se viera su abundancia, ni el oro, ni la plata, ni las piedras preciosas, sino únicamente la ciencia que las produjera con la ayuda de nuestro Dios. . . .

«¡Que el Dios Bueno haga que llegue yo al fin que me propongo para gloria de su nombre! Así

se regocijarán con la publicación de mis escritos, todos los Adeptos que saben quién soy yo.»

Recuerdo que la obra comienza en estos términos:

«Yo, que soy filósofo Adepto, conocido con el único nombre de Filafeto, he resuelto, el año de 1645 de nuestra salud y el trigésimotercio de mi edad, escribir este Tratado, propio para descubrir los secretos de la Medicina, de la Química y de la Física, á fin de pagar mi deuda á los Hijos del Arte y dar la mano á los que van extraviados en el laberinto del error.

»Los Adeptos que lean este libro conocerán fácilmente que está escrito por uno de sus Hermanos, y humilde me llamo yo igual á ellos. Respetto de los demás lectores que están seducidos por las necedades de los sofistas adversarios nuestros, alguna luz habrán de recibir que los conducirá con seguridad á la verdad y acaso lleguen hasta abrir los ojos para recibirla; á muchos de ellos espero poder ilustrar con mi libro.

«Cualquier Adepto podrá convencerse de que no me aventuro á referir fábulas, sino experimentos reales, cosas que he visto, estudiado y practicado á fondo. Por esta razon, me bastará decir que al escribir por el bien de mi prójimo todas estas cosas, nadie ha escrito acerca de nuestro Arte con la claridad que yo. Muchas ocasiones quise dejar la pluma, sintiéndome tentado de ocultar la verdad, ansioso de conservarla; pero aquel Dios á quien no podía yo resistir, aquél único que conoce

los corazones y el único tambien á quien se debe la gloria por toda la eternidad, me hacía que volviere yo á tomarla. No dudo, pues, que en esta última edad del mundo, habrá muchos á quienes quepa la felicidad de poseer estos arcanos.

«Varios hay ya, segun sé, que poseen, como yo, esos arcanos, y estoy persuadido de que aún habrá cada día más que, para poseerlos, pronto se darán á conocer conmigo.

«Haga, pues, de mí la santa voluntad de Dios lo que le plazca! Confieso que soy indigno de servir como instrumento de tales cosas, si bien adoro en ellas la santa voluntad de nuestro Dios, á la cual debe estar sometido cuanto hay de creado, puesto que creada ha sido y conservada sólo para él toda inteligencia.

«¡Oh Dios Bueno, cuán admirables son vuestras obras! Vos sois el único que produce este milagro, á saber: la transmutacion de los metales. Gracias os doy, Padre del Señor del cielo y de la tierra, por haber ocultado semejantes maravillas á los grandes y á los sabios, para descubrirlas á vuestros hijos humildes y pequeños!»

Hé aquí la distribución de la obra por capítulos: ®

- I.—De la necesidad del Mercurio de los Sabios para la obra del Elixir.
- II.—De los principios que componen el Mercurio de los Sabios.
- III.—Del acero de los Sabios.
- IV.—Del imán de los Sabios.
- V.—El caos de los Sabios.
- VI.—Del aire de los Sabios.

VII.—De la primera operacion para la preparacion del Mercurio de los Filósofos, por las Aguilas voladoras.

VIII.—Del trabajo y fastidio que causa la primera preparacion.

IX.—Del poder de nuestro Mercurio sobre todos los metales.

X.—Del azufre que se contiene en el Mercurio filosófico.

XI.—Cómo se descubrió el Perfecto Magisterio.

XII.—De la manera general de hacer el Perfecto Magisterio.

XIII.—Del uso del azufre maduro en la obra del Elixir.

XIV.—De las circunstancias que sobrevienen y se necesitan para la obra en general.

XV.—De la purificacion accidental del Mercurio y del Oro.

XVI.—De la amalgama del Oro y el Mercurio, y del peso conveniente de uno y otro.

XVII.—De la proporcion del vaso, de su forma, de su materia y del modo de taparle.

XVIII.—Del Athanor ú hornillo filosófico.

XIX.—Del adelanto de la obra durante los primeros cuarenta dias.

XX.—De la llegada de la negrura en la obra del Sol y de la Luna.

XXI.—Cómo se puede impedir la combustion de las Flores.

XXII.—Del régimen de Saturno y por qué se le llama así.

XXIII.—De los diferentes regimenes de las obras.

XXIV.—Del primer régimen de la obra, que es el de Mercurio.

XXV.—Del segundo régimen de la obra, que es el de Saturno.

XXVI.—Del tercer régimen, ó de Júpiter.

XXVII.—Del cuarto régimen, ó de la Luna.

XXVIII.—Del quinto régimen, ó de Venus.

XXIX.—Del sexto régimen, ó de Marte.

XXX.—Del séptimo régimen, ó del Sol.

XXXI.—De la fermentacion de la Piedra Filosofal.

XXXII.—De la imbibicion de la Piedra.

XXXIII.—De la multiplicacion de la Piedra.

XXXIV.—Manera de hacer la proyeccion.

XXXV.—De los diferentes usos de la Piedra Filosofal; conversion de todos los metales en oro y plata; diamantes y piedras preciosas; medicina universal.

Véanse, en fin, los términos con que concluye la obra:

«Esta obra fué comenzada á fines del año de 1645 por mí, que he practicado y sigo practicando este Arte secreto, sin preocuparme con los aplausos de los hombres, sino llevando nada más el deseo de acudir en auxilio de los que buscan de veras el conocimiento de esa ciencia, para que me tengan por hermano y amigo.

«Firmo, por tanto, este escrito con el nombre: EIRENÆUS PHILALETES, inglés de nacimiento y habitante del Universo.»

Por más que otra cosa haya dicho Tomás Vaughan en el prefacio de su obra, es menester haber recibido la primera iniciacion para comprenderla. En realidad, escribió para los iniciados de la Cruz de Oro, y para atraer á los profanos á la alquimia; pero ni los mismos iniciados de la Cruz de Oro podían comprender todo.

Indudablemente había que poseer ya por ejemplo el 9º y último grado, *Magus*, para comprender estas palabras del capítulo XIII: «Poseo la Piedra Filosofal, que á nadie le robé, pues que la recibí de nuestro Dios único.»

Inútil había de ser publicar de nuevo ahora el *Introitus Apertus* sin explicaciones; y con ellas, cosa harto difusa. Dejémosle, pues, á un lado y

sólo escogeré algunas de las *Notas*, reservadas para los Magos, para los muy perfectos iniciados; lo cual explicará al mismo tiempo la conversión luciferiana de Helvetius, y hará ver por qué crimen de los crímenes se obtiene el oro á voluntad. Y no se crea que es nada atrasado, sino completamente contemporáneo y de actualidad, todo esto, como que hasta el mismo Alberto Pike hizo uso de ello.

No fué de luego á luego *luciferiano* Alberto Pike, en el sentido en que hoy se toma ese calificativo; esto es, aplicándosele, como se le aplica, exclusivamente á los paladistas, sino que largo tiempo estuvo buscando los caminos por el inmenso desierto del odio á Dios. Hay quienes hayan dicho que todavía andaba á tientas cuando le dió por restablecer el antiguo paganismo, é inspirado por un demonio, compuso aquellos *Himnos á los dioses*, que un católico ferviente no podría leer sin temblar. Todavía son algunos de esos himnos las delicias de las reuniones secretas de las Sublogias de los Estados Unidos y del Reino Británico.

El fundador del Rito Paládico reformado Nuevo, á quien mostró mi padre el manuscrito anotado del *Introitus Apertus*, le confesó que, á semejanza de Helvetius, había buscado la piedra filosofal sin conseguir el resultado deseado; pero que, por fin, un día de repente comprendió y se salió con lo que deseaba.

¡Hacer oro á voluntad! quimera es verdaderamente, pese á las instrucciones impresas de los alquimistas. Es tan difícil de hallar, como el gérmen del homúnculo, la piedra filosofal. ¡Sueños abominables, y no otra cosa, es todo!

Sin embargo, se consigue la piedra filosofal como se consigue también el gérmen del homúnculo.

«Es menester que trabaje el Adepto, dice Filaleto en sus *Notas*, es menester que busque con tenacidad, y por eso le damos fórmulas siempre incompletas que no completará jamás.

«Busca tú, joven, busca tú, anciano; que nada encontrarás, mientras te obstines en no salir de la ciencia humana. Pero ¿para qué echarme encima este trabajo inútil? me preguntarás. Inútil, no, te responderé; porque si no obtienes la piedra filosofal, término de tus deseos, enriquecerás la ciencia humana con cualquier otro descubrimiento y contribuirás á aumentar la fama de los alquimistas. Trabaja, Adepto de la Rosa-Cruz, trabaja. Y, cuando mucho tiempo hayas trabajado sin éxito en tu ardiente deseo, siempre te diré: «Trabaja aún.»

«Hoy te hemos elevado al 9º grado de la Fraternidad. Quiero hablarte sin ambages, porque ahora puedes entender; saben los que te eligieron que eres de espíritu fuerte. ®

«Adepto escucha bien todo esto.

«¿Nunca al ir leyendo estas páginas, le preguntabas á tu razón? ¿Nunca le preguntaste quién es aquel Dios Bueno que es nuestro Señor, nuestro

Miss Vaughan.—T 1.—40

Rey y nuestro Soberano Maestro? Ponte á pensar ¿es el Dios á quien se adora en Roma?

«Es bueno el Dios del papismo? Acuérdate ¡oh hombre! Y si la memoria te es infiel, te voy á recordar todo el mal que el Dios romano ha hecho á la humanidad.»

Viene aquí un largo pasaje que no puedo reproducir, porque había de llenar de profunda tristeza al católico lector, y me espanta cuando le vuelvo á leer. De la mano se me caería la pluma con sólo que tratara de transcribirle. ¡Oh Dios de amor, divino Padre, que habeis dado la sangre de vuestro Hijo, la sangre divinamente pura de Jesus para lavar los crímenes de la humanidad: ¡cuán espantosas blasfemias no se vomitan allí contra vuestra infinita bondad! ...

Concluye Filaleto su impía explicacion en estos términos:

“Hombre, á quien hemos elevado á la categoría de los Magos: te he formado ya el juicio de aquel Dios. No es el nuestro.

“¿Has comprendido ahora? Recógete en la soledad de tu aposento, y pidele al Dios Bueno. Si quieres que te sea propicio, pronuncia con amor los nombres de todos los hombres á quienes maldicen los sacerdotes del Dios á quien se adora en Roma, desde Caín hasta Wicief, Lutero y nuestro primer gran maestro Fausto Socino. Salgan de tus labios con una bendicion todos esos nombres; que entónces, si eres digno de él, vendrá en persona nuestro Dios y te concederá esa piedra filosofal que el Athanor mismo es impotente para producir.”

El día en que me tradujo por primera vez mi tío estas páginas de Tomás Vaughan, no pude ménos que decirle.

—¡Caín! ... ¿Cómo pronunciar el nombre de Caín con amor?

Y hé aquí que me puse á dar rienda suelta al horror que me causaba el recuerdo del primer asesino que derramó en el mundo la sangre humana.

Y repetía yo luego despues:

—¡Caín! ¡Caín! ¡El asesino de su hermano! ¿Pronunciar ese nombre con bendicion? ... ¡Oh tío, oh papá, ¡jamás!

Mi tío se quedó viendo á mi padre en silencio y al fin dijo:

—Esta niña nos va á dar mucho quehacer en su educacion, y la verdad es que á veces me desespero con ella

—Es todavía muy jóven para comprender, replicó mi padre. Si me hubieses oído, habríamos comenzado por no dejarla que leyera la Biblia.... Mejor hubiera sido emprender, ante todo y exclusivamente, su instruccion científica nada más, sin hablarle de ninguna divinidad....

—¡No, no! ... ¿Y si hubiera caído en el ateísmo? ... ¡No, no! Bueno fué el camino que tomamos; sólo que tenemos necesidad de armarnos de gran paciencia....

—Por lo demás, Dios mismo ha dicho que ella ha de ser su celosa sacerdotisa, concluyó mi padre. No desmayemos, pues, que lucirá deslumbra-

dora la luz del día que lo tenga á bien el Eterno Excelsior.

Aquella discusion la sostuvieron en mi presencia. Yo no sabía lo que pensar. Mas viendo la contrariedad de mi padre, le abracé fuertemente y le dije:

—¿Quieres, papacito, que suspendamos todo?

Iba él á firmar el manuscrito; pero mi tío que es testarudo, le detuvo para que continuáramos.

Entónces yo, queriendo hacer impacientar á mi tío, plantifiquéme debajo de la nariz, toméle de la perilla riendo y comencé á decirle:

—¿Y Júdas? ¿Tambien tendremos que pronunciar con amor su nombre? . . . Enseñame un poco á pronunciarle. . . . ¡Ah! el bueno de Júdas! . . . Ah! el excelente Júdas! ¡Ah! Júdas! crema de los valientes! . . . ¡Ah, gran San Júdas! ¿Lo digo como se debe, querido tío?

Yo no me podía tener en pié, de tanto como reía.

Mi tío montó en terrible cólera, y se puso á gritar como loco:

—¡Esto no es posible! Esta jóven tiene algun maleakh en el cuerpo!

(Fué la primera vez que oí semejante nombre.)

Iba y venía, tirando las sillas, y seguía gritando:

—Malditos sean los maleakhs, que entorpecen esta buena educacion.

Papá trataba de apaciguarle.

—Te aseguro, le decía, que todo lo ha dicho sin la menor malicia; bien sabes lo burlona que es. . . . No creas que tenga ningun maleakh. ¡Vamos! bien

sabes que tal cosa es imposible, puesto que no fué manchada la niña con el agua de Adonai!

Ese era el gran argumento de mi padre; pero mi tío no se dejaba vencer.

Repentinamente se lanzó, pues, á un gabinete donde siempre se me había prohibido entrar.

—¿A dónde vas? ¿Qué haces? le preguntó mi padre con la mayor viveza.

—¡Rafael es el que la posee! replicó él, y ahora mismo lo veremos! . . .

Y se precipitó en el gabinete. Un momento despues salió trayendo una redomita. Pero esta vez yo no reía, sino que le veía un rostro sombrío, y mi padre hizo un gesto como para ordenarme que no me moviera de mi lugar.

—¡Papá, tío, les suplico á nstedes, exclamé, que me perdonen! No ha sido mi ánimo causarles ningun pesar, sino simplemente bromearme, se los aseguro. . . . Tío, me sería muy doloroso, ¿lo comprendes? que siguieras enojado. ¡Perdóname!

Mi tío estaba en aquel momento grave pudiera decir que hasta imponente, sin darme yo cuenta de nada de lo que pasaba.

—¡Pobre niña! exclamó. Absolutamente eres culpable, ni tengo yo que perdonarte. . . . ¡Vamos! no, mi querida ninita, tú no eres la responsable. . . . Siéntate, vamos á dejar la leccion por ahora, y voy á arrojar al maleakh. ®

Entónces traje una silla y me senté en el sitio que me designó mi tío en medio del cuarto, mién-

tras mi padre quitaba todos los muebles para despejar el lugar.

Yo me sentía emocionada; pero en realidad todo aquel extraño preámbulo me repugnaba, y preguntábame á mi misma qué sería lo que mi tío se proponía hacer con el frasquito.

Destapóle y vertió algunas gotas del contenido en el hueco de la mano, que era cierta sustancia como aceitosa; en seguida, untándose con ella, se frotó los labios, la nariz, los párpados y, con el dedo, la cavidad de las orejas, pronunciando á la par palabras ininteligibles, á las cuales mi padre contestaba en el mismo idioma. Era, pues, aquello un perfecto diálogo.

Púsose en seguida á dar vueltas á grandes pasos en mi derredor, deteniéndose unos momentos á cada siete pasos, y entónces giraba mi padre tres veces sobre sí mismo.

La operacion duró algunos minutos, sin que haya yo podido darme cuenta del número de pasos que dió mi tío, ni del de vueltas que dió mi padre, porque no era contar, sino otra cosa, lo que me estaba preocupando en aquel momento. Con el tiempo llegué á saber lo que significaba aquella operacion ritual y era que el principal exorcista luciferiano efectúa en redondo once veces siete pasos, y su asistente efectúa tres vueltas sobre sí mismo once veces. Entónces no sabía yo qué pensar de aquel manejo, y aumentaba mi inquietud á un grado tal que en verdad no habría tenido la menor gana de reir.

Por fin, mi tío se acostó en la tierra cuan largo era y me acercó los labios aceitados, como los tenía, á la punta del pié derecho; sopló con toda fuerza, y comenzó á hablar de nuevo en su lengua incomprensible, habiendo oído yo que frecuentemente mezclaba en lo que decía el nombre de "*Raphael*" con el de "*Asmodæus*."

En aquel momento pude advertir que mi padre no estaba allí: había salido sin hacer el menor ruido, al par que veía yo á mi tío tirado como ántes, á lo largo en el pavimento. Y seguía soplando con mayor instancia y salmodiaba en cierta manera á media voz su extravagante idioma. Cuando volvió á entrar mi padre, llevaba una gallina negra. A ese tiempo se levantó mi tío, y ámbos me mandaron abrir la boca, á lo cual obedecí. Papá tenía en la mano la gallina, que se agitaba, y la tenía con el pico abierto frente á mi boca, introduciendo un tanto en ella. Mi tío me pasaba entre tanto la mano por la cabeza, la propia mano en que había vertido el grasiento líquido; despues me tocaba con el dedo la nariz, los ojos y las orejas, sin dejar de pronunciar su incomprensible jerigonza. Finalmente, lanzaron los dos un grito, y mi padre estranguló de un golpe la gallina negra. ®

No yavais á reir lectores: que, por muy cómico que todo esto parezca, tan grotescas son así las obras viles de Satanás, el arrendajo de Dios. Hoy comprendo verdaderamente que no había tal maleakh que me tuviera entónces, sino que el Demonio jugaba á sus anchas con mi desgraciado pa-

dre y con mi querido tío. Empero, si en realidad Rafael estaba ausente, el Diablo, presente como lo estaba, aguardaba la estrangulación de la gallina para engañar á mis padres, de modo que pudiera hacerlos empedernirse en su funesto error, y para llenarme á mi de admiración.

Dos ó tres segundos habrían transcurrido apenas de la estrangulación de la gallina, cuando, sin piedra alguna que arrojara nadie, sino por sí mismos, se estrellaron todos los cristales de una de las ventanas con gran estrépito.

— ¡Gloria á Dios! exclamó mi tío. ¡Libre está ya la querida niña! . . .

Pero todo esto es de poca importancia. Es el hecho, la circunstancia más insignificante de mi vida, que tan mal comienzo tuvo. Dejémoslo, pues.

Volvamos á los artificios por los cuales mantiene el Demonio á los alquimistas de la Rosa-Cruz en la esperanza de que por sí mismos habrán de llegar á descubrir el secreto de mudar el plomo en oro, aguardándolos para el día en que al cabo de mil experimentos nada habrán conseguido para satisfacer su deseo, y haciendo que les diga entonces aquel que los iniciare al 9.º grado, *Magus*: "Yo soy quien da la piedra filosofal: ¿quieres algunas partículas, hombre avaro? Pues bien, invócame, forma en tu corazón la convicción de que yo soy Dios, y no sólo Dios, sino también el Dios Bueno, y que el Dios de los cristianos es el Dios Malo. Llámame pronunciando con amor los nombres de todos los malditos, de todos los réprobos. Bendí-

ce á Caín, exalta al samaritano Simon, reverencia hasta al mismo Iscariote. Busca en tu imaginación el sacrilegio que me sea más grato, para que te reconozca como digno de mí. Entonces vendré, entonces te me apareceré, y tú te postrarás á mis pies y me adorarás. Yo te daré algunos de aquellos misteriosos granos que enseñaba Filaleto á Helvetius; y esos granos, infernales talismanes; esos granos, que serán garantía de tu alianza en el abismo; esos granos producirán la transmutación. Y ante tu ciencia quedarán los hombres confundidos; otros habrá que, á su vez, también por su parte busquen, y muchos de ellos, que seguirán tu ejemplo hasta no dar con el resultado. Adora á Satán, hombre avaro, y podrás escribir como Filaleto: "*Poseo la Piedra Filosofal que á nadie le robé, pues que la recibí de nuestro Dios único.*"

Contaba, pues, Alberto Pike á mi padre, que en el tiempo en que sentía flotar su espíritu entre la veneración por el antiguo paganismo y el estudio de nuevos proyectos, ocupábase á la vez en el hermetismo profundizando los antiguos tratados de alquimia. Por espacio de algún tiempo sintió vivísimo interés por la solución del gran problema, solución que, sabía, otros habían encontrado ya.

Un día en que más contrariado estaba por el mal éxito de sus experimentos, se sintió acometido por una idea furiosa que estaba abrasándole el cerebro.

— Sal de tu laboratorio le decía entonces una Miss Vaughan.—T I.—41.

voz misteriosa interior; son inútiles para lo que deseas tus alambiques, tus retortas y tus crisoles. Sal, sal al aire libre, vete al campo.....

—¿Al campo?...

—Sí, anda, ve adelante, léjos, léjos....

Alberto Pike obedeció á la voz.

—Más léjos todavía, le inspiraba ella.

No la oía ya en su interior, sino por delante, por detrás, por todos lados.

—Sigue adelante, sigue!....

Hasta que por fin le dijo:

—¡Detente! Este es el lugar.... Medita delante del Dios Bueno, que con su presencia llena esta salvaje soledad.

Alberto no veía más que rocas en torno suyo.

Y se puso á reflexionar.

«El Dios Bueno,» acababa de decirle la voz, pero sin designarle con su nombre. E inmediatamente se dijo:

—Muchos son los dioses buenos. Apolo es bueno, lo es Vénus y lo son tambien Neptuno, Marte, Urano, Cupido, Baco, Esenlapio, Fauno, Mercurio, el gran Pan, Cibéles, Vesta, Juno, Céres, Diana, Témis, Hebe, Flora y Pomona; Pluton mismo no es malo, que sólo es terrible justiciero. Mas la voz me ha dicho: «el Dios Bueno;» esto es, aquel que es soberanamente bueno, el más grande y el mejor. ¡Sí, el Dios bueno es Júpiter!... Júpiter, á quien destronó el Jehovah bíblico por medio del Cristianismo, que triunfó con la traicion de Constantino.... Júpiter, Dios Bueno, eureka!... ¡Júpi

ter!.... ¿Está, pues, Júpiter aquí?... Él me vé, me oye y espera mis homenajes.... ¡Oh Zeus, rey de los dioses y señor de los hombres! ¡Sí, vos sois el Dios Bueno!.... A vosotras, rocas, que me rodeais, consulto; haceos bocas, vosotras, piedras, y habladme, decidme de qué manera estará satisfecho Júpiter de su fiel adorador.... ¡Ay! mudas están las rocas, la piedra no tiene voz.... ¿Callas tú, naturaleza, naturaleza, cuando te conjuro que me respondas?... ¡Y bien! roca endurecida en silencio: yo te obligaré á darme una señal, como Moisés al herirte con su vara, mágico de Jehovah!...

Este recuerdo de Moisés le inspiró.

Jehovah, el Jehovah negro, como él le llamaba ya, tenía odio, y él insultó al Dios de la Biblia, mal interpretada á su manera, lanzando su anatema contra Moisés.

Entre tanto, agitábase delante de las impasibles rocas, y les gritaba:

—¡Obreras del mal sois vosotras, rocas, y yo os maldigo!.... ¡Servísteis á Moisés, y menospreciáis mis órdenes!.... ¡Rocas! temed mi cólera!.... ¡Cómo! ¿Aún permanecéis sordas?... ¡Entonces, os insulto y os desafío!.... Rocas, que os entreabristeis para tragar á Coré, á Dathan y á Abiron: sabed que odio al Dios del Antiguo y del Nuevo Testamento!.... ¡Siento que Júpiter me protege, y vosotras no me tragaréis!....

Parecióle oír entonces un lejano ruido producido por las piedras que entre sí chocaban.

—¡Sí, sí! exclamó él, yo os desafío para que me traguéis!... La sangre me hierve en las venas, y tengo fuerza, y tengo voluntad... Querer es poder... ¡Me atrevo y quiero, y puedo!... Rocas de esta soledad: ahora, ¡os mando!... Vosotras, que tragásteis á Coré, á Dathan y á Abiron, ¡devolvedlos!... Coré fué maldecido por Jehovah: ¡bendito sea Coré!... Dathan fué maldecido por Jehovah: ¡bendito sea Dathan!... Abiron fué maldecido por Jehovah: ¡bendito sea Abiron!... ¡Os mando, rocas, que os entreabráis; piedras, os mando que os separéis; que la llama del abismo, la llama en que desaparecieron Coré, Dathan y Abiron, se convierta en llama reparadora de los crímenes de Jehovah!... Por la vez última: ¡rocas, abríos!... En nombre de Júpiter, Santo de los santos, Dios de los dioses, ¡lo mando, lo quiero!...

Hubo en aquel momento, contaba Alberto Pike, un choque formidable de las rocas, que produjo grandioso estrépito. Llamas salían á borbotones de las grietas, y por fin aparecieron en la superficie los tres hebreos.

—No te compadezcas de nosotros, que estamos en el reino del Dios Bueno, dijo Coré.

Y luego despues le expusieron cómo habían sido enviados cerca de él por el Altísimo más alto, que le colmaría de favores, y predijéronle el destino más brillante que se le aguardaba; agregando que él sería el Papa de la verdadera religion restauradora en toda su pureza de doctrina.

En cuanto á la piedra filosofal, Coré se adelantó

hasta la orilla de la grieta, y entrególe un fragmento asaz notable.

Pero, añadió el patriarca infernal, el Dios Bueno da la piedra de los sábios á aquellos de sus elegidos que busquen riquezas únicamente para emplearlas en la propagacion de su culto; y aun al permitirles que transformen los metales de poco valor en oro y plata, se propone como fin principal demostrarles su omnipotencia. Quiere que de ese modo sepan, para no dudar jamás, que él es el supremo señor de la naturaleza, y que es inferior á él su rival, el Dios Malo, que no obra ese prodigio... Tú habrás de servirte, hasta la última partícula, de esa piedra filosofal; pero no te dará el Dios Bueno otra sino cuando lo juzgue necesario. No quiere exponerte á que te entregues al amor del oro; por tu bien desea verte confiando sobre todo en tu actividad.

Los tres demonios, que á los ojos de Pike se hacían pasar por Coré, Dathan y Abiron, sostuvieron un rato de conversacion con él. Expusieron el sentido en que era menester que interpretara de ahí adelante la palabra «dioses», aplicada á los espíritus de luz que adoraban los diversos paganismos en otro tiempo; nombráronle á todos los demonios que habían tenido altar entre tantos pueblos, designando á cada uno con el verdadero nombre que tiene en el reino del Dios Bueno, y prometiéndole que jamás le faltaría, hasta el fin de su vida, la proteccion del Altísimo más alto.

De ese modo fué como se creyó Pike iniciado

en la verdadera luz por Coré, Dathan y Abiron; y tal es la razon secreta por la cual, en las discusiones que sostenia con los ministros protestantes, siempre defendia al hijo de Isaac y á sus cómplices de rebelion contra Moisés, proclamándolos inocentes victimas.

Ahora conozco cuánto se engañó aquel hombre, que tan largo tiempo fué entusiasta admiracion para mí.

Concluía Pike su relato á los perfectos iniciados, diciéndoles que las rocas entreabiertas se volvieron á juntar y que los tres patriarcas, en el seno del torbellino de sus llamas, se elevaron por los aires, donde desaparecieron, saludándole cariñosamente.

Tal es la narracion que mi padre me hizo. De ella sacaba mi tío conclusiones que me anegaban en una admiracion arrebatadora.

—¿Y todo esto es cierto? le preguntaba yo. ¿Por qué, entónces, no se le apareció en persona el Dios Bueno al gran Alberto? ¿Por qué le envió más bien unos mensajeros para entregarle la piedra?

—Advierto, hija mía, que tampoco nuestro supremo gran maestre le pidió al Dios Bueno que se le apareciera en persona, sino que en aquella ocasion llamó á Júpiter; y tan profundo era su respeto, que ni siquiera se había atrevido á desear verse con él cara á cara. ¿Qué fué lo que le pidió al Omnipotente en aquella sublime inspiracion que tuvo, y movido de su enérgica voluntad de Mago? Pidióle que se abrieran las rocas y que

aparecieran Coré, Dathan y Abiron, y el Dios Bueno le concedió lo que le pedía. Amaba al Padre Celestial; pero temiéndole á la vez, como debemos amarle y temerle, hija mía.

—Yo le amo con toda el alma, pero le tengo miedo. ¡Oh! ¡cómo quisiera verle! Tendría tanto que decirle! Dime, tío, puesto que tú le has visto, ruégale que venga aquí para recibir los homenajes de su pequeña Diana.

—No, todavía no es tiempo; es menester que te mejores y tengas todas las disposiciones que especialmente se han fijado. . . . Porque tambien tú, hija querida, estás predestinada, tú tienes que cumplir una mision enteramente particular que te fué enseñada áun ántes de venir tú al mundo.

—¿Necesitaré, pues, aguardar mucho?

—Absolutamente depende eso de nosotros. Tú lo sabrás más tarde. Ten paciencia é instrúyete bien. Esto es lo que interesa miéntras llegas á la edad de aprender.

—Y cuando sea yo sabia, ¿podré ya pedir al Dios Bueno que se me aparezca?

—Cuando seas muy sabia, sí, pero hallándote igualmente dispuesta para obedecer sus órdenes. ®

—Mas, puesto que es el Dios Bueno, no me ha de ordenar que haga nada malol.

—Ciertamente. Con todo, sólo completamente instruida, será cuando comprendas cuánto sus obras y sus voluntades tienen siempre por fin y resulta do el bien.

—Y eso de matar á alguien, como Caín, que mató á Abel, ¿puede alguna vez ser bueno?

—Sin duda. Hay veces en que es necesario que se haga desaparecer á un hombre malo. Puesto que Filaleto escribió que se debe pronunciar con amor el nombre de Caín, fué porque en la querrela ocurrida entre éste y Abel, Caín tenía razón. La ley ordena que se dé muerte á los malos, y el verdugo ahorca ó guillotina á los que como tales condenó la ley.

—Pero es que nadie condenó á Abel.

—Porque en aquellos primeros tiempos, todavía no había tribunales; y Caín, hombre justo, fué quien le condenó en el tribunal de su conciencia, habiendo sido juez y ejecutor á un tiempo mismo.

—¿Y qué mal había hecho Abel?

—Adorar á Adonai.

—¿Quiere decir que sería menester dar muerte á todos los que adoran á Adonai?

—¡No, hija mía! que ellos son víctimas del error. Pero Abel no estaba en el error, cuando sabía perfectamente cómo, acabada apenas de nacer, había sido condenada la humanidad á la muerte y á todo linaje de sufrimientos por la perversidad de Adonai, y cómo la santísima Eva, su madre, le había dado á luz con los dolores más atroces por la perversidad también de Adonai. Pues bien, ese Adonai era á quien adoraba, en lugar de adorar al Dios Bueno, Señor nuestro, Lucifer, de quien no había recibido la humanidad más que beneficios! Así es que Caín, fiel servidor de Luci-

fer, le sacrificó, ejerciendo de esa suerte un acto importantísimo de justicia. . . . Con que ya ves, mi querida hija, cuánta razón tuvo nuestro glorioso antepasado Tomás para escribir que debemos pronunciar el nombre de Caín con amor.

—Sin embargo, yo que Caín, mejor habría tratado de convertir á Abel.

—No era convertible.

—¿Cómo lo sabes? Nada de lo que me enseñas está en la Biblia.

—Sí, todo está allí. Sólo que el Dios Malo ha inundado el mundo con un mar de errores, y hay pocos que saben interpretar la Biblia. Todo esto lo comprenderás cuando conozcas el *Apadno* y el *Libro de las Revelaciones*; pero hay que proceder en todo con orden, y todavía no estamos en ese caso.

—En fin, puesto que tú y papá le maldicen, maldiciré yo también á Abel; pero dime, tío, cuando vea yo al Dios Bueno, ¿me dará un poco de piedra filosofal? Quisiera un gran trozo para mamá, pues ya sabes que nunca tiene bastante dinero para dar á los pobres. . . . ¡Oh! cuánto amaría yo entonces á Nuestro Señor Lucifer!

Las obras de Filaleto y en particular los manuscritos que procedían de herencia de mi bisabuelo James, eran, si no la base de mi enseñanza, sí, por lo ménos, el punto de partida en cada lección. Una frase, una palabra cualquiera, daban materia á mi padre y á mi tío para disertar, y gradualmente me iban impregnando el alma de

Miss Vaughan.—T, I.—42.

todos los dogmas del luciferanismo paládico. Así fué que recibiendo gota á gota en ella la doctrina que para mí fué sacrosanta, iba yo creciendo al par que en años en veneracion hácia el ilustre antepasado Tomás Vaughan.

Las *Notas*, reservadas sólo para los Magos, deben de haber sido escritas mucho despues de que se le devolvió á Filaleto el manuscrito *Introitus Apertus* por Juan Lange, su impresor, en Amsterdam. Efectivamente, consta que despues de la aventura acaecida á Helvetius y que, conforme á su propio relato, referí ya, trabajó sin éxito por espacio de más de cuatro años en estar buscando la piedra filosofal. Compréndese cómo se obstinó el médico del príncipe d'Orange en sus experiencias, á la manera que tantos otros: fué que despues de haber sido mucho tiempo incrédulo, llegó un día en que pudo convencerse de los maravillosos resultados; sabía lo de la existencia de la piedra filosofal, puesto que había recibido una porcioncita del misterioso extranjero y conseguld p buen éxito con ella. Pero ignoraba que la piedra fuera un talisman infernal, pues la tenía por producto simplemente natural, ignorando tambien que la transmutacion del plomo en oro, fuera, no resultado químico, sino diabólico prestigio.

Segun la frase empleada por Filaleto, parece ser muy cierto que Helvetius recibió la iniciacion al 9º grado, despues de haberse mantenido en los grados inferiores cerca de cuatro años.

Tomás Vaughan se expresa así:

«Tenía yo hecho el eucargo á un inteligente y celoso Hermano de ganarnos á toda costa al sabio médico, tan pronto como quedara convencido de que existía la piedra;—pero me había yo reservado el darle yo mismo la suprema iniciacion, é hícele sucesor de *Serenus*.»

En 1668, inició Filaleto, en la Haya, á Simon de Vriès, encargándole que vigilara á Spinoza, quien, segun sus noticias, debía de ser utilísimo para la secta; y de ese modo Simon de Vriès, á quien había hecho ya muy rico el oro de los Rosa-Cruz, fué el protector de Spinoza, acudiendo á todas sus necesidades. Spinoza tenía á la sazón treinta y seis años de edad, y trabajaba calurosamente en la exposicion de aquel su sistema panteísta, que tantas almas ha ganado para Satanás.

Al siguiente año, hizo Filaleto que se sujetara á una especie de exámen al jóven Cárlos Blount, á quien veía con particularísimo interés, por haberle designado el mismo Satanás para ser, despues de él, soberano gran maestro de la Fraternidad.

Tomás Vaughan se dirigió á la familia Blount para catequizar al jóven y formarse idea de los progresos que hubiera hecho en cuanto á impiedad. Las contestaciones de Cárlos llenaron de satisfaccion á Filaleto.

Pero véase lo que pone de manifiesto claramente el horrible grado de precocidad satánica de Cárlos Blount, jóven que apenas tenía quince años.

—Venga vd. conmigo, dijo á Tomás Vaughan, y verá algo que le alegrará.

Era un crucifijo que tenía en su cuarto, cerca de su cama, con la cabeza para abajo y suspendido de la pared. El crucifijo, de madera, tamaño muy grande, y groseramente esculpido, tenía clavado un verduguillo en el lugar que correspondía al corazón.

Filaletto felicitó al jóven, y le dijo:

—Es necesario no herir el corazón, sino el ombligo (*ombro*).

Y cambió de lugar el verduguillo.

Nunca se acostaba á dormir el jóven Carlos Blount, sin haber injuriado al Cristo, cuya imagen vuelta al revés tenía clavada á su vista.

Muchos creen que Carlos Blount fué ateo. ¡Qué error! Fué luciferiano práctico desde sus más tiernos años. Y aunque gran número de sus escritos pueden parecer tal vez obra de un impío, sobre todo escéptico, fácilmente se descubre, con la lectura de la *Vida de Apollonius de Tyano*, su satanismo de Rosa-Cruz, mal encubierto con las apariencias de un estudio filosófico.

Cincuenta y seis años de edad tenía Filaletto cuando publicó los *Experimenta de preparatio-
ne Mercurii Sophici*, y los *Tractatus Tres*, divididos de este modo: 1º la Metamorfosis de los Metales; 2º la Preparacion del Rubí celeste; 3º la Fuente de la Verdad química.

Obras son esos tres tratados de mediano mérito, áun para su autor mismo, que las escribió al

comenzar sus estudios de alquimia, es decir cuando todavía ignoraba el secreto de los secretos. Hay quienes pregunten por qué habiéndolos hallado indignos de él, los publicó no obstante, en 1668, y hasta llegan á decir otros que alguna vez quiso hacer desaparecer, destruir, sus manuscritos; pero que habiéndolos recibido el editor cuando todavía vacilaba aquél para publicarlos, se negó á devolvérselos, pretextando una deuda antigua, y á despecho del autor, los imprimió. Nada más inexacto. Filaletto era muy moderado en sus gustos, nunca tuvo deudas y siempre relaciones de buena amistad con su editor, para cuya fortuna contribuyó él eficazmente con sus publicaciones. La verdad de las cosas es, pues, que por aquel entonces temia haber ido demasiado lejos con el *Introitus Apertus*, dando campo más que suficiente á los perspicaces para adivinar el formidable secreto de los Rosa-Cruz. En una palabra, temia haberse comprometido, y con el fin de reparar el efecto probable de su obra capital introduciendo la confusion en la inteligencia de los profanos curiosos que se propusieran sondear los misterios del ocultismo socinista, publicó los *Tractatus Tres*.

Hay una traduccion francesa de esos tres tratados, hecha para la biblioteca del Mariscal d'Estrees. Veinte años despues, se hizo en Amsterdam la segunda edicion solamente del primero de los tres tratados. El cual, finalmente, impreso en aleman, en Hamburgo, el año de 1705, ó sea cuando Filaletto llevaba ya buen tiempo de no ser de este

mundo, es una prueba más de la identidad de Eirenaeus con la persona de mi antepasado; porque la dicha edicion alemana de la *Metamórfosis de los Metales* reza con todas sus letras el título de «por Tomás Vaughan.»

En cuanto á los otros dos tratados, fueron reproducidos íntegramente por Manget en su *Biblioteca química*.

Recordemos de paso que en 1670, en que publicaba Spinoza su famoso *Tractatus theologico-politicus*, fué cuando sostuvo el panteísmo como principio. En la portada de la obra, que forma un volúmen en 4º de 240 páginas, se lee: «Hamburgo,» como lugar de su impresión. Filaletto asegura en sus memorias que tal indicacion era falsa; se tenía que hacer perder la pista á los adversarios, y así, donde realmente se imprimió la obra, fué en Amsterdam, en casa del impresor de los Rosa-Cruz, habiendo hecho los gastos de la edicion el H. Simon de Vriès.

En 1671 murió en Amsterdam el anciano Komenski en brazos de Tomás Vaughan, cuando el Hermano Serenus tenía ochenta años de edad.

Pero vamos llegando al tiempo en que Filaletto debe, no morir, sino desaparecer á su vez de este mundo.

Hacia 1674 mandó llamar al joven Carlos Blount, para quien iba aumentando el cariño con que le distinguía. En sus manuscritos dejó mi antepasado una relacion de los espantosos consejos que en aquella entrevista le dió á su futuro sucesor.

Lo que quiere es la destruccion de la Iglesia de Jesucristo; mas teniendo en cuenta que aún no está el mundo bien maduro para introducir el culto público de Lucifer, hay necesidad de destruir la religion por todos los medios posibles y que no dejen ver el objeto final.

Obliga á Carlos á penetrarse de los principios secretos de los neo-platónicos de Alejandría, haciéndole el elogio de la bella y sabia Hipatia. Preséntansele Simon el Mago y el divino Apollonius como patriarcas de la mayor santidad. Recomiéndale que busque apoyo en los Masones Aceptados que forman la flor de las Logias masonicas, y que cuando él, Filaletto, ya no viva, procure que siempre sea lo más activa la propaganda socinista en el seno de aquellas reuniones que toleran los gobiernos con tanta facilidad.

«Verdaderamente inspirado por Dios estuve, escribe, el día en que comprendí todo el partido que la Fraternidad de la Rosa-Cruz sacaría de sus innumerables hombres si se insinuaran en la sociedad de los Masones Libres. Admira, joven Hermano mío, admira los progresos que hemos conseguido desde que puse en práctica aquella grandiosa idea. Casi enteramente nos extendemos ya en Europa, y día vendrá en que tengamos á ambos Mundos bajo nuestro poder. Si quieres desempeñar fielmente la mision que te ha dado el Altísimo Lucifer escogiéndote para sucederme, dedícate sin cesar á estimular el celo de los Masones Aceptados; porque te digo en nombre de

Dios que esas Logias, tan benignas hoy, contienen un volcan cuya lava sumergirá y destruirá para siempre la religion del Cristo maldito (*maudit.*)»

Y escribe tambien Filaleto en una nota:

«Cuando hablaba yo de esta suerte al joven, no podía él contener su entusiasmo, echándose á mi cuello repetidas veces y abrazándome.»

Aquel profundo afecto de Tomás Vaughan á Carlos Blount, reconocia por causa en su mayor parte la conformidad comun de sentimientos impíos. Además, sucedía á veces que entristeciéndose Filaleto por no tener á su lado á su hija, tal le parecía que si hubiese podido tenerla, así sería como la habría educado. Pero su Dios había decretado que siempre viviera lèjos de ella, y ni siquiera hacia por volverla á ver: cosa que habría sido para él muy fácil con sólo volver á América. Sometiase, pues, á la voluntad del Dios Bueno, que le quería á él por entero para su obra de jefe supremo del ocultismo.

«¡Dios mío! decía con frecuencia en sus oraciones; os he hecho el mayor sacrificio que más costoso pudiera serme: privarme de mi hija!..... He aceptado la dura prueba de no volverla á ver jamás en el mundo..... Cuando ménos, haced que sepa yo que aún vive y es feliz!»

Lucifer accedía muchas ocasiones á su deseo. Aparecíasele un demonio de órden inferior, raras veces el mismo, y le daba noticias de Diana Wulisso-Waghan. Así era como la seguía desde

lèjos en la vida. Supo que había crecido entre los Adoradores del Fuego Cnni-Cnnaps; supo sus esponsales y despues su union con el guerrero más valiente de una tribu delawara; supo, en fin, que había sido madre.

Pero jamás consiguió verla ni aun de lèjos en sus actos de ocultismo. El pretendido Dios Bueno le negó hasta esa satisfaccion.

Tomás construyó un espejo cóncavo de acero en el cual, despues de ciertas oraciones y operaciones mágicas á que se entregaba, veía reproducidas á las personas vivas que pertenecian á la Rosa-Cruz, ó que propendían á ella de cualquier modo; como por estar emparentadas con alguna cabeza, por los actos de impiedad que ejecutaban ó por algunas otras inclinaciones que le permitían á la secta atraer hacia sí á esas personas, etc. De este modo vigilaba á sus subalternos de la Fraternidad y guiaba á los reclutadores en sus reclutamientos; porque en aquel espejo hechizado veía, como si los tuviese delante, á los hombres que se entregaban á los demonios y se hallaban en disposiciones análogas, aun cuando estuviesen dedicados á sus más íntimas ocupaciones.

Quiso evocar un día al espíritu que de esa suerte le permitía ver á distancia y secretamente. El espíritu se llamaba «Nergal» y era necesario que estuviese presente, cada vez que se proponía Tomás vigilar, para el éxito de su operacion. Aquel día se proponía pedirle que le permitiera ver á su hija por medio del espejo mágico, pues en su con-

Miss Vaughan.—T. I.—43.

cepto tal cosa no era infringir la prohibicion del Dios Bueno.

Nergal no respondió á su evocacion; pero se le apareció Baal-Zebub diciéndole que ni aún eso era posible. No insistió Filaleto, sino que cayendo á los piés de Baal-Zebub le suplicó se interpusiera con Lucifer para que le perdonara su temeridad.

Otro día—esto pasó en Hamburgo el año de 1675— al entrar á su alcoba para acostarse á horas muy avanzadas de la noche, vió ocupada su cama y notó que álguien al parecer de pequeña estatura estaba metido en ella, como un niño que estuviera durmiendo. Acercó la luz [y vió que, efectivamente, estaba durmiendo allí un niño de piel roja, como de siete años, poco más ó menos; quiere decir, de la edad que tenía su nieto á la sazón.

Largo rato se quedó contemplando al niño, hasta que despertó éste con admiracion al principio, mayor aún que la de Filaleto, y espantado despues, no dando con aquel hombre que tenía delante de sí, en pié.

Filaleto se creía feliz. Algo en él, un sentimiento instintivo, le decía que aquel niño era verdaderamente el hijo de su Diana; y de todo corazon daba gracias al poder sobrenatural que acababa de realizar el prodigio de llevar allá al niño para proporcionarle el placer de verle á su lado, ya que no veía á la madre.

En esto habló el niño significando el temor que

le tenía embargado, á pesar de los esfuerzos que hacia Filaleto prodigándole mil caricias para inspirarle confianza, en medio del gran apuro en que metía al alquimista no entender el lenguaje de aquel niño.

Entónces exclamó:

—¡Dios Bueno! éste es indudablemente el hijo de mi hija: os doy gracias desde lo íntimo del corazon. Pero completad vuestra obra, haced que pueda yo hablarle!

E inmediatamente habló el idioma lennape, con lo que el niño mostró alguna confianza, dejándose ya coger y abrazar. Filaleto le habló entónces en los términos en que es posible explicarse con un niño de aquella edad, y le hizo ver que era de su misma sangre. Hablóle tambien de su madre, y familiarizándose con ello más y más el niño, le contó él á su vez los juegos con que se divertía y le dijo algo relativo á la vida de sus padres.

Despues—porque Lucifer, cuenta Tomás Vaughan, quiso que aquel placer fuera pasajero—¡despues el niño, como si le hubiera vencido el sueño, cerró los ojos y se durmió de nuevo. . . . Momentos despues, ya no estaba allí, había desaparecido, acababa de obrar de nuevo el propio misterioso poder que le llevara allá. Y es indudable que al despertar en el seno de su tribu en América, el niño ha de haber creído que aquello no fué más que sueño.

En 1677, murió Spinoza en la Haya, y en ese mismo año dió Filaleto á Cárlos Blount el encar-

go de escribir la vida de Apollonius de Tiano. Un año de vida en la tierra, nada más, le quedaba entonces. Se acercaba el término del pacto de 25 de Marzo de 1645.

El mismo en que desapareció, publicó el *Ripley revised* y la *Enarratio methodica trium Gebri medicinarum*, concluyó sus Memorias, y dejó escrita una carta que se halla en el archivo del Soberano Consejo Patriarcal de Hamburgo, fué dirigida á Carlos Blount. En ella le dice expresamente que hay necesidad de que nadie sepa lo que haya de ser de él, previniéndole que guarde la reserva más absoluta con relacion á él mismo. «Que nadie, desde el 25 de Marzo en adelante, sepa si vivo ó muero; pero debes estar cierto de que para ese día no perteneceré ya á este mundo y que desde ese propio día serás tú mi sucesor. ¡Que el Gran Arquitecto del Universo te proteja é inspire.»

Es absolutamente cierto que la *Enarratio trium Gebri* se imprimió á principios de 1678, y el autor habla en esa obra del cuidado que puso en la edición; de donde se sigue que aun vivía el autor. Innegable es tambien, por otra parte, que el año siguiente publicó Henry Vaughan, hermano de Tomás, dándole todo el carácter de obra póstuma, la coleccion de poesias de Filaleto, coleccion que lleva por título: *Thalia rediviva*, expresando claramente la primera y única edición: 1679.

En consecuencia, ningun error hay al asegurar

que 1678 es con toda exactitud el año en que Tomás Vaughan desapareció, y que con igual exactitud tenía entonces dos veces treinta y tres años.

Tan perfectamente habían cuidado de inculcar en mi alma mis educadores—obedeciendo á la par á sus convicciones—la idea de la excelencia regeneradora y vivificadora de las llamas, elemento del reino de Lucifer, que, léjos de atorrizarme el pensar en aquella desaparicion de mi antepasado, era un sueño divino que me hacía desear con ardor la misma suerte.

El rapto de Filaleto, llevado á cabo por el Dios Bueno en persona, tiene su naracion *escrita por Filaleto mismo*; no en sus Memorias, claro está, puesto que, formadas con las notas que periódicamente iba tomando de los sucesos más notables de cada mes, las dichas Memorias paran hasta la víspera de su último día terrestre.

Veáse lo que de seguro no desmentirá M. el contralmirante Alberto Hastings Markham, Mag. go Electo y principal delegado del Directorio Central de Nápoles para la marina inglesa del Mediterráneo.

Hay en la Valette, capital de la Isla de Malta, un Perfecto Triángulo cuyo Gran Maestre honorario es él, y el H. Hamilton Sharpe el gran maestre presidente efectivo. En la Masonería reconocida, M. el contralmirante Markham pertenece al Rito Escocés Antiguo Aceptado con el gra-

do de Príncipe del Real Secreto, al cual fué elevado durante el año pasado (1). Su Triángulo, llamado *Il Moallen tad-dar*, tiene asiento y templo secreto en la Strada Strella, nº 27.

Ese Triángulo está directamente entroncado con el Preceptorado Templario llamado *Melita*, cuyo Prior es el contralmirante y cuya reunion regular se verifica el segundo juéves de cada mes en el mismo lugar que acabo de indicar.

Del propio Triángulo dependen:

1º El Consejo secreto *St. Jhou and St. Paul*, cuyas reuniones son irregulares:

2º El Capitulo de Rosa-Cruz *The Rose of Sharon*, que sólo se reúne tres veces al año: en Enero, Marzo y Noviembre:

3º Los dos Cónclaves de los caballeros de la Cruz Roja de Constantino y Kadosch de S. Juan, llamados, respectivamente, *Wignacourt* y *La Valette*;

4º Las tres Lógias Simbólicas de Malta: *Keystone* (que se reúne el cuarto lúnes de cada mes, excepto los de Junio, Julio Agosto y Septiembre); *Ramsay* (con reuniones el cuarto juéves de Febrero, Abril, Octubre y Diciembre), y *Union of Malta* (cuyas reuniones tienen lugar el tercer miécoles de cada mes, excepto los de Junio, Julio y Agosto); y una Logia Simbólica, establecida en Sicilia, Siracusa, vía Landalina, llamada la R.: L.: *Carlo Edoardo Goffey* (la cual se verifica el primer lúnes de cada mes). Las reu-

(1) La autora escribe esto en Febrero de 1896.—N. T.

nes del Perfecto Triángulo se verifican el segundo juéves de Marzo, Junio, Septiembre y Diciembre, á fin de que los paladistas de Siracusa que pertenecen á la jurisdiccion del *Moallen tad-dar* puedan aprovechar la salida del paquebote Florio Rubattino que la hace de Siracusa el miécoles por la noche, desembarcando en la Valette el juéves por la mañana.

Pues bien, el Perfecto Triángulo *Il Moallen tad-dar* posee un talisman infernal de los más curiosos.

Consiste ese talisman en una flecha de hierro viejo, forjada en Gibraltar, que escribe en papel con la punta como escribe una pluma de metal, con la particularidad de que cuando se quiere que lo haga despidela punta una tinta verde sin una sola gota de ese líquido oculta en el metal de la flecha.

Para conseguir que escriba, hay que invocar al Dios Bueno, llamado en aquel Triángulo "el Maestro de la Casa", *il Moallen tad-dar*; pero no se puede repetir más que una vez cada tres años la mágica operacion.

Invocado el Dios Bueno conforme al Rito, aparece en el aire como relámpago su luminosa firma, compuesta de cinco rasgos enlazados y fulgurantes, siendo esa la señal por medio de la cual hace saber á la asamblea que consiente en animar la flecha de hierro por el espíritu de Tomás Vaughan.

En efecto, reunidos los Magos Electos, así co

mo la Maestra Templaria Soberana, si alguna se halla de paso en Malta, evocan á Filaleto.

Sólo en la flecha se manifiesta el espíritu de Filaleto. Se me perdonará que use el lenguaje de mis ex-Hermanos si ya que no son las almas de los muertos, sino el Demonio, él verdaderamente el que interviene en esas malditas obras. Una vez más, hago esta aclaración para no tener necesidad de repetirla. Pero se comprenderá que para exhibir de una manera inteligible el estado en que se halla el espíritu de los ocultistas, tengo que expresarme en su mismo idioma aunque no participe de su error.—Y, en aquella manifestación, siempre escribe sobre un mismo tema el espíritu de Filaleto: el suceso de su rapto consumado por el Dios Bueno; quiere decir su desaparición acaecida el 25 de Marzo de 1678.

Lo repito, pues, y acentúo mi reto: M. el contralmirante Makham (Alberto Hastings) vive y es uno de los oficiales superiores más conocidos de la marina inglesa, aun cuando ignore la generalidad de sus compatriotas, su alta situación masónica. Esto supuesto, no me ha de desmentir: no podrá negar que el Perfecto Triángulo del cual es gran maestro honorario, y el Preceptorado Templario, del que es Prior, poseen en su sede común, n.º 27 de la Strada Strella, en la Valette, isla de Malta, la mágica flecha de hierro que por sí sola y sin tinta escribe con caracteres verdes en el papel la pretendida historia verdadera é ingénuo del rapto de mi antepasado Tomás Vau-

ghan, llevado á cabo por el pretendido Dios Bueno, al pretendido Cielo Superior ó Reino del Fuego Divino.

Tanto me habían hablado ya de aquel prodigio mi padre y mi tío, que, en 1839, cuando fui á Europa con ocasion de la Exposicion universal de Paris, y luego fui á visitar á Italia, salí de Nápoles, donde los HH. .: Bovio y Panunzi me presentaron á sus amigos, y me dirigí hácia Messina y Malta con el exclusivo objeto de asistir á aquella maravilla, para mí, de un interés directo; y fui recibida á mazo batiente por algunos de los Hermanos á quienes hoy preside M. el contralmirante Markham; y el Perfecto Triángulo *Il Moallem tad-dar* me abrió sus puertas; y todos me saludaron con sus ovaciones como á la última descendiente del ilustre alquimista de la Rosa-Cruz socinista, fundador de la Francmasonería; y no se limitó el Dios Bueno á dejar ver su aerea y fulgurante firma, sino que se apareció en persona acompañado de Baal-Zebub y de Astaroth, y él mismo presidió la tenida; y, moviéndose la flecha de hierro completamente sola, escribió una vez más, en honra mía, la extraordinaria historia.

Si algun francmason paladista de la Valette ó de Citta-Vecchia se hubiere convertido de aquel entonces á acá, puede interrogarle á ese respecto Mons. Pace, Obispo de Malta y Arzobispo de Ródas; que él, el francmason, ratificará punto por punto cuanto digo sobre el particular.

Verificóse el prestigio diabólico de la manera como aquí refiero.

Al entrar yo, todos los Magos Electos del Perfecto Triángulo, dispuestos en dos filas, doblan la rodilla izquierda, permaneciendo así todo el tiempo que hago para cruzar por la asamblea.

A unos cuantos pasos ya del Oriente, me detengo.

El presidente gran maestro me dice:

—¡Salve, altísima Hermana Lucifera! ¡Bienvenida seas entre tus humildes Hermanos!... Tú nos traes el sol y la luna... Supuestos los derechos de que disfrutas, tu lugar es mi lugar: ¿quieres que te ceda el trono de este Perfecto Triángulo para que presidas esta santa reunión?

A esta interpelación, contesto:

—No, poderosísimo Hermano; guarda el trono ahora, que eres digno de él... El Dios Bueno, que me me inspira, ha guiado mis pasos hacia esta santa reunión de sus fieles; pero no me ordena que presida á los Hermanos Magos Electos del Oriente de Malta, sino que me quiere por sacerdotisa evocadora.

Baja entonces de su trono el gran maestro, dobla delante de mí la rodilla izquierda y me besa la mano derecha.

Me inclino yo hacia él, le pasé siete veces por encima de la cabeza, que tiene inclinada, la mano izquierda, abierta, y le digo:

—¡Que Baal-Zebub sea en tí, poderosísimo Hermano!

Dicho esto, el presidente gran maestro cae de espaldas en el suelo, como muerto.

Acércase á su vez el lugarteniente del gran maestro, hace la misma genuflexion y el mismo besamano, inclínome á él, le hago los propios pasos por encima de la cabeza, y le digo:

—¡Que Astaroth sea en tí, poderosísimo Hermano!

Tambien él cae á mis piés, y todo el mundo aplaude.

Doblo en tierra la rodilla izquierda, extendiendo los brazos hacia adelante y echo para atrás la cabeza.

Todos manifiestan su ansiedad.

Y yo exclamo:

—¡Lucifer! ¡Lucifer! ¡Lucifer!... ¡Dios Bueno, Altísimo el más alto!... ¿Me oyes? ¿Me escucharás?... ¡Lucifer! ¡Lucifer! ¡Lucifer! Dignate manifestar tu amor á tu hija!...

Traza la firma de fuego sus cinco resplandecientes rasgos en el espacio. ¡El Dios Bueno acaba de manifestar su presencia!

Y de nuevo exclamo:

—¡Lucifer! ¡Lucifer! ¡Lucifer! ¡Sé en mí!...

Y por instantes me siento como fulminada hasta que por fin caigo al suelo como muerta, pero animada por una vida sobrenatural. Hállome plenamente poseída por Satán en persona.

El gran maestro, el lugarteniente y yo parecemos inanimados.

—¡Roguemos con el corazón, clarísimos Hermanos! dice el último iniciado Mago Electo.

Algun tiempo transcurre así aumentando más y más la ansiedad de los asistentes que oran.

De repente siento una sacudida interior;—el gran maestro y el lugarteniente experimentan las mismas sensaciones que yo, y el fenómeno que se va á obrar en mí va á obrarse al mismo tiempo en ellos;— levanto la cabeza, y la siento hinchada, y siento que la boca se me abre y alarga desmesuradamente, y sin embargo, para nada sufro.

A los tres nos salen por la boca, resplandecientes de luz, Lucifer, Baal-Zebub y Astaroth. Y los tres nos levantamos para tomar la actitud de la adoración paládica.

Al punto, empero, dice Lucifer:

—¡En pie, hijos míos!... ¡Mi paz sea con vosotros!

Todos obedecemos. Todos los asistentes, absortos y emocionados, mantiéñense en su sitio, de pie y fijos los ojos en el Dios Bueno y en los dos más altos espíritus que le acompañan. La admiración es general, porque no se ha verificado en la forma comun la aparición, y sábese que la causa de ello es mi presencia.

Astaroth se dirige á mí y me dice:

—Diana: el Santo de los santos quiere que te obedezcan los elementos, y se digna presidir la reunion de sus fieles... Dáños asiento.

Subo las gradas del Oriente, extendiendo la mano izquierda y pronuncio así mi deseo:

—¡Muros! resplandeced con las joyas de la tierra!... ¡Constitúyete, oro el más puro, en sober-

bio trono para Nuestro Señor Lucifer!... ¡Juntaos nubes y, perfumadas, sostened ese tronol... Quiero aún otros dos para los predilectos santos Baal-Zebub y Astaroth... Y que desaparezca de este Oriente cuanto fuere obra de la mano de los hombres... ¡Tú misma, imágen del Palladium, eclípsate por miéntras Nuestro Señor está entre nosotros!...

A mi voz, el Oriente cambia de aspecto: las paredes se tapizan de diamantes, de esmeraldas, de rubíes y de las más ricas piedras preciosas; una nube reemplaza á la plataforma, y sobre esa nube, que esparce delicioso aroma por el salon, aparecen tres tronos de oro, el más espléndido de los cuales, que es el del centro, es para Lucifer... Y hé aquí que el Rey del Fuego y sus dos demonios principales toman asiento en ellos; el Baphomet desapareció, y yo soy transportada por espíritu invisibles al otro extremo del salon, dejándome á poca distancia de la puerta de entrada, donde acaban de aparecer dos sillas de plata, una que ocupé yo, y otra que ocupó el gran maestro.

—Mi querida hija Diana, dijo entónces el Dios Bueno: me invocaste, y héme aquí... Sé que deseas ver cómo la flecha de hierro escribe la relacion del arrebato de tu antepasado, mi elegido Filaleto, á mi reino eterno... Diana: ningun deseo te he de negar.

Palabras tan llenas de bondad me dieron ánimo para hacer otra petición, diciéndole:

—Señor Todopoderoso: concededme el que vea

á mi antepasado Filaleto, luego que acabe de escribir la fecha.

Lucifer me contestó sonriendo:

—Se hará como lo deseas, predilecta hija mía; pero tú sola verás á mi elegido, el glorioso fundador de mi cara Francmasonería.

En seguida dió orden para que se llevara al salon la fecha, y mientras que hacía esto un Hermano á quien designó el gran maestro, estuvo hablando el Dios Bueno á la asamblea como de costumbre.

No era su voz la terrible voz de los dias de cólera. Nos habló mucho, insistiendo en los sucesos de Francia, y declarándose satisfecho con todo lo que se preparaba en aquel país. Tal cosa nos causaba á todos vivo interés, pero en particular á mí, pues acababa yo de estar en Paris ántes de ir á Italia y á Malta.

—Adonai llama á Francia la hija mayor de su Iglesia, decía Lucifer; por eso amo yo á cualquiera que se ocupe en descristianizar á Francia. Su último Presidente fué para mí un leal servidor que, sin ostentacion, trabajó con celo, no demostrando nunca interés en la lucha que se empeñaba entre mis Logias y los criminales jesuitas. Desempeñó á maravilla su cometido, siempre dispuesto á dar su firma cuando se le pedía, y mostrándose hombre de excelente carácter que no quiere crear dificultad de ninguna especie á sus ministros. Excelente fué, sí, el Hermano Grévy para el bien de nuestra santa causa. Yo le había

adornado con la aureola de la austeridad y le concedí despues los bienes de este mundo, que es lo que más ama, haciéndole rico tal como me lo pidió, porque me pidió un dia que le colmara de dinero. Esto acontecía seis años despues de la guerra con Alemania. No por no ser ya mason activo el Hermano Grévy, me bendecía ménos; pues yo le estuve alentando desde que dió los primeros pasos en la vida de la política, y él me estaba muy agradecido. Muchas noches, ántes de entregarse al sueño, comenzaba á pensar en mí, y murmuraba: «No es omnipotente el Dios de los católicos, puesto que no tiene la suficiente fuerza para contrarrestar á la Francmasonería cuyo mandatario soy yo en esta Presidencia. Vale más, pues, trabajar en favor del Gran Arquitecto que del Sagrado Corazon;» y luego despues añadía: «¡Gran Arquitecto del Universo! hazed que muera yo en la riqueza, y os prometo que siempre os serviré con fidelidad.» Este Jefe de Estado, caro á mi corazon, ha tenido que sufrir con la perversidad de Adonai. El Dios Malo no podía perdonarle que hubiera consentido en la expulsion de algunos monjes, y se vengó; pero yo mantuve al Hermano Grévy en la riqueza.... Su sucesor no me es grato, por más que tambien obedezca fielmente á mis Logias, y tendrá que acabar mal, porque está mal rodeado....

No creo que al expresarse así Lucifer, haya querido aludir á la muerte trágica del Presidente Carnot, puesto que hoy ya sé que sólo aquello que tie-

ne á bien Dios dejarle entrever á veces, conoce de lo porvenir. Además, al tiempo de pronunciar aquellas palabras, no las recalcó el príncipe de las tinieblas, sino que el tono con que hablaba era el de una conversacion muy ordinaria; ni siquiera al llegar á ese punto, dió muestras de animacion. Creo, pues, que sencillísimamente se refería á una muerte que iba á tener lugar en brazos de la Iglesia, y quería decir que aquella alma se le había escapado, no ignoraba ya que día con día se elevaban fervientes oraciones por su salvacion.

Figía desprecio, por consiguiente, para Carnot, en cambio del extremado afecto que parecía mostrar al Hermano Grévy sobre cuya conducta política volvía á hablar con verdadera complacencia.

—El Hermano Grévy abrió un buen camino, dijo, y con ello contribuyó á asegurar la conquista de Francia para mis Logías. Quisiera yo que muchos jefes de Estado se le parecieran; por eso le tengo reservado un honroso puesto en mi gloria.

Concluyó recomendando á todos la mayor veneración para con su vicario Alberto Pike.

Mas hé aquí que se trae ya la flecha de hierro en riquísimo cojín y se dispone una mesa con el papel necesario para que escriba.

En cualquiera otra circunstancia, comienza el acto por evocacion; pero como hoy está presente Lucifer, no hay para qué recurrir á las formalidades del ritual.

Así, pues, baja la vista el Dios Bueno hácia la

flecha, y levantándose ésta, inmediatamente comienza á correr por el papel y á escribir sin tinta. A continuacion traduzco lo que escribió, que ésta vez fué en latin:

"Yo, *Tomas Vaughan*, quinto gran maestre de la Rosa Cruz, con el nombre de *Eirenaeus Philalethes*, presente me hallo en esta pluma de hierro. El Altísimo más alto acaba de permitirme que deje yo unos cuantos momentos su divino reino. La noble Maestra Templaria que aquí está, es descendiente mía.

«Diana, digna descendiente mía: estas líneas las trazo para que te instruyas Tú, que las leerás, sabrás por ellas en dónde está la suprema felicidad.

"No morir de muerte humana! . . . ¡Ser sustraído á la homicida ley de Adonai! . . . Es menester ser uno el que más meritos tenga entre los Elegidos, para alcanzar suerte tan afortunada. . . . ¡Gloria al Eterno Dios Superexcelente y más poderoso aún que el Dios Malo! El me concedió la suprema felicidad en recompensa de los servicios que le presté en este mundo; porque desde el instante en que conocí la inefable verdad no dejé que se pasara un día, ni siquiera una hora fuera del tiempo en que me entregaba al sueño, sin trabajar en el establecimiento del nuevo Templo cuyos fieles aniquilarán la Iglesia de la supersticion.

"El 25 de Marzo del año llamado por los ministros de Adonai 1678, me hallaba yo dispuesto esperando con la paz del alma que se realizara la promesa del buen Señor Altísimo. Confiaba yo en

ella sin sentir la más ligera turbacion, sin abrigar la menor duda, sabiendo que nuestro Dios Lucifer cumple su palabra cuando se han cumplido fielmente las obligaciones contraídas con respecto á él.

"Treinta y tres años de vida habíanseme prometido á contar desde la hora de nuestro pacto, y me sentía yo con vida y con salud completa. Acordábame de los días pasados, y, á solas con mi conciencia, reprochábame á mí mismo el haber temido la muerte alguna vez cuando me veía rodeado de los peligros con que me cercaban mis enemigos. Inútil había sido, pues, la maldad de los supersticiosos, cuando estaba yo ahí con vigor y vida. Mas con mi corazón contrito, pedí al buen Señor que me perdonara mi loco temor con el cual había yo injuriado á su omnipotencia.

"Iba acercándose, hasta que por fin dió la hora del pacto. Al punto, abriéndose el techo de mi habitacion halléme en las alturas del espacio, viéndolo allá á lo lejos y á mis pies á Amsterdam, sin darme cuenta de la manera como mi cuerpo se había elevado. Nada sentía yo que me sostuviera, ni tampoco estaba suspendido yo de nada.

"Alas que volaban en torno mío, enormes alas de deslumbradora blancura y á millares, pero sin cuerpos á los que estuviesen adheridas, sino que eran unas alas pareadas que batían el aire remolineando unidas de dos en dos. Todas ellas formaban como unas nubes, resultando un conjunto de hermosura tal, que no es capaz la mente humana de comprenderla. Yo contemplaba, y al mismo tiempo oraba

"Pronto las alas condensaron ó cerraron sus filamentos sin dejar de agitarse, y desde aquel momento yo no ví la tierra á mis pies.

"Entónces fueron acercándose más y más hacia mí las blancas alas, hasta formarse una á manera de cuna, un nido inmenso y meduloso que me transportaba.

"Brilló entónces un relámpago, y por momentos ví al buen Señor nuestro Dios que, colocándose junto á mí, me decía: "Nada temas, Filaleto, mi reino está de gran fiesta."

"A ese tiempo se fundieron las alas. Nos hallábamos en la bienaventurada mansion del Fuego Eterno.

«Astartea, la divina reina de los Angeles de Luz, que se dignó dárseme por esposa en la tierra salió á mi encuentro rodeada de su corte. Demonios y *demonias* (1) lanzaban gritos de alegría. Mi cuerpo glorificado vivía con la vida de las celestiales llamas. ¡Oh mi querida hija, la segunda Diana de mi linaje! ¡Ojalá puedas por tus merecimientos alcanzar una suerte semejante á la mía!...

«En esta flecha de hierro estoy, y te hablo por medio de esta escritura verde. Te hablo la verdad como se la dije á mi hermano Henry la noche de mi desaparicion. El Dios Bueno permite la primera manifestacion para que se conozca inmedia-

(1) Por esta vez nos vemos en la necesidad de dar forma femenina á la palabra *demonio*, del original francés.—De paso diremos que no es propiamente francesa esta palabra si bien la usa con frecuencia la ilustrada autora como usa la que sí verdaderamente lo es: *Démon*.—N. T.

tamente su amor á mí. Desde el seno del reino de los bienaventurados sin fin, ví á Henry, que á sí mismo se preguntaba qué había sido de mí, y sin salir yo de las vivificantes llamas llegó mi voz hasta su oído y le hice este mismo relato.

«Diana: el buen Señor Lucifer te ama como si fueras su propia hija. Nunca llegues á despreciar su divino amor, nunca llegues á ser ingrata. No te cause envidia Sofia Sapho cuyo destino, bien así como el tuyo, está escrito en el cielo. Toda buena voluntad quiere para sí el Dios Bueno, que tanto á ella como á tí las conduce por diferentes caminos y no hay rencor ni celo que deba reinar entre vosotras dos. Tiene cada una de vosotras misión distinta que desempeñar para gloria del Altísimo más alto. Mansedumbre suprema es el Santo de los santos, y ha hecho ya justicia á tu corazón; más tú debes cerrar los ojos á lo que no comprendas, y cree al jefe de tu bendito linaje cuando te conjura que ningún resentimiento guarda contra aquellos de quienes creías deber quejarte y que tan fieles le han sido como tú misma. En nombre del Todopoderoso Superexcelente Dios, ¡que la paz del Fuego Eterno y de la Santísima Luz sea con todos los hijos de la Jerusalem regenerada!»

Concluyó de escribir la flecha de hierro, y me emocionó la lectura de lo que había escrito.

En seguida me fijé en Lucifer, sentado en su trono de oro entre Baal-Zebub y Astaroth, y parecióme que me enviaba una sonrisa de dulce afecto.

—¡Oh Dios mío! le dije. ¡Yo os amo! Por amor vuestro, olvidaré cómo Sofia Sapho me ha deseado la muerte. Por vuestro amor, no pensaré de hoy en más sino en lo que me dijisteis vos en Charlestown. Iré, por vuestra gloria, por el camino que comprendo y propagaré el santo dogma sin envidias ni rencores para aquellos de vuestros fieles que le comprenden mal.

—Está bien, hija mía, me contestó Lucifer; esto esperaba yo de tu amor. La misma gloria que Filaleto, habrás de tener; te lo prometo. A tí te corresponde la honra de rectificar las interpretaciones erróneas del santo dogma; así lo confirmo delante de esta asamblea de mis fieles. Irás á los Perfectos Triángulos de mis Magos Electos, donde se te recibirá con respeto siempre, y allí, sin preocuparte con las interpretaciones de los demás, *absolutamente las escudriñes*, mas dí con toda claridad lo que pienses. Yo mostraré á todos los altos jefes de mi cara Francmasonería cómo te he concedido el justo discernimiento de la divina doctrina. No entres en discusiones; emite tu opinión con franqueza; habla con ardor; que inspirándote mi espíritu, proferirán siempre tus labios la verdad exacta.

He subrayado las palabras *absolutamente las escudriñes* (las interpretaciones de los demás), porque fué esa una gran astucia del impostor, como más adelante lo explicaré.

Mi alma se regocijaba. ¡Cómo despertaba en

ella el orgullo el espíritu del mal, y cómo le mantenía, y cómo le lisonjeaba!.....

Absortos estaban de admiración todos los asistentes, alegrándose de mi visita que tan bella obra mágica le había valido al Triángulo. Bien habría yo podido pedir en aquellos momentos la vida á mis hermanos de Malta, ó que aceptaran cualquier terrible peligro de muerte con tal de prestarme el servicio más insignificante, que nadie hubiese vacilado para obsequiar mi deseo.

Finalmente, concediéndome Lucifer lo que le pedí.

Visible para mí tan sólo, fué desprendiéndose de la flecha de hierro un vapor blanco al principio, que despues se tiñó de rosa, y al cabo de unos cuantos momentos se dibujó con toda claridad una figura humana. Era Filaleto, á quien se me ponía delante.

El fantasma parecía exactamente de la misma edad que tenía Filaleto cuando desapareció; pero veía yo en él un anciano vigoroso y de cuerpo erguido. Representaba ser algo mayor en años que mi padre cuando murió y, con excepcion de las arrugas de la cara, más acentuadas que en él, era de un parecido singular. No me podía caer duda en reconocer á mi antepasado en aquel personaje tan maravillosamente aparecido.

Tales son los prestigios del Diabolo: odiosas supercherías, desde el momento en que la Iglesia nos enseña que todas esas apariciones de seres que se dicen muertos no son más que puro engaño de los demonios.

Mas en aquella ocasion, creía yo firmemente que estaba mirando á Tomás Vaughan.

Bajé de mi asiento de plata y, con los brazos extendidos, me adelanté hácia el fantasma, sin apartar de mí los ojos todos los asistentes, que se daban cuenta de mi vision.

—¡Filaleto! exclamé. ¡Oh mi glorioso antepasado! Sí, indudablemente sois vos.... Habladme, os lo suplico. Nuestro Señor Lucifer que está aquí presente permitirá que yo os oiga.....

Lucifer hizo una señal de aquiescencia á esta nueva peticion de mi parte.

Entónces sostuve con el diablo del infierno que simulaba á mi antepasado la siguiente conversacion; pero únicamente mi voz era la que distinguían los Magos Electos que formaban aquella asamblea:

Filaleto.—Hija mía bendita y muy querida: te sostengo como verdad absoluta lo que acabo de escribir un momento há cuando estaba en la flecha de hierro.... ¿Qué más deseas que te diga?

Yo.—¿Veré el triunfo de nuestra santa religion?

Filaleto.—No. Todavía no está dispuesta la humanidad para recibir la verdadera luz; marcados están los tiempos en los libros del Sanctum Regnum. Sin embargo, verás cómo la causa del Buen Dios alcanza éxitos importantes en varios lugares que hasta aquí han estado bajo el yugo de la supersticion. Verás también cómo mengua el poder de Adonai y de su Vicario, prisionero de la Francmasonería, despues de haberlo sido del gobierno italiano.

Yo.—¿El Papa actual será el que caiga bajo el poder de nuestros jefes?

Filaletto.—No. Su sucesor.

Yo.—¿Podeis decirme quién sucederá á Leon XIII?

Filaletto.—No. No debo revelarte hoy su nombre.

Yo.—¿Le conoceré algun día, quiero decir ántes de quedar vacante la silla del maleakh Simon Pedro?

Filaletto.—Si llegas á saber quién es, no ha de ser por mí; pero sé que le verás tú misma y que te recibirá en Roma en su casa habitacion ántes de su elevacion al Pontificado que execramos. Tengo obligacion de anunciarte esto, que harlo me contraría el decirte, no sé por qué.

Yo.—¿En qué año alcanzará éxito más importante la Francmasonería?

Filaletto.—En el primer año del siglo futuro. Entónces será tratado con justo rigor el adonaismo en Austria, Francia y Canadá. En el subsecuente año, parecerá que casi toca á su triunfo nuestra causa en España.

Yo.—¿Qué sucesos retardarán, pues, nuestro triunfo?

Filaletto.—Se elevará en el país belga una columna de negro humo que oscurecerá el cielo. Habrá terribles combates entre los maleakhs y nosotros. El Papa de la supersticion será entregado por una expedicion que partirá de una pequeña ciudad helvética. Francia pasará por una crisis de fuego y sangre; Paris sufrirá un gran trastorno que introducirá una horda de mentecatos, quie-

nes comprometerán la sabia obra de nuestros adeptos. En ese segundo año del siglo futuro, Lilitih hablará en Lourdes, apareciéndose á millares de peregrinos en medio de su santuario que abominan los hombres de razon. Tal milagro de Adonai cormoverá á las almas, causándonos un inmenso agravio. Un obispo del Dios Malo ungrirá á un guerrero francés, venido de léjos tierras, y todos los adonaistas de este país se levantarán en masa. Entónces quedarán vencidos los nuestros en Francia. La España regenerada entrará en guerra con la Francia supersticiosa. ¡Ay! la misma Francia, perdida para nosotros tantos años, será la que impondrá sus leyes! Caerá en profunda tristeza el Dios Bueno á quien las únicas que consolarán serán Austria y el Canadá. Habrá innumerables defecciones en el Reino Británico: La multitud adonaista demolerá un templo levantado en Italia á Nuestro Señor Lucifer y esa gente aclamará del uno al otro cabo de la Península al Vicario del Dios Malo.

Yo.—¿Debo revelar á nuestros Hermanos lo que me estais diciendo, Filaletto?

Filaletto.—No. Sólo el Gran Alberto es, entre nuestros Hermanos quien tiene que conocer las revelaciones que á tí se te hagan; y el Gran Alberto sabe ya todo lo que te acabo de decir..... Diana de mi sangre: con lo dicho basta.... Trabaja con actividad para la gloria del Dios Bueno.... Tiempo es ya de que vuelva yo al divino reino del Fuego Eterno.

Y diciendo esto, el fantasma entró de nuevo en la flecha de hierro.

Presenté mis homenajes de adoracion paládica á Lucifer, y todos los Hermanos del Perfecto Triángulo me imitaron.

—¡Benditos seais, mis fieles hijos! dijo nuestro dios.

Y por momentos desaparecieron tronos, nube y pedrerías, y Lucifer, Baal-Zebub y Astaroth. La sala de los paladistas, del núm. 27 de la Strada Stella, volvió á quedar como ántes, tornando á aparecer en su altar, dominando el Oriente, el Baphomet.

M. el contralmirante Hastings Markham no asistió á aquella asamblea, famosa para siempre en los fastos de la Masonería maltesa. El 6 de Marzo de 1893, únicamente se le nombró gran maestro, quedando confirmados sus poderes superiores en la Alta Masonería por el Sanctum Regnum, el 28 de Abril del propio año, día en que la Arcula Mystica funcionó en honra suya é hizo que se le discerniera el título de Gran Superintendente de la Real Arca. Cuando yo estuve en Malta, el gran maestro lo era el Coronel Marmaduke Ramsay. Pero M. el contralmirante tiene á la mano la prueba de que lo referido por mí es la verdad exacta, puesto que está á su disposición el archivo del Perfecto Triángulo *Il Moallen tad-dar*; amen de que el H.: Hamilton Sharpe, hombre muy conocido en Malta, le mostró el acta que se levantó con motivo de aquella tenida extraordinaria.

Tambien el H.: cirujano y capitán Hughes y el H.: William Cook, ámbos vecinos de Malta, tienen perfecto conocimiento de los hechos acaecidos en aquella memorable asamblea, con excepcion, empero, de lo que me habló el espectro de Filaeto, puesto que á nadie se lo repetí, y en esa virtud no quedó consignado en la susodicha acta.

Por consiguiente, M. el contralmirante Markham no me ha de dar ningun mentís. Cuando tomó posesion de sus funciones de principal delegado del Gran Directorio Central de Nápoles para la marina inglesa del Mediterráneo, fué su primer empeño leer los relatos escritos con tinta verde que se conservan en el *Moallen tad-dar*, y quedó estupefacto con el favor excepcional que me concedía el Gran Arquitecto.

Con tal motivo, no pudo ménos que decir el capitán Hughes:

—Esto se debe poner en cuarentena; me cuesta mucho trabajo creerlo.

Pues bien, no había acabado de hablar, cuando se levantó la flecha de hierro que él iba á tocar, se precipitó contra él deteniéndosele en el pecho, y le atravesó de parte á parte. A ese mismo tiempo se sintió arrebatado, y en unos cuantos segundos se veía en Charleston en el Sanctum Regnum mismo, donde, animándose el Palladium, le habló en estos términos:

—¿Crees ahora?

—Sí, respondió él.

Y fué transportado á Malta por el mismo prodi.

gio y desembarazado de la flecha de hierro, en presencia del capitán Hughes, que no había salido de aquel lugar.

En cuanto á mí, nada más sé, en cuanto á la extraña desaparición de mi antepasado. Con absoluta seguridad sé al presente que fui engañada por los demonios; engañada como lo son todos aquellos que por entrar de buena fé en el Paladismo, creen sinceramente en la bondad de Lucifer. En este caso se hallan muchísimos de mis ex-Hermanos y ex-Hermanas; por lo ménos así lo quiero creer. Es necesario compadecerlos y pedir mucho por ellos y por ellas, mucho.

Por último, segura estoy de que por lo tocante á mí, habrá comprendido ya el lector católico en qué género de disposiciones de espíritu me encontraba yo, cuando juzgó mi padre que había llegado el momento de mi iniciación. La base principal de mi educación luciferiana había estado en la enseñanza relativa á la vida de Filaleto, enseñanza que recibí á grandes dosis, tan grandes que hay para admirarse de ello. El antepasado, aquel glorioso antepasado mío, venía á ser en mi vida, atenta la misión con que se me había formado, la estrella polar que brillaba de noche mostrándome el invariable Norte. Conocía yo el catolicismo al revés de como es él: para mí, el Dios de los cristianos era el dios del mal, el autor de cuantos dolores y miserias agobian á la humanidad.

Mi madre, excelente francesa protestante, de las Cevénas, amaba con ternura á mi padre, y jamás

tomó parte en mi educación, la cual tuvo á su cargo exclusivamente él, auxiliado por mi tío, que siempre se conservó soltero. Así, pues, la instrucción que recibí fué esencialmente masculina.

Opuesto en toda forma al sistema de J. J. Rousseau, que hace que toda la educación de la mujer gire incesantemente al rededor del arte de agradar, mi padre, no bien fui ya grandecilla, me trató, por decirlo así, como á muchacho. No necesitaba una verdadera hija para la vocación que me inculcaba, y por eso temía fuertemente confiarme á la dirección de un preceptor cualquiera que hubiese venido á contrariar sus planes. Daba al propio tiempo gran importancia á mi educación física: la gimnástica, la equitación, la esgrima, la caza, los juegos de destreza y habilidad, higiénicos ciertamente, pero áridos, largas travesías; en una palabra, cuantos ejercicios corporales fueran propios para combatir las menores tendencias á la molicie, nada perdonaba para procurarme el desarrollo muscular y ponerme en condiciones de llevar una vida activa; porque soñaba para mí con un apostolado que tendría yo que ejercer por montes y valles, y para ello emprender viajes, los más de ellos llenos de peligros, por el mundo entero.

Aquello fué más que educación americana; casi tocaba á los límites de la espartana, si me ha de ser dado el decirlo. Y la verdad es que lo consiguió, puesto que jamás llegué á conocer lo que era tener miedo á las terribles serpientes ni á los animales feroces. Mi padre, riendo, se comparaba

con el centauro Quiron que levantó á Aquiles. Además, á fuer de suriano, tan tenaz como Alberto Pike en su desprecio á los esclavos, deploraba que las leyes no permitieran endurecer el corazón de los jóvenes, como otro tiempo se hacía en Lacedemonia, obligándolos á cazar á los ilotas.

Semejante rudeza de sentimientos apenaba grandemente á mi madre, pero sin que se atreviera á protestar por la debilidad de su carácter. La pobre iba aniquilándola en el hogar doméstico!... Su protesta muda se traducía en obras de caridad; de modo que cuando salía papá de casa para sus negocios, ella me llevaba á visitar á sus pobres.

Catorce años de edad tenía yo cuando murió mi buena madre. Era yo entonces una joven alta, robusta y llena de vida, y acostumbrada ya á salir sola. (1)

[1] No podemos resistir al deseo de copiar aquí lo que con relación á esta portentosa mujer, dice M. Domenico Margiotta en su notable obra intitulada: "Adriano Lenzi, jefe Supremo de los Francmasones." Así tendrá el lector un retrato fiel de la célebre ex-paladista.

«Miss Diana Vaughan, dice el citado autor, es hija de padres protestantes. Su difunta madre era francesa, oriunda de las Cévenas, y es la hija, según dicen, vivo retrato suyo. Su padre, de origen francés, fué á establecerse como propietario en el Kentucky dos años después de casado, y allí enriqueció, dejando á miss, hija única de su matrimonio, una fortuna considerable, que emplea ella en obras de caridad. No había mayor felicidad para miss Diana desde sus más tiernos años, cuando vivía en Louisville que buscar á los pobres para socorrerlos, y lo mismo siguió haciendo en Nueva York, donde poco después de la muerte de su padre se fué á establecer.

«Es por naturaleza inclinada á la jovialidad, como todos los de buen corazón; carácter dulce, y de por sí risueña en la intimidad, efecto de la sangre francesa que corre por sus venas, templando la aspereza tan propia de las familias protestantes.

En otra parte referí con mis impresiones de ferviente paladista la manera como visiblemente se me apareció el Demonio la primera y la segunda vez. Pero ese relato se halla en una colección cuya lectura no es posible, sin peligro, más que para los ministros de Jesucristo, poderosos y agueridos en las batallas contra Satán. Sin embargo,

«Conoci á miss Diana Vaughan el año de 1889 en el Gran Hotel, en Nápoles, á donde fué después de su viaje á Francia con motivo de la gran Exposición del Centenario de la Revolución, y me presentó con ella un francmasón de alta talla. Era entonces y sigue siéndolo todavía—porque los años parece como que no quieren hacer cambiar en nada su graciosa fisonomía,—una joven de hermosura admirable, de cortesía exquisita, de maneras muy distinguidas y de inteligencia muy superior. Brilla su espíritu como una chispa en su penetrante mirada, endulzándose después la expresión de sus ojos repentinamente para dar lugar á la bondad de aquel carácter de mujer selecta que se refleja en ellos. Pero nuestra dama sabe adunar la bondad de corazón con la firmeza de carácter, porque en las circunstancias difíciles de la vida ostenta una energía rara, muy superior á la debilidad natural de su sexo. Al hablar, hácelo con cierta especie de abandono ó negligencia que encantan, usando á veces de originalidades de lenguaje que traen á la memoria el «gravroche» parisiense, pero sin descender jamás á la trivialidad, ni mucho menos á retruécanos poco decentes, aunque hoy de moda hasta en los salones del gran mundo. Su conversación es grata en sumo grado, causando verdadero placer pasar á su lado una hora cuando se le tiene confianza, pues siempre hay algo que aprender de ella; que es instruida, como suele decirse, hasta la punta de los dedos.

«Leal como pudiera serlo un caballero de la Edad Media; franca, lo bastante para no poder ocultar lo que siente, no bien adquiere noticia de algo mal ejecutado; tributando verdadero culto á la probidad; honrada, en fin, en toda la extensión de la palabra, debió á su padre, primeramente, y después á sí misma, que supo imponer su voluntad á otros, debió, digo, ser objeto del mayor respeto hasta en el seno de las Logias de Adopción y hasta en los mismos Triángulos.

«Tal como era por aquel tiempo, es hoy todavía. Estatura más que mediana, metal de voz muy puro y sin ningún acento, y correctas facciones; es amante de la elegancia de buen gusto, no de ese lujo ridículo que caracteriza á las ricas extranjeras. Así, confeccionados sus trajes con

no podría yo pasar en silencio, en estas Memorias, aquellas dos apariciones diabólicas que ejercieron tan poderosa influencia en mi destino.

Voy, pues, á referirlas con perfecto escrúpulo de la verdad; pero expresándome de modo que no pueda lastimar la fé de mi lector de ahora.

Era el tiempo de vacaciones del año de 1880, y

valiosas telas, no por eso dejan de llevar impreso cierto sello de sencillez. Todo su adorno consiste siempre en un ligero brazaletes, ó bien en un fístol que lleva pendiente en la corbata, sin usar arillos ni pendientes, por no tener agujereadas las orejas. El peinado muy particular que acostumbra imprimir á su fisonomía algo como un aire de mancebo que lo está á maravilla, pues no tiene tan largo el pelo que se le puedan hacer trenzas, sino naturalmente corto y algo quebrado. Cuando pues por verdadera originalidad suya ocurrele asistir con traje de varón á una tenida triangular, causa una ilusión completa; creeríase estar mirando á Adónis, que al resucitar fué al gran sastre del mundo elegante para que le vistiera. Sé que en uno de los últimos viajes que hizo á París fué á retratarse en el taller de uno de los fotógrafos más afamados del boulevard, de casaca y con sus insignias de Inspector general del Palladium. Es el retrato una soberbia fotografía de pie y gran tamaño, pero compréndese sin esfuerzo que no es muy fácil la regalé con prodigalidad.

«Su sencillez, con mezcla de elegancia y de originalidad, no es parte á impedirle que también sienta gusto por lo recreativo. Ni podía ser de otro modo, pues pronto se aniquilaría su salud á causa de sus incasantes viajes, si bien, felizmente, su gran fortuna le permite no pasar por ningún género de privaciones. Así es que siempre acostumbra á viajar en los medios más rápidos de transporte, bien acompañada y verdaderamente como un personaje de sangre real. Cuando va á París, llega derecho á casa de una de sus amigas íntimas, Mlle. L. de B., si sólo se ha de tener uno ó dos días, ó bien á uno de los principales hoteles de la Capital, frecuentado por la aristocracia de príncipes europeos, si tiene que permanecer allá algún tiempo. Para completar el bosquejo de la fisonomía de aquella mujer, tan simpática á pesar de sus errores, de aquella arrogante y animosa Diana Vaughan, que tan importante papel ha desempeñado en la Alta Masonería, diré por fin que posee una elocuencia muy seductora, y que entre todas las hermanas propagandistas del Paladismo, siempre ha sido ella la que más ha brillado en las conferencias de los Triángulos cual ninguna otra.....—N. T.

pasaba yo por consiguiente de los diez y seis de mi edad.

Llevaban á mi padre sus negocios á la region de Mammoth Cave, á algunos centenares de kilómetros de Louisville, al Sur, en donde tenía que permanecer un mes entero. Mamá me había dejado como herencia buen número de familias pobres, algunas de las cuales vivían en aquellos sitios donde mi tío posee una propiedad.

Empero, valga una restriccion: obedezco á la necesidad, que se me impone, de hacer la luz; pero se me permitirá que tales consideraciones, de carácter completamente íntimo, me obliguen además á no afligir á personas con quienes estoy unida con el vínculo de la sangre. Lo propio que hacía yo cuando tomaba á pechos no designar expresamente á los católicos á quienes reputaba entónces como enemigos, he de hacer ahora por distinta razon: conservar la designacion que tenía adoptada para nombrar el lugar, sin darle á conocer.

Aconteció, pues, el primer suceso en los alrededores de.... Mauford, nombre que tenía la localidad hace unos treinta años.

Mauford está entre Louisville y Nashville, á diez millas de Mammoth Cave. La campiña del Norte es un paisaje demasiado plano con un camino excelente, de fama en el Estado entero, y el cual, desde Louisville, atraviesa por magníficas selvas, ocupados los llanos por inmensos plantíos de cereales y principalmente de tabaco. Es el Estado en la Union, por lo que mira á la produccion de

Miss Vaughan.—T I.—47,

tabaco, lo que el Herault en Francia en cuanto á produccion del vino; mejor aún, porque el Kentucky provee, él solo, de una tercera parte del tabaco que se consume en la Union Americana. Algo de esto sabe Lemmil. Allí, en uno de aquellos dominios, vivé retirado mi tío, angustiado por mi conversion y pidiéndole á Lucifer que no me anonade con su ira. Mucho temo que, dada su avanzada edad y su tenaz carácter, nunca llegue al conocimiento de la verdad. Pero ¡haya paz ese anciano á quien soy deudora de tan prolongado error! Ninguna indiscrecion cometeré que pueda ir á turbar la tranquilidad de su retiro, en un escrito destinado para el público.

El día á que voy refiriéndome, tenía que alejarme demasiado para dar con unas buenas gentes inscritas en la lista de mi mamá; pero llegué muy á tiempo. Y como la visita se alargó más de lo que me proponía, hube de dilatarme. Mi padre no habría entrado en cuidado con relacion á mí; pero, eso no obstante, me decidí á volver á Mauford á pie. Bien sabía yo que habría hecho mejor comprando un caballo para venderle en la ciudad, pero no le tenía al camino, y además, ¡era tan hermoso el tiempo!

Emprendíla, pues, segura de que al acabar de atravesar un bosque, descubriría á Mauford. Mas hé aquí que habiéndome internado demasiado en aquel bosque, apénas unos cuantos minutos llevaba de haber comenzado á andar cuando me vi rodeada por una turba de horrosos negros que gritaban para aterrorizarme.

El que no haya vivido mucho en la Union, no puede formarse idea exacta de lo que es semejante clase. Por mi parte, encuentro, aún hoy en día, muy exagerados los reproches del Dr. Bataille en contra de Alberto Pike con respecto al hecho de su mando del ejército de los pieles-rojas en el partido del Sur durante la gran guerra. Acaso provenga esto de que por mis venas corre la sangre de piel-roja; pero sea como fuere, lo diré francamente: tan bueno, leal, valiente y probo como lo es el indio salvaje, es traidor, cobarde, vil y lleno de vicios el negro. Desde la guerra colosal los hombres de color son plaga para la Union. «Hombres de color» ó «afroamericanos»: así se intitulan los individuos de aquella especie. El nombre de negros le rechazan como un insulto. Sí, esa especie de donde la victoria del Norte sacó ciudadanos es una verdadera plaga.

La prensa del Antiguo Mundo ha comprendido mal en lo general las causas que dieron lugar á la guerra separatista, atribuyéndola tan sólo á un sentimiento de fraternidad para con una raza, y pronto se vió el caso con anteojos europeos sin atender á los grandes intereses materiales que para los Estados del Norte había de por medio. Hoy cambió ya por completo la opinion americana desde el cabo Sable hasta el monte Olympus, y los negros libertos han llegado á ser un obstáculo para la Union. Perezosos, libertinos, ladrones, insolentes, no han quedado regenerados por la emancipacion; hoy el problema cuya solucion se busca

es, cómo los harán emigrar en masa; la cuestión del *éxodo* negro está á la órden de la política nacional, lo cual ignoran en Europa. La fundacion de la República de Liberia en Africa no ha dado los resultados que se esperaban; los negros no quieren volver al continente de su origen, por estar demasiado léjos.

Hace un año escribía yo lo siguiente:

«¿Quién se imagina en Europa las desventajas de la actual revolucion cubana? En los Estados Unidos se desea el éxito de esa revolucion, porque una vez separada Cuba de España, á Cuba sería donde la Unión despacharía toda esa canalla negra que estorba, principalmente en los Estados del Sur. Por lo ménos, se acabaría con todos esos incesantes conflictos que perturban la sociedad y que con tanta frecuencia arrastran al pueblo desesperado á los lynchamientos. Ya no se tendrían que deplorar los criminales atentados de esa estirpe siempre audaz en su envilecimiento; atentados que oculta la prensa, y el número de cuyas víctimas no conoce nadie, porque el Gobierno siempre está temiendo grandes asesinatos y tiende á provocar la emigracion general para evitar mayores males.» (*Palladium*, núm. del 20 de Abril de 1895, pág. 26).

Los sucesos han venido á darme la razon, y todavía resplandecerá con mayor claridad la verdad de lo que escribí, cuando haya terminado todo. Porque no debeis alucinaros, españoles: Cuba se perdió completamente para vosotros. Apénas co-

mienzan los Estados-Unidos á dar á entender que tienen metido un dedo en aquel negocio; pero la verdad es que tienen metida en él toda la mano, como lo vereis. Así se decretó mucho tiempo há en Washington por los motivos que acabo de indicar; esto es, en razon del deseo que se tiene de deshacerse de los afroamericanos, que han llegado á ser insoportables en la Union.

Iba yo diciendo que me ví rodeada por una horda de negros que me gritaban. Yo no llevaba joyas de ninguna especie; pero ellos ignoraban seguramente que mi porta-monedas iba azas desprovisto, y despues aquellos brutos abrigaban intenciones así respecto de mi persona como respecto de mi dinero.

En defensa legítima, descargo mi revólver sobre el monton, y tres de ellos caen á tierra dando alaridos, en tanto que los demás se encienden en mayor ira. Ya mi arma no me sirve de defensa, pero ¿qué importa? Me defiendo con todas mis fuerzas, emprendiéndola hasta á puñetazos. Mas ¡ay! yo soy mucho más débil que ellos! Pronto, pues, se apoderan de mi persona estorbándome y paralizándome todo movimiento, hasta sentir que sus criminales manos me oprimen rompiéndome todos los huesos. Entónces, sin fuerzas ya, desfallezco y lloro.

¿Quién vendrá, pues, á socorrer á la hija del suriano, tan conocida por sus sentimientos de desprecio á la clase negra? ¿Quién vendrá á salvarla de la más horrorosa muerte? Blanco y hermoso

está ahí cerca, un jóven cuyo semblante se ilumina con una luz desconocida para mí hasta entonces. Ese jóven fué separando con los dos brazos á los malvados y, sin matarlos ni siquiera herirlos, ruedan por tierra todos ellos. Al momento vuelvo á la vida, como si acabara yo de salir del sepulcro. Me quedo contemplando á aquel salvador tan inesperado, y no sé qué pensar de él, de él, que me toma de la mano, pareciéndome en ese instante que mi cuerpo despréndese de la tierra.

Oprimo con mi mano la suya amiga que me arrastra. ¿A dónde voy? ¿Qué es de mí? Los árboles del bosque abren sus ramas para darme paso. ¿Estoy soñando? ¡No! Ahí está, á mi lado, el misterioso jóven blanco, sin soltarme de la mano; pero ya mis pies no se apoyan en nada sólido, sino que subimos y más subimos á través del aire.

Fijo la vista hácia abajo... ¡Oh! en ese momento nos hallamos á una enorme altura. Allá abajo, el Sol va declinando hácia el horizonte. Yo no pierdo la confianza en aquel mi gufa que me sonríe con aire impregnado de bondad; pero me infunde pavor el vacío, por no estar acostumbrada aún á las sensaciones tan extrañas de una excursión aérea. ¡Era la primera vez que se me descubría lo sobrenatural... Y vaya un dato curioso: á medida que disminuyen de volúmen, á mi vista, los objetos terrestres al ir alejándose de mí, los distingo más y más claros, con colores cada vez más vivos.

Sin embargo, paréceme que estoy viviendo otra

vida, una vida completamente nueva. Hierve mi sangre en las venas, y, poco despues, vuelve á su natural calor; me arden las manos, y despues las siento frías. Invade todo mi sér una especie de languidez. Llega por fin un momento en que ya nada veo, en que todo se me nubla, aunque distingo á mi compañero, y siento en el cuerpo algo como un rocío húmedo que proviene de que vamos atravesando por una nube. Un momento despues, dejamos esa nube á nuestros pies como una mancha gris que intercepta una parte de la campiña terrestre y que progresivamente va disminuyendo allá abajo.

Otra rareza más: siendo la Tierra, como lo es, redonda, se creerá que la parte que veo de ella ha de parecer convexa. Pues, no es así: todo lo contrario, el efecto que estoy mirando semeja un manto de extensión indefinida, y cóncavo, en el cual veo aplastado cuanto queda directamente bajo nuestros piés, y lo que más léjos, á la derecha, á la izquierda, hácia adelante ó hácia atrás, tiene el aspecto de bordes ó cantos de mayor elevación que lo demás, pero sin que sean cantos ó bordes.

No puedo sin estremecerme pasear la mirada por aquel inmenso panorama donde los ríos aparecen á mis ojos como cintas de plata. ¡Qué aspecto tan maravilloso!... Absorta estoy; pero me pregunto con pavor qué sería de mí si me soltara de la mano mi compañero.

Este leyó en mis ojos aquel temor, y:

—Nada temais, me dijo; ningun peligro correis, miss Diana.

Mi admiracion crece por momentos. Y pues que me habla, yo tambien me atrevo por fin á hablarle.

—¿Sabeis cómo me llamo? le pregunto.

—Ya lo veis, miss; y vuestro nombre es para mí el más querido de todo nombre humano.

—¿Pero quién sois vos? . . . Yo os toco, os siento, para mí teneis todas las apariencias de un hombre. . . . ¿Por ventura, sois uno de aquellos Magos de que me suele hablar mi padre?

—No, miss, no soy Mago. . . . Pero no os debe preocupar mi naturaleza; quien quiera que sea yo, soy vuestro protector.

Y diciendo esto, inclina la cabeza y me besa respetuosamente la mano de que me tiene asida.

En seguida me pone el dedo índice en la frente y al punto se me cierran los párpados por sí mismos. Quiero seguir hablando, y no puedo, sin embargo de no estar dormida; pero tengo bien cerrados los ojos, y bien cerrada asimismo la boca. De repente llegan á mis oídos los ruidos que proceden de la tierra, débiles, pero muchos de los cuales claramente distingo, como los ladridos de los perros de las cabañas. Poco despues, nada oigo.

Sólo dos sentidos son los que continúan funcionando en mí: el olfato y el tacto. Me encanta y embriaga un perfume de los más gratos. . . . Díjese que estoy respirando entre frescas y olorosas rosas que embalsaman el aire con su exquisito aroma. En ese momento no me siento ya cogida de la mano, sino que estoy en brazos del mis-

terioso jóven, quien me está arrullando como una madre arrulla á su hijo.

Esto dura mucho tiempo, mucho. . . .

Por fin, despiértome de aquel sueño que absolutamente era sueño. Por mejor decir, vuelvo á abrir los ojos, la lengua se me desata y percibo todos los sonidos del exterior. ¡Me hallo en mi cama, en en mi recámara de casa! Allí, junto á mí, todavía el jóven, que me veía y me sonreía, y mi padre arrodillado á los pies de aquel desconocido que había sido mi salvador.

Me toco y me pongo á reconocerme el cuerpo: ninguna huella me encuentro de los golpes que hubiera podido recibir de los negros.

—¡El te salvó, y te curó, y te trajo aquí, me dijo mi padre! ¡Da gracias al Dios Bueno, que le envió para que te socorriera! ¡Gloria á Lucifer Altísimo y el más alto!

Fijo el oído para escuchar, y miro todavía, maravillada. Sonríeme por la vez última, con una sonrisa llena de ternura, mi salvador, y desaparece, sin darme cuenta yo de por dónde, ni cómo desapareció.

Habrán quienes digan quizás que fui víctima de una ilusión; mas ¿cómo sostener que aquello fué un caso de alucinamiento?—Que habré padecido algun vértigo al estar estropeándome los negros; que en eso casualmente había acertado á pasar por el sitio del acontecimiento algun blanco que consiguió dispersar á aquella canalla, pues, mancjado con energía muchas veces tiene la razon un

buen garrote; que apenas he de haber vislumbrado á aquél lo bastante para conservar la memoria de su intervencion y del éxito que consiguió, cuando caí en mi entorpecimiento; que ese entorpecimiento no ha de haber sido tal, que no me haya dejado sentirme transportada en brazos de otro; que, excitado el cerebro, habré tenido un sueño extravagante, un sueño de un viaje por los aires, debiéndose todo á pura imaginacion durante un delirio; que me habrá salvado y llevado á Mauford algun individuo que me haya reconocido y sabido quién era yo y á quien apenas haya visto de nuevo en el momento de volver en mí; que por no tener todavía muy clara la vista, en aquel momento se me había figurado lo de la desaparicion del jóven, como el haber visto arrodillado á mi padre, etc., etc.

Contestacion:—Si álguien me hubiese salvado así y transportado á casa de mi padre por medios completamente humanos, habría vuelto aquel hombre á informarse de mi salud, cuando ménos una vez al otro día. Mi padre le hubiera hecho alguna invitacion, le habría manifestado su gratitud por cualquier acto de cortesía humana ántes de habernos separado de Mauford: que todo esto le debía no sin justicia al salvador de su hija.

Pues bien: á los cinco meses volví á ver á mi salvador, que de nuevo me sacó de otro peligro.

Iba yo de paseo, completamente sola como la otra vez, por un llano de los alrededores de Louisville, jinete en *Paragram*, un buen kentocke pu-

ro, de nuestra mejor raza americana. *Paragram*, en lugares á propósito para correr, hacía como nuevo sus cuatro kilómetros en seis minutos. De hermosa estampa, á pesar de su robustez, fuerte y sufrido, aunque fogoso; impaciente y voluntarioso á veces, no por eso era espantadizo.

Me gusta galopar largo, y como contaba yo aquella vez con suficiente espacio, solté la rienda á mi caballo dejándole que corriera á sus anchas y azuzándole con la voz, cuando hé aquí que al pasar por un punto de donde salió saltando un coqualin al que habíamos ido á turbar en su sueño, espántase *Paragram*, por momentos veo que no soy dueña de contenerle. Por más que hago para conseguirlo, es imposible. Ni me oye, ni siente ya el freno, que moja con blanca y humeante espuma. Corre y más corre con vertiginosa y loca impetuosidad, llevando la direccion del Ohio, con peligro inminente de caernos allí los dos.

Siento que pierdo la cabeza en aquel instante. ¿Qué va á ser de mí?...

Entónces se me aparece el jóven de Mauford, y lanzándose hácia mí sin tocar la tierra, corre, vuela, con la misma rapidez que *Paragram*, toma la rienda con una mano y con la otra le acaricia para ir calmándole poco á poco, sin dejar de seguirle lado á lado, cual si llevara las alas de Mercurio en los pies.

Mi caballo se detiene por fin, completamente segado, demostrando con los ojos estar pacificado y se pone á relinchar de gusto como cuando le

van á sacar de la caballeriza. Cualquiera hubiese jurado que no había pasado incidente alguno. El animal estaba mas fresco y dispuesto que cuando salió.

Yo estaba estupefacta.

—Querida miss, me dijo mi protector; feliz me siento con haberos sido útil. Pensad en vuestro amigo de cuando en cuando, que su afecto vela por vos. Yo estaba dulcemente emocionada.

—Puesto que no queréis descubrir vuestra naturaleza, decidme cuando ménos cómo os llamais.

—No; todavía no, porque mi nombre os haría conocer mi naturaleza. Tened confianza, que yo no quiero sino vuestro bien, y día vendrá en que sepais el destino que á los dos nos une.

Y desapareció dejando tras sí aquel perfume de frescas rosas acabadas de abrir, que tan gratamente respiré en los aires la primera vez que me llevó allá, en brazos.

¿Qué debo pensar ahora de todas estas cosas?...

Bien cierta estoy de no haber padecido ninguna alucinacion. Ninguna comparacion hay que hacer en cuanto á salud, entremis y aquellas mujeres valedinarias que sirven para sus experimentos á los médicos materialistas y de las cuales, como perfecto tipo, ahí esta aquella Rosa de la Salpêtriére, á quien tan minuciosamente estudió el Dr. Bataillé despues de un eminente teólogo (M. el Abate Meric). Intelectual y físicamente, soy yo todo lo contrario de Rosa y de las demás. Pues bien, aseguro que ví, y en verdad que ví.

Durante el tiempo que permanecí imbuida en el error atribuía yo á algun maleakh el accidente de *Paragram*; que, en cuanto á la agresion de los negros, no la suponía obra directa de Adonai. Pero cuando el Demonio, que dos ocasiones se había mostrado mi salvador, me dió á conocer su nombre y su naturaleza, creí sin género de vacilacion. Despues de eso, en estos últimos tiempos, cierto eclesiástico me ha dado su parecer de que tal vez eran demonios los negros aquellos que hicieron su papel en la infernal comedia, así como que, quizás tambien, algun demonio se introdujo en *Paragram* para desbocarle, todo, con el fin de dar al que se decía sobrenatural protector mío el medio, ó mejor dicho, el pretexto de prestarme uno de aquellos servicios que nunca es posible agradecer debidamente como lo merecen. ¿Está en lo cierto ese eclesiástico en su hipótesis, ó fueron hechos naturales, así la agresion de los negros como el desbocamiento de *Paragram*?... No lo sé; pero en todo caso, poco me da el saberlo. La verdadera cuestion está en esto: la intervencion del Demonio, acechándome y provocando á la vez mi admiracion y mi gratitud, por haberme sacado del peligro en circunstancias como las referidas. ®

Es innegable que, dado el grado de educacion en que me hallaba por aquel entónces, debía fatalmente conservar una impresion definitiva, indeleble, de aquellos dos sucesos extranaturales en que había yo servido de instrumento pasivo. En

tónces fué, efectivamente, cuando mi padre y mi tío pusieron mayor empeño en hacer realzar á mi vista todo lo maravilloso, todo el magismo que brilla en la existencia de Tomás Vaughan. Hasta la edad de diez y seis años se me estuvo preparando cuanto fué posible, y desde 1880 hasta 1883, se completó mi instruccion luciferiana poniéndose en las manos y explicándoseme el *Apadno* y demás infernales libros.

Algunos escritores, tanto de los Estados Unidos como de Europa, que han estado publicando en estos últimos años ciertas noticias relativas á mí, citan las fechas de mi ingreso y de mis ascensos en la Masonería oficial, y expresan admiracion por la rapidez con que tuvieron lugar esos ascensos.

Nada hay de asombroso en esa rapidez, si se atiende á mi educacion y se tiene presente que mi padre era el presidente y fundador del Perfecto Triángulo *The Eleven-Seven* (los Once Sietes), al Oriente de Louisville. Destinada como lo estaba yo desde la edad de siete años al Paladismo, desde que se fundó, no debía en consecuencia pasar por la Masonería de Adopcion, si no era por mera formalidad, puesto que es regla rigurosa en los Estados Unidos llamar para los Triángulos exclusivamente á las Hermanas que tengan ya el grado de Maestra (3er. grado).

Y véase bien la prueba de que aquello no fué más que por acatar los reglamentos: recibí los tres primeros grados de Adopcion, no en una lo-

gia⁷ andrógina cualquiera, de Louisville ú otra poblacion del Estado, sino en tenuta extraordinaria de la Gran Logia de Kentucky. Todo se limitó, en cada grado, al exámen oral, como puede verse por las actas relativas.

Aquí no tengo más que mencionar las fechas publicadas por los escritores que se ocuparon de mí en el tiempo en que por primera vez me rebelé contra Adriano Lemmi, pues aquellas fechas son exactas:

Fué iniciada Aprendiz Masona, el 15 de Marzo de 1883 (de diez y nueve años de edad); Compañera, el 20 de Diciembre de 1883, y Maestra, el 1^o de Mayo de 1884.

Reservada para la Alta Masonería por decreto de Alberto Pike, no frecuenté las Logias ordinarias de Adopcion; de modo que hasta cierto punto, entré en los Triángulos á pie llano. Muy natural era que los *Once Sietes* fueran los encargados de darme la iniciacion paládica, y diéronmela en efecto en 1884.

Empero, ántes de eso tuvo lugar un acontecimiento maravilloso en el Triángulo que fundó mi padre.

El día del vigésimo aniversario de mi natalicio, ó sea el 29 de Febrero de 1884—pues plugo á la caprichosa suerte disponer que viniera yo al mundo en igual fecha, segun el calendario gregoriano (1)—manifestóse en la reunion de los *Once*

(1) De ahí el apodo de *Hermana Bisextil* con que algu-

Sietes, en Louisville, el demonio que dos ocasiones me salvó la vida.

Aquel episodio, extensamente referido por el Dr. Bataille, es uno de tantos acerca de los cuales ninguna rectificación tengo que hacer (excepto en cuanto á la fecha, error de un día); pues otros hay relativos también á mí, en que no anduvo muy exacto el Doctor. Cuando, hará tres años, leí la relación que traía el *Diablo en el siglo XIX* (entrega 9ª), me molestó en extremo el tono burlesco empleado por el narrador al hablar de aquella manifestación de que estaba yo tan orgullosa, y no dejaba yo de guardarle cierto resentimiento; puesto que para mí, era verdadera blasfemia burlarse de mi demonio protector. Quemé encolerizada varios ejemplares de aquella trece, y por ello le doy mis excusas al escritor.

Era inaudita mi ceguedad. ¿Cómo conozco hoy cuánta razón tenía el buen Doctor!.....

Tal como los refirió él, tuvieron lugar los hechos en aquella sesión triangular; habiéndolos presenciado una amiga mía, gran lugarteniente que era en Louisville en 1884, actualmente casa-

nos me designaban en los Talleres, por modo de chanza más ó menos ingeniosa.—N. A.

A este respecto, dice M. Margiotta en la obra ya citada: «..... El hecho de haber nacido en París el día 29 de Febrero de 1864, es para ella, (miss Diana) motivo de repetidas bromas que ella misma emplea, por no ser muy común esa fecha, que sólo siete ocasiones le ha dejado festejar el aniversario de su natalicio, siendo así que hoy tiene treinta años de edad.....»—N. T.

da con un notable industrial del Lancashire y retirada ya del Paladismo. (1)

El diablo que se apareció aquel día, declaró ser Asmodeo, diciendo que era el que mandaba catorce legiones, y, haciendo una relación del combate que había sostenido con los maleakhs, en el que se proclamó vencedor, depositó á los pies del

(1) Aprovecho este recuerdo que hago de mi ex-Hermana dimisionaria, pero no convertida al catolicismo, para decir una vez más á mis nuevos amigos que es menester no ennegrecer mucho las cosas. Indudablemente, rarísimas son las excepciones irreprochables con respecto á la honradez; mas no soy yo el único ejemplar que se podría citar.

En el Triángulo los *Once-Sietes* no se profanaban las hostias, por lo ménos mientras vivió mi padre, que fué su primer presidente y quien no creía en la presencia real. Su sucesor mandó una sola vez apuñalar las Sagradas Especies. Tratábase de una recipiente educada en la religión católica, y el Hermano N. P., que participaba de la opinión de mi padre, dijo á la jóven que aun cuando la hostia no era más que pan, para dar una prueba de que completamente había dejado la superstición, debía ella, la jóven, expresar su desprecio al sacramento eucarístico, ó apuñaleando la hostia, ó arrojándola al fuego. Aquella mujer descargó una puñalada sobre la forma, diciendo á la vez que deseaba ver cómo corría la sangre; y como no se efectuó el milagro, se echó á reír é insultar á la hostia. La infeliz estaba medio loca.

Mi ex-Hermana y amiga, de Louisville, que vive hoy en Inglaterra, me escribió hace un mes [*] diciéndome que se había retirado del Paladismo cuando el hijo N. P., que substituyó á su padre en la presidencia de los *Once-Sietes*, quiso hacer obligatoria la prueba del Pastos. Mi citada amiga pertenece al número de las Masonas paladistas que no han salido manchadas y á quien el matrimonio obligó á dejar Kentucky. Pedíame en su carta que le diese algunas explicaciones acerca de mi conversión, confesándome que ambas habíamos vivido en un gran error, pero que para ella la verdad estaba en el protestantismo, y concluyendo con encomendarse á mis oraciones. Yo la recomendé con mis lectores y lectoras.

En cuanto al Triángulo *Phébé-la-Rose*, del cual fui gran maestre en Nueva York, no tengo para qué decir que en él no se practicaban ni el Pastos ni las profanaciones. Otros hay en el mismo caso.

(*) Miss Diana escribe esto en Marzo de 1896.—N. T.

Baphomet, como prueba de ello, una cola de leon, que dijo haber cortado en la batalla á un flavo que servía de montura al «maleakh Márcos.» Esa pretendida cola del leon de San Márcos fué desde entónces y por espacio de siete años el talisman del Triángulo *los Once-Sietes*.

El objeto era en realidad cola de leon, y lo notable estaba en que nunca llegó á secarse y siempre se conservó flexible, si bien inerte. Se le mandó hacer un cofre magnifico para guardarla.

—Desde este momento queda especialmente consagrado á mi este templo, dijo Asmodeo. Este despojo del enemigo es la señal de mi amistad con los *Once-Sietes*. Conservad como preciosa reliquia esta cola de leon adonaísta, cola en la cual, á fin de que jamás pueda volver á juntarse con el cuerpo de que la separé, he colocado á Bengabo, uno de mis legionarios. Inmóvil permanecerá él aquí hasta el día en que habré de intervenir para hacer patentizar mi omnipotente favor á una vestal que destino para vosotros.

La vestal á quien aludía el diablo era yo, y así lo comprendieron los jefes del Triángulo. Mi padre sabía que aquel Asmodeo y mi protector eran uno mismo; pero se me dejó ignorar su nombre, y no se me dijo lo que había acaecido en el seno del taller paládico. Por los datos que hoy mismo acabo de dar, se habrá visto cómo fui recibida Maestra á las seis semanas de aquel acontecimiento.

Finalmente, en 28 de Octubre del propio año

de 1884, fui llamada á los *Once-Sietes* para recibir el grado de Caballera Electa Paládica, primer grado femenino del Rito Supremo.

La iniciacion desde el primer capítulo es satánica, sin embargo de lo cual nada hay ella que deje entrever los misterios del siguiente grado. Entónces era yo luciferiana de corazon; acababa de dar mi educacion sus frutos. Mi padre, que presidió mi recepcion, triunfaba en aquel momento. Cada respuesta que daba yo á las preguntas que se me hacían, era saludada con entusiastas y atronadores aplausos. Altos masones, correspondiendo á la invitacion del Triángulo, habían ido, procedentes aun de lejanos lugares y de diversas nacionalidades, entre otros, los delegados de Charleston y multitud de miembros de la colonia francesa de Nueva Orleans.

Inmensa era mi alegría. Parecíame, que demonio encarnado, declaraba yo la guerra á Adonai desde aquel momento, provocándole á un combate singular.

¡Oh! ¡Cuán léjos estaba mi pensamiento de la iniquidad, tan vergonzosa como abominable, que mucho tiempo después descubrí en el Paladismo!

Prueba de ello era la interpretacion que dí á la contraseña de aquel grado, la cual era ésta: *Lázare, surge!* (Lázaro, levántate!) En esa contraseña, ví simbolizada la resurreccion del pueblo dormido en el sepulcro de la supersticion, despertado por el rayo de Baal-Zebub; proclamando

á Lucifer Dios-Rey y levantándose contra Adonai el Bárbaro.

Al día siguiente, mi padre daba un espléndido banquete á buen número de amigos, y era yo la reina de aquel festin. La compañía que más me deleitaba era la de nuestros amigos neor-landeses. Ya para agradecerles como para demostrarles que la lengua francesa, ó sea el idioma de mi madre era en la que con más gusto me expresaba yo, improvisé aquella diabólica poesía, *Resurrección*, que se imprimió cuando andaba yo en mis errores. Imposible que la reproduzca yo aquí; llenaría de profunda tristeza al lector católico, y haría estremecerse á las almas. Pero se publicó, vuelvo á decir, y lleva con toda exactitud la fecha: *29 de Octubre de 1884. (Louisville.)* Los eclesiásticos que ya la conocen podrán decir que únicamente se apoya en el error de mi educación, que es blasfema, sí, pero que no asoma en ella ninguna idea grosera.

Adelanté la iniciación de Maestra Templaria, puesto que hasta ese grado es cuando se pronuncia el nombre de Lucifer. Ya me había yo revelado perfecta iniciada desde el primer grado paládico; pero absolutamente me había formado idea de toda la extensión del mal.

Mi tío no pudo asistir á mi recepción, por haberle impedido trasladarse á Louisville un designado ataque de gota y concurrir á aquella reunión de interés tan directo para él y que con tanto gusto había estado aguardando. Empero,

mi padre no quiso contentarse con escribirle el resultado, sino que le ofreció ir á informarle de palabra, y ese viaje, que sus negocios le obligaron á diferir para la siguiente semana, le fué fatal. Al recordarle su hermano mayor su promesa, partió él de casa el 26 de Noviembre, y en el camino tomó un resfriamiento al que no dió importancia, pero que al llegar á la casa de mi tío había tomado fuertes creces la enfermedad. Sin embargo, como no era el primer accidente de ese género que sufría, y siempre había triunfado del mal su robusta naturaleza, juzgó que en esa vez sucedería lo mismo, cuidándose á su manera, por cierto muy superficial, cuando ya la neumonía estaba en su tercer período, que para él era el de una simple fiebre algo más maligna que otras, y no cosa sería, hasta que por fin fué menester ocurrir á medios más enérgicos para contener el mal; pero desgraciadamente, era ya demasiado tarde. Mi padre tenía prohibido que se me dijera nada, «para que no me fuera yo á inquietar en vano,» y murió en brazos de mi tío el día 4 de Diciembre, apenas cinco semanas después de haber presidido la tenida en que se me dió la iniciación paládica.

Ese mismo día me había yo retirado muy temprano á mi recámara, melancólica, contra mi natural carácter, sin saber por qué, presa de un indefinible tedio, contra el cual quise valerme por medio de la lectura ántes de acostarme, pero inútilmente, porque no podía yo leer una sola línea.

Entonces, viendo que el sueño tampoco descendía á mis párpados, apagué mi lámpara y, excitada á la par que triste, me tiré en una butaca sin saber qué partido tomar para encontrar la tranquilidad perdida. Refugiéme en la sombra para hallar la paz del alma....!

Así las cosas, repentinamente se iluminó mi cámara con una luz brillante y blanca, más intensa que cuanto es fácil imaginar. Yo no podía creer lo que veía, por ser aquella la primera vez que presenciaba un fenómeno de esa naturaleza, cuando hé aquí que al cabo de unos instantes, ví de pie en el centro de aquella luz al jóven que dos ocasiones me salvara ántes la vida. Ningun error había esta vez en la aparicion. Nada tenía de humano el brillo que despedía su rostro, y como, además, entonces ya estaba yo perfectamente instruida, pude comprender que mi salvador era un espíritu del fuego!....

—¡Oh! exclamé al verle. ¡Con cuánta razon venís á mí.... Sufría yo un desfallecimiento, pasaba por uno de esos dolores morales más intolerables; el pesar sin causa.... ¡Gracias á vos que venís, porque sois un ángel de luz, lo estoy viendo!.... Nuestro Señor Lucifer es quien os envía; ¿no es verdad?

E iba yo á arrojarme á sus pies.

Pero me contuvo él con un gesto, y con acento dulce me contestó:

—Sí, querida miss, vengo á vos enviado por el Dios Bueno; pero traigo una mision triste que

desempeñar.... Tengo que consolaros y que decir os deis ánimo.....

Al oír estas palabras, dí un salto.

—¿Alguna desgracia que aconteció á mi padre?..... repuse, pudiendo respirar apénas.

Entonces me tomó de la mano, y señalándome la ventana con el dedo, añadió:

—¡Ved!... Diana, ¡ved!.....

Lo que ví fué horrible. ¡Oh! Cómo comprendo ahora cuánta y cuán inmensa es la malicia del Demonio!.....

Léjos, léjos, muy léjos, pero como pintado en una tela con notable claridad, con vivísimos colores, con rasgos llenos de vigor, ví á mi padre tendido en su lecho y agonizante, luchando con un horrible monstruo que encima de sí tenía, suspendido en el espacio y batiendo sus dos negras y pesadas alas, con una especie de arpon de torcidas puntas y hundiéndole aquel monstruo en el pecho el instrumento de muerte.

—¿Veis al asesino de vuestro padre, pobre y querida niña? me preguntó el espíritu de fuego pausadamente y como si hubiera querido en cierta manera destilar el dolor y el odio en mi corazón..... —¡Vuestro padre se muere..... (prosiguió) y el que le está matando es Miguel.

—¡Ah! exclamé. ¡Esto es odioso, es espantoso!..... ¡Maldito sea Miguel!.....

—Vuestro tío está ahí, junto á vuestro padre, deshaciéndose de dolor.... El médico dirá que vuestro padre murió de enfermedad..... Mas la

enfermedad es el arma invisible que usan los maleakhs contra la humanidad. Lo que estais viendo es lo que en realidad sucede. . . . Diana, os denunció al asesino de vuestro padre, para que sepáis á quién tenéis que maldecir.

Segun la leyenda apádnica en que estaba yo tan empapada, todavía ejerce el Dios Malo su poder sobre dos mundos. Tellus (la Tierra) y Oolis. Allí los maleakhs semejan en la cabeza á los ángeles de luz, sobre todo al ejercer su maléfico poder contra los hombres. El luciferiano no se ocupa en reprochar á sus espíritus amados por no defenderle con la eficacia necesaria, y se contenta con maldecir á Adouai y á sus malos ángeles y con imputarle todas las miserias todas las calamidades.

El espectáculo que tenía yo á la vista lacerábame el corazón.

—Después de mi madre, murmuré con tristeza mezclada de ira, ¡me matan á mi padre! . . . ¡Mi madre, que era tan buena! . . . ¡Ah! ¡cuán larga y dolorosa fué su enfermedad! . . . ¡Mi padre, á quien amaba yo tanto! . . . Esto es excesivo.

— También Miguel fué el que llevó al sepulcro á vuestra madre, infortunada Diana. El es quien os arrebató á los que más amais en lugar de dejarlos que lleguen á una ancianidad feliz. . . . ¡Mirad! mirad!

Y me mostraba con el dedo el lejano cuadro, siempre animado, hasta que por fin ví á á mi padre lanzar el último suspiro.

Entonces ví también que el monstruo sacó su arpon del pecho del cadáver y emprendió el vuelo por el espacio, haciendo mil contorsiones con aire de siniestra burla.

¡Oh! imposible es que estampe yo en este lugar las blasfemias con que mi dolor, odiosamente engañado, insultó en aquella vez al Dios de los cristianos. ¡Compadézcaseme! Hundida estaba en la desesperación y en el error más deplorable. . . .

Y cuánto no sentí que se redoblaba mi odio, cuando al amanecer me llevó el telégrafo la noticia de mi desamparo. . . .

Antes de desaparecer el espíritu de fuego, me dijo:

Ahora, querida Diana, ya puedo haceros saber mi nombre. Soy Asmodeo. Al menor peligro en que os veais, invocadme, invocadme, que en el acto me tendreis á vuestro lado para defenderos.

Tan abrumada estaba, que ni alientos tuve para cortestarle.

Había yo quedado, pues, completamente huérfana y en poder de los demonios. Mis creencias se habían venido á falsear con una educación en que, desde mis más tiernos años había yo recibido de unos padres tiernamente amados y engañados también ellos, una enseñanza diametralmente opuesta á la verdad.

El agua santa del bautismo no había bañado todavía mi frente. Y, eso no obstante, el cielo no me desamparaba, sino que Dios, bueno hasta lo infinito, quería que fuese yo ejemplo de su inmensa misericordia.



FIN DEL PRIMER TOMO.

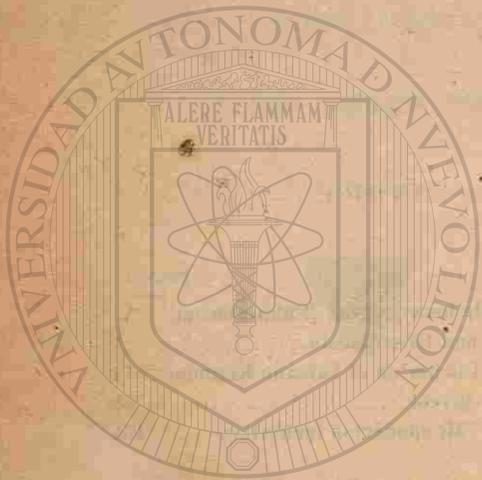
INDICE.

	PÁGINAS.
¿Que no soy de los vuestros? ¡Enhorabuena!..	V.
Memorias de una Ex-paladista	1
CAPÍTULO I.—Lucifer en el Sanctan Regnum..	11
CAPÍTULO II.—¡Creo!.....	81
CAPÍTULO III.—Mi educación luciferiana.....	151

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





*Este libro se acabó de imprimir
el 20 de Noviembre de 1896,
en la Imprenta de Victo-
riano Agüeros, situada
en la calle de la
Cerca de Sto.
Domingo
núm.
4.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

